Angela
MARSONS

SE ESTABAN METIENDO EN SU MENTE,
Y NO SABÍA CÓMO DETENERLOS...

MENTE QUE MATA

Angela Marsons ha vuelto con otra narración apasionante!

THE BOOK REVIEW CAFE

UN THRILLER DE KIM STONE

JENTAS

Mente que mata

Mente que mata
Título original: Killing Mind

ePub: Jentas A/S
Traducción: Jorge de Buen Unna, © Jentas A/S

ISBN: 978-87-428-1311-9

First published in Great Britain in 2020 by Storyfire Ltd trading as Bookouture.

De la serie de la detective Kim Stone:

Grito del silencio

Juegos del mal

Las niñas perdidas

Juegos letales

Hilos de sangre

Almas muertas

Los huesos rotos

Una verdad mortal

Promesa fatal

Recuerdos de muerte

Juego de niños

Mente que mata

Este libro está dedicado a Oliver Rhodes,
por arriesgarte con Kim Stone.

Prólogo

No voy a tener miedo. No voy a tener miedo.

En mi mente, repito las palabras una y otra vez. Un trozo de tela traza una tensa línea a lo largo de mi boca y no me deja decirlo en voz alta.

Tengo las manos y los pies entumecidos. No sé si es el frío o las ataduras que me sujetan con firmeza a la silla; no estoy segura.

Se me pone la piel de gallina. Apenas puedo respirar. Sé cómo controlar los efectos físicos del miedo que inunda mi cerebro. Me han enseñado a hacerlo.

No sé cuánto llevo aquí. El denso silencio que me rodea no me ofrece ninguna pista. Es como si el tiempo se hubiera estancado. De alguna manera, lo han detenido.

Mis sentidos han enmudecido. No hay olores, no hay sonidos, nada que pueda tocar. La venda me impide ver más allá de la negrura de la tela.

Hay un solo sonido. Le doy la bienvenida y lo temo al mismo tiempo.

Es el ruido metálico que resuena a mi alrededor cuando alguien abre la puerta y que me asegura que no me han abandonado aquí para morir. Aún.

Pero, entonces, sé que todo empezará de nuevo: las preguntas, las acusaciones, las mentiras.

Las voces vendrán a agredirme. Las palabras se clavarán en mis oídos como diminutos insectos depositados allí para que repten y excaven sus madrigueras en mi cerebro. Eso es lo que me han dicho que haría esta gente.

Tratarán de llegar hasta lo más profundo de mí.

Yo sé lo que quieren, pero no puedo dárselo, y por eso tengo tanto miedo.

¿Qué harán cuando me niegue a decir lo que quieren que diga?

Capítulo 1

Kim podía sentir la tensión de su compañero en el asiento del conductor mientras este sorteaba la isleta del Hospital Russells Hall para poner rumbo a Dudley.

El mal humor de Bryant no se debía al lugar adonde iban. Keats les había sugerido que no se precipitaran. «Está claro que ha sido un suicidio», les había dicho, y solo necesitaba que acudieran a confirmarlo.

—¿Harás algo divertido más tarde? —le preguntó Kim.

Él había pedido la tarde libre, usando sus días de vacaciones, y, a juzgar por la dureza de su mandíbula, no era para dedicarla a nada agradable.

—No —respondió sin mirarla.

—Por Dios, Bryant, no sonrías tanto.

Kim esperaba una réplica ante su comentario irónico, pero no obtuvo respuesta. Bryant dejó la calle principal y aparcó detrás de la furgoneta de Keats.

Mientras se bajaba del coche, Kim se limitó a sacudir la cabeza ante la hosquedad de su compañero.

Había gente en corrillos a lo largo de la cinta que se extendía entre el coche patrulla y la ambulancia. Los curiosos la tocaban con sus vientres en actitud de «Yo estaba aquí primero», reclamando el espacio, como en un concierto, aterrorizados por si se perdían algo.

Kim se abrió paso hasta delante sin decir nada. Bryant seguía la estela sin ofrecer disculpas en nombre de su jefa. «Jolín, sí que debe de estar preocupado», pensó ella. Sería mejor no decírselo a Woody, si ella tenía permiso para salir de la comisaría era porque iba acompañada de un adulto responsable, alguien obligado a guardar las formas.

—Disculpe —les dijo a los últimos, una pareja que se aferraba a su sitio como si hicieran cola para las rebajas de invierno.

Mostró su placa y se coló bajo la cinta. Un uniformado le señaló unas escaleras que parecían conducir a un primer piso. Otro la dirigió hacia la primera puerta de la izquierda.

Keats se quedó esperando el saludo habitual de Bryant. Lo normal era que los dos se pasaran uno o dos minutos tomándole el pelo a Kim, pero Bryant no dijo ni pío. Se limitó a posar la mirada más allá del médico forense, así que Keats se quedó mirando a Kim, quien no hizo más que encogerse de hombros, pues del mal humor de su compañero sabía tanto como el médico.

Keats por fin se hizo a un lado y vieron una habitación bañada de rojo.

El agudo olfato de Kim ya había detectado el olor metálico de la sangre. Percibía su tufo dulzón flotando alrededor, adhiriéndose a su ropa y a su pelo. Se quedaría con ella todo el día. Pero el olor no la había preparado para semejante cantidad. Traspasó el umbral.

—La Virgen —murmuró.

La sangre había salpicado las paredes, el techo y la ventana que estaba más cerca de la cama. Sobre esta yacía una joven con un corte de ocho centímetros en la garganta.

En el lado derecho del torso, la mano extendida sujetaba un cuchillo. Además de las salpicaduras por toda la habitación, un río de sangre descendía desde la herida hasta el esternón y rodeaba su larga cabellera rubia. Apuntaban al techo sus ojos azules, fríos y vacíos, desde un rostro sin arrugas que, a pesar de lo exangüe de la tez, era bello.

Kim apartó la mirada un momento.

—¿La carótida? —preguntó.

Keats asintió con un movimiento de cabeza.

—Es obvio que sabía dónde cortar y que pretendía suicidarse.

Kim podía entender ese razonamiento. No era el primer suicidio que asistían juntos, pero sí el primero con un tajo en el cuello. Eran más comunes las sobredosis, los ahorcamientos y los cortes en las muñecas; en algunos casos, se trataba de pedidas de auxilio; en otros, de intentos definitivos de acabar con la vida, pero nunca había visto algo tan definitivo como esto. Si sabías dónde estaban las arterias carótidas y tenías decidido clavarte un cuchillo en una de ellas, no esperabas que nadie viniera a salvarte en el último instante.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó Kim.

—Yo diría que la hora de la muerte...

—No, quiero saber cuánto ha tardado en morir —corrigió mientras rodeaba el cuerpo.

La habitación estaba escasamente amueblada. Había solo una mesilla de noche, a la izquierda de la cama de matrimonio, con una lámpara encima. Bajo la sangre, se veía una colcha blanca de algodón estampada con margaritas. En el alféizar de la ventana había una vela Jo Malone aún envuelta en celofán.

—Un par de minutos —dijo Keats—. Tras el borbollón inicial, el cuerpo tarda poco en desangrarse. Perdería la consciencia antes de que su corazón se detuviera.

Kim asintió y volvió a los pies de la cama. Observó la apacible expresión del terso rostro de la muchacha.

«¿En qué estarías pensando durante esos instantes? —se preguntó—. ¿Estabas asustada? ¿Aliviada?, ¿contenta con tu decisión?».

Sabía que nunca descubriría las respuestas.

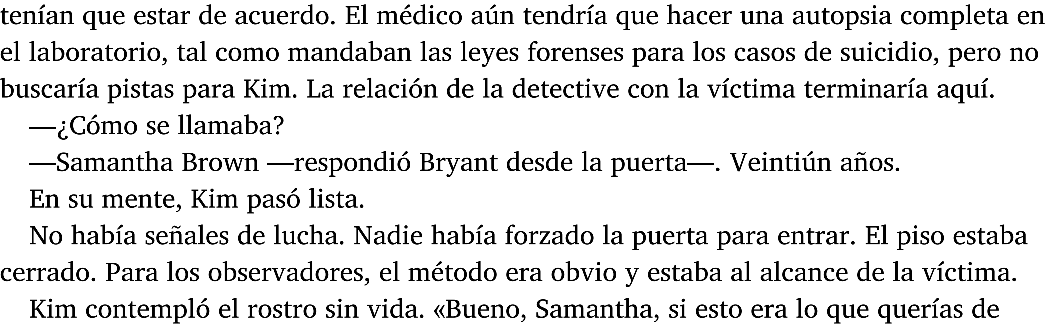
—No hay señales de lucha ni de que la entrada haya sido forzada —dijo Bryant desde atrás. Kim ni siquiera había notado que su compañero había salido de la habitación para hacer esas comprobaciones. Ella echó un último vistazo al cadáver: desde los pies descalzos, los pantalones de algodón y la camiseta hasta la salpicadura de sangre de la mano derecha.

—¿Quién ha dado la alarma? —preguntó.

—La mujer de abajo. Ha sacado a su perro al jardín, a las ocho de la mañana, antes de salir a trabajar. Al levantar la vista ha visto la sangre en el cristal, ha llamado a la puerta y después a la policía. Cuando los agentes han llegado, el casero ya estaba aquí. Es quien los ha dejado entrar —respondió Keats.

—¿La puerta estaba cerrada? —quiso confirmar ella.

—Eso ha dicho el casero. Calculo que la muerte se produjo entre las nueve y las once de anoche. —Kim asintió ante la información—. ¿Estás lista para ratificar que ha sido un suicidio, inspectora? —preguntó Keats. Sabía que, antes de registrar el dato, los dos


tenían que estar de acuerdo. El médico aún tendría que hacer una autopsia completa en el laboratorio, tal como mandaban las leyes forenses para los casos de suicidio, pero no buscaría pistas para Kim. La relación de la detective con la víctima terminaría aquí.

—¿Cómo se llamaba?

—Samantha Brown —respondió Bryant desde la puerta—. Veintiún años.

En su mente, Kim pasó lista.

No había señales de lucha. Nadie había forzado la puerta para entrar. El piso estaba cerrado. Para los observadores, el método era obvio y estaba al alcance de la víctima.

Kim contempló el rostro sin vida. «Bueno, Samantha, si esto era lo que querías de verdad, espero que por fin te hayas liberado de tu dolor y no sufras más», pensó.

—Inspectora, ¿estás lista para hacer tu declaración? —repitió Keats.

Ella respiró hondo.

—Sí, Keats, estoy lista para ratificarlo. Ha sido un suicidio.

Capítulo 2

Kim salió del edificio al cálido sol de principios de septiembre. Muchos curiosos se habían disgregado. Supuso que, a solo un par de días del comienzo de las clases, los espectadores habían tenido que volver a su vida cotidiana, a trabajar o a comprar los nuevos uniformes escolares.

Pero bufó cuando, una vez dispersa la masa, quedó de relieve alguien que no tenía tales obligaciones.

—Oiga, inspectora, ¿tiene...?

—Ya te he visto, Frost, y por eso voy hacia el otro lado.

Con Tracy Frost, la reportera local del *The Dudley Star,* Kim había tenido momentos de entendimiento a lo largo de los años, pero, para la detective, esa mujer siempre sería una periodista en busca de una historia jugosa.

—Entonces, ¿es verdad que...?

—Frost —dijo Kim. Al detenerse en seco, le provocó a la reportera un sobresalto—. ¿Cuántas veces me has acosado al salir de un sitio?

—Unas cuantas.

—¿Y cuántas veces te he ofrecido algo que hasta tú podrías estirar para convertir en un titular de prensa?

—Ninguna —admitió—. Pero yo ...

—Y eso no va a cambiar hoy —dijo antes de continuar con su camino—. Pero no dudes en preguntarle a Bryant —le soltó por encima del hombro—, porque está de humor para hablar contigo.

—Detective sargento Bryant, ¿puede decirme...?

—Supongo que eres impermeable a las sátiras, Frost —dijo Bryant en voz baja. Acababan de llegar a la puerta de su Astra Estate.

Tracy Frost se revolvió la melena rubia y se alejó volando sobre sus tacones de diez centímetros.

Sin poder evitarlo, Kim recordó la melena rubia enmarañada de sangre que acababa de ver. Se sacudió la imagen. Ya no había nada que hacer para ayudar a Samantha Brown.

Se oyó el zumbido del teléfono de Bryant al mismo tiempo en que Kim sentía el suyo vibrar en el bolsillo.

—El pariente más cercano de Samantha —la informó Bryant mientras ella se desplazaba hasta el mensaje de Stacey—. Espero que el sargento local pase...

—Iremos nosotros —dijo Kim. Informó a su compañero de que la casa de los padres de la chica estaba a menos de tres kilómetros.

Bryant giró la muñeca y consultó su reloj. Eran casi las once. Su medio turno debía terminar a la una. Ese movimiento enfadó a Kim.

—Bryant, sé que hoy me estás dedicando algo de tiempo, pero, por ahora, sigues en el trabajo. Hay una pareja de padres cuyas vidas quedarán destrozadas porque están a punto de enterarse del suicidio de su hija de veintiún años. Es una noticia que, de

verdad, creo que deberíamos darles nosotros, pero solo cuando te hayas asegurado de que dispones de tiempo suficiente.

Él no la miró ni se disculpó por haber sido tan insensible. En vez de eso, le habló en el mismo tono en el que le había hablado a Tracy Frost.

—Sí, jefa, por supuesto que tengo tiempo.

Capítulo 3

Kim comprendía lo irónico de su poca tolerancia a las personas que estaban de mal humor. Ella misma fluctuaba siempre entre la agresividad y la hostilidad. Era su estado natural. Cualquier calidez le requería mucha planificación, esfuerzo y cafeína.

Por eso había optado por mantener la boca cerrada durante el corto trayecto hasta la casa de los padres de Samantha Brown. Como no podía confiar en sí misma para decir algo positivo, lo mejor era callarse.

No era la primera vez que Bryant estaba de malas. Ocurría solo un par de veces al año y, por lo general, el asunto quedaba olvidado al día siguiente.

Detuvo el coche en Sedgley, frente a una casa unifamiliar. Adornaba la entrada, a la derecha de la puerta principal, una maceta de medio barril cargada de fucsias.

Kim pulsó el timbre y se volvió a su colega.

—Yo hablo.

Él asintió con la cabeza. La puerta se abrió y apareció un hombre delgado y rubio, vestido con pantalones negros y camisa de cuello abierto. Sobre su cabeza descansaban unas gafas de montura al aire.

Kim le mostró su identificación.

—¿Señor Brown? —preguntó.

Él asintió con movimientos lentos mientras se bajaba las gafas para ver mejor.

Su rostro se arrugó de preocupación. Se preguntaba qué hacían esos dos agentes de la Policía en su puerta.

—Detective inspectora —dijo.

—¿Podemos entrar? —preguntó ella.

—Por supuesto. —El hombre señaló la segunda puerta a la izquierda.

Kim entró en lo que, sin duda, era el despacho. Había una mesa de dibujo de tamaño A1 y, enfrente, un taburete de respaldo alto. Sobre la mesa había dos bocetos, uno al lado del otro. Vio, sobre un viejo escritorio de pino, un ordenador Apple de alta gama y un cuaderno abierto. La silla de brazos estaba un poco retirada. A la izquierda, frente a una pared de estanterías, había un sofá de tres plazas. Supuso que el hombre era arquitecto y que trabajaba en casa.

—Por favor, siéntense —dijo él, y señaló el sofá.

Kim tenía la sensación de que estaba convencido de que podría evitar las posibles malas noticias mostrando buenos modales.

Se sentó. Inmediatamente después de que el hombre ocupara la silla de brazos y se volviera hacia ellos, Bryant también se sentó.

—Señor Brown, ¿su esposa...?

—Myles, por favor —pidió.

Kim no se sentía cómoda llamando a las personas por sus nombres de pila, pero, dadas las noticias que estaba a punto de darle, decidió acatar ese deseo.

—Bien, Myles, necesito hablar con usted y con su...

Cerró la boca en cuanto se abrió la puerta del estudio.

—Cariño, no consigo localizar a...

La recién llegada dejó de hablar. Al levantar la mirada del teléfono, había descubierto a quienes estaban allí sentados.

Kim supuso que era la señora Brown y que quien no le contestaba al teléfono era su hija, Samantha. Se esforzó por contener las náuseas.

Myles se puso en pie e hizo señas a su mujer para que se sentara.

—Son detectives, Kate —dijo.

Ella accedió. Sostenía el teléfono en la mano, aunque sin fuerzas.

—¿Se trata de Sammy? —preguntó, temblorosa.

Kim se dio cuenta de que esos serían los últimos momentos normales que viviría esa pareja antes de tener que reconstruir su vida en torno a la pérdida de su hija.

Tenía delante dos rostros llenos de miedo y expectación. Sin embargo, en cuanto dijera las palabras, en cuanto lo supieran, esas personas desearían volver a ese instante o a cualquier momento anterior.

—Señor Brown, señora Brown, me temo que tengo terribles noticias sobre su hija. —Myles se apretó contra su esposa y le agarró la mano—. Siento tener que comunicarles que Samantha se suicidó anoche.

Con esas palabras flotando en el aire, por encima de su aceptación, las expresiones de los dos seguían inmutables.

Kim no dijo nada. Aguardó.

Kate Brown negó lentamente. Con la mano extendida, les mostró el teléfono.

—No, miren, acabo de dejarle un mensaje. Volverá a llamar. Han metido la pata. Verán, volveré a intentarlo —dijo la mujer, desesperada, y el teléfono se le escapó de las manos temblorosas.

Myles se agachó para recoger el aparato. Cuando se irguió, Kim vio que los ojos se le estaban llenando de lágrimas. Él ya había aceptado la verdad.

—Lo siento, señora Brown, pero no va a cogerle la llamada. Venimos de su piso.

Kate Brown se puso de pie.

—No la creo. Lléveme allí ahora mismo. Se lo voy a demostrar. —Se volvió a su marido—. Myles, coge el coche y... —Dejó de hablar al ver la cruda emoción en sus ojos. Frunció el ceño y volvió a negar—. No les creerás, ¿no, Myles?

Él asintió con un movimiento de cabeza. Las lágrimas corrían por su rostro. Atrajo a su esposa.

—Mi bebé, mi bebé —gimió ella. Myles la estrechó aún más; pero ella se apartó y miró a su marido a la cara por última vez.

Él movía la cabeza de arriba abajo.

—Se ha ido, amor.

—Pero dijiste que estaba lista para quedarse...

—Calla, cariño —le dijo, y la atrajo de nuevo hacia su pecho.

Apoyó la mandíbula en la cabeza de su esposa mientras las lágrimas aún corrían por sus mejillas.

La mirada atormentada del señor Brown se encontró con la de la detective, al otro lado de la habitación.

—¿Cómo...? O sea...

Kim levantó las manos.

—Alguien vendrá a hablar con ustedes más tarde. Por ahora, cuídese y cuide de su esposa. —Los detalles llegarían pronto. Al igual que la necesidad de identificar el cuerpo. Kim se levantó. Bryant hizo lo mismo—. Encontraremos la salida. Por favor, acepten nuestras más profundas condolencias.

Eran palabras convencionales, pero sinceras.

Cuando llegaron a la puerta, Myles habló:

—Una cosa más, oficial, solo una. Hay algo que tengo que saber. ¿Sufrió?

Kim pensó en los pocos minutos después del corte, en los momentos en que la sangre abandonaba el cuerpo de la chica. Largos momentos llenos de miedo antes de la inconsciencia.

Recompuso sus facciones y respondió:

—No, señor Brown, Samantha no sufrió en absoluto.

Capítulo 4

Kim se bebió lo que quedaba del café y tamborileó con los dedos sobre el escritorio. Los acontecimientos de la mañana se repetían en su mente una y otra vez.

Bryant por fin se había ido. Stacey y Penn estaban rematando el papeleo de una agresión grave que habían resuelto el día anterior para el Servicio de Protección de Menores. Kim debería estar revisando los tres nuevos casos que habían aterrizado en su escritorio y, sin embargo, no podía quitarse de la cabeza el rostro de Samantha Brown.

Todo en la escena estaba como debía estar. Keats no había dudado ni un instante; ella, tampoco.

Cogió uno de los tres nuevos expedientes. Ese era el problema cuando trabajabas casi siempre en asesinatos: veías actos criminales por todas partes. «Gajes del oficio», pensó, y abrió la carpeta.

Pero Kate Brown había dicho que Samantha estaba lista para algo, aunque no era eso lo que había despertado su interés, sino que Myles Brown interrumpiera a su mujer.

Cerró la carpeta que tenía delante. En su cerebro ya comenzaba a formarse una pregunta. Esta mañana, había observado la escena con atención; pero ¿se había fijado bien? ¿Lo bastante bien?

Capítulo 5

Bryant no podía deshacerse de la sensación que lo atormentaba desde que había abierto los ojos esa mañana. Sabía que había sido brusco con la jefa, pero su mente estaba concentrada en el proceso que iba a tener lugar en una hora.

Había pasado por ese proceso muchas veces a lo largo de los años, pero la sensación de que el de ese día iba a ser diferente le provocaba un nudo en el estómago.

Se trataba del asesinato de Wendy Harrison, el caso que había cambiado su vida.

Cuando tenía veintiséis años, ya como agente de policía, había sido el primero en llegar al lugar de la brutal violación y asesinato de una chica de quince años que llevaba desaparecida cuarenta y ocho horas. Ni antes ni después ningún otro caso lo había conmocionado tanto como la horrenda escena que vio al vigilar el cadáver de Wendy Harrison.

Durante los tres cuartos de hora que estuvo esperando a que acudiera el Departamento de Investigaciones Criminales, le había prometido a la joven que encontraría a ese cabronazo y que lo detendría, aunque fuera lo último que hiciera.

Después de caminar alrededor del cadáver, el detective encargado le había pedido que se marchara. Le había dado la orden de que volviera a la comisaría a completar su informe.

Al salir de ahí, Bryant sintió que abandonaba a la chica, que rompía su promesa, aunque no estaba en sus manos hacer más; aunque eso no había impedido que el rostro de Wendy lo persiguiera en sueños durante semanas.

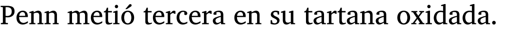
Y ese sentimiento de incompetencia lo había impulsado a unirse al Departamento de Investigaciones Criminales. Quería ser quien realizara las detenciones, quien siguiera la pista de los delincuentes, no quien vigilara el cadáver antes de que lo expulsaran de la escena.

Había seguido de cerca el caso. Los detectives habían atrapado al culpable, pero tendrían que haberlo hecho antes de que el asesino tuviera la oportunidad de volver a atacar. Peter Drake, antes de que por fin lo pillaran, se había cobrado otra víctima.

Así que, después de haber defraudado a Wendy Harrison, Bryant se había prometido que no volvería a ocurrir.

A lo largo de los años, y a intervalos regulares, le habían pedido que aportara su granito de arena, como estaba haciendo ese día, para asegurarse de que Peter Drake no volviera a ver la luz del sol.

Capítulo 6



Penn metió tercera en su tartana oxidada.

—¿Seguro que ha pasado la ITV? —preguntó Kim.

—Le toca el mes que viene, jefa, pero sé que me dará motivos de satisfacción.

La guantera se abrió sobre las rodillas de Kim.

—He visto escenas del crimen con mejor aspecto —observó ella.

—Sí, pero este viejo no me va a defraudar. Hemos tenido grandes experiencias juntos —dijo él, y golpeó el volante.

Kim sospechaba que esa cafetera pronto acabaría en el desgüace, pero no sería ella quien le diera la noticia a Penn.

—En la siguiente, a la izquierda —dijo, ya cerca del centro de Dudley y a la derecha de inmediato —añadió. En el lado izquierdo, algo chirrió en señal de protesta.

Penn se detuvo detrás del único coche de la Policía que permanecía allí. La furgoneta de Keats había desaparecido, la ambulancia se había ido y la cinta del cordón ya había sido retirada. Los curiosos estaban de regreso a sus asuntos, olvidadas ya las emociones del día. Este acontecimiento tan devastador había cambiado la vida de los padres de Samantha, pero, para los vecinos, no era más que un tema de cotilleo pasajero.

El coche patrulla estaba aparcado junto a la furgoneta Ford Escort del casero. Kim esperaba que el hombre aún estuviera por allí.

Mientras se acercaba a la entrada, el vigilante le dirigió una mirada interrogativa.

—¿Señora?

—Solo quiero echar otro vistazo —explicó. El policía se hizo a un lado. Le habrían dicho que no dejara entrar a nadie más que al personal de limpieza.

—No pasa nada —le aseguró ella—. Si ves al casero, dile que me gustaría hablar con él.

El agente asintió y se llevó la mano a la radio que llevaba en el chaleco.

Kim subió las escaleras de dos en dos. Penn la seguía de cerca.

—No hay ningún problema —dijo al segundo agente, que custodiaba la puerta del piso —. Tu colega de abajo te está informando de que estoy aquí.

El agente se hizo a un lado para dejarla entrar.

Kim no se había percatado de lo pequeño que era el apartamento.

Al pasillo sin ventanas daban tres puertas. Ella sabía que la de la izquierda conducía al dormitorio, la de la derecha daba a la cocina, y la del fondo, al salón.

Se dio la vuelta y cerró la puerta principal. Vio que tenía dos cerraduras distintas: una de pestillo, a la altura de los ojos, de las que se bloqueaban automáticamente al cerrar. La otra, colocada por su cintura, era de llave. Las inspeccionó de cerca y no encontró daños en ninguna. Tal como Bryant le había dicho.

—Jefa, ¿hay algo que quieras que haga? —preguntó Penn.

—Solo observa —dijo ella, y entró en la cocina.

El espacio estaba amueblado con armarios blancos sencillos y baratos, y un fregadero de acero inoxidable. En la pared, junto a la ventana, había una caldera nueva.

La cocina parecía funcional, aunque parca, sin ningún toque personal. No había cacharros en las superficies ni cuadros en la pared que se identificaran con la residente. Cerca del fregadero había una taza blanca y un plato a juego con dos trozos de corteza de pan, sobras de un bocadillo.

—No se parece a mi cocina —comentó Penn desde la puerta—. No queda un hueco libre en la encimera —miró a su alrededor—, y eso que la mía es más grande que esta.

No era que Kim pasara mucho por la cocina, pero su propio espacio estaba lleno de trastos que no se molestaba en guardar, cosas que se habían acumulado con el tiempo: un par de pilas de repuesto, un libro de cocina que la detestaba, estropajos que había utilizado para limpiar piezas de motocicleta y otros que no tenían sitio, pero sobre los que pasaban sus ojos varias veces al día. En esta habitación había una clara ausencia de cacharros.

Fue al salón. De nuevo, un espacio reducido, dominado por un sofá de dos plazas y un sillón solitario. En un rincón, sobre un mueble de cristal, había un pequeño televisor. Kim buscaba enseres personales, cualquier cosa que Samantha Brown hubiera dejado allí, pero no encontró nada.

Penn, que iba de un lado al otro por el pequeño salón, comentó:

—Es como si nunca hubiera visto este lugar como una casa.

Y eso era, ni más ni menos, lo que Kim estaba pensando. ¿Habían desplazado a Samantha de algún modo? ¿Se había sentido sola? ¿Eso la había llevado a quitarse la vida?

Volvió al dormitorio y se paró en la puerta. Quizás por el recuerdo de esa mañana, quizás por el área limpia en forma de cuerpo que había quedado en las sábanas después de retirar el cadáver, aún veía a Samantha Brown allí tumbada.

Mientras trataba de precisar qué la había llevado de vuelta, sonaron pasos en el pasillo.

Le tendió la mano un hombre bajo y fornido vestido con un mono. Ella desvió la mirada cuando la mano volvió a caer al costado.

—Soy Raymond Crewett, el casero.

Kim regresó al pasillo.

—¿Ha sido usted quien ha dejado entrar a la policía en el piso? —preguntó.

—Sí, he sido yo.

—¿Y ha tenido que abrir las dos cerraduras?

Él empezó a asentir.

—Sí, sí, yo...

Cerró la boca y frunció las cejas. Sacó el juego de llaves maestras y pareció hacer un repaso mental de sus acciones.

—Espere, no creo que lo haya hecho. Abrí el pestillo de arriba y luego probé la puerta, y se abrió. Pero la mayoría de la gente no...

—Gracias, Raymond. Si necesito algo más, lo avisaré.

—¿Tiene alguna idea de cuándo...?

—No —respondió, lacónica. No sabía cuándo podría recuperar su piso el casero.

Lo que el hombre acababa de decir no aliviaba lo que Kim sentía en el estómago. Sí,

mucha gente olvidaba girar la llave en la segunda cerradura, pero no las mujeres jóvenes y solteras que vivían solas.

Raymond, mientras se alejaba, murmuraba algo sobre unos canalones que había que reparar.

—¿Crees que alguien más estuvo aquí? —preguntó Penn.

—Lo que creo es que no es imposible —dijo Kim, y volvió a la puerta del dormitorio.

Él pasó a su lado, entró en la habitación y se detuvo en el alféizar de la ventana.

—Nunca había visto algo así —dijo—. Alguien cortándose la garganta. Las muñecas, en la bañera, pero nunca esto.

La reacción de Penn ante la escena no calmaba la inquietud que Kim sentía en las entrañas. Había vuelto para cerciorarse de que Keats y ella habían acertado, pero el efecto era el contrario.

—Bonita vela —dijo Penn—. Y cara. A mamá le encantan. Se compra una al año.

—Penn, cállate —dijo.

—De acuerdo, jefa —dijo él, sin dejar de mirar a su alrededor.

Kim estaba haciendo una lista mental de las cosas que no encajaban: no había habido ninguna preparación, ninguna ceremonia. No había ninguna nota. Las cortinas estaban abiertas de par en par, cuando debería haber sido algo privado. ¿Y el lugar? ¿Por qué no en la bañera? Por alguna razón, la gente que se suicidaba no quería liarla. El plato y la taza en la cocina. ¿A quién podría apetecerle un tentempié sabiendo que estaba a punto de degollarse?

Y que solo hubiera que abrir una de las cerraduras de la entrada. Justo la que se habría encajado sola si alguien hubiera salido.

Y ahí estaba esa vela, envuelta en celofán. Era una de esas que uno compra para regalar. En un piso tan austero, donde no había más objetos personales, ¿por qué una sola vela tan cara?

—Penn —dijo imperiosa.

—Sí, jefa.

—Llévame de vuelta a la comisaría. Ahora.

Capítulo 7

—Por supuesto que no —dijo Woody, sacudiendo la cabeza.

—Pero, señor, tenemos que comenzar una investigación completa de inmediato.

Penn había conducido como un demonio para llevar a Kim de vuelta a la comisaría lo antes posible. Y ella le había contado todo a Woody. Incluso le había pedido que diera instrucciones a Keats para que practicara de inmediato la autopsia de Samantha Brown. Debían hacerla de todos modos, solo que, en ese momento, Samantha Brown estaba clasificada como poco urgente. Y, aunque el retraso podría significar uno o dos días como mucho, Kim no tenía tanto tiempo que perder.

—Aunque hubiese habido pruebas importantes, han desaparecido en el momento en que tú y Keats habéis declarado que era un suicidio. No se han tomado fotos de la escena del crimen ni seguido los protocolos forenses, por no mencionar que Keats ya ha limpiado el cuerpo para su identificación, con lo que cualquier cosa de valor habrá quedado destruida.

—Pero podría haber…

—Stone, no voy a ceder. Si había algo con valor probatorio, estaba por fuera del cadáver. La causa de la muerte es indiscutible. Y aunque estuvieras en lo cierto, y no estoy convencido de que lo estés, has perdido la ocasión de examinar el cuerpo de Samantha Brown en la primera oportunidad.

Kim maldijo en voz baja.

—Señor, de verdad, necesitamos reclasificar la forma de muerte.

—Lo haremos en cuanto me des una razón real. No haremos que los padres pasen por esto, Stone. —Hizo una pausa y la miró—. Si de verdad crees que se ha cometido un error, investiga, pero hazlo con mucha sutilidad.

Kim asintió.

Después de todo, sutilidad era su segundo nombre.

Capítulo 8

Bryant entró en el aparcamiento diez minutos antes de la hora. De inmediato notó que había sido el primero en llegar.

La prisión de Su Majestad Hewell estaba situada en Tardebigge, en Worcestershire. Con una capacidad para unos mil cuatrocientos reclusos de diversas categorías, prestaba servicio a las zonas de Worcestershire, Warwickshire y West Midlands. La prisión tenía lo suyo en hacinamiento y drogas, problemas que habían quedado de manifiesto cuando, al rodarse un documental sobre la vida silvestre en los campos adyacentes, la cámara había captado cómo se producía el contrabando.

Y ese sitio había sido el hogar de Peter Drake durante los últimos veintiséis años.

Bryant apagó el motor y se apoyó en el respaldo del asiento. De haber seguido fumando, ya tendría en la mano un cigarrillo encendido.

Diez minutos por delante. La ansiedad atenazándole el estómago. Joder, probablemente ya se habría fumado dos, uno tras otro.

A falta de algo mejor que hacer, golpeteó el volante con la palma de la mano. Mientras tanto, echaba vistazos por el aparcamiento, en busca del vehículo que esperaba.

A Richard Harrison lo había conocido en el funeral de Wendy. Bryant se había quedado en el fondo de la capilla ardiente para que nadie reparara en su presencia. Solo que no había pasado inadvertido. Cuando iba de camino a su coche, Richard se le había acercado para preguntarle por qué había asistido al funeral.

Y a ese hombre destrozado, que acababa de enterrar a su hija, Bryant le había explicado cuál había sido su papel en el asunto. Después, durante el juicio, en la lectura de su declaración, lo había visto luchar contra las lágrimas. Y Richard Harrison, a pesar de todos sus esfuerzos, había terminado por echarse a llorar. Hoy, el asesino estaba tras la seguridad de las rejas, cumpliendo una condena de cuarenta y cinco años. Bryant había seguido adelante, con la esperanza de que Wendy estuviera descansando en paz.

Y así había sido hasta diez años antes, cuando, al terminar el turno, vio que Richard Harrison lo esperaba a las puertas de la comisaría de Sedgley.

No lo había reconocido de inmediato. Era la mitad del hombre que había sido, tanto en estatura como en circunferencia. Su pelo era mucho más gris de lo que Bryant recordaba. Ante un café, Richard le había explicado que Peter Drake, el asesino de Wendy, había solicitado la libertad condicional tras haber cumplido quince años. También le había confiado que su matrimonio había terminado por romperse y que estaba divorciado. A lo largo de la conversación, Bryant había deducido que la causa principal de la ruptura había sido la incapacidad de Richard para seguir adelante tras la muerte de su única hija. El hombre había perdido el contacto con sus amigos y, después, debido a su bajo rendimiento, había perdido el trabajo. Ni la casa ni la mujer le habían durado mucho más.

Bryant lo comprendía. Sabía que cada uno sanaba a su propio ritmo, que cada uno tenía que permitirse su propia recuperación y que Richard debía encontrar una nueva forma de seguir adelante; pero también sabía que, si su propia hija hubiera sufrido el

mismo calvario que Wendy, quizás él tampoco se habría recuperado nunca. Los dos, Richard y Bryant, eran padres de hijas únicas.

—Era una niña de papá —le había explicado Richard—. Si algo le sucedía, corría a los brazos de papá. Si necesitaba una tirita o un cuento para dormir, era papá quien lo mejoraba todo. Pero papá no pudo hacerlo aquella vez —había susurrado Richard a su bebida. Y eso, a Bryant, casi le había roto el corazón.

Sabía que otros padres tenían la oportunidad de enmendar los errores que creían haber cometido. De alguna manera, las personas con más de un hijo tenían la oportunidad de compensar a través de un hermano, de hacer las cosas de otra manera la segunda vez. Richard nunca haría las paces con Wendy. Sentía que le había fallado, y nunca se lo perdonaría.

Para ayudarlo, Bryant había hecho un par de llamadas a la prisión y a un amigo que tenía en la Junta de Libertad Condicional. Este le dejó claro que Peter Drake no iría a ninguna parte. Su mal comportamiento y sus episodios violentos contra los funcionarios de la cárcel habían descartado su liberación anticipada.

Pero las cosas habían cambiado hacía cinco años, cuando, supuestamente, el hombre había encontrado a Dios. Desde entonces, no se había metido en líos.

Ahora, cada audiencia de libertad condicional conllevaba más riesgo, más del que habría hecho que Bryant se sintiera cómodo.

Hacía dos años que Richard le había pedido que lo acompañara a la audiencia. Como pariente más cercano de Wendy, se le permitía asistir y llevar a una persona para que lo apoyara.

En el pasado, Bryant siempre había confiado en la Junta de Libertad Condicional. Era un organismo independiente formado por doscientos cuarenta y seis miembros y ciento veinte empleados de apoyo que realizaban evaluaciones de riesgo de cada individuo. Ellos eran quienes determinaban si el reo podía ser devuelto a la comunidad en condiciones de seguridad.

Y Bryant también sabía que la seguridad pública era la prioridad y que, cada año, el Ministerio de Justicia remitía a la Junta unos veinticinco mil casos. Las evaluaciones de riesgo se basaban en un expediente de pruebas detalladas junto con indicios aportados en una vista oral. Los miembros de la Junta procedían de un amplio círculo de profesiones y eran nombrados por el ministro de Justicia.

A Bryant, las estadísticas le decían que, entre 2018 y 2019, solo el 1,1 % de los delincuentes puestos en libertad habían vuelto a cometer delitos graves. Era un porcentaje pequeño, pero, al fin y al cabo, no era de cero, y eso solo demostraba una cosa: que la Junta de Libertad Condicional cometía errores.

Mientras el coche de Richard Harrison entraba en el aparcamiento, Bryant rezaba para que Peter Drake no fuera uno de ellos.

Capítulo 9

Myles ayudó a su esposa a meterse en el coche. No tenía ni idea de cómo habían llegado hasta el aparcamiento.

En el momento en que ella había visto a su hija tumbada en aquella camilla del mortuorio, su rostro era hermético. No había llorado, ni siquiera sollozado. De hecho, no había emitido un solo sonido desde entonces.

Myles había sentido el impulso de extender la mano hasta la sábana blanca, que llegaba a la barbilla de su hija, y moverla para evitar que se asfixiara. Sammy siempre había rechazado cualquier cosa que le apretara el cuello. Tuvo que recordarse a sí mismo que ya no podía sentir nada, y ahora también sabía lo que la sábana pretendía ocultar. No quiso ver la herida que su propia hija se había infligido.

Se inclinó hacia al interior del coche y habló:

—Cariño, solo necesito ir al baño —dijo.

La mujer apenas movió la cabeza en señal de asentimiento, su mirada seguía fija al frente.

Myles cerró con suavidad la puerta del coche y caminó hacia el edificio principal.

Tenía la impresión de que podía deshacerse de la sensación de ahogo que sentía en el estómago, aunque sabía que lo acompañaría durante mucho tiempo.

La decisión de Samantha de suicidarse no le provocaba la misma conmoción que a su esposa. La chica había pasado por mucho, y, sí, él la había considerado lo bastante fuerte como para que intentara vivir sola. Cargaría con ese error el resto de sus días. Sin embargo, una vocecita hablaba en su interior. Si estaba tan decidida a acabar con su vida, ¿el lugar habría cambiado algo las cosas? En casa no habrían podido tenerla bajo arresto domiciliario ni vigilada las veinticuatro horas. Ella habría encontrado la manera.

Myles era consciente de que su mujer apenas lo miraba desde que la detective les había dado la noticia. Algo en él trataba de liberarse de toda la emoción contenida, de la pena, la ira, la injusticia; incluso del dolor; pero no quería hacerlo, no podía. Sabía que su mujer no tenía más derecho a sus propios sentimientos que él, pero aceptaría el silencio acusador. Estaría preparado para cuando llegara la furia. Estaría preparado para las lágrimas incontrolables, una vez que la mente de su esposa abriera las compuertas y la verdad terminara por filtrarse. Pero lo que no podía hacer era derrumbarse, no podía permitírselo. No podía permitir que la pena se lo tragara entero. Aún quedaba mucho por hacer. Y sus acciones, de cara al futuro, ahora eran más importantes que nunca.

Entró en la recepción del hospital, pasó por delante del mostrador y se ocultó del coche, aunque sabía que ella no lo estaría mirando.

Buscaba un lugar más o menos privado, a lo largo del pasillo, cuando lo asaltó una idea.

Samantha había estado en el centro de casi todas las conversaciones que él y su esposa habían tenido en los últimos tres años. Ahora se había ido. El vacío que dejaba nunca podría llenarse.

Inspiró hondo y sacó el teléfono: ese era el verdadero motivo por el que había pedido

a su mujer que se quedara en el coche.

Se desplazó por la pantalla hasta el contacto que estaba buscando y se giró hacia la pared. Como era de esperar, saltó el buzón de voz. Aguardó. Tomó otra bocanada de aire.

—Sammy ha muerto —dijo, y colgó.

Capítulo 10

—Samantha Brown —dijo Stacey con la mirada fija en la pantalla—. Veintiún años, hija de Myles y Kate Brown, nacida en julio del noventa y nueve. Formó parte del equipo de gimnasia de la escuela y, más tarde, del de *netball*. Terminó el insti hace cinco años y asistió a la Universidad de Dudley, donde estudió Diseño Gráfico. Parece haber tenido una gran vida social: muchos amigos, pero ningún novio serio. Prácticamente estudiaba y salía de fiesta al mismo tiempo.

—¿Una vida universitaria normal, entonces? —comentó Penn.

Kim escuchaba a medias mientras hacía clic en el botón de actualizar de su correo electrónico. Keats la había cuestionado cuando le pidió las fotografías del cadáver, tanto las tomadas en el lugar de los hechos como las posteriores. Le había asegurado que solo las quería para su informe. Así que el médico forense había accedido a enviárselas. Terminó la llamada tan pronto como pudo para eludir más preguntas del astuto patólogo. Si de verdad lo conocía tan bien como creía, él mismo estaría estudiando esas fotos ahora mismo, preguntándose si se habrían equivocado.

—Samantha era activa en casi todas las plataformas sociales, pero parece que su favorita era Instagram, hasta...

—Espera, Stace —la interrumpió Kim. Acababa de llegar el correo electrónico de Keats.

Ojeó las diez fotos que le habían enviado. Buscaba cualquier cosa sospechosa, cualquier detalle fuera de lugar. Algo que pudiera llevarle al jefe.

En ese momento, no tenía nada más que una vela, al parecer, regalada; la falta de ceremonia y planificación, la posibilidad de que alguien más pudiera haber estado en el piso y su propia naturaleza suspicaz. Y el jefe ya la había callado por basarse en esas cosas. Necesitaba algo para convencerlo de que la dejara investigar bien la muerte de Samantha.

Arrastró el ratón por las fotos.

La postura.

El cuchillo.

La sangre.

La mano.

Mierda, allí no había nada que no siguiera bien presente en su memoria.

Empezó de nuevo.

—Lo siento, Stace, continúa.

—Solo iba a decir que todo lo relacionado con la presencia de Samantha en Internet es lo que cabría esperarse. Todo bastante normal, como ha dicho Penn, excepto por una cosa.

—¿Cuál? —preguntó Kim mientras su teléfono le mostraba la última imagen de la colección: la mano.

—Todo está ahí, pero lo dejó hace tres años. Desde entonces, no ha vuelto a publicar nada.

Kim levantó la cara.

—¿Tres años?

Stacey asintió.

Insólito, pero con eso no conseguiría que Woody cambiara de opinión.

—Bien, Stace, buen trabajo, pero voy a necesitar... —Dejó de hablar cuando su mirada volvió a la foto de la mano. Algo acababa de llamarle la atención. Era como si lo estuviera contemplando por primera vez.

Giró el teléfono y miró la foto desde todos los ángulos.

—Stace, sigue indagando, y, Penn, tráeme ya un bolígrafo rojo y una regla.

Capítulo 11

Britney metió la mano en la mochila y sacó los últimos folletos. En cuanto estuvieran repartidos, podría irse a casa.

El recuerdo de cuando había empezado ese trabajo la hizo sonreír. En su tercer día, había salido de la universidad antes de tiempo, puesto que las nubes de tormenta, que habían estado amenazando toda la jornada, se habían desatado en truenos, relámpagos y lluvias torrenciales. Había regresado a casa con la mochila medio llena de folletos, la ropa empapada como plástico derretido y el pelo chorreando. Le habían explicado entonces que no podía abandonar su puesto de trabajo por un poco de mal tiempo. Y ella se había planteado alegar que la tormenta había durado casi tres horas, pero, en realidad, entendía el fondo del asunto: su trabajo era demasiado importante para marcharse a la primera de cambio. Su familia dependía de ella. Juró que no volvería a defraudarlos.

Al día siguiente, su mochila contenía los trescientos folletos del día, además de los de la jornada anterior. Desde entonces, nunca había vuelto a casa antes de hora.

Como tantas otras veces, se sintió abatida al ver tantos panfletos tirados por el suelo; estropeados y pisoteados; desechados en cuanto ella se perdía de vista.

No estaba enfadada. Estaba triste, nada más, porque los destinatarios no se habían molestado en leer toda esa información importante que podía cambiar sus vidas, como había cambiado la suya.

Britney recordó el día en que recibió uno de esos folletos, hacía casi cinco años, dos días después de haber cumplido los diecinueve, un cumpleaños más que no se había molestado en celebrar. Los cumpleaños no significaban gran cosa cuando entrabas y salías del sistema de acogida. Tu padre ausente no los recordaba. No los celebraba tu madre, que te había abandonado porque interferías en su vida social. Y en los hogares de acogida de corta estancia tampoco te hacían mucho caso.

Britney se sacudió los pensamientos negativos; eran venenosos para el alma. Ya no los necesitaba. No necesitaba ningún vínculo con su pasado. El pasado no le había dado nada; en cambio, su regalo sí, su regalo le daba cuanto podía desear. Por primera vez en su vida, tenía una sensación de pertenencia. Importaba. Y sabía que siempre había sido así.

Miró a su alrededor y sonrió. Lo menos importante eran los panfletos en el suelo. Cada persona que cruzaba delante era un superviviente en potencia, alguien cuya vida podía cambiar. Cada persona era una oportunidad. Así que qué más daban los folletos desechados. Quizá alguien pisara uno, alguien a quien le hiciera falta. A lo mejor esa persona lo leía en un momento vital en el que necesitaba algo más.

Miró a su alrededor, con ojos muy frescos. Era su trabajo, era su deber intentar ayudar a algunas de esas personas a comprender que de verdad había otro camino.

Sus ojos se posaron en una mujer sola sentada en la pared. Con las piernas colgando, sus talones pateaban ociosos. La mujer miró algo en su teléfono y lo guardó. Cuando levantó la cabeza, Britney vio dos cosas: una piel cubierta de acné y, en los ojos, una

tranquila soledad.

Supo de inmediato que esta chica necesitaba su ayuda.

Capítulo 12

—Vale, Penn, túmbate en el suelo —le pidió Kim.

Él levantó la mano derecha, que ahora tenía cubierta de pequeñas marcas rojas.

—Disculpa, jefa —dijo.

Kim se lo pensó un segundo.

—Sí, límpiatelos.

Y Penn pareció aliviado.

—Menos mal que...

—Mejor túmbate sobre los escritorios.

El sargento buscó en la cara de su jefa indicios de que bromeaba. No los había.

—Acuéstate. Apoya la cabeza en el escritorio de Bryant y, de la cadera hacia abajo, en el escritorio desocupado. —Le señaló cómo quería que se colocara—. Necesito situarme a tu derecha.

Él obedeció. Stacey, que mordisqueaba un bolígrafo rojo, se acomodó en su silla para ver mejor. A partir de la foto, acababa de copiar minuciosamente cada marca de salpicadura de sangre en la mano de Penn.

—Stace, pásame esa regla.

La ayudante de detective le puso los treinta centímetros de plástico en la palma de la mano, como una enfermera que asistiera a un cirujano.

—Espera, jefa —dijo—. Si tratamos de representarlo lo mejor posible, el cuchillo de las fotos mide apenas unos quince centímetros.

—Buena observación —dijo Kim. Apoyó la regla en el borde del escritorio, bajó la mano con fuerza y la partió por la mitad.

Penn se apartó con un movimiento brusco.

—Mierda —exclamó.

—Lo siento —dijo Kim. No se había dado cuenta de lo cerca que había estado de su oreja—. Bien, Penn, levanta la mano derecha.

Él obedeció y ella, sin pensarlo mucho, colocó la regla en la palma levantada. El sargento, entonces, cerró los dedos alrededor de la regla, y estos, al curvarse por los nudillos, dejaron al descubierto las salpicaduras de sangre. Kim quitó su propia mano, debajo de la que no había marcas rojas.

Sin revelar nada, le hizo señas a Stacey para que se acercara.

—Haz lo que acabo de hacer. No lo pienses.

Stacey cogió la regla y la puso en la mano de Penn. Ocurrió lo mismo. Los dedos de Stacey tuvieron que abrirse para contener el puño.

La ayudante retiró la mano y mostró una piel sin marcas.

Kim se cruzó de brazos.

—¿Entonces? —preguntó. Quería saber qué había enseñado a su equipo el experimento.

Stacey fue la primera en responder.

—La mano de Samantha no era la única que sostenía el cuchillo.

Capítulo 13

Aunque se sentía tentado de volver a la comisaría, Bryant se resistió. Se había tomado la tarde libre y el turno a punto de terminar.

La audiencia de libertad condicional había transcurrido igual que las demás. Richard había hablado con el corazón. Se había resistido a llorar mientras explicaba que su propia cadena perpetua no admitía libertad condicional; que su hija no volvería nunca, que no reaparecería convertida en una mujer adulta con hijos. Explicó que, al cerrar los ojos por las noches, seguía viendo todas y cada una de las heridas infligidas a su cuerpo. Richard no había hablado con menos pasión que en la primera audiencia a la que habían asistido. Después, habían salido de la sala, se habían dado la mano y Richard se había marchado, seguro de que había hecho y dicho lo suficiente para mantener al hombre entre rejas.

Pero Bryant no estaba tan seguro.

Sentado junto a padre de Wendy, había observado con atención a los miembros de la Junta. En otras audiencias, esos hombres habían escuchado a Richard, habían puesto en él toda su atención, con la empatía y la emoción en sus ojos, pero hoy Bryant había visto algo más. En un momento dado, uno de los miembros había consultado su reloj y, algunas veces, los otros dos se miraban entre sí. Un hombre destrozado exponía su caso, pero Bryant había detectado impaciencia.

No había comentado sus observaciones con Richard. Tenía miedo de haber visto algo que no existía por haberse fijado tanto en el comportamiento de la gente de la sala.

Y, mientras detenía el coche en un aparcamiento en el lado oeste de Clent Hills, se percató de que había vuelto. Estaba en el lugar exacto en el que, como primer agente, había acudido a ver el cuerpo destrozado de Wendy Harrison. Apagó el motor y dejó que esas imágenes horribles se reprodujeran en su cabeza. La crueldad de la agresión, las cuchilladas que se extendían desde la cara interna del muslo hasta el tobillo, los huesos rotos, la sangre, la violación. Ningún hombre capaz de hacer eso podía rehabilitarse, hubiera encontrado a Dios o no.

En el silencio, lo sobresaltó el sonido de su teléfono, a pesar de que era una llamada que esperaba.

Contestó, escuchó y colgó. Desde el momento en que había abierto los ojos esa misma mañana había esperado lo que acababan de confirmarle: Peter Drake había conseguido la libertad condicional.

Capítulo 14

Kim estaba enfrascada en llenar de agua la cafetera cuando tuvo que hacer otras dos cosas, ninguna de las cuales la sorprendió: coger una llamada de Keats y abrirle la puerta a Bryant.

—Hola —dijo a modo de saludo para ambos. Se apartó de Bryant, quien ya estaba ocupado en darle una manzana a un Barney expectante, y centró su atención en el médico forense.

—¿De verdad crees que ha sido un asesinato, Stone? —preguntó Keats.

En la inflexión de la voz, el médico le insinuaba que esa teoría implicaba algún tipo de desprecio a su juicio, pero Kim no quería prestar atención a eso. Quiso librar a Keats de ese peso.

—Los dos hicimos la declaración —dijo.

Estaba contenta de que Woody se hubiera apresurado a llamar al servicio forense para poner en marcha el proceso de reclasificación de la muerte de Samantha. Y eso habría comenzado con una llamada de cortesía a Keats.

Por otro lado, Woody le había pedido que informara a la familia a primera hora de la mañana. El piso ya había sido precintado a la espera de la llegada de los forenses; sin embargo, Kim no se quedaría a esperar las conclusiones.

Una docena de personas o más habían entrado y salido de esa vivienda sin ningún cuidado para preservar las pruebas. El asesino, aunque hubiera dejado su nombre y dirección, nunca vería el interior de un juzgado. Y Kim no sabía si la propia Samantha les diría algo más. Sí, era indiscutible que la víctima había tenido un contacto muy estrecho con su asesino, pero el cuerpo había sido trasladado y limpiado sin tener en cuenta que formaba parte de una escena criminal.

Kim le explicó a Keats los resultados del experimento que había hecho con Penn tumbado sobre los escritorios.

—¿Un estudio científico, entonces? —se burló él.

—Simple, pero eficaz —dijo ella.

Estaba a punto de colgar; sin embargo, no quería apretar el botón hasta haber dicho una cosa más. Keats era tan concienzudo como ella. No se tomaría bien la noticia de su error.

—Oye, lo hemos pillado rápido, al menos —dijo en voz baja.

—No, inspectora, lo has pillado rápido, al menos —dijo él, y colgó.

Kim se sintió tentada a volver a llamarlo, aunque no sabía para qué. Sin importar lo que le dijera, el médico se autoflagelaría.

Soltó el teléfono y se volvió hacia su colega, que llegaba con las manos vacías.

—¿Sabes?, recuerdo los días en que me traías comida o, como mínimo, un café.

—Sí, sí —dijo él, y se dejó caer en un taburete de la barra del desayuno.

—Ahora, todo lo que me traes es esa cara de mala leche.

—Lo siento, pero es la única que tengo —murmuró.

Kim cogió la taza negra con manchas blancas que, de alguna manera, se había

convertido en la de Bryant.

Todo el mundo tenía derecho a estar de mal humor de vez en cuando, pero lo de Bryant ya era demasiado. Vale, no hacía falta *pizza* ni el café, pero, si visitabas la casa de otra persona, lo menos que debías llevarle era alegría. Kim trataba de reprimir su irritación. Dado que ese hombre padecía pegado a ella cada día laborable, qué menos que ofrecerle un poco de apoyo.

Hizo acopio de toda su compasión.

—Oye, alegra esa cara o lárgate —le dijo.

Él la miró durante un minuto antes de que en sus labios se dibujara una sonrisa.

—Alabado sea el Señor —dijo ella, y puso la bebida delante de Bryant. Acababa de decidir que podía quedarse.

—Y, sí, le traigo golosinas a Barney porque, cuando me ve, mueve la cola y viene a acariciarme la mano.

—Vale, Bryant, si de algo puedes estar seguro es de que no voy a menear...

—Necesito consejo, jefa. —Había olvidado la norma de llamarla Kim si estaban en su casa. Levantó la mano en señal de acababa de darse cuenta.

—¿Y has venido aquí?

—Sí, imagínate.

Ella cruzó los brazos y los apoyó en la barra.

—¿Debo suponer, entonces, que no hiciste nada divertido durante tu tarde libre?

Él movió la cabeza de un lado al otro.

—Audiencia de libertad condicional para Peter Drake.

Kim se quedó esperando. El nombre le resultaba vagamente familiar, aunque supo enseguida que no había sido uno de sus casos.

Barney, que ya se había acabado su manzana, fue a sentarse a su lado.

Bryant descubrió la perplejidad en el rostro de su jefa.

—Es un caso del que te hablé hace años, el que me impulsó a unirme al Departamento de Investigaciones Criminales.

Kim seguía esperando. Si no recordaba mal, eso había sido hacía veinticinco años.

—¿Todavía asistes a las audiencias de libertad condicional?

Él asintió.

—El padre de la chica me pide que sea su acompañante.

Kim seguía confundida.

—¿Qué consejo necesitas, pues?

—¿Qué puedo hacer? Mañana lo van a liberar, y sé que volverá a ocurrir. Volverá a delinquir y otra joven...

—Eh, eh, tranquilo, fiera —le advirtió—. En primer lugar, no sabes si eso va a ocurrir. Puedes tener sospechas, igual que yo sospecho que Dorothy, la vecina de al lado, volverá a poner mañana su cubo de basura delante de la puerta de mi garaje. Solo que no podré darle una patada hasta que lo haga de verdad.

Bryant enarcó una ceja.

—¿Eso haces, en serio?

Kim dejó la pregunta sin respuesta y continuó.

—Bryant, esto no es *Minority Report.* No podemos dar por hecho que la gente va a delinquir antes de que lo haga.

—Pero mis instintos me dicen...

—Pues no importa lo que digan. El tipo podría prometerte, en una carta firmada, que va a reincidir y, aun así, no puedrías meterlo entre rejas hasta que lo hiciera.

La ira brilló en los ojos del sargento, hasta que se dio cuenta de que nada de aquello era culpa de Kim.

—Ha estado preso más de veinticinco años, ¿no es así?

Bryant asintió.

—Casi veintiséis.

—Y ambos sabemos que eso no compensa una vida, pero ninguna cantidad de años lo hará. Es lo mejor que puede ofrecernos el sistema judicial y, aunque sé que mi opinión no te va a gustar, ya te digo que es hora de que dejes atrás todo esto. —Había hecho un esfuerzo por suavizar esas últimas palabras.

Ambos sabían lo que era que un caso te persiguiera. Era como si te hubiera dejado una pequeña cicatriz en el codo izquierdo, una que no dejabas de tocarte el resto de tu vida. Kim estaba aconsejando bien a su compañero, lo sabía, y también sabía que le estaba diciendo lo último que él quería oír.

—Ahora mismo tenemos otra pobre chica que necesita tu atención.

—Sí, he visto el correo electrónico —dijo él, y echó atrás su taburete.

—¿Quieres que te explique...?

Él negó con la cabeza.

—*Naaah* —dijo—. Me pondré al día en la reunión informativa, mañana por la mañana. —Dio dos golpecitos en la mesa—. Te veré entonces.

Ella lo vio marcharse y palmear distraído la cabeza de Barney.

Cuando la puerta se cerró detrás de su compañero, la invadió una sensación extraña. Era como alejarse de una escena criminal con los instintos diciéndote que habías pasado algo por alto.

Bryant era su amigo, había acudido a ella en busca de consejo y se lo había dado. No se le había escapado nada. Caso cerrado.

Sin embargo, al mirar el café sin tocar, tuvo la sensación de que él no había escuchado ni una palabra de lo que ella había dicho.

Capítulo 15

Bryant había salido de casa muy temprano para estar a las seis en el piso de Crossley y, a las siete, para la reunión informativa matutina, en la comisaría.

A pesar de lo que la jefa le había dicho, sabía que tenía que hacerlo. La noche anterior, en una rápida llamada, le había pedido permiso a ese hombre para visitarlo de esa manera tan intempestiva. Y se lo habían concedido a regañadientes, tal como Bryant esperaba.

En la planta baja de Lutley Mill, le abrió la puerta un hombre que no había envejecido bien.

Damon Crossley nunca había sido guapo. Sus ojos hundidos y su frente alta le daban aspecto de halcón. Gracias al peso ganado a lo largo de los años, su papada cetrina era aún más pesada. Lo que no había cambiado nada era su ceño fruncido.

—¿Quieres entrar? —preguntó en el dialecto de Black Country.

«No, me he levantado a las cinco de la mañana para quedarme en la puta puerta», estuvo a punto de responderle por encima de esa pregunta hostil. No era a Damon a quien había ido a ver. Entró en el vestíbulo.

—¿Cómo está? —preguntó.

—¿Cómo coño crees que está?

Sí, era una pregunta estúpida. Suponía que Tina Crossley estaría enfadada, decepcionada, conmocionada y, con mucha probabilidad, asustada.

—Recto —dijo Damon, y señaló el pequeño salón.

Bryant, antes de entrar, y preparándose para lo que estaba a punto de ver, tomó aire.

—Hola, Tina —dijo a la nuca de quien lo esperaba. En una parte de la cabeza de la mujer no había vuelto a crecer el pelo.

Ella se giró un poco para atender a Bryant por la izquierda mientras su lado derecho permanecía más cerca de la ventana, junto a la que estaba sentada. Señaló una única silla.

El sargento no podía ver el lado derecho de su rostro, pero sabía cómo era. Apenas alcanzaba a distinguir la cicatriz más pequeña, que iba del pómulo a la oreja. Sabía que en el otro lado había dos cicatrices más largas y gruesas, donde le habían abierto la piel. Un tajo cruzado que a esa mujer le había costado un ojo.

Bryant se puso enfermo solo de pensarlo. No por el aspecto de Tina; eso solo le provocaba tristeza. Las náuseas se debían a que nunca debió haberse permitido que ese ataque ocurriera. Peter Drake había agredido a Tina Crossley dos semanas después de haber asesinado a Wendy Harrison.

Otras lesiones la tenían condenada a no volver a caminar ni tener descendencia. El cuerpo de Tina, al borde de la muerte, lo había encontrado un corredor que exploraba un nuevo sendero, a poco más de medio kilómetro de donde se había descubierto el cadáver de Wendy.

Damon, que entonces era el novio de la víctima, había permanecido a su lado. Bryant no dejaba de recordárselo a sí mismo, a pesar del desagradable carácter del hombre.

—¿Así que lo habéis dejado salir, cabrones? —preguntó Damon antes de que Bryant pudiera hablar con Tina.

—No es la Policía quien lo libera —alegó Bryant, aunque el otro sabía muy bien cómo funcionaban las cosas.

—Da igual —dijo él. Se sentó frente a Tina y apoyó los codos en las rodillas—. Si lo hubierais atrapado antes...

—Para, Damon —dijo Tina en voz baja. Bryant lo vio tragarse la rabia. Supuso que, a lo largo de los años, Tina había pasado bastante tiempo pensando en lo que podría haber sido.

—Solo quería que supieran que hemos hecho todo lo posible para mantenerlo dentro. Cada audiencia de libertad condicional, cada...

—¿Quiénes? —preguntó Damon, con toda intención.

—La gente implicada en el caso, y Richard Harrison. Todos hemos hecho lo posible para mantener encerrado a ese cabrón.

—Bueno, cualquier día...

—Todavía tengo pesadillas, ¿sabes? —susurró Tina—. Aún sueño que viene a acabar conmigo. Me despierto gritando, pero luego recuerdo que está entre rejas. Ya no podré decirme eso, ¿verdad?

Bryant, de todo corazón, deseaba poder decirle algo que le quitara el miedo. Por lo que sabía, apenas salía de casa. Dependía de Damon para casi todo.

—¿Vamos a tener protección? —preguntó él.

—Como parte de las condiciones, no se le permitirá...

—¿Un maldito trozo de papel? —preguntó, incrédulo—. Claro, estoy seguro de que eso lo mantendrá alejado de nuestra puerta. Me refiero a protección policial, a una presencia física.

Bryant sabía que eso era de lo que estaban hablando. Y no tenía una respuesta satisfactoria para darles.

—Cualquier llamada desde este número será tratada con la mayor...

—Joder —dijo Damon mientras los hombros de Tina se hundían un poco—. ¿Sabes que la única vez que se ha sentido segura fue después de su crisis de hace quince años?, ¿cuando estuvo encerrada bajo llave? No ha dormido una noche entera desde entonces.

Bryant sabía que Tina, después de haber sufrido una crisis nerviosa, había pasado siete meses internada. Rezaba por que no volviera a ocurrir lo mismo.

—Lo siento. Ojalá hubiéramos podido hacer algo más, pero...

—Ni siquiera sé por qué has venido —dijo Damon, y sacudió la cabeza—. Ya sabíamos que lo iban a soltar, así que, de verdad, ¿qué quieres?

Bryant no tenía ninguna respuesta a esa pregunta. Había sentido la urgencia de ir. Eso era todo.

Damon miró a Tina como si esperara que dijera algo.

Una leve inclinación de cabeza.

—Tina está cansada, es hora de que te vayas.

Bryant se levantó y siguió a Damon hasta la puerta. El hombre esperó a cruzar el umbral antes de volver a hablar.

—Ojalá la hubieras conocido antes. Estudiaba Enfermería cuando ese hijo de puta la atrapó. No tenía ambiciones extravagantes, no quería conquistar el mundo, solo quería cuidar de la gente. Estaba llena de vida, de esperanza. Le encantaba reír, le encantaba bailar. Todo le gustaba, hasta que ese cabrón le arrebató cualquier disfrute. —El asco volvió a sus ojos—. Si hubieras conocido a la persona que era entonces, te sentirías aún peor de lo que ya te sientes. Ahora, lárgate y no vuelvas —dijo, y cerró la puerta.

Bryant se alejó del piso, atormentado por el rostro de una mujer que no lo había mirado ni una sola vez.

Capítulo 16

—Vale, chicos, como sabéis, la muerte de Samantha Brown ha sido reclasificada como asesinato. En este momento, Keats está haciendo la autopsia, pero creo que es mejor asumir que no obtendremos mucho de importancia forense ni del cuerpo ni de la casa. ¿Qué sabemos hasta ahora?

Stacey se inclinó hacia delante.

—Samantha tenía veintiún años y parecía perfectamente normal hasta que, hace tres años, cesaron todas sus actividades en las redes sociales. En aquel entonces tenía un amplio círculo de amigos y, al parecer, algún que otro novio. Asistió a la universidad de Dudley. A primera vista, era extrovertida y social. Tiene una hermana dos años menor que ella. No sé por qué se ausentó de las redes sociales, pero no tiene antecedentes penales ni consta que haya estado ingresada en ningún centro de salud mental local.

Stacey terminó encogiéndose de hombros, lo que indicaba que eso era todo lo que tenía.

—Penn, ¿que has conseguido? —preguntó Kim.

—La imagen que pinta Stacey no se parece en nada a la actual vivienda de Samantha Brown. Aunque llevaba allí unos meses, no hay indicios de su personalidad extrovertida; de ninguna personalidad, siquiera...

—Una vela —comentó Kim, más convencida que nunca de que era la forma en que el visitante se había colado en el piso. Ya había enviado a Mitch un mensaje para pedirle que pusiera especial atención a ese punto. La escueta respuesta del técnico forense había sido algo sobre comer huevos.

—Lo que nos dice que era alguien a quien ella conocía...

—O un vecino cabreado —interrumpió Stacey.

—En la vivienda no hay radio, equipo de música ni altavoces —señaló Penn—, así que no creo que fuera por el ruido.

—¿Podría haber estado viajando durante unos años? —preguntó Bryant.

Kim negó con la cabeza.

—Lo dudo. La gente suele traer recuerdos de sus viajes al extranjero. No había nada nuevo. Y eso no le habría impedido publicar en redes sociales.

Aunque Bryant había estado con Kim en la primera visita, solo había entrado en el dormitorio, por lo que no había visto lo austero que era el resto del piso. De haberse dado una vuelta, habría hecho algún tipo de broma sobre que ese lugar seguía siendo más acogedor que su casa.

—Bien, chicos, hoy salimos todos de aquí. Stacey, quiero que hables con los amigos de Samantha. Averigua cuando puedas. ¿Qué contacto han tenido con ella en los últimos años?, ¿por qué desapareció de las redes sociales? Y, Penn, quiero que hables con los vecinos. Necesitamos saber más sobre ella. ¿Cuáles eran sus hábitos? ¿A quién veía? Tenemos que hacernos una idea de ella y de su vida.

¿Quién era Samantha Brown?

Esperaba que los padres la ayudaran con eso.

Capítulo 17

—Has ido a verla, ¿verdad? —preguntó Kim mientras Bryant conducía hacia la casa de Myles y Kate Brown.

Él dudó, pero terminó asintiendo.

—Antes del turno. —Dirigió una mirada a su jefa—. ¿Cómo te has enterado?

Ella se encogió de hombros. Lo sabía porque conocía a Bryant. Había en él un meollo de decencia tan duro como el acero. Habría apostado a que su compañero se había ofrecido como chivo expiatorio oficial de la Policía para que pudieran descargar su ira. Nunca lo oirían decir que no había sido culpa suya, que él no era el responsable del segundo asesinato. Entonces era un agente de policía, no un detective, pero llevaba años cargando con la culpa.

—Bryant, no te estás haciendo ningún...

—Pensaba que ya habíamos hablado de esto —la cortó.

Bien. Ella lo entendía. Como no le había dado la respuesta que él buscaba, la apartaba del todo. Perfecto. Quizá pudieran centrarse ya en el actual caso.

—¿Cómo crees que reaccionarán ante la noticia? —preguntó él, como si leyera sus pensamientos.

—No lo sé —fue la respuesta sincera de Kim. De un modo perverso, comprendía que, dentro del horror, cabía una sensación de alivio.

Cualquier muerte marcaba a una familia. La de un hijo, una muerte innatural, se cobraba un peaje aún mayor; pero un suicidio dejaba rastros de culpa en todas las personas cercanas. «¿Qué pistas no percibí? ¿Debería haber hecho más? ¿Podría haberlo evitado? ¿Cómo no me di cuenta de que mi hijo sufría? ¿Por qué no vino a pedirme ayuda?». Para los padres, esas preguntas nunca desaparecerían. Los conocidos y los amigos acabarían preocupándose e inquietándose por otras, pero no los padres. El asesinato traía un nuevo conjunto de preguntas, pero, de alguna manera, eliminaba una capa de culpa.

—Pues estamos a punto de averiguarlo —dijo Kim mientras Bryant detenía el coche frente a la casa.

Les abrió la puerta Myles, vestido con unos sencillos pantalones negros y una camisa blanca de cuello abierto.

No retrocedió. Se quedó mirándolos, inquisitivo.

—¿Podemos entrar, señor Brown? —preguntó ella.

Él dio un respingo hacia atrás, como si, de pronto, hubiera recordado sus buenos modales.

—Por supuesto. Lo siento, pero...

Kim se dirigió al despacho donde habían estado el día anterior.

—¿Aquí? —preguntó.

—Sí, sí. Me temo que mi mujer aún no se ha levantado. Desde que volvimos de la morgue, ayer, no ha salido del dormitorio.

Kim asintió.

—¿Y está su otra hija en casa, señor Brown?

Pareció sorprendido.

—No, no está.

Kim se hizo la vana pregunta de en qué parte del país se encontraba como para no haber vuelto a casa a acompañar a sus padres tras la muerte de su hermana.

—Señor Brown, me temo que vamos a necesitar que su esposa esté presente en esta conversación...

—Pero yo no...

—Señor Brown, por favor, vaya y pídale a su mujer que se una a nosotros —insistió.

El hombre les dirigió una última mirada antes de salir de la habitación.

Bryant se situó junto a la ventana. Kim le dio la vuelta a la silla de brazos y dejó libre el sofá de dos plazas para que el matrimonio se sentara. Necesitarían apoyarse uno al otro una vez oyeran lo que habían ido a decirles.

Cuando la señora Brown entró en la habitación, parecía haber envejecido diez años. Su rostro, desprovisto de maquillaje, revelaba unas buenas ojeras y una piel enrojecida por el llanto. Iba despeinada y sin lavar, aferrada a un pañuelo blanco. Kim no podía culparla. La mujer acababa de perder a una hija. No habían pasado ni veinticuatro horas. Aún no había encajado la realidad y las cosas estaban a punto de ponerse peor.

Antes de hablar, Kim observó la expresión de Kate Brown. Había miedo, pero también esperanza. Como si creyera que estaban allí para decirle que había habido algún tipo de error, a pesar de que ella había visto el cadáver de su hija.

Tomó aire.

—Señora Brown, señor Brown, me temo que hay novedades en torno a la muerte de Samantha. La nueva información reclasificaría su muerte de suicidio a asesinato.

Las piernas del señor Brown parecieron doblarse. La señora Brown se llevó la mano a la boca abierta. El hombre estuvo a punto de caer del asiento, junto a su esposa. Las piernas de los dos se tocaron y ella apartó la suya. Fue un movimiento sutil pero definido. Kim vio cómo la dinámica cambiaba en la pareja, y lo percibió con tanta claridad como la franja de luz diurna que se colaba entre sus cuerpos.

No era raro que hasta las parejas más unidas se distanciaran temporalmente mientras, por separado, cada uno asimilaba la pérdida de un hijo.

—¿Asesinato? —balbuceó por fin la señora Brown.

Kim asintió.

—Creemos que fue alguien que ella conocía, alguien que no tuvo que forzar la entrada de la vivienda. —Ambos negaron con la cabeza—. Necesitamos saber si había tenido algún problema con alguien hace poco, si había discutido, si mencionó algo fuera de lo normal.

—Nada —dijo Myles. Kate miraba el suelo—. Era una chica amable y ducle. Nunca molestó a nadie.

Kim observó que la mujer tiraba del pañuelo blanco.

—¿Señora Brown?

Ella negó con la cabeza, pero no levantó la vista.

Por el rabillo del ojo, Kim notó que Bryant también los observaba muy atento. Algo no

estaba del todo bien, pero no podía precisar el qué.

—Señor Brown, ¿Samantha asistió a la universidad de Dudley? —Él asintió—. ¿Hasta hace tres años, cuando parece que abandonó los estudios y se alejó de las redes sociales?

—Samantha se escapó —explicó él mientras las manos de su esposa empezaban a aquietarse—. Se peleó con el novio y se marchó. Estuvo fuera dos años y medio.

—¿Y ustedes tuvieron contacto con ella durante ese tiempo?

—Apenas… Nos llamaba cada pocos meses para decirnos que estaba bien. Volvió hace medio año.

—¿No saben, entonces, si de verdad tuvo problemas con alguien durante el tiempo que estuvo fuera?

—Bueno…, no, supongo que no.

—¿Su otra hija sabrá algo?

Él movió la cabeza de un lado al otro.

—Sammy y Sophie no estaban unidas. Sophie no podría ayudar.

—¿Alguna razón en particular? —quiso saber Kim. Se preguntaba si podría relacionarse de alguna manera con la investigación.

—Se distanciaron con los años, nada más. De verdad, cosas de hermanas —dijo, desdeñoso.

A Kim, muchas de sus investigaciones ya le habían demostrado que la típica relación entre hermanos no existía, pero, ahora mismo, la mayor de las hijas era su prioridad.

—¿Y adónde fue Sammy cuando huyó? —Ya pensaba en ponerse en contacto con las fuerzas policíales locales para ver si conocían a Samantha.

—Aquí y allá, inspectora. Nunca nos dijo exactamente dónde estaba.

Aunque Kim escuchaba las palabras, la pregunta no se borraba de su mente. Se estaban cerrando todas las posibilidades.

—¿Podría haber conocido a alguien que la siguiera hasta aquí? —preguntó. Quería dar crédito a lo que le decían.

—No lo creo.

Kim recordó algo del día anterior.

—Entonces, cuando su esposa le dijo ayer que pensaban que Samantha estaba lista…

—Nos daba miedo que volviera a escaparse, pero alguna vez teníamos que confiar en ella.

Ni las palabras ni la actitud transmitían sinceridad. Allí había un secreto. El señor Brown se esforzaba por guardarlo y su mujer le seguía la corriente.

—Señor Brown, a su esposa le vendría bien una taza de té, ¿no cree? —dijo Bryant desde atrás. Había captado las señales tan claramente como su jefa. Si conseguía sacar de allí al marido durante unos minutos, Kim podría trabajar con la mujer—. Está muy conmocionada.

—Kate no bebe té —respondió él, con una ligera irritación en la voz. Sabía cuál era la intención y eso lo molestaba.

«Sé sutil», le había dicho Woody.

—Señor Brown, si se entera de algo que pueda ayudarnos a encontrar a la persona que le ha hecho esto a Samantha…

—Por supuesto —dijo, y se puso en pie.

Los estaban echando. Sin embargo, Kim, aparte de llamarlos mentirosos, no tenía mucho más que decir, salvo una cosa:

—¿Podría llamarnos, por favor, cuando Sophie esté de regreso? Tenemos que cerciorarnos de que no sabe de nadie que quisiera hacerle daño a Samantha.

—Por supuesto, pero primero tendremos que darle la noticia cuando llegue. Vuelve de Tailandia. Año sabático.

Kim asintió.

Siguieron a Myles hasta la entrada y le aseguraron que estarían en contacto.

No le dio tiempo a comentar con Bryant lo rápido que les habían cerrado la puerta porque su teléfono empezó a sonar.

—Hola, Keats —dijo, de camino al coche. Después de todo, tal vez el forense sí había encontrado algo en la autopsia de Samantha Brown.

—Parque Himley, inspectora, y te sugiero que vengas de inmediato.

Capítulo 18

Stacey entró en la tienda Next del centro comercial Merry Hill. Pensaba que no hacía falta tener grandes dotes de detective para localizar a las mejores amigas de Samantha Brown.

Lo que sí la tenía sorprendida era que chicas jóvenes mostraran sus vidas tan abiertamente en las redes sociales. Esta, en particular, no tenía configuración de privacidad. Documentaba en Instagram cada uno de sus movimientos. Fue así como Stacey supo que ya estaba en el trabajo, la hora a que terminaba su turno y qué pensaba hacer el resto del día.

La agente de policía que había en ella era, quizás, la que ya no veía a las jóvenes exhibir sus vidas sin miedo. Stacey vislumbraba oportunidades para los depredadores que buscaban una casa desocupada o una chica que viajase sola. Temía por esas jóvenes, que parecían desdeñar los peligros que las acechaban en todas partes, incluso en el ciberespacio.

—¿Dónde puedo encontrar a Cassie Young? —preguntó a una empleada que devolvía ropa a un perchero.

La mujer frunció el ceño de forma notable. Bien. Le gustaba ver un poco de suspicacia de vez en cuando. Stacey le mostró su identificación.

La suspicacia de la mujer se convirtió en alarma.

—No pasa nada. No hay ningún problema. Solo necesito un minuto.

—Artículos para el hogar —dijo, y señaló el otro lado de la tienda.

Stacey le dio las gracias y se dirigió hacia allí.

Estuvo a punto de tropezar con una chica que llenaba de velas un estante inferior.

—¿Cassie Young? —preguntó, aunque los cientos de fotos que había visto en Internet le indicaban que era a quien buscaba.

Cassie se levantó y asintió.

Stacey aún llevaba la placa en la mano. Se la mostró.

—¿Todo bien?

—¿Eres amiga de Samantha Brown?

Los ojos se le llenaron de lágrimas, como si hubieran estado a la espera.

Sorbió la nariz y asintió.

—No tanto en los últimos años, pero fuimos íntimas durante algún tiempo. No puedo creer que se haya suicidado.

La noticia de la reclasificación aún no había llegado a los informativos. Stacey se alegró de que así fuera.

—¿Puedes dedicarme unos minutos para hablar de ella?

—Por supuesto, pero no sé qué podría decirle. Ni siquiera sabía que había vuelto.

Sí, la jefa la había puesto al corriente de la historia de la huida.

—¿Cómo era? —le preguntó. La joven que había visto en las redes sociales no coincidía con esa chica sin amigos que había muerto en un piso frío y desolado.

Cassie sonrió.

—Madre mía, era divertidísima, muy segura de sí misma y muy graciosa. Le gustaba reír y divertirse, pero nunca demasiado, ¿me entiende? —Stacey asintió.

«Siempre fue atenta con los demás. Recuerdo una noche que salimos por la ciudad. Cogimos el tren de vuelta, llenas de vitalidad. íbamos gritando y riendo en un tren medio vacío. Pero Sammy vio a una mujer con un niño pequeño que no paraba de toser y estornudar, y nos hizo callar a todas hasta que bajamos del tren. Era atenta y considerada, siempre feliz y positiva. —Las bien depiladas cejas de Cassie se fruncieron un poco—. Bueno, hasta que... —Dejó de hablar y miró por encima del hombro de Stacey.

La asistente de detective siguió su mirada hasta una mujer que las vigilaba desde el fondo del pasillo con cara de preocupación. Estaba claro que ya había llegado a oídos de la gerente la noticia de que la Policía quería hablar con una de sus empleadas.

Cassie hizo una señal de que todo estaba bien. La mujer desapareció detrás de un expositor de vajillas.

—¿Hasta cuándo? —preguntó Stacey.

—Hasta que conoció a alguien.

—Cuéntame.

—Callum Towney. Se conocieron en la universidad. El tipo era superarrogante. Se creía el ombligo del mundo. Por lo general, a ella no le gustaban ese tipo de tíos, pero en Callum había algo que Sammy no conseguía soltar.

Stacey sacó su teléfono y anotó el nombre. Para su sorpresa, no le sonaba conocido entre las antiguas cuentas de redes sociales de Samantha.

—A veces la trataba como a una mierda, pero ella volvía a por más.

—¿La trataba mal? ¿Cómo?

—Estaba con Sammy si no tenía nada mejor que hacer. Y, después, cuando le apetecía, la dejaba. La tenía embelesada. Y luego él terminó con la relación para irse con otra. Eso destrozó a mi amiga.

Stacey estaba intrigada. Por lo visto, la relación con ese chico había cambiado por completo la vida y la personalidad de Samantha.

—¿Cómo cambió?

—Dejó de salir, dejó de reír, se alejó de sus viejos amigos, de cualquier cosa que le recordara a Callum. Ahora me siento fatal, pero me alegré cuando terminó con ella. Pensé que, una vez superado el asunto, volvería a ser la de antes, pero no fue así.

—¿No se relacionaba con ninguno de sus antiguos amigos?, ¿ya no interactuaba en las redes sociales? —Cassie negó con la cabeza y se mordió el labio—. ¿Qué pasa? —le preguntó. Esa chica quería decir algo.

—Tendría que haberme esforzado más. Siempre sentí que no tenía suficiente paciencia con ella. Pero es que me lo ponía bastante difícil.

—¿En qué sentido?

Cassie vaciló, como si estuviera eligiendo las palabras con mucho cuidado.

—Empezó a decir cosas feas. Cosas que no se correspondían con su carácter. Nos criticaba a todos más que antes. Conseguí un trabajo de fin de semana porque quería ahorrar para un nuevo iPhone, y ella me dijo que era una zombi, una marioneta, que no

pensaba por mí misma. Hiciera lo que yo hiciera, ella lo recriminaba siempre.

Stacey no dejaba de preguntarse cómo era posible que la ruptura con un novio la hubiera vuelto más criticona.

Cassie volvió a morderse el labio.

—Tendría que haber estado más en contacto con ella, a lo mejor, pero...

—¿Y luego huyó? —quiso aclarar Stacey.

La chica frunció el ceño.

—¿Eso hizo?

—¿No lo sabías?

Cassie negó con la cabeza.

—No, no fue así, no desapareció sinmás. Hizo nuevos amigos; sobre todo, una chica pelirroja, creo. Pero todo fue poco a poco, con el tiempo. Nuestro contacto disminuyó hasta que no hubo ninguno. —Frunció aún más el ceño—. Sus padres nunca mencionaron que hubiera huido.

—¿Los has visto? —preguntó Stacey. Hacía lo posible por ocultar su perplejidad. Cuando Samantha había desaparecido, Cassie tendría que haber sido su primera escala. Habría sido bastante fácil de encontrar.

—Sí, los vi aquí, hace un año. Les pregunté cómo estaba ella y me dijeron que bien.

—Vale, Cassie, gracias por tu ayuda —dijo Stacey, y se alejó.

Salió de la tienda preguntándose qué demonios intentaba ocultar la familia Brown.

Capítulo 19

Penn decidió empezar por el piso de debajo del de Samantha. Parecía un espejo del de arriba, con el salón mirando a la carretera.

Llamó y estuvo a punto de saltar en cuanto oyó el volumen al que estaba ajustado el timbre.

Aguardó un poco. Dudaba si debía tocar por segunda vez. No se lo agradecería ningún vecino que tuviera niños pequeños.

Ya tenía el dedo en el aire cuando le abrió la puerta un hombre de unos setenta años, vestido con pantalones oscuros y camisa y chaqueta claras.

—Buenos días, señor, siento molestarlo…

—Entra, entra, muchacho. No puedo quedarme charlando en la puerta. Mis hamburguesas se descongelarían.

Penn cerró la puerta y siguió al hombre hasta la cocina. Vio que estaba descargando la compra: una bolsa que le duraría para toda la vida.

—No quiero que se estropeen después de lo mucho que he pagado por ellas. —Hizo una pausa y se giró—. Oye, antes de que me digas a qué has venido, sal al coche y mira si me he dejado algo allí, ¿quieres, muchacho?

Penn abrió la boca y volvió a cerrarla. Quizá no había prestado atención, pero no recordaba haber visto ningún coche. Se asomó y lo comprobó. No había ninguno.

Volvió a la cocina.

—Señor, no hay ningún coche fuera…

—Pues claro que no —dijo el hombre, y puso los ojos en blanco—. El año pasado renuncié a seguir conduciendo.

—Eeeh…, señor, me llamo…

—Soy demasiado viejo para recordar nombres. Tienes menos de cuarenta años, así que bastará con que te llame «muchacho». Además, eres un poli.

—¿Cómo ha…?

—Porque yo lo fui durante treinta y cuatro años. —Penn se quedó impresionado. Y ahí estaba, pensando que ese tipo había perdido sus facultades—. Y ayer te vi paseando con esa señora que enseñaba mucho la placa. —Vale, ya no estaba tan impresionado—. Y, todo hay que decirlo —continuó—, era muy guapa…

—Señor, ¿me puede decir cómo se llama usted? —lo interrumpió Penn. Era lo único que quería oír.

—Gregory Hall, a tus órdenes, muchacho —dijo, y colocó tres manzanas en un frutero.

—¿Y ha vivido aquí durante…?

—Cinco años, desde que me operaron de la cadera.

—¿Veía mucho a Samantha Brown, la chica de arriba?

—Ah, así se llamaba, pues —dijo como toda respuesta. Penn sintió que se hundía. No iba a conseguir mucha información, pero tenía que intentarlo con otro par de preguntas.

El hombre negó con la cabeza distraídamente mientras cogía una manzana del frutero y la metía en la nevera.

—Has venido a verme un poco tarde, muchacho. En mis tiempos, habríamos interrogado a los vecinos en menos de una hora.

El sargento no estaba por la labor de explicar la reclasificación del caso.

—¿Veía mucha gente ir y venir? —preguntó, aunque había perdido todo el entusiasmo vital.

—¿Crees que no tengo nada mejor que hacer que espiar a los vecinos por la ventana?

—No, señor, yo solo…

—Sus padres venían mucho —abrió la nevera y volvió a sacar la manzana—, juntos o por separado, cuando la chica se mudó por primera vez. De hecho, llegué a pensar que se habían mudado todos. Creo que, al principio, la madre se quedaba a dormir casi todas las noches.

Penn se preguntó por qué una mujer de veintiún años podría haber necesitado una supervisión tan estrecha en su nuevo hogar.

El hombre, por fin, dio un mordisco a la manzana.

—Lo que quiero decir, si te interesa mi opinión —en realidad, a Penn no le interesaba, pero asintió de todos modos—, es que la chica no estaba muy bien de aquí. —Se dio unos golpecitos en la sien.

Penn no comentó nada. No había visto ningún indicio de que Samantha tuviera alguna discapacidad.

—No trabajaba, no tenía amigos y sus padres la vigilaban de cerca…

—Pero supongo que podría haber otras explicaciones —dijo Penn. Hizo un esfuerzo por mantener un tono uniforme.

—Y era evidente que no podía estar al día con sus facturas. —El sargento frunció el ceño ante el prejuicioso pensionista—. Y no pongas esa cara. Sé de lo que hablo. Nunca abría la puerta cuando venía cierto hombre, así que debía estar escondiendo algo.

—¿Da por hecho que se trataba de un agente judicial?

—Bueno, a quien no dejaba entrar por la puerta era a un hombre corpulento vestido de negro. ¿Qué otra cosa podría ser?

Penn no sabía la respuesta, pero tendría que averiguarla.

Capítulo 20

En 1779, Capability Brown mandó a hacer un lago en el parque Himley. En aquel entonces, Brown ya había rediseñado las setenta hectáreas de terreno del coto con la adición de unas cascadas que descendían desde una cadena de estanques más pequeños. Sin embargo, como el parque estaba demasiado cerca del Black Country, la familia que lo habitaba había terminado por abandonarlo en la década de 1830. Los Ward habían preferido irse a vivir a lo grande en Witley Court, en Worcestershire.

Kim recordaba haberse sumado a las doscientas mil personas que anualmente visitaban ese sitio. En aquel entonces, Keith, su único y verdadero padre de acogida, la llevaba a pasear por esos bosques algunos domingos por la mañana mientras, en casa, Erica preparaba un asado para la cena. La caminata terminaba siempre con una bebida caliente en el café de la cabaña de troncos y una parada para ver las regatas en el gran lago. Y era justo a esa zona donde le habían dicho que se dirigiera.

Bryant se detuvo en el aparcamiento, entre cuatro coches patrulla, la furgoneta de Keats y dos vehículos de técnicos forenses.

Los agentes uniformados, según Kim constató, seguían sacando a la gente de allí.

Si bien el pabellón solo estaba disponible para los visitantes desde el mes de abril y hasta finales de septiembre, el parque permanecía abierto todo el año.

En su descenso al lago, vio que ya se había levantado una carpa de privacidad. Esa habría sido la prioridad de Keats, dada la naturaleza pública del sitio. A unos diez metros, se le acercó el inspector Plant. Como siempre, Kim se quedó asombrada al ver el bronceado intenso y la espesa cabellera blanca del detective.

—El parque está casi despejado —dijo, y dio unos golpecitos a su radio—. Queda solo una pareja, pero ya la están escoltando desde la cascada hasta el otro lado de la casa.

Kim asintió. Señaló la casa con la cabeza.

—¿Os habéis puesto en contacto? —preguntó.

—Sí. La administración está cooperando en lo posible.

Ambos sabían de sobra que la preocupación de esa gente por la aparición de un cadáver se convertiría, en algún momento, en una preocupación por el funcionamiento y preservación del lugar.

El inspector Plant y su equipo se quedarían allí y estarían en contacto permanente con la gerencia, la cual, a su vez, mantendría informados a los propietarios, es decir, al Ayuntamiento de Dudley.

Le dio las gracias y siguió su camino a la tienda.

—¿Tumbona o bronceador? —preguntó Bryant, cuando el aceitunado agente se alejaba.

—Casa de vacaciones en España, es lo que he oído —respondió mientras cogía unas zapatillas protectoras para forenses que le ofrecía uno de los técnicos.

Keats salió y le cerró el paso.

—Tenemos que hablar, inspectora.

Ella se hizo a un lado. Bryant se quedó a ponerse las cubiertas de los zapatos. A pesar

de la conversación telefónica, ya se esperaban eso.
—Inspectora, yo…
—Mira, Keats. Estas cosas ocurren. Metimos la pata. Los dos…
—Inspectora, esta mañana he hecho la autopsia de Samantha Brown, a las cinco y media —la interrumpió.
—Ah —exclamó ella.
Cualquier duda que Keats hubiera tenido sobre su propio trabajo parecía haber desaparecido durante las escasas horas de sueño. Kim estaba de nuevo delante del Keats que conocía y toleraba.
—Había poco que señalar que no supiéramos ya. Enviamos muestras a toxicología, pero, como sabes, los resultados…
—Llevarán un par de días —completó ella.
—Solo una cosita —dijo el forense mientras Kim se alejaba—. El contenido estomacal. Parecía poco más que una combinación de arroz y judías.
—¿Vegana?
Él se encogió de hombros.
—Podría ser, pero he pensado que debía decírtelo.
Kim escribió una nota mental para consultarlo con los padres. Desde luego, no los llevaría al asesino, pero era una comida poco frecuente a menos que te opusieras de modo tajante a los productos de origen animal.
Siguió al médico forense hasta la tienda. Bryant, que se había quedado esperando, entró tras ella.
—Vale, Keats, ¿qué tenemos…?
Cerró la boca cuando él forense se hizo a un lado.
Se tomó un instante para evaluar lo que estaba mirando.
El cuerpo de un hombre joven, con vaqueros y camiseta, había sido arrastrado hasta la orilla del lago. En un pie llevaba una zapatilla negra y blanca. Le faltaba la otra.
Según Kim apreció, la ropa empezaba a tensarse por la formación de adipocira —o cera cadavérica, como se conocía comúnmente—. Ya sabía que, instantes después de la muerte, las enzimas bacterianas descomponían los tejidos blandos del cuerpo. Había aprendido que era un proceso de putrefacción, hinchazón, purga y descomposición avanzada, pero también sabía que la inmersión en agua lo ralentizaba.
Donde la piel era visible, distinguió ampollas y manchas en las que la capa externa había adquirido un color blanco grisáceo. El olor a amoniaco era inconfundible.
El chico estaba tumbado de lado, de espaldas a Kim. En la ropa y el pelo tenía hierbas del lago enredadas. Enmarcaba su cara tumefacta un pelo castaño claro.
Kim le calculó entre diecimuchos y veintipocos años.
—Es solo un niño —susurró Bryant a sus espaldas.
Mitch levantó una bolsa de pruebas transparente.
—Tenía veinte años y se llamaba Tyler Short.
Kim cogió la bolsa y tomó una foto de la dirección que aparecía en el permiso de conducir. Oyó, entonces, un ruido en el aire. Se volvió a su colega, que estaba más cerca de la puerta, y dijo:

—Bryant.
Él salió y volvió a entrar.
—Sí, es un dron.
Kim gruñó. Desde que había recibido la llamada de Keats, ya sabía que no podrían eludir la atención de la prensa durante mucho tiempo. Atrás habían quedado los días en que los medios de comunicación de mayor presupuesto, con sus helicópteros y pilotos, eran los únicos que podían obtener vistas aéreas de una escena del crimen.
Ahora, cualquier maldito periódico podía comprar un dron y ponerlo a volar.
—¿Quién lo ha encontrado? —preguntó.
—Uno de los chicos del club de vela. Sacaba uno de los botes para comprobar una reparación y ha notado que algo golpeaba el lateral, así que ha pensado que sería buena idea arrastrarlo hasta la orilla. El bote se había enganchado al cordón de la zapatilla, el chico no tenía ni idea de lo que era.
«Maldita sea», pensó Kim. Trataba de hacer la cuenta de cuántos procedimientos habían dejado de seguirse en aquel acto y qué potenciales pruebas valiosas se habían perdido ya. Los forenses subacuáticos se sometían una formación especial y, aunque ella no sabía mucho del tema, sí estaba enterada de que algunos factores eran inmutables. Era mil veces mejor que el cuerpo permaneciera lo más cerca posible del lugar donde había reposado.
Dado que la única similitud entre ese cuerpo y el de Samantha Brown era la edad, Kim se preguntó qué malditos malabares tendría que hacer con dos investigaciones de asesinato al mismo tiempo. La respuesta era que no podía.
—Me pregunto cuánto tiempo llevaba ahí, aunque me temo que terminarán dándole este asunto a otro equipo.
—Yo diría que semanas, por lo menos. Y tampoco estoy muy seguro de que te lo vayan a quitar. En el agua, los cadáveres ralentizan su descomposición. Comparados con los cuerpos al aire libre, se degradan la mitad en el mismo tiempo. Y la cera cadavérica empieza a formarse a partir de las tres semanas en caso de que el agua tenga la temperatura adecuada.
—¿Qué temperatura?
Mitch se adelantó a responder.
—Menos de veintiún grados Celsius.
Kim echó un vistazo a la masa de agua.
—Pero estamos a principios de septiembre. La temperatura del lago será mayor de...
—Ah, el agua tiene tres capas distintas —interrumpió Mitch.
Ella enarcó una ceja.
—Mitch, no lo sabía. —Al técnico forense le encantaba dar cátedra. Ella tenía que admitir que había aprendido mucho de él a lo largo de los años—. Por favor, tómate la libertad de instruirme.
Él rio antes de continuar.
—La capa superior se mantiene caliente, a unos veinte grados; la intermedia baja drásticamente, a entre siete y dieciocho, y la inferior suele estar entre cuatro y siete.
No eran números que Kim fuera a recordar, aunque se hizo una idea.

—Pero, si ha estado sumergido en el fondo del lago, ¿no significa que se ahogó? —Sabía que las víctimas de ahogamiento se hundían hasta el fondo, puesto que el agua dentro de los pulmones era más pesada que el aire. Era el aire lo que hacía que volvieran a flotar hasta la superficie—. Podría haber sido una muerte accidental o un suicidio. No tiene nada que ver con mi caso actual, así que...

—Ah, pero querrás quedártelo, inspectora —dijo Keats, que sabía muy bien de lo que hablaba.

Kim miró a Bryant antes de hablar.

—Keats, sé que piensas que soy sobrehumana, pero me parece que una investigación de asesinato es suficiente...

—Inspectora, creo que apenas llegas a humana, ya no digamos a sobrehumana, pero hay algo de lo que aún no te has enterado.

El médico forense hizo una señal de asentimiento. Mitch se puso a los pies del chico mientras Keats le sujetaba los hombros. Giraron el cadáver con suavidad hasta dejarlo boca arriba. Y Kim pudo observar lo que la postura le había ocultado.

El chico había sido degollado.

Capítulo 21

—Por el amor de Dios, ¿cuánto tiempo lleva esa puñetera cosa ahí arriba? —preguntó Kim al salir de la tienda.

—Unos diez minutos —respondió Bryant. El dron seguía volando sobre ellos.

A Kim, esa total falta de respeto por la intimidad, le hervía la sangre. Pocos reporteros eran capaces de ponerse en el lugar de la gente, de los familiares que no tenían por qué ver aquello en el puto YouTube.

Se giró y le hizo una peineta, con la esperanza de que su disparo saliera en las noticias de la noche.

El dron descendió. Kim sacó su teléfono, se acercó y le tomó una foto.

—Te tengo.

Si conseguía identificar al periodicucho barato que lo estaba utilizando, conseguiría que Woody moviera algunos hilos a un nivel superior.

—¿Cuánto tiempo puede volar un Proflight Orbit? —preguntó Kim después de leer la marca en un costado.

Empezó a caminar hacia el coche. Bryant se quedó donde estaba.

—Oye, jefa, no puedo caminar y teclear al mismo tiempo. No soy Stacey, ¿sabes? —Kim hizo un alto y esperó—. Vale. Este modelo, en particular, es para aficionados. Aguanta en el aire doce minutos, como máximo, y tiene un alcance de transmisión de doscientos metros.

—¿Bromeas?

Bryant movió la cabeza de un lado al otro.

A Kim no le sorprendió que se tratara de una baratija. Probablemente pertenecía a *The Dudley Star,* después de todo, no a Sky News.

—¿Dices que el piloto no puede estar a más de doscientos metros?

—Eso parece —respondió Bryant.

Ella miró hacia atrás. Frost no podía estar en ninguna parte de un parque que ya había sido despejado.

—Vamos —dijo, y echó a andar hacia el coche a grandes zancadas.

Frost tenía que estar cerca. Seguro que sentada en su coche, fuera del parque, en algún punto de la calle.

Bryant enfiló el camino de salida.

—Vale, a la izquierda —dijo ella. Otro giro a la derecha los llevó hasta unos semáforos y un cruce. Un giro más a la izquierda los situó en el pequeño pueblo de Himley. Mientras Bryant conducía, Kim buscaba el Audi TT blanco de la reportera. Ya se imaginaba arrancándole de las manos el mando del dron.

Después de conducir otro poco, Bryant pronunció las palabras que ella estaba pensando:

—Jefa, estoy seguro de que ya estamos fuera de alcance.

—Da la vuelta y regresa, despacio.

La mujer tenía que estar en algún lugar cercano para poder espiar lo que sucedía en el

lago.

—¿Dónde...? —empezó a preguntar Kim cuando, a la izquierda, un movimiento llamó su atención. Estaban muy cerca de la entrada del parque—. Para el coche.

Bryant se detuvo en el bordillo.

Ella se desabrochó el cinturón y retrocedió tres casas. Iba hacia una que tenía un seto bajo de aligustres y una valla de madera hasta la cintura.

Su enfado se diluyó al entrar en el jardín delantero.

—Oye, colega, ¿quieres hacerme un favor y traer tu dron de vuelta?

El adolescente parecía aterrorizado, a pesar de lo amable de la petición.

Kim se sentó en el banco de madera, junto a la silla de ruedas, y mostró su placa al chico.

El rostro de este enrojeció.

—Lo siento, estoy en...

—Ricky, ¿qué estás haciendo? —preguntó una mujer desde la puerta abierta.

Kim levantó las manos.

—Está bien, señora...

—Wilde —respondió la mujer, sin dejar de mirar a su hijo.

—Estoy segura de que Ricky no lo sabe, pero en el parque hemos tenido un incidente que debe mantenerse en privado.

—Oí sirenas. ¿Están todos bien?

Kim oyó el sonido del dron que regresaba.

—Nos estamos ocupando de todo —respondió.

—No trataba de hacer nada malo —dijo el chico mientras el dron aparecía.

—Lo sé, pero tenemos que mantener estas cosas en privado.

El aparato descendió y aterrizó a los pies de su experto propietario.

—Qué guay —dijo Kim, y se puso en pie.

—No tanto como el Tello Drone Boost. Ese sí que es una belleza.

—¿Tienes licencia para esta cosa? —preguntó ella. Una ley reciente obligaba a cualquier usuario de un dron de más de doscientos cincuenta gramos a realizar una prueba en línea y pagar nueve libras para inscribirse en un registro. Casi todos los drones caían en esa categoría. Cómo controlar y vigilar esa ley era otra historia.

Ricky negó con la cabeza. La madre se acercó con la cara enrojecida.

—Hemos querido...

—Te diré una cosa: nos vamos a olvidar de esa multa de mil libras si borras la grabación y mantienes tu dron en tierra hasta que sea legal, ¿vale?

El alivio que se reflejó en el rostro del chico no fue nada comparado con el de su madre.

Kim sonrió y asintió con entusiasmo. Le ofreció la mano.

—Gracias por tu cooperación, Ricky.

Se dio la vuelta y se marchó.

Porque ahora tenía un segundo cadáver.

Capítulo 22

Al entrar junto con su jefa a la comisaría, Bryant había sentido en el bolsillo la vibración de su teléfono. Kim quería informar a Woody del segundo cadáver, así que se dirigió a las escaleras y las subió de dos en dos.

—Voy a por el café —le dijo él.

No le apetecía comprobar sus mensajes tan cerca de Kim. Sabía lo que la jefa pensaba acerca de su obstinada implicación en aquel viejo caso. Y una parte de Bryant era consciente de que ella tenía razón. Y, para él, ese mensaje de texto podría ser el final del viaje. Ya sabía lo que iba a decir.

Tal vez, si lo presenciaba, sería capaz de aceptar que de verdad no había nada más que hacer.

Se puso a la cola y seleccionó bebidas y un surtido de bocadillos envueltos en plástico.

Delante había tres personas esperando a ser atendidas.

Por fin sacó su teléfono y leyó el mensaje.

Peter Drake iba a salir de la cárcel a las seis de esa misma tarde.

Y él estaría allí.

Capítulo 23

Kim entró en la sala del escuadrón. Le gustó comprobar que la segunda víctima ya había llegado al tablero.

—Gracias, Penn —dijo. De uno de los envases abiertos, cogió un triángulo de ensalada de pollo. Hizo a Bryant una señal de agradecimiento y se sentó encima del escritorio.

De no ser por las divinas intervenciones de Bryant a lo largo del día, se olvidaría por completo de comer. Después de un primer bocado, preguntó:

—Bueno, chicos, ¿alguna novedad en vuestras excursiones de esta mañana?

Penn se quitó de la frente un rizo imaginario. Tendía a hacerlo cuando estaba insatisfecho, según había notado Kim.

—Poco por mi parte, me temo. Dos de los vecinos apenas sabían que alguien se había mudado al piso de Samantha. Pensaban que seguía vacío. Y otro, un hombre que sí sabía que el piso estaba ocupado, me dijo que la familia visitaba mucho a la chica, al igual que un agente judicial, o eso cree él, porque era un tipo corpulento y vestía de negro; pero, dado que este señor me mandó a la calle a traer la compra de un coche que ya no tiene, no apostaría mi casa por sus declaraciones.

Abrió las manos expresivamente, como diciendo: «Eso es todo, amigos», y Kim entendió su frustración. No era mucho para una mañana de trabajo; y quizás las observaciones del vecino no eran del todo creíbles, pero, aun así, había que comprobarlas.

—Penn, haz algunas llamadas para investigar las finanzas de Samantha. Comprueba con el casero los pagos del alquiler. Si ese tipo de verdad era un agente judicial, tendremos que descartarlo.

—Me pongo a ello, jefa.

—¿Stace? —preguntó Kim, esperanzada.

—De la amiga de Samantha, no mucho. Casi todo lo sabíamos: la chica era extrovertida y segura de sí misma. Al parecer, eso cambió cuando la dejó un novio. Pero hay algo raro —dijo Stacey. Kim se irguió. Le gustaban las cosas raras—. La mejor amiga no sabía nada de su huida. Dijo que la retirada de Sammy había sido más gradual que eso. Dejó de salir, dejó de devolverles las llamadas a todos los amigos que le recordaban a Callum; pero Carrie parece creer que Sammy conoció a gente nueva y que se fue apartando del círculo, sin más. También dijo que había visto a los padres de Sammy y que, al preguntarles por su amiga, le dijeron que estaba bien.

«Mmm, eso no es lo único raro», pensó Kim. Si Carrie era una de las mejores amigas, ¿por qué, cuando Sammy desapareció, no fue a quien los padres llamaron primero?

—¿Alguna...?

—No se ha presentado ninguna denuncia por desaparición de personas en los últimos tres años —confirmó Stacey.

—En fin. Nadie ha encontrado una prueba decisiva, pero, después de hacer un balance, que alguien le dé la planta a Stacey.

Betty era una planta comunitaria que adornaba el escritorio del miembro más

productivo del equipo.

—Eeeh…, jefa, Betty ha muerto —dijo Stacey con voz grave.

—¿Qué?

—Sí, alguien la dejó demasiado cerca del radiador —explicó Penn, y posó unos ojos acusadores en Bryant, el único miembro del equipo que nunca había ganado a Betty limpiamente—. Se secó y murió.

En los labios de Bryant apareció una sonrisa.

—Yo no he sido, de verdad. Nunca dañaría ni lesionaría a sabiendas a otro ser vivo. Sobre todo a uno con nombre.

Kim sonrió ante ese alegato. En ese instante, su teléfono recibió un mensaje.

Lo leyó y se volvió hacia Penn.

—La autopsia de Tyler Short es a las tres.

—Me pongo a ello, jefa.

Se volvió hacia Stacey.

—Consígueme todo lo que puedas sobre Tyler Short. Para mi gusto, es demasiada coincidencia que dos jóvenes hayan aparecido muertos de la misma forma. Empieza con el pariente más cercano. —Hizo una pausa—. E investiga un poco a Sophie Brown. Al parecer, las hermanas no estaban muy unidas. La chica está volviendo de Tailandia.

Le provocaba alguna inquietud ese menosprecio de Myles Brown a la relación entre las hermanas.

Stacey dejó a un lado la galleta a medio comer y se puso manos a la obra. Kim notó que la asistente no había tocado ninguno de los bocadillos que Bryant había llevado.

—¿Estás bien, Stace?

—Sí, jefa —respondió ella, sin levantar la vista.

Kim le tomó la palabra. Enseguida respondió a la mirada interrogante de Bryant. Ya estaban repartidos todos los trabajos, menos los de ellos, aunque él podía adivinar lo que les tocaba hacer.

Kim asintió en respuesta a la pregunta silenciosa de su compañero.

Sí, según la costumbre, irían a la última dirección conocida de la víctima para explicar, a cualquier familiar que estuviera allí, que Tyler Short había muerto.

Capítulo 24

Bryant detuvo el coche frente a una hilera de casas de Wrights Lane, en Old Hill.

Esa pequeña urbanización municipal, construida a principios de los setenta en torno al instituto de Heathfield, era uno de esos lugares a los que aspiraban las personas necesitadas de una vivienda social.

Entre las nuevas propiedades se incluían una mezcla de casas de dos y tres dormitorios, así como algunos pisos. Y, aunque no había ningún huerto ni arboleda a la vista, las calles tenían nombres como Cherry Orchard o Blossom Grove. Hoy, todas estas casas parecían exhaustas y desprovistas de amor.

Con la cabeza, Bryant señaló una calle.

—Allí arriba había un parque —dijo—. Algunos sábados por la tarde, antes de que empezara la lucha libre, mi padre se ofrecía a sacarme de debajo de los pies de mamá durante un par de horas. Se sentaba en el *pub* Príncipe de Gales, enfrente, y me miraba jugar al otro lado de la calle.

Kim se maravillaba de cómo había cambiado la paternidad en los años transcurridos desde entonces.

Llamó a la puerta de la última dirección conocida de Tyler Short y puso cara de malas noticias. Por suerte, no era una expresión que se apartara mucho de su semblante natural.

Se sorprendió de que le abriera la puerta una mujer de unos veinte años con un bebé que mamaba de su pecho. ¿El chico tenía ya familia?

Bryant desvió la mirada mientras la mujer reacomodaba al bebé. A esta mujer la traía al pairo que la vieran así, pensó Kim. Y eso le gustaba. El bebé necesitaba comer. El bebé estaba comiendo.

—¿Señora…? ¿Señorita…? Eeeh…, ¿señorita Short? —preguntó.

La mujer negó con la cabeza.

—Ninguna de esas cosas.

Kim comprobó el número junto a la puerta. Sí, era, sin duda, la dirección del carnet de conducir.

—¿Es usted pariente de Tyler Short? —preguntó.

Respondió un no con la cabeza y una mueca de dolor cuando, por lo visto, el bebé fue un poco brusco.

—Lo siento, este cabrito tiene las encías duras.

—Tenemos esta como la última dirección de un varón de veinte años que…

—Espere. Antes que nosotros, un joven vivía aquí con su abuela. Ella murió. Eso, por supuesto, no nos lo dijeron hasta después de mudarnos, pero no sé cómo se llamaban. Llevamos aquí unos dos años y medio y la vivienda estaba vacía.

—¿No tiene ni idea, entonces, de adónde podría haber ido el chico?

—Ninguna, lo siento. Supongo que el Ayuntamiento lo echaría cuando murió la abuela, porque ella era la inquilina, no él.

—Vale, gracias —dijo Kim. Su móvil empezó a sonar mientras se alejaba de allí—.

Stace, dime que has encontrado…

La asistente fue al grano:

—No he podido encontrar ninguna prueba de amistad entre nuestras víctimas —dijo —, pero Tyler también estuvo en la Universidad de Dudley. La dejó hace casi tres años.

—Más o menos cuando murió su abuela —observó Kim.

—Eso parece, porque su última publicación en redes sociales fue un poema a su abuela.

—¿Última?

—*Sip* —dijo Stacey—. Lo mismo que Samantha: su presencia en redes sociales terminó de pronto el último día que asistió a la universidad.

Dos víctimas, ambas en el mismo centro universitario, pensó Kim.

—Gracias, Stace. Podría ser una coincidencia, pero intenta encontrar más desaparecidos relacionados con la universidad. A lo mejor podrías hablar con un par de profesores y…

—Espera, aún no he terminado, jefa. Hablando de redes sociales, no sé qué pensar de lo que Myles Brown te ha dicho acerca de Sophie.

—¿Que está en Tailandia o que las hermanas no estaban unidas? —preguntó.

—Las dos cosas. Cualquiera —respondió Stacey—. Sophie no es de compartir mucho, pero hay fotos antiguas de las dos hermanas juntas, divirtiéndose. Sin embargo, nada indica que esté en el extranjero.

—Vale, Stace, gracias —dijo Kim, y colgó.

—Qué raro —dijo Bryant, que había escuchado la casi todo lo que Stacey había dicho.

En el coche, Kim siguió rumiando un rato.

En dos días habían tenido dos víctimas menores de veintidós años. Un hombre, una mujer. Ambos degollados. Ambos alumnos de la universidad de Dudley. Ambos habían dejado de utilizar las redes sociales tres años antes. Y ambos eran emocionalmente vulnerables.

Los descubrimientos de Stacey sobre Samantha y Sophie le confirmaron que los padres ocultaban algo. Que intentaran proteger lo que afectaba solo a su hija ya era malo, pero ahora había una segunda víctima cuyo asesinato requería el mismo nivel de atención.

Kim decidió que los Brown ya habían guardado su secreto demasiado tiempo.

Capítulo 25

Penn, de camino al hospital Russells Hall pensó en que había optado por no decirle a su jefa lo mucho que disfrutaba de una buena autopsia por miedo a parecer un poco raro.

No es que no sintiera nada por la persona sometida a una disección. Todo lo contrario. Era muy respetuoso con cualquier ser vivo. Si matabas un pollo para comértelo, debías honrarlo aprovechando hasta el último gramo. No bastaba con que te comieras una pechuga o un muslo; tenías que utilizarlo todo, incluso hervir los huesos para hacer un caldo. El animal había muerto por ello.

Para Penn, algo parecido ocurría con la pobre víctima de la mesa del forense. Si el cuerpo iba a ser violado en busca de pistas, había que hacerlo bien: mirar por todas partes y rebuscar en cada rincón para encontrar al cabrón responsable.

Entró en la morgue justo a tiempo. Pensó en lo maravilloso que era que un cuerpo tuviera tanto que revelar después de la muerte.

—Buenas tardes, Penn. ¿Tu jefa sigue en la calle, pateándole el culo a todo el mundo?

—Sí, y, de paso, está intentando encontrar al asesino de Samantha Brown —respondió. Si su jefa no fuera tan aficionada a romper pelotas, la muerte de la chica seguiría siendo un suicidio.

—Sí, ya lo creo. Tu ropa está allí.

Penn se puso el traje de papel plegado y la mascarilla.

—Y la cofia —dijo Keats—. En tu caso, sobre todo la cofia.

A esas horas, la sujeción del gel ya no era tan firme y los rizos empezaban a caer sobre la frente del sargento. Este se los acomodó bajo la redecilla azul.

Keats, satisfecho con los preparativos, encendió la grabadora.

—Comienzo el examen *post mortem* de Tyler Short: hombre caucásico, veinte años...

Penn retrocedió un poco.

Keats, antes de coger el bisturí, siguió registrando verbalmente los pesos y medidas iniciales.

Detuvo la cinta y suspendió la cuchilla por encima de la carne cerosa e hinchada.

—¿Estás listo para esto?

Penn se frotó las manos.

—Ah, sí, que empiece la fiesta.

Capítulo 26

Kim creía que había ciertos casos que, para resolverlos, bastaba con poner un campamento en cierto lugar y esperar lo suficiente. Así empezaba a sentirse en casa de Myles y Kate Brown.

Se sorprendió de que fuera ella quien le abriera la puerta en lugar del marido.

—¿Lo han cogido? —preguntó la mujer, retorciéndose las manos.

Kim entró negando con la cabeza. ¿Qué esperaba esa mujer con las pocas horas que habían transcurrido desde la última vez que habían estado aquí?

—Me temo que no, señora Brown. Estamos aquí para obtener más información de usted y su marido.

Kate se dirigió a la habitación donde los habían recibido en las dos visitas anteriores. Abrió la puerta.

—Myles intenta trabajar —dijo.

Enseguida, Kim se dio cuenta de que el hombre estaba sentado delante de un ordenador que ni siquiera estaba encendido. Allí nadie intentaba trabajar.

Cuando el señor Brown giró su sillón de brazos, Kim vio que tenía los ojos enrojecidos y que una esquina de su pañuelo asomaba por el bolsillo del pantalón. Sintió una oleada de compasión. Esa pareja estaba de duelo, sin duda alguna, y ella pisoteaba su dolor cada vez que llamaba a la puerta. Pero también estaba claro que ocultaban algo. No tenía más remedio que dejar a un lado la compasión.

—Señor Brown, hemos...

Kate fue hacia la puerta.

—Iré a preparar té —dijo.

—Señora Brown, es mejor que se quede...

—Prefiero ir a hacer té —dijo con brevedad.

Bryant vio que podía aprovechar la oportunidad y dejarlos solos.

—Iré a ayudarla —dijo.

Por un segundo, Kim vio temor en los ojos de Myles Brown, aunque este se dio cuenta enseguida de que no había mucho que hacer. Prohibir que un policía ayudara a su mujer a preparar unas bebidas calientes exigiría una explicación de algún tipo.

Kim se sentó.

—Señor Brown —dijo—. Me temo que usted y su esposa no están siendo francos del todo.

El hombre endureció el rostro y abrió la boca para decir algo.

Kim levantó la mano para tranquilizarlo.

—Antes de que diga nada, debe saber que cualquier omisión, hasta este momento, la atribuiré a la conmoción y al dolor por la pérdida de su hija; sin embargo, si usted retiene información más allá de esta charla, asumiré que está obstruyendo una investigación de asesinato y actuaré en consecuencia, ¿lo ha entendido? —Él dudó antes de asentir—. ¿El nombre de Tyler Short significa algo para usted?

Myles lo pensó un poco antes de negar.

—¿Debería? —preguntó.

Kim dejó la pregunta en el aire. Si Brown no conocía al chico, ella no iba a entrar en detalles.

—Pero ¿conoce a una chica llamada Carrie?

Él asintió sin dudarlo.

—Era una de las mejores amigas de Sammy.

—Aunque hace tiempo de eso, ¿no?

—Sí, eran amigas en la universidad.

—¿Antes de que Sammy huyera? —Él tuvo la decencia de no asentir, pues ambos sabían que esa historia era mentira—. Señor Brown, sabemos que Sammy tuvo una mala ruptura con un novio y que eso la afectó mucho. Sabemos que la hizo apartarse de su círculo habitual y de las redes sociales, pero no huyó. Dígame, señor Brown, ¿dónde estuvo su hija los dos últimos años?

El cuerpo del hombre se desinfló de pronto ante los ojos de Kim, como si la verdad pugnara por salir.

Inspiró hondo.

—Sammy se unió a una secta.

—¿A una qué? —preguntó Kim, y se enderezó en la silla. No se habría sorprendido más si le hubieran dicho que la chica se había unido a un circo ambulante.

—Una secta —repitió él. Al ver la expresión de Kim, continuó—: Y por eso hemos guardado el secreto.

«No me cree, ¿verdad? Usted cree que las sectas solo existen en otros países. ¿Cree que todas se parecen a las de Charles Manson o David Koresh? —Justo: los primeros rostros que habían venido a la cabeza de la detective eran el del psicópata y el del líder de la Rama Davidiana de Waco.

«No todas las sectas son religiosas. Tampoco están todas a la vista del público ni en los libros de investigación, pero eso no las hace menos reales ni peligrosas. —Kim negó, incrédula. No había sectas en la zona—. Veo que no me cree, pero usted quería la verdad, y esa es.

«Cuando Sammy estaba en su momento más vulnerable, la atrajo una reclutadora. Después de que Callum rompiera con ella de una vez por todas, la cortejaron y la halagaron. Cada vez la veíamos menos. Cuanto más intentábamos retenerla, más se alejaba, hasta que dejó de venir a casa por completo. No hubo charlas, no hubo explicaciones; simplemente se desvaneció.

—¿Dónde fue a parar? —preguntó Kim, que trataba de disimular sus dudas.

—A la Granja de la Unidad, en Wolverley. Así se llama el lugar, aunque, en realidad, no es una granja, es una comuna para gente que quiere alejarse de la realidad. Con el tiempo, les lavan el cerebro hasta que ya no pueden pensar por sí mismos. Todo lo que hacen es por el bien del grupo.

Kim frunció el ceño.

—Pero ella estaba fuera. ¿Había vuelto a casa?

—S-Sí, escapó. No le hicimos demasiadas preguntas porque estábamos encantados de tenerla de vuelta.

Mientras Kim hacía un esfuerzo para que esa información cogiera forma en su mente, Bryant volvió a entrar con una bandeja de té. La señora Brown no iba con él.

Algo en la explicación del señor Brown no tenía sentido. Si Sammy se había unido a algún tipo de grupo y se había dejado influir lo bastante como para abandonar a su familia, ¿qué la había impulsado a huir de repente?

—Supongo que Samantha les ofrecería algún tipo de explicación cuando regresó —dijo Kim. Una vibración en su bolsillo acusó la llegada de un telefonazo que decidió ignorar.

—Tan solo dijo que el grupo no era lo que pretendía ser —respondió.

—¿Cree que fue más comunicativa con su hermana? —preguntó.

El señor Brown se ruborizó y negó con la cabeza.

—No estaban tan unidas, ya se lo he dicho. No hay nada que Sophie pueda decirle sobre su hermana.

Kim sabía que el hombre mentía para evitar que hablaran con la chica. Pero ¿por qué? ¿Qué era lo que Sophie tenía que ocultar?, se preguntó Kim. Su teléfono vibró con un mensaje de texto.

—Lo siento, disculpe. —Sacó el móvil. Alguien estaba ansioso por captar su atención.

El texto era de Mitch y decía: «Te necesito de vuelta en el lago. AHORA», así, sin más.

Quiso una maldición, pero se contuvo. Necesitaba más de Myles Brown, solo que Mitch era el técnico principal en la escena del crimen.

Se levantó y notó cómo el alivio se reflejaba al instante en las facciones del señor Brown.

—Lo siento, tenemos que irnos, pero tendremos que hablar con usted más adelante.

Él asintió con la cabeza y los acompañó hasta la puerta.

—Ah, señor Brown —dijo ella en cuanto estuvieron fuera—, ¿Sammy era vegana?

El hombre dijo que no con un movimiento de cabeza.

—No comía mucha carne, pero no habría sobrevivido sin un bocadillo de beicon de vez en cuando.

—¿Tenía algún problema de salud? —intentó ella de nuevo. Tal vez estuviera en desintoxicación.

Impaciente, él volvió a negar con la cabeza, como si ese nivel de trivialidad no valiera su tiempo. Kim le dio las gracias y lo dejó cerrar la puerta.

—¿Le has sacado algo a su mujer? —le preguntó a Bryant mientras se dirigían al coche.

—Ni una palabra. No ha querido contestar a nada. Ha hecho el té en silencio y luego ha subido a preparar el dormitorio para Sophie, que está a punto de llegar.

Kim esperaba que así fuera de verdad, quería hablar con esa chica más que nunca.

Al salir a toda velocidad del camino de entrada, Bryant estuvo a punto de chocar con un coche que giraba: un Range Rover blanco conducido por un hombre corpulento que parecía ir vestido de negro.

Kim recordó la descripción del vecino de Samantha, la que le había dado Penn, pero no llegó a tomar nota de la matrícula antes de que el coche desapareciera tras la curva.

Mierda, no podían perder más tiempo. Los necesitaban en la escena del crimen.

Dejó escapar un largo suspiro, como si eso la ayudara a expulsar parte de la tensión.



Sentía que Myles Brown le había dicho la verdad, pero no toda la verdad. El hombre aún ocultaba algo.

Capítulo 27

Después de que los detectives se fueran de su casa, Myles cerró la puerta principal y se quedó en medio del pasillo. Dudaba si debía volver al estudio a cerrar el muro de animadversión que se estaba levantando entre él y su mujer. Desde su regreso de la morgue, Kate no toleraba pasar más de un par de minutos con él en la misma habitación.

Empezó a subir las escaleras. Recordaba los silenciosos sollozos que habían escapado de los labios de su Kate durante toda la noche, mientras, daba vueltas en la cama, a su lado. Kate se había movido hasta el borde como rechazo a sus esfuerzos por consolarla.

Las lágrimas del propio por la pérdida de su hija Myles amenazaban con liberarse en cualquier momento. Solo las mantenía a raya la necesidad de ser fuerte para el resto de la familia.

Se quedó un instante en la puerta de la habitación de Sophie, mirando cómo su mujer sacudía una colcha. La funda tenía estampado el horizonte de Nueva York. Era la favorita de su hija.

Al sentir su presencia, Kate se puso rígida, pero no se volvió. Metió a la fuerza una almohada regordeta en una funda limpia y crujiente.

—¿Les has dicho la verdad? —preguntó ella.

—No —respondió, apoyado en el marco de la puerta.

Ella guardó silencio unos segundo.

—Creo que estás cometiendo un error.

—No podemos arriesgarnos, cariño. Es demasiado peligroso. No sabemos qué ocurriría si involucráramos a la policía ahora.

Por fin ella se volvió para mirarlo.

—Creo que podemos confiar en esa mujer. Parece que sabe lo que hace.

Myles vaciló, dividido entre el deseo de salvar la distancia que lo separaba de su mujer y el instinto, que le decía que estaba haciendo lo correcto.

—No podemos confiar en que entienda cómo hay que manejar estas cosas.

—Y hasta ahora hemos hecho un trabajo fantástico, ¿verdad? —Lo acusó con ojos iracundos.

Él volvió a tragarse las emociones. Sabía que aquello le estaba costando el matrimonio, pero el silencio y la distancia se alargaban entre los dos porque él no podía decirle lo que ella quería oír.

—¿Sabes, Myles?, hemos cometido errores y, al contrario de lo que crees, no te culpo de todos.

Que ella admitiera eso le desgarró el corazón. Dio un paso hacia su mujer, de verdad deseaba estrecharla entre sus brazos, pero ella, con destreza, se apartó para evitar el contacto. Lo miró con ojos fríos y vacíos.

—Pero este error es tuyo y de nadie más. Si todo sale mal, te juro que lo afrontarás solo.

Capítulo 28

Stacey concluyó su llamada a la universidad de Dudley sin más información que la que tenía al principio. La profesora de Psicología de Sammy había tardado unos minutos en acordarse de su antigua alumna y le había dado respuestas genérales, como si estuviera escribiendo un informe de fin de curso. La mujer ni siquiera había notado cambios en la chica tras la ruptura con Callum. Por su parte, el profesor de Ingeniería Mecánica de Tyler apenas se había acordado del chico. Había dejado a Stacey en espera durante diez minutos mientras buscaba el nombre en sus registros y no en su memoria.

Tuvo que recordarse a sí misma que esas personas veían a miles de estudiantes cada año. No podía esperar que recordaran todo sobre cada uno; aun así, tenía la impresión de que a estos chicos los recordarían más por sus muertes que por sus vidas. Sus nombres recorrerían ahora los pasillos en boca de gente que ni siquiera los había conocido.

En su búsqueda de personas desaparecidas, había encontrado dos menciones a la universidad de Dudley, solo que, en ambos casos, los jóvenes habían regresado a casa sanos y salvos. Ninguna otra desaparición había sido denunciada durante los años en que Sammy y Tyler estuvieron allí. Tampoco había encontrado ningún vínculo con la universidad, aparte de que ambos chicos habían asistido en las mismas fechas.

Suspiró con fuerza y resistió las ganas de ir a la cafetería a por una magdalena doble de chocolate.

Rosie le guardaba una todas las mañanas, segura de que Stacey bajaría en algún momento a por su dulce favorito. La asistente de detective llevaba dos días aguantando, pero parecían muchos más.

Según sus cálculos, solo le quedaban doce semanas antes de la boda para perder los seis kilos que quería. Y, dado que había tardado casi un mes en quitarse uno, la estadística no estaba de su lado.

Nunca había hecho dieta. Siempre había pensado que, con moderación, todo iría bien. Si algunos días se quedaba con la sensación de que había comido mucho, pasaba un par de días reduciendo la ingesta. Eso le funcionaba bien para el kilo o los kilos que se acumulaban mientras veía la tele a altas horas de la noche acompañada de una o dos chocolatinas. Pero, para deshacerse de unos cuantos buenos kilos, había tenido que recurrir a medidas más desesperadas.

Levantó la tapa de la fiambrera como para asegurarse de que nada apetitoso se hubiera colado dentro. No, todo seguía como lo había dejado: dos panes suecos untados con una fina pasta baja en grasas, un tomate, una manzana y un plátano. Volvió a cerrar la tapa. Habría querido disfrutar más de la comida sana.

Todas las noches, Davon le decía que no quería que adelgazara y, cada vez, Stacey le explicaba que lo hacía por sí misma. Decirlo era fácil para Davon, con su metro setenta y ocho de estatura que, de algún modo, repelía cualquier exceso de grasa. El peso de la mujer no había variado en los dieciocho meses que llevaban juntas. Su cuerpo naturalmente atlético quemaba calorías como un horno. Si Stacey no hubiera estado enamorada de ella de una manera tan absurda, rotunda y delirante, la habría odiado a

muerte.

En su mente, los seis kilos de más habían llegado a la reconciliación con el *leitmotiv* de «Los perderé cuando...».

Nunca había tenido claro el «cuándo»; lo que sí sabía era que sería por algo importante. ¿Y qué podría ser más importante que su boda?

Lo que tenía metido en la cabeza eran las fotos. Con suerte, esas fotos se las enseñarían a sus hijos y sus nietos. Lo que Stacey no quería era, en los años venideros, detestar el aspecto que tenía en las imágenes del día más importante de su vida.

No, tenía que aferrarse a eso, pensó. Desvió su atención de la magdalena de chocolate que le tenían guardada para dirigirla a Tyler Short, el chico de veinte años.

Las redes sociales no revelaban que hubiera tenido la personalidad extrovertida de Samantha. El número de sus amigos no llegaba a las tres cifras, así que no era un coleccionista como esos a quienes Stacey veía acumular en Facebook cientos de personas a las que nunca habían conocido. Tampoco encontró familiares: hermanos, hermanas, primos...

No había muchas fotos suyas. Una de cuando aprobó el examen de conducir y unas cuantas con un pequeño grupo de amigos. Se las saltó y pasó a los mensajes. El chico había compartido un par de fotos de coches y memes divertidos que parecían relacionarse con *Star Wars,* pero lo que de verdad le llamó la atención fueron sus reflexiones. Tenían que ver con madres, sobre todo, y habían sido publicadas en torno al Día de la Madre de cada año. La imagen más antigua era un selfi con la abuela y una tarta de cumpleaños. Solo ellos dos.

Stacey se alejó de las redes sociales con la sensación de que se le había pasado algo, pero tenía que centrarse en el pasado, en la trayectoria de Tyler, y eso no iba a conseguirlo en las redes.

Diez minutos más tarde, había escrito media página de notas sobre Tyler Short, y no era una lectura demasiado alegre.

Nacido de una madre con problemas y depresiva, Tyler había pasado gran parte de la infancia con su abuela materna. Stacey no había encontrado ninguna traza del padre. La madre se había suicidado cuando él tenía doce años y ya vivía con su abuela a tiempo completo. Por lo que Stacey consiguió averiguar, Tyler no había dado ningún problema. Había trabajado lo suficiente como para ingresar en la universidad y estudiar Mecánica.

La fusión de los hechos reales con las redes sociales dejó a Stacey con una abrumadora sensación de tristeza. El chico había tenido una infancia muy incierta, con poca o ninguna estabilidad, y había perdido a su madre antes de llegar a la adolescencia.

Volvió a la página de Facebook y, en particular, a esa foto con la abuela.

De verdad estaban solos ellos dos. La abuela había sido la única constante a lo largo de su vida. El día que Tyler la perdió, lo perdió todo.

Volvió su atención a la foto más reciente, en la que el chico posaba entre un grupo de amigos, y se dio cuenta de qué era lo que se le había pasado la primera vez.

Sus ojos enfocaron el rostro de alguien a quien ya conocía.

Capítulo 29

Eran casi las cuatro cuando el coche de Bryant atravesó el cordón policial hasta las puertas del parque Himley. Mientras los detectives entraban por el aparcamiento del lago, vieron pequeños grupos de trabajadores por toda la hierba del arcén.

Una mujer robusta, con los brazos cruzados, le decía algo al inspector Plant. Kim desvió la mirada antes de que alguien detectase su presencia. No tenía nada que responder a la pregunta que, con toda seguridad, estaba planteando la mujer; no sabía cuándo podrían devolverle la zona. Que la hubieran obligado a cerrar no era una buena noticia para nadie.

Salió del coche y levantó la vista. No había drones. El chico había hecho caso.

Y, aunque el cadáver ya no estaba allí, la tienda no se había movido. Kim fue directamente hacia allí. Supuso Mitch estaba recogiendo las muestras en ese lugar.

Antes de entrar, echó un vistazo al lago. En el perímetro había, según sus cálculos, unos catorce o quince trabajadores vestidos de blanco. Algunos estaban solos, escalonados, pero había dos grupos de tres o cuatro. Uno se aglutinaba a unos siete metros al oeste, en tanto que el otro estaba reunido justo frente a la tienda, pero en el otro lado del lago.

Kim entró.

—Hola, Mitch —dijo.

—Inspectora, discúlpame por haberte llamado otra vez, y gracias por venir tan rápido.

Comparado con el médico, este técnico forense era todo un soplo de aire fresco. Tenía modales. Usaba palabras bonitas como «Disculpe» y «Gracias».

Kim se acercó a la pequeña mesa desplegable que servía de espacio de trabajo.

—¿Qué tienes? —preguntó. Debajo había cajas transparentes abiertas. Supuso que contendrían muestras de tierra y vegetación.

Él cogió una bolsa transparente de la caja de la izquierda. Kim reconoció la segunda deportiva del par de Tyler Short.

Cogió la bolsa y la giró. La zapatilla estaba más embarrada de lodo que mojada.

—La encontramos ahí, justo en la orilla —dijo Mitch, y señaló con la cabeza al primer grupo de técnicos que la detective había visto.

—¿Se le habrá caído durante un forcejeo antes de caer al agua? —preguntó ella.

Él asintió.

—Estaba enterrada. Solo se veían los cordones.

—Buen hallazgo —reconoció Kim.

Mitch sonrió.

—No tenemos ninguna planta que asignarnos, pero me aseguraré de decirle al tipo eso que me acabas de decir.

—Nosotros tampoco tenemos planta —dijo Kim, y miró a su colega. Este silbó y apartó la mirada—. Ha muerto.

—Lo siento mucho —dijo Mitch, y devolvió la zapatilla a la caja transparente.

Las ironías del trabajo policial nunca dejaban de sorprenderla. En el lugar donde un

joven había perdido la vida, le estaban dando el pésame por una planta.

Hablaron a la vez:

—Entonces, ¿qué...?

—Hay algo...

Por supuesto, tenía que haber algo más. Apostados alrededor del lago, había dos grupos de técnicos. Rara vez los llamaban de vuelta a un escenario criminal a por un objeto que el equipo forense ya esperaba encontrar.

Mitch metió la mano bajo la mesa, en la caja de la derecha, y sacó una bolsa de pruebas de un tamaño similar a la otra.

—Esto lo encontramos al otro lado del lago. Podría tener algún significado. Quizá no sea nada, pero he pensado que te gustaría verlo.

Kim le cogió la bolsa y la giró.

Otro zapato.

Solo que este era de mujer.

Capítulo 30

Penn se quitó la bata y la mascarilla en cuanto Keats le dio la orden.

Había permanecido en silencio mientras el médico forense trabajaba de manera metódica y progresiva en el examen externo del cuerpo, antes de centrar su atención en el cerebro, el corazón, los pulmones, el hígado, los riñones, los intestinos, los vasos sanguíneos y las glándulas pequeñas. Y, a medida que el trabajo avanzaba, a Penn lo sorprendieron el respeto y la reverencia que Keats mostraba por el cadáver de Tyler Short. Cada órgano medido y pesado era atendido con mimo, como si se tratara de un recién nacido, como si el médico no quisiera causarles más daños. Penn se había sorprendido cuando Keats, con un cucharón, había extraído el contenido del estómago.

El forense no había dicho nada durante el proceso. Mientras trabajaba, hablaba solo a su dictáfono, como si el sargento no estuviera presente en la sala.

—Así que hemos determinado que este pobre hombre no murió por la herida de la garganta. Tu asesino le cortó el gaznate y luego le sumergió la cabeza hasta ahogarlo.

Penn supuso que esa era la forma en que Keats le estaba dando permiso para hablar.

—¿Querría asegurarse?

—Esa pregunta tendrás que responderla tú, no yo —dijo el forense, y cubrió con la sábana la cabeza de Tyler Short. Cogió lo que acababa de sacar del estómago de la víctima y lo llevó al microscopio.

—¿Eso te ayudará a determinar la hora de la muerte? —preguntó Penn.

El médico negó con la cabeza.

—En este caso, la localización del contenido dentro del sistema digestivo me ayuda a conocer el tiempo transcurrido entre la última comida y la muerte. Yo diría que unas tres horas. Sin embargo, no es un dato que nos ayude a determinar cuándo murió. Según mis estimaciones, eso habrá ocurrido hace entre cuatro y seis semanas.

—¿No podrías...?

—No —dijo Keats—. No puedo ser más específico. Tu jefa recibirá la misma respuesta cuando lea el informe completo.

Penn ocultó su sonrisa. Ambos sabían que Kim le exigiría un plazo más preciso.

Penn hizo una bola con su traje desechable y lo tiró todo a la papelera.

—Bien. Iré a...

—¿He dicho que hemos terminado? —preguntó Keats sin girarse.

—No sé qué más...

—Esto. —Keats le indicó que mirara por el microscopio.

Penn no tenía ni idea de lo que observaba.

—Vale —dijo.

Puso los ojos en blanco cuando Keats le mostró una foto en la pantalla de su ordenador.

—¿Por qué no me has explicado primero el panorama general? Sigo sin saber qué veo, aunque...

—Lo que ves es el contenido del estómago de...

—De Tyler Short. Ya lo sé —dijo Penn, satisfecho de haber tenido, al menos, una oportunidad de interrumpir al patólogo.

Keats lo miró por encima de sus gafas de montura dorada.

—Este es el contenido estomacal de Samantha Brown. Es exactamente igual. —Penn miró por el microscopio y de nuevo echó un vistazo a la pantalla—. Así que, si tu jefa necesita alguna prueba más de que estos dos casos están relacionados, puedes decirle que la última comida de Tyler Short tampoco fue más que arroz y judías.

Capítulo 31

Callum Towney no era lo que Kim esperaba.

La foto que Stacey le había enviado mostraba a un chico bastante guapo, con un bronceado saludable y un pelo rubio y desordenado. Este, el chico que recogía los carritos en el aparcamiento del Asda, se había afeitado la cabeza y llevaba un par de perforaciones en la cara.

Ella le mostró su identificación.

—¿Tienes un minuto? —le dijo.

—Claro —contestó él sin cambiar de expresión.

Por experiencia, Kim sabía que la mayoría de las personas experimentaban algún cambio emocional, por sutil que fuera, cuando los abordaba un agente de la Policía. A menudo veía miedo, ansiedad, culpabilidad, fastidio o superioridad. Lo raro era que no se notara ningún cambio. Para ella, algo así era indicio de una de dos cosas: que la persona nunca había hecho nada malo o que le traía al pairo que lo pillaran. Quedaba por ver en qué categoría entraba Callum Towney.

—Nos gustaría hablar contigo sobre Samantha Brown —le explicó.

Una mirada perspicaz apareció en el rostro del chico.

—Sí, eso he pensado que querrías.

El nombre de Samantha había aparecido en toda la prensa, así que él era consciente de que la chica había muerto. Kim no detectó ningún atisbo de tristeza, arrepentimiento ni nada.

—¿Por qué?

Callum abrió mucho los brazos, como si la respuesta fuera obvia.

—Es que yo era como, en plan, el amor de su vida, ¿no?

Ay, el «En plan». Una expresión que despreciaba.

—Supuestamente —intervino Kim. Ya se estaba preguntando qué demonios había visto Sammy en ese tipo—. ¿Salíais en la universidad?

—¿Salir? —Soltó una carcajada, como si la detective hubiera utilizado un término antiguo—. Lo que hacíamos mucho era fo…

—Supongo que la respuesta es que sí —interrumpió Bryant.

Callum asintió.

—¿Y qué estudiabas en la Universidad de Dudley? —preguntó ella. Fijó la mirada en los carritos mientras el chico empujaba la hilera hacia un Ford Fiesta, donde había uno perdido.

—No mucho —dijo—. Iba para que mis padres no me echaran. ¿Y esto? —dijo, y miró sus carritos—. Esto es solo para salir del paso. He pedido el subsidio de desempleo en otra dirección, así que recibo algo decente mientras consigo inversores para una idea que tengo.

En esa voz, Kim oía el orgullo de estar estafando al Gobierno. Se preguntó si de verdad le había enseñado la placa a ese chico.

—Magnífico —dijo. Ese gran plan no era algo que ella necesitara oír. Ni tampoco que

admitiera que manipulaba los beneficios. Más tarde, una rápida llamada a la oficina de prestaciones acabaría con aquello.

—Callum, estamos mucho más interesados en tu relación con Sammy Brown.

Él miró los carritos y les hizo señas para que lo siguieran. El tren bloqueaba una fila de seis coches.

—Eeeh, ¿no deberías...?

—No, Bert saldrá en un minuto y los moverá.

Se detuvo junto al edificio y sacó una bolsa del bolsillo de su chaqueta.

Hizo una pausa.

—Mira, antes que nada, era una gran chica: te reías y era *sexy* y folla... Bueno, ya sabéis a qué me refiero. Nos divertíamos mucho, pero luego se puso muy seria. Empezó a ponerme mala cara si yo me olvidaba de alguna cita o si cambiaba de opinión. Y otras chicas...

—¿Podríamos decir que teníais ideas diferentes acerca de cómo debía ser la relación? —preguntó Kim lo más educadamente que pudo. Esa pequeña rata había utilizado a Sammy por el sexo y la había engañado.

—Sí, sí. Yo no quería líos, así que terminé. Nunca volví a hablar con ella.

—¿Y también conociste a un tipo que se llamaba Tyler Short?

Él frunció el ceño mientras abría la bolsa.

—No, yo no tenía ningún compañero con ese nombre.

Kim sacó su teléfono y se desplazó hasta la foto. Le vio una sonrisa a Callum cuando se vio a sí mismo.

—Este chico —dijo ella, y tocó la pantalla.

Él miró más de cerca. Frunció el ceño en cuanto lo reconoció.

—Ah, ese. Era un conocido de mi amigo Spuddy. Lo llevó un par de veces. Nunca supe cómo se llamaba.

«O nunca te molestaste en recordarlo», pensó Kim mientras Callum abría su bolsa y sacaba un canuto.

—¿Te das cuenta de que somos agentes de policía? —preguntó Kim, solo para asegurarse. Hasta ese momento, ya había admitido cometía fraude con las prestaciones y ahora estaba a punto de encenderse un porro de marihuana delante de ellos.

—Me imagino que estamos, en plan, hasta el cuello de mierda, si no tenéis un pez más gordo que freír que yo, así que ¿qué vais a hacer?, ¿eh? —preguntó, y encendió el porro.

Sin poder contenerse, Kim alargó la mano, le arrancó el canuto de la boca y lo estampó contra el suelo. Lo aplastó bien contra el asfalto para que Callum ya no tuviera la tentación de recuperarlo.

—Lo que vamos a hacer es patearte el culo hasta la comisaría. Ahí podremos discutir con más detalle tu conexión con estas dos personas. —Hizo una pausa—. En plan, ¿lo pillas?

El muchacho miró el zapato de Kim y sus ojos se abrieron de par en par. Ella restregó el pie unas cuantas veces más para dejar muy claro su punto de vista.

Callum levantó la mirada.

—Espera. ¿Me estás diciendo que ese tío también está muerto?

Ella no respondió.

—¿Así que tus recuerdos se van aclarando? —preguntó Kim.

El chico dio la impresión de haberse acordado de algo. Puso los ojos en blanco.

—Sí, no paraba de hacerme preguntas sobre Sammy. Qué penas. Estaba claro que ella no quería saber nada de él.

—¿Porque era más joven? —preguntó Kim. Había solo un año de diferencia.

—No, porque ella no podía dejar de pensar en mí.

—Sin duda. Por supuesto.

—Estaba jodido, el pobre chaval, pilladísimo por Sammy. —Sacudió la cabeza con sorna—. El muy gilipollas la habría seguido a cualquier parte.

Capítulo 32

—¿Crees que los dos estaban en esa cosa de la secta? —preguntó Bryant cuando Kim terminó de hablar con Penn. Que las dos víctimas tuvieran el mismo contenido estomacal no era algo con lo que ella se hubiera tropezado antes, a menos que los dos chicos hubieran compartido la misma última comida. Sin embargo, habría sido imposible en el caso de Sammy y Tyler, puesto que él había muerto semanas antes que ella.

—¿Esa incredulidad en tu voz tiene que ver con que ambos hayan sido miembros o con que, de verdad, exista algún tipo de secta en Wolverley?

—Las dos cosas, pero más lo segundo, quizás —respondió él, sincero.

En realidad, Kim no tenía nada que ojetar a eso.

Wolverley era un pueblo situado a orillas del río Stour, tres kilómetros al norte de Kidderminster. Con sus dos mil habitantes, más o menos, solía ser un lugar tranquilo y con bajo índice de criminalidad, salvo por un espantoso asesinato ocurrido en algún lugar del pueblo allá por los noventa. Kim sabía que la zona contaba con trece edificios protegidos y algunas cuevas. Estas, que habían sido excavadas en los acantilados de arenisca, se encontraban detrás de algunas de las viviendas. Alrededor del tranquilo pueblo había campos ondulantes y zonas boscosas. Además —aunque de eso acababan de enterarse—, había algo llamado Granja de la Unidad.

—Su cara ha sido un poema —dijo Bryant a la salida de Wordsley.

—¿Eh?

—Callum, cuando le has arrancado el porro de la boca. Un clásico. Y en la oficina de prestaciones han estado encantados de atender mi llamada.

—Ha sido un buen día para ese muchacho —convino Kim. Mientras Bryant estaba ocupado denunciando a Callum ante las autoridades, ella había intentado llamar a Woody por segunda vez para ponerlo al corriente del zapato encontrado en el lago. El hecho de que su jefe no pudiera cogerle la llamada, por estar en una reunión trimestral sobre los presupuestos, no presagiaba nada bueno para la petición que iba a hacerle en cuanto volvieran a comisaría.

—Qué capullo, ¿eh? A ver qué dice sobre su paradero el día en que Sammy fue asesinada. Será interesante.

—Fuma demasiado de esa mierda. Bastante será si se acuerda de lo que ha hecho hace una hora —respondió ella.

—¿Qué crees?

Kim se encogió de hombros.

—El chico todavía no está descartado. Creo que en su personalidad hay más de lo que hemos visto. Mal genio, tal vez. Así que, por ahora, sigue en el radar.

—El GPS dice que estamos a cuatrocientos metros de nuestro destino —dijo Bryant mientras los campos se abrían a su alrededor.

—Vale, ve más despacio y...

—Ja, qué ironía que me digas que vaya más despacio.

Ella rio entre dientes. Siempre le pedía que acelerara.

—¡Ahí! —gritó cuando pasaron junto a una puerta abierta. Había una pequeña placa de latón atornillada en la parte superior.

De inmediato, Bryant metió el coche por el camino de una sola vía. Al doblar una curva que bordeaba una pequeña zona boscosa, el suelo se convirtió en una vereda de tierra.

Bajó la ventanilla, transitando a baja velocidad.

—¿Oyes eso? —preguntó.

—No oigo nada.

—A eso me refiero —dijo él.

A medida que se alejaban de la carretera, el silencio se hacía más profundo. Y eso, a Kim, siempre le ponía los nervios de punta. Le gustaban el ruido, la actividad, la impaciencia y las personas que corrían como miserables de un sitio a otro. La tranquilidad le provocaba ansiedad.

Bryant se detuvo en una parcela de grava. Enfrente había una cabaña con un letrero pintado a mano que decía «Tienda de la Granja».

—Ambiciosos, ¿eh, jefa? —comentó Bryant, y apagó el motor.

Kim tuvo que darle la razón. La tienda de la granja era una caseta de jardín con una mesa delante. Había un cuenco de huevos entre un puñado de zanahorias y un montón de patatas deformes.

La chica que estaba detrás de la mesa se puso en pie. Se le iluminó la cara ante la perspectiva de hacer una venta. Y no era de extrañar, ya que estaban un poco lejos de la vía principal.

—Bryant, compra zanahorias —susurró Kim cuando se acercaban.

—¿Llamas a eso za...?

—Cómpralas —gruñó ella. Fijó en su rostro una sonrisa mientras Bryant escogía lo mejor entre un manojo de cosas mustias.

—Dos libras —dijo la chica, y tendió la mano.

Kim oyó la respiración agitada de su compañero. Aun así, se hurgó el bolsillo.

No era un buen momento para detener a esa joven por extorsión.

—Hola —dijo Kim, y mostró su placa—. ¿Podemos hablar con el responsable? —La alegría de la joven se convirtió en seguida en alarma—. No hay nada de qué preocuparse —la tranquilizó Kim—. Estamos aquí por una chica llamada Samantha Brown, ¿la conoces?

La muchacha se ruborizó y volvió a entrar en el cobertizo, murmurando algo sobre esperar un minuto.

Kim dio un paso de lado y la observó coger un teléfono móvil y ponerse de espaldas.

Echó un vistazo rápido. Vio que la única forma de acceder a la propiedad era atravesar el cobertizo a pie hasta el otro lado. La propia tienda de la granja estaba situada entre vallas metálicas que se extendían en ambas direcciones, más allá de lo que alcanzaba la vista.

«¿Tienda de granja o garita?», divagó. Tenía curiosidad por saber por dónde entraban los vehículos. Estaba a punto de preguntarlo cuando la chica terminó de hablar por teléfono.

—Jake está de camino —dijo. Miraba a su alrededor y se retorcía las manos.
Kim detectó en ella tanto entusiasmo como inquietud.
—Dinos por dónde y podremos...
—Será solo un minuto —interrumpió, categórica.
Kim tuvo la impresión de que, a menos que la tumbaran en el suelo y la dominaran, no atravesarían ese cobertizo.
—Entonces, ¿conociste a Samantha? —preguntó otra vez.
Ella asintió con lentitud.
—Pero se ha ido.
Kim no sabía si eso significaba que se había marchado o que estaba muerta. En cualquier caso, la chica se mordía el labio inferior.
—¿Tuvo algún problema con...?
—Ah, aquí está Jake. —Se dio la vuelta cuando un motor sonó más allá del cobertizo.
Apareció detrás de ella un hombre de cincuenta y tantos años. Tenía el pelo completamente blanco, aunque grueso y bien cortado. Bajo una camisa azul pálido de cuello abierto, lucía unos anchos hombros. Su piel tersa tenía bastante color como para transmitir buena salud. Y sus ojos eran del color azul más puro que Kim jamás hubiera visto. En cuanto una mirada se encontraba con esos ojos, el resto del rostro quedaba en el olvido.
Kim le mostró su identificación.
—Soy la detective Stone —le dijo—. Nos gustaría hablar con usted sobre Samantha Brown.
El hombre se puso a un lado de la vendedora y alargó la mano en dirección a Kim.
—Yo soy Jake Black. ¿Sammy está bien?
Estupendo. Ni siquiera sabían que estaba muerta.
—Señor Black, de verdad, necesitamos hablar en privado.
Él se movió hacia la mesa.
—Por supuesto, vengan.
—Si tan solo nos mostrara por dónde meter el coche...
—No vale la pena molestarse. Por favor, por aquí —dijo, y señaló el hueco por donde había entrado.
Kim vaciló, pero lo siguió. Necesitaba cruzar ese cobertizo.
Bryant entró detrás. Jake cerró el hueco, echó un vistazo a la mesa y apretó el hombro de la chica.
—Buen trabajo, Maisie, sigue así.
Un escalofrío de incomodidad recorrió la columna vertebral de Kim al ver el contacto físico. Sin duda, Maisie tenía más de dieciocho años, pero ahí había algo inquietante.
La chica se ruborizó aún más y apretó las manos, como si estuviera a punto de explotar. Una persona desconfiada habría pensado que esa era, ni más ni menos, la respuesta que el hombre esperaba. Qué bien que Bryant fuera el más suspicaz de los dos.
Kim salió del cobertizo detrás de Jake Black y vio el carrito de golf en el que el hombre había llegado. A la izquierda tenían campos y, a la derecha, un sendero de tierra que desaparecía alrededor de una zona boscosa.

—Súbanse y yo...

—Señor Black, preferiría...

—Insisto. Me encantaría que viniera a ver la casa.

Kim se subió a su lado. Bryant se sentó detrás. No estaba de más acabar con ese sinsentido de la secta y conocer toda la verdad acerca de Sammy Brown.

—Entonces, ¿le va todo bien a Sammy? Y, por favor, llámenme, Jake.

—Gracias..., Jake, y no, me temo que no está bien. «¿Qué?, ¿este hombre no ha visto las noticias?», pensó. Enseguida se preguntó si el vehículo no podía ir más rápido. Tenía que reunirse con Woody más tarde.

—Tendría que conseguirme uno de estos —dijo Bryant.

«No me extraña», pensó Kim, dada la velocidad a la que a su compañero le gustaba conducir.

—La echamos de menos —dijo Jake. Ella detectó en su voz una emoción sincera.

—Y sus padres también, porque, por desgracia, Sammy Brown está muerta.

Justo cuando se veía una casa delante, el carrito de golf se detuvo con brusquedad.

La propiedad parecía ser una antigua granja que se había ampliado en todas direcciones.

El hombre se volvió a Kim.

—Por favor, cuénteme qué ha pasado —dijo.

—Sammy ha sido asesinada por alguien a quien conocía y a quien permitió entrar en su nuevo piso.

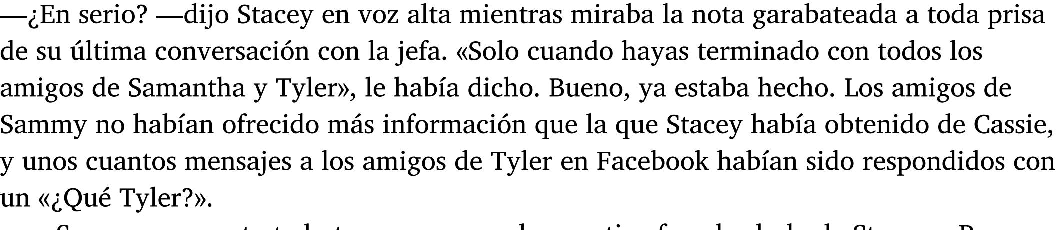
—¿Tenía un piso? —preguntó. Arrancó otra vez el carrito. En su voz había cierto tono que ella intentó descifrar.

—Sí, hace poco consiguió un hogar para ella sola.

Aunque «hogar» era una exageración, dado el espacio frío e impersonal donde Sammy había vivido.

Kim decidió guardarse la noticia de Tyler Short. Quería controlar la reacción de ese hombre ante la noticia del fallecimiento de Sammy. Y, mientras observaba la tensa mandíbula que daba forma al apuesto rostro de Jake, pensó que, de hecho, había muchos sentimientos.

Capítulo 33



—¿En serio? —dijo Stacey en voz alta mientras miraba la nota garabateada a toda prisa de su última conversación con la jefa. «Solo cuando hayas terminado con todos los amigos de Samantha y Tyler», le había dicho. Bueno, ya estaba hecho. Los amigos de Sammy no habían ofrecido más información que la que Stacey había obtenido de Cassie, y unos cuantos mensajes a los amigos de Tyler en Facebook habían sido respondidos con un «¿Qué Tyler?».

—Supongo que esto te lo tengo que agradecer a ti —fue el saludo de Stacey a Penn en cuanto este cruzó la puerta.

—Quizás, pero no lo juraría. —Sacó de su cajón un pañuelo azul—. ¿Qué pasa?

—»Un hombre grande y corpulento, vestido de negro, en un Range Rover blanco». Eso es lo que dijo el vecino, ¿no? —le soltó.

—Sí, pero, como he dicho, no creo que...

—Pues adivina quién tiene que localizarlo, ¿eh? —dijo ella, y terminó con un gran suspiro.

Penn abrió sesión en su ordenador.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Genial —respondió ella—. ¿Cómo diablos voy a averiguar quién es ese tipo?

Él se encogió de hombros.

—Busca en Internet —dijo.

—Penn, ¿me estás tomando el pelo?

—Cielos, Stace, come algo ya. Tienes mucha hambre.

Ella inspiró hondo antes de hablar.

—No tiene nada que ver con eso. Me he comido un plátano hace una hora. Estoy cabreada porque es una tarea imposible.

—No, no lo es.

Stacey apoyó la espalda en la silla y miró al techo. Y, maldita sea, su estómago hacía todo tipo de ruidos, pero ya había superado la mayor parte del día y no iba a flaquear. La esperaba una ensalada de pollo al llegar a casa.

Penn retiró el táper que había entre los dos escritorios.

—Confía en Google —dijo.

Ella se sentó en el borde de su silla.

—¿Qué?

—Haz una búsqueda estúpida. Eso lo que hago yo siempre. Digamos que busco una receta fácil de seguir para Jasper. Cuando hay demasiadas líneas de texto, se agobia. Así que busco «Receta fácil para hacer tiramisú con menos de diez instrucciones». Vamos, que le digo a Google exactamente lo que quiero. Le gustan los retos.

Stacey no pudo evitar sonreír al imaginar a su compañero descargando instrucciones simplificadas para que su hermano hiciera lo que más le gustaba.

—Penn, eres idiota, pero haré un intento —dijo, y tecleó lo que había dicho la jefa palabra por palabra: «Hombre grande y corpulento, vestido de negro, en un Range Rover

blanco».

No había resultados que contuvieran todas las palabras, pero, aun así, se desplazó hacia abajo y tomó nota de lo que Google había tachado de la leyenda «Falta(n)».

A tres resultados del final de la página, llegó a un artículo en que faltaban las palabras «grande» y «corpulento», pero contenía el resto. Era un artículo de *The Dudley Star* fechado tres semanas antes.

—Penn, eres un genio.

Él se encogió de hombros.

—Idiota, genio. Es lo mismo.

Ella leyó el artículo escrito nada menos que por Tracy Frost. Sus ojos revisaron la zona que, por coincidir con el criterio de búsqueda, estaba resaltada.

> La policía solicita ayuda para localizar a un hombre vestido de negro. Conducía un Range Rover blanco y fue visto a pocos metros del lugar del robo que tuvo lugar anoche en Cavendish Road...

—Parece que tu testigo poco fiable era fiable, después de todo —dijo Stacey. Tecleó una búsqueda en Google Earth.

Cavendish Road estaba a una calle de donde había vivido Samantha Brown.

Capítulo 34

Jake detuvo el carrito de golf en el lado oeste de la casa. Al mirar lo que tenía delante, desde el frente de la propiedad, Kim vio un conjunto de graneros reconvertidos alrededor de un patio pavimentado. Había mesas de pícnic, bancos, macetas de colores y cestos colgantes. Algunas de las mesas estaban ocupadas por grupos de hombres y mujeres que disfrutaban del débil sol de principios de septiembre. Todos los que la miraban la saludaban y le sonreían.

Kim siguió a Jake por un pasillo que daba a las habitaciones. Al parecer, estaban en una granja remodelada. Se habían eliminado todas las paredes que había sido posible demoler. A la izquierda había un comedor preparado para, al menos, cincuenta personas. A la derecha había otro gran espacio abierto, lleno de sofás y sillones, reposapiés, mantas de lana, estanterías con libros y una enorme chimenea.

Pasaron por tablones de anuncios en los que se enumeraban actividades como meditación, cristaloterapia, masajes, *reiki* y un par de cosas que ella no habría sabido pronunciar.

Y, sin embargo, había una quietud que la intrigaba. Cuando se cruzaban con gente por el pasillo, los saludos consistían en una sonrisa y una inclinación de cabeza. No se intercambiaban palabras. No se oían televisores ni radios ni risas estridentes. Todo estaba tranquilo y adormecido. Ella, en su casa y con su perro, hacía más ruido que todos ellos juntos.

Jake abrió una pesada puerta de roble con un rótulo que decía «Privado».

—Pasen, por favor —dijo.

No era una habitación enorme. Era, tal vez, del tamaño de la cocina y el salón de Kim juntos, pero estaba perfectamente diseñada. Del suelo al techo, las estanterías ocupaban la mayor parte de las paredes. Había una escalera de biblioteca que podía deslizarse y, frente a la ventana, un antiguo escritorio de roble. Uno de los lados de la habitación estaba ocupado por un sofá de felpa con manta de tartán. En frente, Kim vio dos sillones de cuero de respaldo alto y, entre los dos, encima de una mesa de centro, un antiguo tablero de ajedrez. Ante una chimenea bien abastecida, había otro sillón y un reposapiés. Completaban el conjunto algunas mesas de centro y lámparas de lectura.

—Qué bonito —murmuró Bryant, y Kim entendió lo que su compañero quería decir.

—Nos gusta considerarlo nuestro hogar —dijo Jake antes de cerrar la puerta.

Cuando Kim se sentó en el sofá, se dio cuenta de que lo único que faltaba era un ordenador.

Jake se sentó enfrente de ella.

—Entonces, ¿usted es el dueño de todo esto? —preguntó la detective sin disculparse por ser tan directa.

—Sí, uno de ellos —respondió—. La casa, los graneros y las casi siete hectáreas circundantes.

Kim soltó un silbido.

—Fabuloso. ¿Por qué «uno de ellos»?

—Los que pusimos el capital inicial éramos doce...

—¿Cantidades iguales? —preguntó Kim.

—Teníamos una visión común —continuó Jake, como si ella no hubiera dicho nada—. Tuvimos mucha suerte de que los homicidios nos ayudaran a conseguir...

—¿Perdone? —dijo Kim, y entrecerró los ojos.

En los labios del hombre se vio una expresión divertida.

—Discúlpeme si me he expresado mal, inspectora. La casa y el terreno se vendieron muy por debajo del valor de mercado debido a que, a principios de los noventa, la familia fue asesinada. Un sobrino mató a sus tíos y a sus dos primas. Intentó que pareciera un robo que había salido mal. Después, nadie quiso comprar el inmueble.

Estaba claro que Jake Black, ante un caballo regalado, no era de los que se fijaban en los dientes, supuso Kim.

—¿Y cuánta gente hay aquí ahora?

—Ciento una personas —respondió con prontitud.

—¿Y todos han puesto capital en la Granja? —preguntó Kim.

—Todos los que estamos aquí contribuimos de alguna manera, inspectora —dijo sin perder el ritmo—. Tenemos que sobrevivir.

Ella se dispuso a abordar el tema que la había llevado hasta allí, aún incapaz de creer que él no se hubiera enterado.

—La muerte de Sammy ha aparecido en todos los medios —dijo.

Él sonrió y dejó a la vista unos dientes blancos.

—Aquí no nos interesan mucho las noticias. Rara vez son buenas.

—¿Y qué es «aquí», exactamente, Jake? ¿Por qué Sammy estuvo aquí dos años y medio antes de irse?

—Esto es un retiro; un lugar espiritual seguro, si lo prefiere. La gente se une a nosotros por diversas razones.

—¿Cómo cuáles? —preguntó Kim, sin rodeos.

—Son diferentes, como le acabo de decir —respondió, imperturbable—. Supongo que muchos se han desilusionado con el mundo y, a menudo, con el lugar que les ha tocado.

—¿Están huyendo, entonces?

—O han elegido un camino diferente —contraatacó él—. Las personas llegan aquí buscando muchas cosas, pero, sobre todo, vienen a buscarse a sí mismas. Y no, no me ofende la naturaleza de sus preguntas, inspectora —dijo con una sonrisa maliciosa.

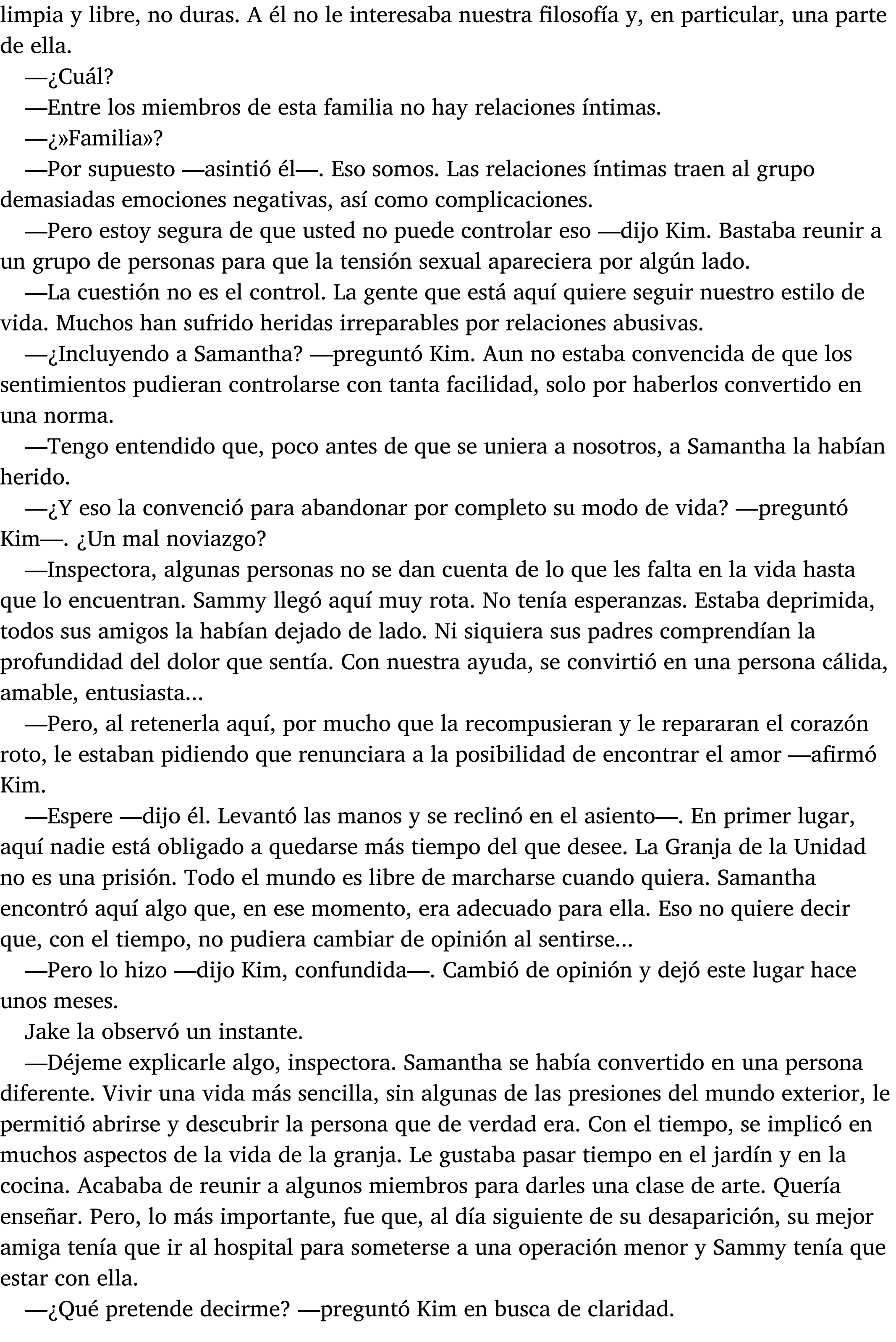
Kim pensó en el chico triste y solitario.

—Bien. ¿Y Tyler Short también vino a buscarse a sí mismo? —preguntó. Esa repentina inserción del nombre de Tyler era del todo intencionada. Quería calibrar la respuesta inicial ante el nombre.

—No, Tyler vino en busca de amor —respondió él con naturalidad, como si le hubieran enviado de antemano la lista de preguntas.

—¿Perdone? —preguntó Kim. No quería divulgar lo que sabía acerca de Tyler y sus sentimientos por Sammy.

—Tyler se unió a nosotros para estar cerca de Samantha. Pero este no es un modo de vida que convenga a todo el mundo. Si no estás comprometido a llevar una vida más



limpia y libre, no duras. A él no le interesaba nuestra filosofía y, en particular, una parte de ella.

—¿Cuál?

—Entre los miembros de esta familia no hay relaciones íntimas.

—¿»Familia»?

—Por supuesto —asintió él—. Eso somos. Las relaciones íntimas traen al grupo demasiadas emociones negativas, así como complicaciones.

—Pero estoy segura de que usted no puede controlar eso —dijo Kim. Bastaba reunir a un grupo de personas para que la tensión sexual apareciera por algún lado.

—La cuestión no es el control. La gente que está aquí quiere seguir nuestro estilo de vida. Muchos han sufrido heridas irreparables por relaciones abusivas.

—¿Incluyendo a Samantha? —preguntó Kim. Aun no estaba convencida de que los sentimientos pudieran controlarse con tanta facilidad, solo por haberlos convertido en una norma.

—Tengo entendido que, poco antes de que se uniera a nosotros, a Samantha la habían herido.

—¿Y eso la convenció para abandonar por completo su modo de vida? —preguntó Kim—. ¿Un mal noviazgo?

—Inspectora, algunas personas no se dan cuenta de lo que les falta en la vida hasta que lo encuentran. Sammy llegó aquí muy rota. No tenía esperanzas. Estaba deprimida, todos sus amigos la habían dejado de lado. Ni siquiera sus padres comprendían la profundidad del dolor que sentía. Con nuestra ayuda, se convirtió en una persona cálida, amable, entusiasta...

—Pero, al retenerla aquí, por mucho que la recompusieran y le repararan el corazón roto, le estaban pidiendo que renunciara a la posibilidad de encontrar el amor —afirmó Kim.

—Espere —dijo él. Levantó las manos y se reclinó en el asiento—. En primer lugar, aquí nadie está obligado a quedarse más tiempo del que desee. La Granja de la Unidad no es una prisión. Todo el mundo es libre de marcharse cuando quiera. Samantha encontró aquí algo que, en ese momento, era adecuado para ella. Eso no quiere decir que, con el tiempo, no pudiera cambiar de opinión al sentirse...

—Pero lo hizo —dijo Kim, confundida—. Cambió de opinión y dejó este lugar hace unos meses.

Jake la observó un instante.

—Déjeme explicarle algo, inspectora. Samantha se había convertido en una persona diferente. Vivir una vida más sencilla, sin algunas de las presiones del mundo exterior, le permitió abrirse y descubrir la persona que de verdad era. Con el tiempo, se implicó en muchos aspectos de la vida de la granja. Le gustaba pasar tiempo en el jardín y en la cocina. Acababa de reunir a algunos miembros para darles una clase de arte. Quería enseñar. Pero, lo más importante, fue que, al día siguiente de su desaparición, su mejor amiga tenía que ir al hospital para someterse a una operación menor y Sammy tenía que estar con ella.

—¿Qué pretende decirme? —preguntó Kim en busca de claridad.


—Que Samantha no deseaba dejarnos. Sin duda, se la llevaron por la fuerza.

Capítulo 35

—¿Y eso es todo lo que tenía que decir? —preguntó Woody mientras Kim le contaba la conversación que había tenido con Jake Black.

Ella asintió.

—No dijo por qué ni por quién tenía semejante certeza, solo afirmó que Sammy no se había ido por su propia voluntad. Para serle franca, después de eso fue un poco seco y se ofreció a llevarnos de vuelta al coche.

—¿Qué opinas de la Granja de la Unidad? —preguntó él.

—El sitio es bastante agradable. Todas las personas que vi parecían felices; un poco silenciosas, pero contentas. Han invertido mucho en ese lugar. No sé de dónde ha salido el dinero, ya que Black fue muy hábil en evadir las preguntas sobre el sistema financiero.

—¿Tienes algún sospechoso de los asesinatos? —Kim negó con la cabeza—. Pues déjalo por ahora. No queremos dar la impresión de que acosamos a un grupo de personas que han elegido un estilo de vida alternativo.

Y, por eso, ese hombre estaba al mando, razonó Kim.

—Tendré que volver a hablar con Myles Brown, señor. Puede que tenga que remangarme un poco. Sé que no me lo está contando todo.

—Vale, pero no presiones demasiado —le advirtió—. Y mantén a Bryant junto a ti en todo momento.

Bryant la había dejado en la entrada y había salido disparado. El resto del equipo también estaba a la espera de que los enviara a casa. Decidió no compartir esa información.

—Myles Brown —continuó— afirma que Samantha se fue de allí por su propia voluntad, pero Jake Black dice que no. —Movió la cabeza de un lado al otro—. Pero, jefe, si le he pedido que nos reuniéramos, no ha sido por eso. —Él la miró, suspicaz. Kim inspiró hondo—: Señor, tenemos que dragar el lago del parque Himley.

—¿Por qué?

—Por el zapato.

—¿Y?

—Y nada más que por el zapato, señor.

—Vamos, Stone, pensaba que era una petición seria.

Esa no era una buena respuesta. Le resultaban tolerables la irritación, la incredulidad y el escepticismo, pero el rechazo instantáneo era un hueso más duro de roer.

—Es una petición seria.

—Rara vez he tenido un buen fin de jornada gracias a ti, Stone —dijo. Se puso en pie y cogió su maletín—. Pero hoy…

—Tenemos que comprobar si hay otro cadáver allí dentro. —Siguió defendiendo su postura mientras él metía expedientes en el maletín. De ser necesario, iría detrás de su jefe hasta el coche y parlotearía a su oído hasta que se marchara.

—¿Tienes algo más que un zapato perdido y enterrado en el barro? ¿Ropa?

—No.

—¿Una sospecha de alguna persona desaparecida que pudiera estar allí?

—No.

Él dejó de hacer la maleta.

—Entonces, ya sabes mi respuesta.

Kim comprendía las enormes implicaciones de dragar un lago. También había que tener en cuenta la pérdida de ingresos y las molestias causadas a los propietarios. Además, sabía que su jefe había pasado la tarde en una reunión de presupuestos; pero, al final, era un policía, no un chupatintas, y eso lo convertía en un jefe extraordinario. Excepto cuando le decía que no.

—Señor, este caso es...

—Stone, cualquier otra cosa sobre este tema es desperdicio de saliva para ti y una pérdida de tiempo para mí. La respuesta es no.

Kim gruñó por dentro. Aunque lo siguiera a casa y se sentara a su mesilla de noche a verlo tomarse el colacao, no cambiaría de opinión; a menos que le diera algo más.

Pero no sabía qué era ese algo más.

Capítulo 36

Bryant sabía que no se estaba haciendo ningún favor, pero tenía que ver aquello con sus propios ojos.

Llevaba todo el día esperando un mensaje de texto o una llamada que le dijera que habían cambiado de opinión, que se habían dado cuenta del gran error y que, al final, Peter Drake no sería liberado.

Después de haber dejado a la jefa en la comisaría, había tenido que sortear el tráfico de la tarde; pero había llegado a tiempo. No le sorprendió ver el coche de Richard Harrison ya aparcado. Se detuvo y dejó una plaza vacía entre los dos.

Richard se apoyó en la puerta trasera del coche de Bryant.

—Esto es real, ¿no? —preguntó—. Ese puto cabronazo saldrá libre en cualquier momento.

Bryant observó al hombre, que parecía aún más demacrado que el día anterior, pero no dijo nada. Ayer, Richard llevaba el traje limpio, la camisa planchada y el pelo bien peinado. Hoy, llevaba la ropa arrugada, tenía el pelo grasiento y ojeras negras. Todo eso decía que Richard no había tenido un solo instante de paz desde que la Junta había tomado la decisión. Ese hombre se estaba derrumbando y Bryant no podía hacer nada para impedirlo.

—Sabes que volverá a hacerlo, ¿no? —preguntó Richard.

Bryant oyó cómo se le quebraba la voz y pensó en lo que la jefa había dicho sobre *Minority Report* y la imposibilidad de predecir crímenes; pero, joder, su instinto le decía lo mismo.

—Otra chica sufrirá lo mismo que Wendy —dijo mientras las puertas empezaban a abrirse.

Richard se enderezó y se apartó del coche.

De repente, allí estaba.

Por primera vez en más de un cuarto de siglo, Peter Drake se encontraba en el lado equivocado de las puertas de la prisión.

Richard volvió a apoyarse en el coche cuando sus piernas flaquearon ante el hombre que había acabado brutalmente con la vida de su hija.

El funcionario de prisiones que Drake tenía a un lado terminó de hablar y ofreció su mano al expresidiario. Ese gesto molestó mucho a Bryant. No entendía cómo alguien podía darle la mano a semejante tipo. Pero, por supuesto, Peter Drake había vivido toda otra vida detrás de esas paredes.

El guardia volvió a entrar en la prisión y dejó a Drake solo mientras él y Richard lo miraban en silencio. Bryant sintió la tensión en el hombre que tenía a su lado.

Ese Peter Drake se parecía muy poco al hombre delgado y moreno que, ante los ojos de Bryant, se habían llevado preso hacía muchos años.

El rostro se le había aflojado bajo el pelo y la barba grises. El vientre se le desbordaba sobre la cintura de unos vaqueros azul oscuro. Tenía el cuello más grueso y las manos más carnosas. Todo eso notó Bryant mientras Drake sacaba de una lata un cigarrillo

liado a mano y lo encendía.

Se quedaron observándolo. El tipo estaba de pie, escudriñando los alrededores, como tratando de procesar cada cosa que veía. Su mirada pasó sobre ellos, pero no se detuvo; no los reconoció.

Bryant supuso que ellos también habían cambiado mucho en esos años.

Un taxi entró en el aparcamiento y se movió con lentitud hacia la entrada del penal. Antes de que se detuviera, Peter Drake dio una fuerte calada al cigarrillo.

—Una parte de mí desearía que ese tipo hubiera muerto ahí dentro —admitió Bryant ante la única persona a quien podía decirle algo así.

—Aún no —dijo Richard—. No puede morir todavía.

Bryant se volvió para mirarlo. Ese hombre lo había perdido todo. Odiaba a Drake por lo que le había hecho a su hija y, sin embargo, no le deseaba la muerte.

Cuando Richard le devolvió la mirada, Bryant tuvo la sensación de que no lo miraba a él, sino a través de él.

—Si hay otra vida y él llega antes que yo, ¿cómo podré protegerla? Estaría sola, y no puedo volver a defraudarla. No le fallaré dos veces.

Bryant sintió la desesperación de Richard, y abría la boca para tranquilizarlo cuando, a través de su radio policial, un aparato que siempre llevaba, oyó una petición urgente.

Escuchó con más atención. Los coches patrulla corrían hacia la escena de un intento de asesinato. Y era una dirección conocida.

Capítulo 37

Kim dio un golpe suave en la puerta y entró. Stacey entró detrás, con un cuaderno y un bolígrafo, y cerró la puerta de la sala de entrevistas número uno.

Myles Brown había llegado diez minutos antes, con tiempo suficiente para valorar la crudeza del entorno y considerar la posibilidad de decir toda la verdad.

Parecía casi aliviado de ver a Kim.

No sonrió mientras ella se sentaba al otro lado de la mesa.

—¿He hecho algo malo, inspectora? —Miraba de la detective a la asistente.

—Señor Brown, creo que...

—Myles, por favor —interrumpió. El hombre deseaba que esa relación volviera al tono informal que habían disfrutado en su casa.

Pero era una conversación diferente, y ella tenía que asegurarse de que él lo supiera.

—Señor Brown, comprendo que ha sufrido una trágica pérdida; sin embargo, creo que no ha sido sincero sobre todas las circunstancias que rodean el asesinato de su hija, lo que no nos ayuda a encontrar al responsable.

—¿Ha estado en la Granja de la Unidad? ¿Ha interrogado a alguien allí?

Kim asintió.

—He estado allí esta mañana, y tengo que decir que describirla como una secta me parece exagerado y descabellado.

—Sí, y Jonestown no era más que un pueblo de Sudamérica —respondió él.

—¿Perdone?

—Si Jim Jones trasladó su secta religiosa a la Guyana, no fue para disfrutar del clima. Fue para escapar de las miradas indiscretas que suscitaban las prácticas del Templo del Pueblo. Y mire lo que ocurrió cuando esas miradas indiscretas fueron tras él.

—¿No visitó ese grupo un gobernador estadounidense? —preguntó Stacey.

—Un congresista, Leo Ryan. Había ido a investigar los malos tratos. Cuando estaban a punto de subir al avión para regresar a casa, él y su grupo fueron asesinados a tiros. Jones ordenó un suicidio en masa y, en cuestión de horas, novecientas personas habían muerto. Pero solo era una hermosa iglesia llena de amor y pacifistas —añadió con sorna.

—Hemos conocido a Jake Black —explicó Kim—. Parece bastante agradable...

—Claro que sí. Muy poca gente seguiría a alguien que se pareciera al Hombre Elefante.

—¿Me está diciendo que la gente va a la Granja de la Unidad porque el director es guapo? —preguntó, incrédula.

—No se trata de ser guapo. —Negó con la cabeza—. Solo hay que ver a Charles Manson para darse cuenta, aunque ser guapo no perjudicó a David Koresh. Aquí hablamos de carisma. Todo líder de grupo debe ser carismático, poseer lo que hace que uno crea todo lo que dice y que lo siga adonde sea.

Kim no tenía ni idea de qué escribía Stacey, porque, para ella, este hombre aún no había dicho nada interesante.

—Señor Brown, está hablando de casos famosos y bien documentados de lavado de

cerebro y control mental que ocurrieron a muchos kilómetros de aquí. Esto es Black Country, en West Midlands, nada que se parezca…

—Inspectora, ¿a cuántos familiares de víctimas de delitos que pensaban así ha visitado?, ¿personas que creyeron que nunca les ocurriría a ellos?, ¿que los delitos con arma de fuego, incluso con arma blanca, ocurrían en otro lugar?

En silencio, ella tuvo que darle la razón. Pero, aun así, no podía creer lo que el señor Brown decía.

—Lo siento, pero no hay ninguna secta asesina aquí, a nuestras puertas.

—¿Está segura? —Kim asintió. Bastante segura—. ¿Cuánto tiempo pasó usted en la Granja de la Unidad?

—Una hora, más o menos.

Él se inclinó hacia delante y apoyó los antebrazos en la mesa.

—¿Y, en ese tiempo, cree haber descubierto algo que Jake Black no quería que viera? —Kim había visto su despacho y un carrito de golf—. ¿No sería mucho más fácil su trabajo si los asesinos parecieran monstruos?, ¿si tuvieran cuernos y no el aspecto de personas normales? Las sectas rara vez parecen sectas, inspectora. Siempre se disfrazan de otra cosa.

—Cuénteme —dijo Kim. No le creía, pero estaba interesada en saber cómo ese hombre se había convencido de eso.

—Parecen grupos religiosos, políticos, raciales, psicoterapéuticos, incluso del espacio exterior. Las sectas que más crecen son las que giran en torno a los pensamientos de la Nueva Era y las formaciones para la superación personal, como la Granja de la Unidad.

—¿Me está diciendo, entonces, que a Sammy la atrajeron a ese lugar maligno?, ¿que, de alguna manera, le lavaron el cerebro porque estaba en un punto bajo porque la habían dejado?

Myles Brown sacudió la cabeza con frustración.

—No va a creer nada de lo que le diga, ¿verdad?

—Es difícil, Myles. —Pensó en la chica que vendía verduras en el cobertizo. No le había parecido una descerebrada; aprensiva, quizás, pero, desde luego, no descerebrada—. Mire, nos estamos desviando del tema. Jake nos ha dicho algo que cuestiona lo que usted nos contó sobre su hija. Dice que Sammy no se fue de la Granja de la Unidad por su voluntad propia. Afirma que se la llevaron por la fuerza. ¿Es cierto? —El rostro del hombre mostró desesperación. Kim supo que Jake les había dicho la verdad—. Pero ¿por qué, Myles? ¿Por qué le hizo eso?

Brown dirigió a Kim una mirada acuosa, aunque fue capaz de contener las lágrimas. Estaba a punto de dejarse llevar. Y ella vio que ese hombre quería liberarse de su carga.

—Necesito la verdad. Ahora, Myles. Toda.

Capítulo 38

Bryant llegó a casa de los Crossley en un tiempo récord. La jefa habría estado orgullosa. Fuera había una ambulancia, dos coches patrulla y un grupo de personas bañadas por las luces azules intermitentes. Se abrió paso y, al llegar a la puerta, mostró su placa, donde se encontró al Sargento Teagen, de su propia comisaría.

—¿Te han asignado? —preguntó este, dubitativo. Era evidente que esperaba la llegada del Departamento de Investigaciones Criminales y, por lo tanto, de un inspector.

Bryant negó con la cabeza.

—Conozco a esta gente.

Mientras trataba de averiguar qué había ocurrido, Teagen lo miraba con desconfianza.

Bryant vio la silla de ruedas de Tina en el salón. El cuerpo de la mujer parecía haberse desplomado hacia delante. La rodeaban agentes de policía.

—¿Está...?

—Está bien. Ella ha sido la atacante. La víctima está dentro —dijo, y señaló con la cabeza el primer dormitorio.

Bryant se esforzaba por procesar la escena. Había hablado con los dos esa misma mañana. Si bien no eran la pareja más feliz que había visto, nunca se habría imaginado aquello. Señaló la puerta con un movimiento de cabeza.

—¿Puedo...? —preguntó.

Teagen le dirigió una mirada tolerante. No debía decir ni hacer nada que pudiera entorpecer las investigaciones.

Bryant entró en la habitación justo cuando Damon Crossley lanzaba un grito de dolor.

Dos paramédicos le estaban curando una herida en el costado derecho. En el suelo, junto a la cama, había un paño empapado en sangre, pero la hemorragia parecía haberse detenido. Damon dejó de lado sus lamentaciones para preguntarle:

—¿Qué coño quieres?

Bryant no prestó atención al exabrupto. Uno de los paramédicos se volvió hacia él.

—Date prisa, colega, tenemos que llevárnoslo para evaluarlo.

Así que la lesión no ponía en peligro su vida.

—¿Qué demonios ha pasado? —preguntó.

Damon hizo una mueca de dolor.

—Ha sido culpa tuya —lo acusó—. Esa zorra no ha dicho una palabra después de que te marcharas. Se ha quedado mirando por la ventana. Te ha visto y ha revivido todo el puto asunto.

—Damon, yo nunca...

—Le he hecho su puto té, como todas las noches. No lo ha tocado. Ni siquiera lo ha mirado. Cuántos putos años he cuidado de esa zorra —dijo furioso—. He dado mi vida para cuidarla y así es como me lo agradece, joder.

—Pero ¿cómo...? Quiero decir...

La mujer estaba confinada en una silla de ruedas.

—He ido a buscar su plato. No me he dado cuenta de que tenía el cuchillo. Cuando me

he inclinado sobre ella, me lo ha clavado. Está loca. ¡Esa puta ha intentado matarme, después de todo lo que he hecho! —gritó, rabioso, y escupiendo gotas de saliva.

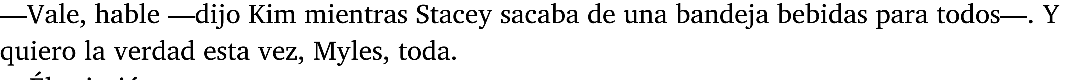
Una mancha de sangre apareció entre el vendaje recién puesto.

—Eh, colega, cálmate —lo advirtió uno de los paramédicos.

Damon se volvió hacia Bryant y le lanzó una mirada de advertencia.

—Se acabó —dijo, y se puso en pie. Se quedó mirando al sargento—. Así que, si esta vez quieres hacer bien tu trabajo, sácala de aquí. Sácala de una vez, porque voy a denunciar a esa puta chiflada. Para cuando yo vuelva, será mejor que se haya ido.

Capítulo 39



—Vale, hable —dijo Kim mientras Stacey sacaba de una bandeja bebidas para todos—. Y quiero la verdad esta vez, Myles, toda.

Él asintió.

—Es cierto que Sammy tenía el corazón roto tras la ruptura con Callum. Si soy sincero, no le presté demasiada atención. Son parte del hacerse mayor y, la verdad, me sentí aliviado; el chico no me gustaba nada. —Kim ya había conocido a Callum, así que lo entendía bien—. No me quise implicar mucho en su disgusto. Dejé que mi mujer se encargara del té y la empatía y esperé a que se le pasara. Pero no se le pasó, incluso fue a peor. Sammy se alejó de sus amigos y dejó de salir, dejó de ducharse y de cuidarse.

—¿Y la universidad? —preguntó Kim.

—Iba de vez en cuando, pero veía a Callum, así que no ayudaba. Teníamos que hacer algo.

—¿Cómo qué?

Myles Brown parecía incómodo con lo que estaba a punto de decir.

—Intentamos sacárselo de la cabeza con un golpe de realidad. La duchamos, la vestimos y la acompañé a la primera clase del día. Yo estaba seguro de que, en cuanto volviera a estar con sus amigos y en sus estudios, volvería a la normalidad. Había sido solo una ruptura, por el amor de Dios.

Kim sintió que su estómago reaccionaba mal ante el modo en que ese hombre había tratado a su hija, pero no estaba ahí para juzgar su estilo de crianza. Myles había tratado de que Sammy volviera a ser la misma de antes. Sin embargo, Kim, en parte, sentía que ese hombre tendría que haber hecho las cosas de otra manera.

Él miró fijamente su bebida.

—Ha sido el peor error de mi vida —dijo—. Aunque, en ese momento, yo no lo supiera.

—¿Qué ocurrió?

—Ella volvió a casa con una sonrisa. Se retiró a su habitación y se quedó allí, pero sonriendo. Había sido un triunfo. A la mañana siguiente, fue a la universidad por propia voluntad. No la cuestioné. Me sentí aliviado de que se pareciera más a sí misma.

Kim se preguntaba cómo habían llegado de esa etapa a donde estaban ahora.

—Entonces, ¿por qué se arrepiente? —dijo.

—Lo que yo no sabía entonces, y ahora sí, es que ese fue el día en que todo cambió. —Hizo una pausa—. Ese día conoció a Britney.

—¿Quién demonios es Britney? —preguntó Kim.

—Una reclutadora de la Granja de la Unidad.

—¿Me está tomando el pelo?

El hombre negó con la cabeza.

—Los tienen por todas partes: universidades y refugios para personas sin hogar; incluso reuniones de Alcohólicos Anónimos; cualquier sitio donde puedan encontrar gente vulnerable y abierta al proceso.

—Continúe —dijo Kim. Tyler Short también había asistido a la Universidad de Dudley.

—Una secta tiene dos objetivos: reclutar y ganar dinero.

—¿Samantha tenía dinero? —quiso saber. Se preguntaba si no estaba al corriente de algún fondo fiduciario que tuviera la chica.

Myles negó con la cabeza.

—No. Teníamos algunos ahorros, pero me estoy adelantando. Tiene que entender cómo funciona esto. A Sammy no la metieron en un cuarto oscuro para adoctrinarla con la ideología del grupo. No hubo una inyección que la hiciera creer al instante. Fue algo mucho más gradual. Varias veces mencionó el nombre de esa chica. Nos entristecía que no se hubiera reencontrado con Cassie ni con ninguno de sus antiguos amigos, pero nos alegraba que pasara el tiempo con alguien.

«Más adelante, empezó a quedarse a dormir en casa de Britney y fue cuando notamos cambios sutiles. Primero fueron pequeñas críticas a nuestro estilo de vida: el despilfarro, la avaricia, nuestra falta de preocupación por el panorama actual. Siguió con las meditaciones. Pasaba horas en silencio en su habitación. Un día, mi mujer notó que le faltaba dinero del bolso. No se lo tomó demasiado en serio al principio, pero decidió llevar la cuenta. Las cantidades eran cada vez mayores: cinco libras, diez, veinte, hasta que empezó a desaparecer todo. —Hizo una pausa—. Y entonces nos llegó el extracto.

—¿Qué extracto?

—El de la tarjeta de crédito. Había abierto una nueva tarjeta a mi nombre y, en un mes, ya había acumulado una cuenta de casi diez mil libras. —Kim no dejaba de sorprenderse ante los cambios que parecía haber tenido la chica—. Nos enfrentamos a ella y tuvimos una bronca descomunal. No sentía ningún remordimiento. Había encontrado una causa loable a la que entregar nuestra obscena riqueza, como ella la llamaba.

A Kim, la imagen le pareció extrema. Esas personas tenían una casa bonita y coches buenos, y, al parecer, se lo habían ganado; pero, desde luego, no eran lujosos ni obscenos.

—Esa fue la última noche que Sammy pasó bajo nuestro techo. Se mudó a la Granja de la Unidad y solo volvió a casa una vez.

—¿Para qué? —preguntó Kim.

—A recoger sus cosas. Yo estaba fuera, en una reunión, en Glasgow. Sammy apareció con dos tipos y una furgoneta. Le dijo a su madre que venía para llevarse todas sus cosas. Kate me llamó llorando. No sabía qué hacer. Le dije que los dejara en paz. Al fin y al cabo, eran sus cosas. Y eso hicieron. Muebles, ropa, joyas, todo lo que no estaba clavado a la pared. Pero eso no fue lo peor. Cuando volví, horas después, Kate seguía llorando como una histérica. Sammy se había mostrado fría y distante, como una extraña. Apenas habló hasta que le devolvió a su madre la llave de la puerta y le dijo que un día se daría cuenta de lo zombi que era.

—¿Zombi? —preguntó Stacey.

Él asintió con la cabeza. Dio un sorbo a su bebida y la apartó.

—Así se refieren a los no iluminados. No vivimos, solo existimos.

—Continúe —lo instó. Aquello era solo la mitad de la historia.

—Traté de llamarla, claro, pero su teléfono estaba apagado. Que yo sepa, nunca volvió a encenderlo. Llamamos a la policía, pero…

—Era una adulta y podía tomar sus propias decisiones.

Él asintió.

—Así que empecé a investigar todo el asunto. Averigüé todo lo que pude sobre cultos y sectas. Leí libros, artículos y páginas web. Participé en chats. Estaba desesperado. Me sentía impotente. Intenté visitarla, pero no conseguí entrar. Estaba desesperado cuando, de repente, recibí una llamada de un tipo llamado Kane Devlin.

—¿Un hombre corpulento vestido de negro? —soltó Kim como conjetura. El hombre no era un agente judicial, después de todo. Myles asintió y Kim frunció el ceño—. ¿Él se puso en contacto con usted?

—Sí.

—¿Y cómo sabía que usted necesitaba ayuda?

—No lo sé y no me importa. Supongo que merodea por algunas de esas salas de chat para ver quién necesita ayuda, y entonces se acerca. Es muy reservado sobre lo que hace. No maneja su negocio a través de una página web.

—¿Y cuál es el negocio de esta persona, exactamente? —preguntó Kim. Deseaba que Myles se lo explicara todo.

—Nos ayudó a intervenir. Su equipo pasó semanas vigilando el recinto. Tomaron nota de los movimientos de Sammy y se la llevaron.

—¿A la fuerza?

Myles pareció sorprenderse.

—Por supuesto, era la única manera.

Kim pensó en las acciones de ese hombre, cuando obligó a su hija a ducharse. Era obvio que, para él, el fin justificaba los medios.

—Sabíamos que, si lográbamos alejarla del grupo, conseguiríamos hacerla cambiar de opinión; lograr que viera lo que eran esas personas. Kane y su equipo tienen un programa. La primera semana, mientras la descongelaban, aquello fue un infierno. No se nos permitió ver…

—¿Perdone? —preguntó Kim—. ¿Descongelar?

Él suspiró, como si acabara de darse cuenta de lo despistada que estaba la detective.

—Hay tres pasos para controlar una mente: desprogramar, cambiar, reprogramar. Lo mismo se hace para meter y sacar a alguien de una secta. La primera etapa consiste en despojar a la persona de su actual sistema de creencias. Implica la privación del sueño, la desorientación, la privación de la intimidad y que le digan que sus valores y relaciones están equivocados.

«A continuación se produce el cambio: se le dan nuevas creencias y nuevos ideales, una y otra vez. Se la alienta a aceptar todo sin cuestionarlo. Y entonces se la vuelve a programar.

—¿Y eso significa…?

—Retroceder. Ponerla en compañía de miembros más antiguos del grupo para imponerle nuevos ideales. Kane nos explicó que era como ducharse. Te desvistes, te lavas y luego te pones otra ropa.

Kim agradeció la analogía simplista, pero no hablaban de ropa limpia. Hablaban de la mente humana.

—¿Me está diciendo, entonces, que este tipo, Kane, hizo algo así como desprogramarla?

—Él fue quien empezó el proceso. Nosotros lo continuamos una vez que tuvimos a nuestra hija en casa.

—¿Y cómo estaba ella?

—Insensible, al principio. Aparte de insultarnos, apenas nos dirigía la palabra. Nos odiaba por lo que le habíamos hecho, pero, cuando volvió al mundo real, empezó a recapacitar. Al final, nos dijo que necesitaba su propio espacio y confiamos en que ya no retrocedería.

«Le encontramos ese piso. Allí podíamos vigilarla de cerca, y Kane también la controlaba. —Myles Brown negó con la cabeza—. Todavía no puedo creer que la hayan matado.

—¿Y cree que el responsable es alguien de la Granja de la Unidad?

—No sé quién más podría haber sido. No tenía enemigos.

—Pero ¿por qué? Había estado fuera meses. ¿Por qué esperar tanto?

Él se encogió de hombros.

—Tal vez estén cabreados porque los dejó. Quizás sabía algo de alguien. No lo sé, la verdad —dijo. El dolor lo iba atrapando. Había tenido la mente ocupada mientras describía la mecánica del grupo, pero ahora su pérdida volvía imponerse.

Kim echó la silla atrás.

—Vale, Myles, eso es todo, por ahora. Si necesitáramos algo...

—Entonces, ¿qué va a hacer? Me refiero al culto.

Tenía las manos juntas encima de la mesa. Su pose parecía relajada, pero Kim vio el blanco de sus nudillos.

Un escalofrío le recorrió la espalda. La inquietaba la tensión aún evidente en el cuerpo de Myles Brown, a pesar de las confesiones. Ni siquiera ahora era del todo sincero.

—Myles, le juro que estoy considerando acusarlo de obstrucción...

Tuvo que interrumpir lo que decía cuando su teléfono empezó a sonar. Era Jack, de recepción.

—Stone —respondió.

—Tengo aquí a una mujer que insiste en hablar enseguida con usted —dijo.

—Estoy un poco ocupada —alegó ella. Tenía los ojos puestos en Myles, que se frotaba la nuca—. Consigue a alguien más para...

—Bueno, sí, pero dice que aquí está su marido y que él no dice la verdad, sea lo que sea lo que eso signifique.

Kim miró de nuevo al hombre atribulado que tenía delante, quien, por quién sabía qué motivos, seguía sin sincerarse del todo sobre el asesinato de su hija.

—Tráela, Jack —dijo, y colgó.

Tanto Stacey como Myles la miraron interrogantes. Kim no dijo nada y tomó un sorbo de su bebida. Estaba helada. La apartó en cuanto oyó que llamaban a la puerta.

—Adelante —dijo, y se observó la reacción de Myles mientras la puerta se abría y su

mujer asomaba detrás del agente.
La expresión del hombre se tornó en una especie de ternura mezclada con miedo.
—Kate, ¿qué…?
—Lo siento, Myles, pero no puedo seguir así. —Empujó al agente y entró en la sala de interrogatorios.
—Por favor, siéntese —la invitó Kim.
—Kate, hemos acordado que…
—No, Myles —respondió ella—. Fue tu decisión y yo te seguí la corriente, pero no creo que estemos haciendo lo correcto. Creo que ella tendría que saberlo.
Kim se inclinó hacia delante.
—Señora Brown, ¿qué demonios está pasando aquí?
Kate miró a su marido.
—¿Le ha contado todo sobre Kane y lo que ha hecho por nosotros?
Kim asintió.
Kate se volvió a su marido y, al verlo angustiado, pareció ablandarse.
—Por favor, comprenda que solo hacía lo que creía mejor. Si no lo ha compartido todo, no ha sido para engañarlos ni obstaculizar la investigación. Tenemos miedo —continuó. Cogió la mano de su esposo y se aferró a ella con fuerza. Una lágrima rodó por su mejilla.
Kim miró de uno al otro. Se preguntaba qué demonios les quedaba por perder.
Kate tomó aire.
—Verá, aún necesitamos la ayuda de Kane.
Las piezas empezaban a encajar. El secretismo, la tensión continua sobre la Granja de la Unidad, la proximidad de Sammy y Sophie, la ausencia de la hija menor.
—Oh, no —dijo Kim mientras la pareja se agarraba con fuerza.
Kate asintió. Cuando volvió a hablar, sus palabras ya no eran más que un susurro.
—Sí, nuestra hija menor, Sophie, sigue ahí.

Capítulo 40

Penn volvió a su silla a las diez y cuarto de la noche.

La jefa y Stacey estaban abajo, interrogando a Myles Brown, pero en la cabeza se le había metido algo que Kim había dicho antes, a la salida de su reunión con Woody. Mientras Jasper y él visitaban a su madre en la residencia de cuidados paliativos, la idea se había ido aferrando a su mente.

Se alegró, en parte, de que su hermano, por primera vez, pasara la noche en casa de Billy. Había sido una visita difícil y emocionalmente dura para todos. Era evidente que el cáncer de pulmón, por fin, tenía todas las de ganar. Su madre apenas había hablado. Jasper llenaba los silencios con el relato de su día, de cada detalle. En un par de ocasiones, había conseguido que los labios de la mujer se curvaran en breves sonrisas.

A veces, Penn se preguntaba si Jasper era capaz de comprender, de verdad, la trascendencia de la enfermedad y el hecho de que su madre no volvería a casa.

Se tragó la emoción que le atenazaba la garganta y recordó que la imparable boca de su hermano se había apagado en cuanto volvieron al coche. Jasper había dicho alguna que otra cosa, pero lo que deseaba era salir del vehículo y entrar en casa de Billy.

Y Penn lo entendía bien.

Encendió el ordenador y sacó el teléfono. Buscó en los contactos y pulsó el nombre de su hermano.

—Eh, colega, ¿estás bien? —preguntó cuando le cogió la llamada.

Una pausa.

—Sí, Billy y yo estamos jugando a la Xbox. Es la partida decisiva.

—Vale. No te acuestes muy tarde, ¿eh?

—Muuuuuy bien —dijo Jasper.

—¿Seguro que estás bien, colega? —le volvió a preguntar.

—Eeeeh..., sí. Con ganas de patearle el culo a Billy.

Penn no pudo evitar sonreír. Con síndrome de Down o no, el chico era un adolescente.

—Vale; te quiero, colega.

Jasper no quiso ponerse sentimental delante de su amigo.

—Sí, vaaaaaleeeee —contestó. Era un adolescente, sin duda.

—Buenas noches —dijo Penn, y colgó.

Cuando ya se estaba conectando a la red, recibió un mensaje en el teléfono.

Lo abrió y soltó una carcajada. El mensaje de texto de su hermano decía, simplemente: «Yo tb te quiero, Ozzy», seguido de un emoji con la lengua de fuera.

Pero era un buen adolescente, pensó Penn, y guardó el teléfono.

Cogió papel de su cajón y escribió el único dato que tenía.

El zapato encontrado en la orilla del lago era de mujer, estaba hecho de cuero y había sido fabricado por Bergen.

Woody le había dicho a la jefa que no tenían ni la menor idea, ni siquiera una leve sospecha, de a quién pertenecía.

Bueno, a él sí se le había ocurrido algo que podría ayudarlos a reducir un poco la

búsqueda.

Entró en Amazon y tecleó el nombre del fabricante. El tipo de zapato que coincidía con la descripción y la foto se llamaba bailarina. A juzgar por el número de reseñas, era una elección popular. Echó un vistazo rápido a las reseñas, pero no era la información que buscaba. Lo importante no era que el tacón fuera algo más bajo de lo que aparecía en la foto. No le importó que la costura rozara una zona del dedo pequeño del pie de una mujer.

Bajó hasta la sección «Productos relacionados con este artículo», donde se detallaban otras selecciones hechas por quienes habían comprado zapatos como esos, e hizo una lista de los elementos que aparecían más de una vez.

Cinco minutos después, revisó sus apuntes.

Pantalones de cintura alta.

Crema de noche.

Fajas Spanx.

Ropa interior para dar forma.

Calcetines.

Corrector.

Cinta adhesiva para el cuerpo.

«Vale —pensó—, si estuviera construyendo el perfil de esta compradora de zapatos en particular, diría que es una mujer que ha pasado la primera juventud, pero que es consciente y aún le gusta verse bien. Apostaría a que anda entre los cuarenta y cinco y los sesenta años».

Y, con eso, ya tenía un punto de partida.

Abrió sesión en COMPACT, la base de datos de personas desaparecidas.

Introdujo la escasa información que tenía, aunque dudó en los parámetros de la fecha y la edad.

Se decantó por mujeres cuya desaparición se hubiera denunciado en los últimos tres años y cuyas edades estuvieran comprendidas entre los cuarenta y los sesenta y cinco años. En solo un par de segundos, el motor de búsqueda le devolvió catorce resultados. De los catorce, comprobó que siete se habían cerrado en un plazo de cuarenta y ocho horas, y cuatro más, al mes a partir del informe oficial.

Eso dejaba tres casos abiertos de mujeres desaparecidas que cumplían con el perfil de búsqueda en los últimos tres años.

Hizo clic en el primero. Se trataba de una sintecho de Dudley. Su desaparición había sido denunciada por un trabajador de un centro de acogida que llevaba tiempo sin verla. Penn la descartó. Todo apuntaba a que Lola Bedola, su nombre artístico, se había ido en busca de otro destino.

El segundo lo leyó con más interés, hasta que llegó a un relato que decía que Jeanie Riches ya había escapado una docena de veces y que volvería a casa cuando estuviera

lista.

El tercer informe le caló hondo de inmediato.

Hacía dieciocho meses que Sheila Thorpe, de cincuenta y cinco años, había desaparecido de su casa. La denuncia la había puesto su hija, Josie Finch, de veintinueve años, casada, quien afirmó que su madre aún estaba de duelo por la repentina e inesperada muerte de su marido y que nunca había hecho nada así.

El relato explicaba, además, que los agentes habían sido informados de que la cuenta bancaria de Sheila había sido vaciada. Según las investigaciones, el dinero lo había retirado la propia Sheila, lo que era una prueba de que estaba viva y de que era una adulta capaz de tomar sus propias decisiones. Poco más se podía hacer. Sin embargo, esto había sucedido doce meses antes y, desde entonces, no se la había vuelto a ver.

Abrió una pestaña para las redes sociales y, en la vacía sala de la brigada, dijo en voz alta.

—Vale, Josie Finch, veamos qué averiguamos de ti.

Capítulo 41

Era casi medianoche cuando, terminado el paseo nocturno, Kim le quitó la correa a Barney.

Aunque las habilidades sociales del perro habían mejorado mucho desde que ella lo había rescatado, seguía sin responder bien a los extraños; ante otros perros, sobre todo, y fuera de casa. Pero había entablado una buena relación con Charley, un hombre que vivía unas casas más abajo y lo recogía para pasearlo, llevarlo a su casa y mimarlo un poco mientras Kim estaba en el trabajo. Y también respondía bien a Dawn, la peluquera, así como a la mayoría de las personas que visitaban la casa de Kim, siempre que le llevaran regalos.

Como siempre, el perro se acomodó en la cocina, se puso a barrer el suelo con la cola y fijó en Kim sus grandes ojos marrones, expectantes.

Ella cogió la golosina de después del paseo.

—Sí, pero ahora conozco tus trucos, ¿verdad, chico? —Barney cogió la zanahoria y volvió a la alfombra del salón, su lugar favorito para masticar.

Kim recordó algo que el veterinario le había dicho la última vez que había llevado a que vacunaran a Barney. Los científicos habían descubierto que los perros, por lo visto, habían desarrollado un músculo extra encima de los ojos. Ese músculo no servía para nada, salvo para poner ante los dueños miradas de cachorro cuando querían algo.

Así que ya no se sentía tan culpable de ceder a la mayoría de sus peticiones.

La ciencia era la ciencia.

Se sirvió una taza del café que, con la esperanza de que la ayudara a despejarse, había dejado preparándose antes del paseo. No funcionó. Y tampoco vio un sueño reparador en su futuro próximo.

Myles y Kate Brown seguían en su mente. Le había provocado emociones encontradas verlos salir de la sala de entrevistas, abrazados, dándose apoyo mutuo. En parte, estaba enfadada con ellos por haberse guardado la información, pero otra comprendía la necesidad de la pareja de proteger a la única hija que les quedaba.

La explicación de Myles de que esta semana estaba prevista una intervención para sacar a Sophie de la Granja de la Unidad le había dejado claros los motivos de Kate para dejar listo el dormitorio.

Sin poder evitarlo, Kim se preguntaba si Sammy aún estaría viva en caso de que la hubieran dejado en paz. Ya era una adulta. Podía tomar decisiones por sí misma. De verdad, ¿a quién le hacía daño? Y la misma pregunta podría hacerse con respecto a Sophie. Había seguido a su hermana hasta la Granja de la Unidad, pero no había salido con ella. ¿No significaba eso que era feliz allí? Y, como Sophie era una adulta, Kim no tenía ningún poder para sacarla de la granja por la fuerza. Aun así, los padres habían dado instrucciones a Kane para que se la llevara de la misma manera en que se había llevado a Sammy. «Pero ¿y si no quiere irse?», dijo una voz silenciosa en su cabeza. Seguro que no la tenían allí retenida a la fuerza, que podía marcharse cuando quisiera. De repente, Kim recordó a la chica que había reclutado a Sammy. Myles la había

mencionado. Tal vez conocía a Sophie. Quizás pudiera responderle algunas preguntas sobre el estado de ánimo y la felicidad de la hermana menor. Tomó nota mental para localizar a esa mujer y averiguar más. ¿De verdad se necesitaban otra vez los servicios de Kane?

Dado que el tal Kane había sido visto en el piso de Sammy, cosa que habían declarado un vecino y un reportaje periodístico, y dado que Myles se había negado en redondo a facilitarle el número del rescatador, Kim le había exigido que concertara una cita. Myles le había prometido hablar con Kane Devlin y ponerse en contacto con ella al día siguiente.

Ahora mismo, la muerte de Tyler era un completo misterio. Al parecer, el chico había seguido a Sammy a la Granja de la Unidad, un lugar donde tampoco le importaba a nadie. Jake Black había recordado el nombre a duras penas. Al pensar en Tyler, una profunda tristeza embargó a Kim. Había sido muy importante para su abuela; sería muy importante para ellos. Y encontrarían al culpable de su asesinato.

Sin lugar a duda, tenía que averiguar más cosas sobre la Granja de la Unidad. No se trataba de dar crédito a todo lo que Myles decía, pero tampoco a lo declarado por Jake Black.

Si volvía allí, lo sabía bien, le harían otra visita turística. Y, como no había una relación directa con la muerte de Sammy, dado que ella se había marchado hacía meses, Kim sabía que no iba a conseguir una orden de registro. Entonces, ¿cómo demonios averiguar algo más?

Se sentía como una rata de laboratorio en un laberinto. Iba de un lado a otro y, cada vez que doblaba una esquina, entraba en otro callejón sin salida. La negativa de Woody a considerar la posibilidad de dragar el lago no la ayudaba en nada. Entendía el coste que eso suponía frente a las posibilidades de encontrar algo basándose en un maldito zapato, pero ¿y si había otra víctima ahí abajo? ¿Y si...?

El sonido de su teléfono interrumpió sus pensamientos.

Era Penn. Su madre, el corazón le dio un brinco.

—¿Penn? —respondió de inmediato.

—Creo que lo tengo, jefa —dijo él, sin aliento.

—Perdona..., ¿qué?

—El zapato en Himley. Me parece que buscamos a una mujer llamada Sheila Thorpe, y creo que la encontraremos en el fondo del lago.

Capítulo 42

—Bien, chicos, gracias al gran trabajo de Penn anoche, Woody está haciendo los arreglos necesarios para dragar el lago del parque Himley.

Woody les había dicho que, sin la identidad de una persona desaparecida, por lo menos, sus manos estaban atadas. El proyecto nocturno de Penn se las había desatado y ahora tenían su visto bueno.

Stacey le guiñó un ojo a su colega y Bryant exclamó un sincero «Bien hecho». Kim se maravillaba de la falta de espíritu competitivo de su equipo. Si uno hacía algo bien, todos lo habían hecho bien.

Penn apartó la mirada, avergonzado. No le gustaban los elogios públicos.

Pero Kim se había quedado muy impresionada después de que él le explicara cómo había creado un formulario de perfil básico en Amazon para aplicarlo en la base de datos de personas desaparecidas y, después, cómo eso lo había llevado a Facebook y a una foto de Sheila Thorpe en el trigésimo aniversario de su boda, dos años antes. Aunque a ese hombre siempre le habían gustado los acertijos, pensó Kim. Se acordó de una sopa de letras que Penn había resuelto y que había servido para salvar la vida de Stacey.

—Así que, mientras esperamos a que llegue el equipo de buceo de Nottingham, tendremos que avanzar en la investigación. Myles Brown tiene mucho que decir sobre la Granja de la Unidad. La mayor parte de lo que nos ha contado han sido disparates. Ahora bien, dado que su hija menor sigue allí, la mente racional de este hombre podría estar alterada. Cree que a Sophie también le han lavado el cerebro y que la retienen contra su voluntad; sobre todo, después de que se llevaran a Sammy. Aun así, ambos padres quieren que Kane Devlin repita la intervención que realizó con la hermana mayor. —Se volvió hacia Stacey—. Necesito saber todo sobre la Granja de la Unidad y lo que puedas averiguar sobre Jake Black. En cuanto hayas terminado con eso, empieza a buscar a Kane Devlin. —Stacey asintió.

«Penn, quiero que vayas a ver a la hija de Sheila Thorpe, aunque sin desvelar nada. Invéntate algo, necesitamos saber más sobre esa desaparición.

—Entendido, jefa —respondió él. Se quitó el pañuelo de la cabeza y buscó en el cajón la crema mágica con la que domaba sus rizos cuando salía a la calle.

Bryant se echó hacia atrás en la silla y entrelazó los dedos detrás de la cabeza.

—Parece que todo está cubierto, así que me pondré cómodo.

—Ya quisieras —se burló ella, y cogió su chaqueta—. Tú y yo vamos a volver a la universidad, colega.

Capítulo 43

—Vamos, Stace —dijo Penn, y empujó el táper hasta salvar el hueco que separaba los dos escritorios—. Los hizo antes de irse anoche a casa de Billy.

Stacey miró con nostalgia los *brownies* de chocolate que Jasper había horneado. No tenía ni idea de qué hacía el chico con ellos, pero eran los mejores que había probado nunca.

—No me atrevo —dijo, y le devolvió el recipiente—. Porque, de las cosas que cocina tu hermano, no puedo comerme solo una.

Penn sonrió y escondió el táper.

—Que nunca se diga que no soy un amigo solidario —dijo—. Aunque creo que estás bien como estás. —Cogió su chaqueta.

—Gracias, Penn —dijo ella.

En cuanto su compañero se marchó, Stacey gimió en voz alta. La sola visión de aquellos cuadraditos perfectos había transferido aquel sabor pecaminoso a sus papilas gustativas. Podía sentir en la lengua la dulzura aterciopelada. Si lograba sobrevivir a ese día sin rebuscar detrás del escritorio de Penn, sería capaz de sobrevivir a cualquier cosa. Cielos, ese chico sí que sabía cocinar.

Se sacudió la tentación y tecleó en un buscador «Granja de la Unidad».

Obtuvo menos resultados de los que esperaba. El lugar solo aparecía mencionado en los periódicos locales. La mayoría de los artículos eran un refrito del asesinato del que les había hablado la jefa. El nombre del lugar se mencionaba como «Ahora conocido como», pero sin referencias directas. La jefa había dicho que cultivaban y vendían cosas; pero no tenían sitio web ni página de Facebook. Al parecer, el negocio se mantenía por el boca a boca.

Siguió desplazándose, y estaba a un par de entradas del final de la página cuando una noticia llamó su atención a gritos.

Una adolescente cae desde la ventana de un tercer piso

Stacey frunció el ceño e hizo clic en el artículo.

¿Cómo demonios se había visto envuelta en algo así la Granja de la Unidad?

Capítulo 44

Kim señaló con un movimiento de cabeza el cartel indicador en el otro extremo del aparcamiento.

—Es ella —dijo.

El Campus Tecnológico de la Universidad de Dudley, fundada en 1862, siempre había recibido premios como institución destacada. Se había ampliado con el paso de los años y ahora funcionaba en otros seis o siete edificios. Incluía, además, un estadio de fútbol para todo tipo de condiciones meteorológicas, tanto para el campus como para toda la comunidad.

Pero era en The Broadway, el edificio principal, donde le habían dicho que encontraría a Britney Murray. La chica encajaba a la perfección con la descripción de Myles: metro setenta y delgada, con largos rizos rojos que, para Kim, evocaban a un personaje de dibujos animados cuyo nombre no conseguía recordar. La detective supuso que tendría alrededor de veinticinco años, pero parecía más joven cuando sonreía, cosa que hacía a todos los que pasaban por su lado.

En la mano derecha, extendida, llevaba siempre un folleto. La mayoría de las personas pasaban de largo sin siquiera notar su presencia. Kim tuvo la impresión de que la gente estaba acostumbrada a verla. Se quedó mirándola un momento.

—Es entusiasta —observó.

—Y tiene la piel gruesa —añadió Bryant al ver que la gente rechazaba su sonrisa abierta y amable—. ¿Has visto a esos tipos que aparecen delante de ti, cuando vas de compras, para venderte alguna nueva tarifa telefónica o un paquete de televisión vía satélite?

—Sí —respondió Kim. Un estudiante cogió un folleto y lo dejó caer de inmediato.

—Siempre me he preguntado por qué lo hacen, porque nunca he visto a nadie que los acompañe al quiosco o a la tienda; sin embargo, deben de tener éxito de vez en cuando o no lo seguirían haciendo.

—¿Entonces?

—Bueno, si Britney ha estado aquí, haciendo esto desde que Sammy se unió, hablamos de tres años o más.

—¿Te preguntas a cuántas personas ha reclutado en ese tiempo?

—Lo que digo es que a veces debe tener éxito, o no seguiría aquí.

Kim avanzó hacia su objetivo.

—Aquí hay unos quince mil estudiantes al año. Eso, multiplicado por tres años, nos da un total de cuarenta y cinco mil, así que, si quieres llamar a Stacey y pedirle que empiece a comprobar el paradero de todos ellos, adelante —dijo.

—Sobrevaloras mi entusiasmo, jefa —susurró él mientras se acercaban.

La chica se volvió y sonrió antes de que su ceño se frunciera apenas. Ellos no eran el tipo de personas que esperaba ver.

—¿Britney Murray? —preguntó Kim para asegurarse.

Ella asintió con lentitud.

—Tengo permiso para estar en el aparcamiento. Lo único es que no puedo pasar...

Kim le mostró su placa.

—No somos de la universidad —dijo.

—Dios mío —exclamó, y se tapó la boca con la mano—. ¿Va todo bien? ¿Es la Granja...?

—Seguro que todo está como lo dejaste. Queremos hablar contigo sobre Samantha Brown.

Sus ojos se inundaron de pánico y sacudió la cabeza.

—No conozco a nadie llamada...

—Sammy Brown, veintiún años. La conociste aquí, en este sitio —aclaró Kim. Britney no podía haberla olvidado tan pronto. Hacía apenas unos meses que Sammy había dejado la Granja de la Unidad.

La chica señaló los grupos que seguían pasando tras la llegada de otro autobús.

—Lo siento, pero conozco a mucha gente —dijo.

—Bueno, esto fue más que conocerla, Britney. La llevaste a la granja y...

Pareció aliviada.

—Vaya, llevo a muchos a las clases de meditación y a las sesiones de *reiki* —dijo—, pero no recuerdo todos los nombres.

Kim se fijó en Bryant, quien, por suerte, parecía tan desconcertado como ella. No entendía que Britney negara haber conocido a Samantha.

—Sammy no asistió a una clase, Britney, se quedó ahí más de dos años.

—Lo siento, no la conozco, es un sitio grande. Quizás no hemos...

—Solo hay cien personas allí, así que no me explico cómo no la has visto; en primer lugar, porque fuiste tú quien la llevó a la granja.

El color le subió por las mejillas, pero la chica seguía negando con la cabeza.

—No, aún no...

—¿Su hermana, Sophie, sigue allí?

—No hay relaciones de... Lo que quiero decir es que no conozco a nadie que tenga un pariente consanguíneo en la granja. —A Kim le pareció un poco extraño lo de «Pariente consanguíneo», pero lo dejó pasar—. Me refiero a que, en la Granja de la Unidad, todo el mundo es como de la misma familia. —La sonrisa volvió a su rostro—. Todo el mundo se lleva bien.

—Pero no demasiado bien —dijo Kim—. He oído que no te permiten tener novio... o novia en la Granja de la Unidad.

El rostro de la chica se ensombreció un poco antes de que soltara una risita.

—No quiero ni uno ni otra, muchas gracias. Estoy feliz centrándome en mí misma. Todos sentimos que la amistad es mucho más valiosa.

—¿Y no eres capaz de recordar siquiera el nombre de uno de los miembros de tu familia? —observó Kim. Eso devolvió la tensión al rostro de Britney—. Aunque estoy de acuerdo contigo —añadió, y volvió a cambiar de tema—, el romance y la atracción sexual no hacen más que enturbiar las aguas. Ahora bien, me imagino que mantener ocultos esos sentimientos puede ser bastante...

El color volvió a inundar las mejillas de Britney.

—No siento nada por nadie —protestó. El semblante de esa chica no estaba de su parte.

—¿Sammy tenía algún tipo de relación con alguien?

—¿Qué Sammy?

—Britney, no sé por qué nos mientes —dijo Kim. La boca podía mentir, pero las mejillas no las controlaba nadie.

—Lo juro, yo no...

—Solo queremos saber más sobre la estancia de Sammy en la granja.

—Pero yo nunca la conocí.

—¿Era feliz? —insistió Kim.

—Todos son felices en la granja.

—¿Molestó a alguien? —Kim disparaba las preguntas solo para inquietarla.

—No lo sé, pero...

Bryant dio un paso adelante.

—¿No la conociste?

Britney no contestó.

—Has dicho «Yo nunca la conocí», en pasado, así que sabes que se ha ido de la granja o que está muerta, pero, de cualquier forma, sabes de quién hablamos.

Por un momento, la chica pareció desconcertada.

—Britney, ¿por qué no nos hablas de Sammy?

Bajó la mirada al suelo antes de murmurar:

—Lo siento, me han dicho que no debo.

—¿Quién?

La chica se limitó a negar con la cabeza.

—¿Sabes, Britney?, podríamos tener esta charla en la comisaría —la amenazó Kim—. Quizás allí recuerdes algo más de Sammy, tu vieja amiga.

La pelirroja levantó la cabeza y se encontró con la mirada de la inspectora. Su expresión era decidida.

—Diga lo que quiera, pero no voy a hablar, y no le tengo miedo.

No, no se lo tenía, se dio cuenta Kim. Aunque, sin duda, había alguien a quien sí le tenía miedo.

Capítulo 45

Penn se alisó el pelo por última vez antes de llamar a la puerta de Josie Finch, la hija de Sheila Thorpe.

La casa adosada se encontraba en el fondo de un callejón sin salida de Coseley, uno que él ni siquiera sabía que existía.

«Invéntate algo», tales habían sido las órdenes de la jefa, hasta que hubiera algo más concreto; pero Penn tenía intenciones de mantenerse lo más cerca posible de la verdad.

Cuando la puerta empezó a abrirse, se aclaró la garganta.

Gracias a las fotos de Facebook, reconoció el cabello rubio cortado a lo bob. La mujer llevaba menos maquillaje e iba vestida con vaqueros y camisa.

—¿Josie Finch? —le preguntó. Ella asintió con la cabeza mientras inspeccionaba al sargento. Se preguntaba quién o qué demonios era. Era algo que él experimentaba con frecuencia—. Soy el sargento detective Penn. —Le mostró su placa. En el rostro de Josie Finch apareció la expresión habitual de alarma.

«No pasa nada —le aseguró de inmediato, antes de que ella pudiera hacer un rápido repaso mental de todos los miembros de la familia y su paradero—. Me gustaría hablar de su madre, si le parece bien.

Detectó un destello de ira, pero la mujer se apartó y señaló la habitación de la derecha.

Entraron en un cómodo salón justo cuando aparecían en la pantalla los presentadores Holly y Phil.

—¿Está muerta? —preguntó Josie, preparándose para lo peor.

Penn se sentó.

—¿Por qué me lo pregunta? —dijo dubitativo.

—Porque antes ustedes no querían saber nada.

Penn tuvo la impresión de que esas palabras no venían tan cargadas de rabia como a ella le habría gustado; casi como si comprendiera que no se había podido hacer nada más, y aun así estuviera cabreada.

—Señora Finch, soy nuevo en mi equipo actual y he estado revisando nuestra lista de personas desaparecidas. Me han encargado que actualice el expediente y tome nota de cualquier novedad.

No estaba muy lejos de la verdad, se consoló. Mentir descaradamente no le resultaba nada fácil. Entre otras cosas, porque, si acertaba en sus sospechas sobre el lago Himley, est mujer iba a recibir en breve una noticia muy desagradable.

—Como soy nuevo en este caso, ¿podría explicarme todo desde el principio?

Por experiencia, sabía que en las declaraciones se pasaban por alto o se omitían detalles, cosa que ocurría, sobre todo, a los detectives que, además de tener exceso de trabajo, eran conscientes de lo poco que podían hacer para ayudar.

—Hace tres años, mi padre murió de pronto. Sufrió un infarto masivo mientras conducía al trabajo. Tenía cincuenta y seis años. Dejó a mi madre destrozada. Mi padre siempre había trabajado muchas horas y, a menudo, mi madre decía, de broma, que no

podía esperar a que se jubilara para pasar más tiempo juntos. Bueno, nunca llegaron a disfrutar ese tiempo. Ella no tenía muchos amigos, eran una de esas parejas que vivían dentro de una burbuja. No necesitaban a nadie más. A veces yo sentía que ese «Nadie más» me incluía a mí, pero no me importaba, porque eran felices si se tenían el uno al otro.

«Cuando papá murió, mi madre se encerró en sí misma. No comía ni bebía como era debido, no cocinaba ni limpiaba ni se aseaba. —Penn pensó por un momento en su propia madre, incapaz de hacer ninguna de esas cosas, pero por razones muy distintas. Apartó esos pensamientos.

«Yo no tenía ni idea de qué hacer para ayudarla. Durante años, su único propósito había sido cuidar de mi padre. Cocinaba para él, limpiaba para él, y nunca lo dejaba mover un dedo. Llegué un par de meses después de la muerte de mi padre y ella estaba fuera. Me dijo que se había encontrado con una vieja amiga, una que también había enviudado hacía poco. Me sentí aliviada. Parecía más alegre, más feliz. Yo ya podía dejar de preocuparme; o, al menos, eso creía. Y entonces pasó al otro extremo: nunca estaba. Daba una excusa tras otra, hasta que me di cuenta de que llevaba casi tres meses sin verla. Llamé y quedamos para tomar un café. Nunca apareció. Su teléfono se apagó después de eso.

—Y, entonces, ¿qué hizo usted? —preguntó Penn. Pensaba en lo mucho que se parecía a la retirada gradual de Sammy Brown de su familia.

—Fui a su casa y entré. Todo parecía estar bien. Quizás tenía que haber notado cosas, pero mi única preocupación era ella. Pregunté a los vecinos y me dijeron que apenas la habían visto en meses, así que denuncié su desaparición. Fue al día siguiente de esa última llamada telefónica que no me cogió.

—Los informes dicen que el equipo no tuvo ningún contacto con ella.

Josie negó con la cabeza.

—Hicieron poco más que yo. Llamaron a su teléfono y hablaron con un par de vecinos; lo mismo, vamos.

«No hubo nada hasta dos semanas después, cuando la policía me dijo que tenía un vídeo de ella vaciando su cuenta bancaria. Me sentí aliviada de que, por fin, hubiera aparecido en algún sitio. Pensé que era el comienzo del camino para recuperarla y supuse que la Policía usaría los vídeos de seguridad para ver con quién estaba y adónde iba».

Penn entendía la decepción de esa mujer, pero las imágenes de las cámaras de seguridad solo habrían servido para convencer al equipo de que estaba viva, en buenas condiciones y siendo funcional. No habrían dedicado horas de trabajo a recopilar imágenes de videovigilancia y analizarlas para seguir a la mujer desde el banco. Tenía unos cincuenta años, no había antecedentes de enfermedad mental y parecía tomar sus propias decisiones.

—Una parte de mí quiere que vuelva para decirle lo que pienso, para decirle que no quiero volver a verla. Sé cómo...

—Lo entiendo. Usted es...

—Usted no podría entenderlo, a menos que su propia madre lo hubiera abandonado.

—Él no dijo nada. Su propia madre estaba a punto de abandonarlo, pero por un camino muy distinto—. Quiero decir, ¿cómo es posible que no me eche de menos tanto como yo a ella? Pero puede volver. Sabe dónde estoy. He sufrido un aborto espontáneo y un fracaso matrimonial mientras ella estaba fuera. No creo que consiga perdonárselo nunca. —Se secó una lágrima—. La necesitaba.

Apenas el día de antes, Penn tenía esperanzas de que el zapato perteneciera a Sheila Thorpe. Ahora rezaba por que no fuera así. Si la mujer estaba viva y bien en alguna parte, había esperanza de que esa relación se salvara.

Por lo que recordaba del informe, los datos estaban actualizados y no había nada nuevo que señalar.

Empezó a ponerse en pie.

—Gracias por...

—Esa no es la única razón por la que estoy enfadada con ella —dijo Josie, con la mandíbula endurecida.

Penn dejó de moverse.

—¿Disculpe? —dijo.

—Todo ha desaparecido, todo. —Él volvió a sentarse, así que ella continuó—: Unas semanas después de la grabación del circuito cerrado, fui a la casa. No sé muy bien por qué, pero fue un día especialmente malo. Creo que una parte de mí esperaba que, por algún milagro, ella estuviera allí, cocinando o cuidando sus plantas. Otra parte de mí solo quería sentir la familiaridad del hogar: imaginarme a mi madre y a mi padre allí, como siempre habían estado.

—¿Y?

—Mi llave ya no entraba en la puerta. Miré dentro. Gracias a Dios, no había nadie. Habían vendido la casa y todo lo que había dentro. —De la pura sorpresa, Penn se fue para atrás—. Así que, quienquiera que esté con ella, oficial, se ha quedado con todo lo de valor.

Eso no estaba en el informe.

Capítulo 46

Al acercarse al lago del parque Himley, Kim ya sentía un cambio de energía con respecto al día anterior.

Aunque ya habían retirado la tienda del lugar donde había aparecido el cadáver de Tyler, la zona seguía acordonada. Todavía quedaban unos diez técnicos vestidos de blanco por toda la ribera del lago, y un grupo de cinco más donde el zapato había aparecido.

Vio el equipo de buceo a su derecha. Estaba formado por nueve personas.

—¿Notas eso? —le preguntó Bryant mientras se acercaban al equipo.

Se respiraban energía y expectación, como si la llegada de los submarinistas hubiera vivificado a todo el mundo.

—Ha sido un cambio rápido —dijo Mitch, que se acercaba por la izquierda—. Lo último que sabía era que tu jefe había rechazado la petición de dragar el lago.

—Tengo un equipo con muchos recursos —respondió ella.

Si no hubiera sido por Penn, no estarían allí. Estaba claro que, hasta entonces, los técnicos no habían encontrado nada con qué reforzar el caso.

Mitch asintió hacia los buzos.

—El jefe, uno apellidado Guy, dice que estarán listos en unos diez minutos.

—Gracias, Mitch —dijo ella en cuanto vio que el forense volvía a lo suyo.

Observó a los recién llegados. Se preparaban como una máquina bien engrasada para la tarea que tenían entre manos. Esos tipos dependían unos de otros para seguir vivos.

Por experiencia, sabía que a los equipos subacuáticos se los llamaba para recuperar cadáveres, vehículos o pruebas. Era una tarea poco envidiable, por no decir físicamente exigente y mentalmente agotadora. Ahí abajo, las cosas podían ponerse muy feas.

Los submarinistas examinaban a mano el fondo del agua, avanzando y retrocediendo en líneas rectas, como si cortaran el césped. Trabajaban por parejas. Sujetaban una cuerda mientras escarbaban en el cieno, el barro, la basura y el follaje.

De haber tenido a los buzos allí el día anterior, antes de que el navegante arrastrara a Tyler Short de vuelta a la orilla, habrían dejado el cadáver del chico bajo el agua, metido en una bolsa, para preservar cualquier prueba, pero también para evitar que los familiares o la prensa vieran cómo lo sacaban.

Kim se acercó a la persona que le habían señalado. Los trajes de los submarinistas no eran como los de neopreno: estos estaban diseñados para impedir que el agua tocara la piel y protegerla así de los contaminantes.

Había otros tres buceadores ocupados en ponerse las botellas de aire comprimido a la espalda. Otros cinco ni siquiera estaban vestidos. Por seguridad, fuera del agua debía permanecer un número mayor de buceadores, listos para resolver problemas.

—Gracias por venir tan rápido —dijo Kim.

Él sonrió.

—Eh, es un día de búsqueda. Y nos parece bien —dijo mientras ataba un cabo de seguridad amarillo a otro de los buceadores.

Estos chicos, con tal de formar parte del equipo de buceo de la Policía, se sometían a un curso intensivo de formación de ocho semanas seguido de reciclajes periódicos, y todo por el privilegio de sumergirse en condiciones casi gélidas y con visibilidad cero. No era un trabajo para claustrofóbicos ni pusilánimes.

—Primero, daremos una vuelta rápida en el bote con el sonar; luego enviaremos a los chicos. —Kim sabía que el sonar usaba propagación del sonido para detectar objetos bajo el agua. Enseguida, la tarea de los buceadores sería explorar más a fondo los objetos encontrados—. ¿De verdad crees que hay un cadáver ahí abajo? —preguntó el jefe del equipo. Uno de sus compañeros ya lo llamaba desde un bote varado.

Kim dijo que sí. En ese momento, un ruido familiar sonó a lo lejos.

Bryant llegó adonde ella estaba mientras Guy se encaminaba hacia el resto de su equipo.

Los dos detectives miraron al cielo.

—¿En serio?, ya le hemos pedido a ese chico...

Bryant se puso la mano sobre los ojos para protegérselos del sol.

—No es el suyo.

Kim siguió la mirada de su compañero y, de inmediato, notó que este era más grande.

Cuando el dron pasó sobrevolando el área, todo el mundo levantó la vista. Sin duda, pertenecía a algún equipo de noticias.

—Qué mierda —exclamó Bryant, pensativo, sin dejar de mirar el aparato. Ella, de haber tenido una pistola, le habría pegado un tiro—. Ahora vuelvo.

—Bryant, seguro que este tiene un alcance mucho mayor. No tienes la menor posibilidad de encontrar...

—Sí, sí —dijo él, aunque siguió alejándose a toda velocidad.

Pero, bueno, ¿es que ya nadie la escuchaba?

Mientras sacaba el teléfono, Kim observó que, a su alrededor, todo el mundo había vuelto a sus asuntos.

Su jefe le contestó al segundo tono.

—Señor, tenemos un dron sobrevolando y los buzos están a punto de entrar.

—Maldita sea. Vale, déjamelo a mí.

Había sido una de las llamadas más cortas de su vida, pero no tenía muchas esperanzas de éxito. Aunque él tuviera la suerte de averiguar a qué medio pertenecía el dron, tendría que convencer al dueño de que lo retirara.

Era posible que la inútil búsqueda de Bryant tuviera más éxito.

Estaba a punto de volver con Mitch cuando el teléfono sonó en su bolsillo. Ya tenía registrado el número de Myles Brown.

—¿Inspectora?

—Adelante —dijo ella mientras observaba el aparato desplazarse hacia el oeste y planear sobre el equipo de buceo.

—Kane ha accedido a reunirse con usted.

«Qué amable», pensó Kim, consciente de que podrían haberlo hecho en la comisaría, a su manera, puesto que lo habían visto merodeando por la casa de la víctima.

—¿Cuándo?

—A las doce, en el café Rosie’s, en Brierley Hill. Quiere tener una charla informal, de tú a tú, o nada.

—¿En serio? —dijo Kim. Se preguntaba por qué ese tipo se crecía con derecho a ponerle condiciones a una reunión con la policía.

—Lo siento, pero si va más de uno, se irá.

A pesar de la irritación que sentía, Kim aceptó. Este hombre, que estaba intrínsecamente implicado en la vida de la familia Brown, planeaba otro secuestro. Tenía que averiguar más sobre él y lo que había ocurrido.

Ese primer encuentro sería en los términos del rescatador; si hubiera un segundo, sería en los de ella.

Dijo que estaba de acuerdo y colgó. En ese momento, dos cosas sucedían a su alrededor: por un lado, se oyó a lo lejos el sonido de un segundo dron; por el otro, Bryant detenía el coche en el aparcamiento.

Al ver que el segundo aparato y Bryant se dirigían hacia ella, se preguntó qué demonios pasaba.

Vio que el nuevo dron sobrevolaba el lago, giraba, agachaba el morro y descendía en picado. Encontró al más grande y se detuvo en el aire. El grande no le prestó ninguna atención mientras daba vueltas por la zona, por encima del equipo de buceo.

Cuando Bryant se situó junto a Kim, el dron pequeño se dirigía al este, en dirección al otro. Aceleró y ascendió hasta ponerse a la misma altura. Voló hacia su objetivo, cogiendo más velocidad. Hubo una lucha en pleno vuelo antes de que las hélices se entrelazaran y ambos drones se desplomaran.

Todos los que habían hecho una pausa para observar el duelo gritaron un breve «¡Hurra!».

Kim se volvió hacia su colega con una sonrisa.

—¿Sabes, Bryant?, si no hubieras matado a Betty, estaría ahora mismo de camino a tu escritorio.

Él miró a su alrededor.

—Es bueno saberlo —dijo.

—Espero que a ese chico le hayas prometido algo bueno.

—Sí, sí. Me meteré en Amazon en cuanto llegue a casa.

Ahora, las malas noticias. Algo que a él no le iba a gustar nada. Kim se lo diría con tanto tacto como fuera posible.

Echó a caminar hacia el coche.

—Mira, Bryant, tengo una reunión con Kane, pero no puedes venir —dijo. En su cabeza, esas palabras habían sonado mucho más diplomáticas.

A él no le gustaba que lo dejaran fuera de las conversaciones, pero ella, necesitaba de verdad hablar con ese tipo.

—No hay problema, jefa. Me parece estupendo.

Si bien agradecía su comprensión, esa no era la respuesta que ella había esperado.

Capítulo 47

Después de haber alegado que quería ser la primera en llegar, Kim entró en la cafetería unos minutos antes de la hora.

Por lo general, a Bryant le habría molestado que lo excluyeran de cualquier charla relacionada con un caso, pero, en esta ocasión, había sentido alivio. Necesitaba un minuto para sí mismo.

Sacó el teléfono y volvió a leer el mensaje. Richard había intentado llamarlo dos veces, pero Bryant, con toda intención, lo había ignorado. Sabía que tenía que dejar ese caso. Después de su visita a la casa de Tina y Damon Crossley, había luchado contra el impulso de implicarse. Podía entender la rabia y la frustración acumuladas en Tina después de que se enterara de la liberación de Peter Drake. La mujer no tenía nadie más con quien desquitarse, pero Bryant se estaba obligando a sí mismo a mantenerse apartado. Un equipo ya se ocupaba del caso. Aunque Damon quería acusar a Tina de un delito, la denuncia tendría que hacerla el Departamento de Investigaciones Criminales.

Tras las llamadas no respondidas, Richard le había enviado un mensaje de texto. Solo tres palabras: «¿Te has enterado?».

Mientras veía a la jefa sentarse en una mesa vacía, marcó el número.

El hombre le contestó al segundo tono, a gritos.

—¡Joder, Bryant!, ¿dónde has estado? ¿Qué coño está pasando?

—Richard, tranquilízate. ¿De qué me hablas? Aquí estoy, haciendo mi trabajo.

A pesar de todo, era raro oír a Harrison soltar maldiciones. Apenas reconocía su voz.

Silencio.

—¿No te has enterado?

—¿De qué? —le espetó. No iba a ponerse a jugar a las adivinanzas.

—Está por toda la puta red, tío. Exactamente lo que nos temíamos. Ha vuelto a hacerlo.

Capítulo 48

Kim vio que su colega tenía una animada conversación con alguien. Comprobó su teléfono. No había llamadas perdidas ni mensajes. Si esa conversación telefónica tenía algo que ver con el caso, él la informaría, sin duda.

Estaba dando un sorbo a su café con leche cuando se abrió la puerta.

El hombre que entró era inconfundible. Vestido de negro de pies a cabeza, enfundado en pantalones de combate y camiseta lisa, la ropa apenas ocultaba un físico musculoso. De inmediato pensó en un exmiembro de las fuerzas armadas; probablemente del Ejército.

Levantó la mano para indicarle que ella era la persona a quien él buscaba. Él no dio ningún signo de haberla reconocido. Se acercó al mostrador y pidió algo. Antes de sugerirle que tomara asiento, la chica del local le dedicó una mirada de arriba abajo.

Él asintió hacia Kim con la cabeza y apartó la silla de enfrente.

—¿Inspectora?

—Encantada de conocerlo, Kane —dijo ella. Ninguno de los dos ofreció la mano—. ¿Sabe por qué estoy aquí?

—Ha venido a hablar de Samantha Brown —respondió él.

Kim observó que el atractivo rostro de rasgos oscuros permanecía neutro en todo momento. No había, en ninguna parte, ni un ceño fruncido ni una sonrisa latente.

—Lo vieron merodeando cerca de su casa —dijo Kim, sin preámbulos.

—Por supuesto, pero no merodeaba ni me escondía. Puedo darle las fechas y las horas exactas, si le sirve de ayuda.

Kim no esperaba que él admitiera con tanta facilidad su presencia en casa de Sammy.

—¿Qué hacía allí?

—Yo sabía que la chica no estaba lista.

—¿Para qué?

—Para quedarse sola. Necesitaba quedarse mucho más tiempo en casa de sus padres, readaptarse a una vida normal antes de irse a una vivir por su cuenta. El simple hecho de entender que era una secta no significaba que no quisiera volver allí.

—¿Pero su trabajo no consiste en eso? —preguntó Kim—, ¿en desprogramar a los miembros de una secta?

—Yo comienzo el proceso, inspectora. A la familia le toca hacer el resto.

—Y, hablando del proceso, me gustaría saber más acerca de lo que hace.

—¿Por qué?

A Kim le gustaba tratar con gente que no malgastaba las palabras.

—Porque me han dicho que está a punto de hacerlo de nuevo; de hecho, esta misma semana.

—En realidad, a la familia no le decimos cuándo vamos a hacerlo.

—Bueno, al parecer, piensan que Sophie volverá pronto a casa.

Él se encogió de hombros sin emoción.

—Les damos una idea aproximada del tiempo, pero no fechas ni horas exactas. No

sabemos cuándo estarán listos.

—¿Listos para ser secuestrados? —preguntó ella, confundida.

Él guardó silencio mientras la camarera le ponía delante una taza de café negro.

Kane dio las gracias sin mirarla. La chica pareció decepcionada.

—Cogerlos es la parte fácil. Eso no es lo que hacemos. Los Brown podrían haberlo hecho ellos mismos.

—Entonces, ¿por qué nunca lo hicieron?

—Porque sabían que, en cuanto Samantha viera una puerta abierta, volvería a la Granja de la Unidad.

—¿A qué se dedica usted, exactamente?

—Primero, sacamos a la persona de la secta; después, sacamos la secta de la persona.

—¿Es ese el lema de la empresa? —preguntó Kim, sin poder contenerse. Incluso le pareció verlo impreso en folletos brillantes.

—No, eso es lo que hacemos —dijo él, sin la menor sombra de humor.

—¿Me está diciendo, entonces, que secuestra a alguien y lo vigila hasta que cree que está listo para volver a casa?

Kane asintió.

—Si no, nada de esto tendría sentido. ¿Cuál es su comida favorita?

La sorprendió con la pregunta, y Kim decidió seguirle el juego. Aunque en realidad no tenía una comida favorita, sí que le gustaba una *pizza* de vez en cuando.

Se lo dijo.

—Si yo la alejara de la pizzería y le dijera que no volviera a comerla nunca, usted no me haría caso. Iría a por una. Si me diera la oportunidad de mostrarle el contenido de grasa y aditivos y de explicarle el efecto que tiene en su cuerpo, quizás se lo pensaría dos veces. Pues, verá, esto no es tan sencillo como alejarla de una pizzería; ahí no hablaríamos de modificar su manera de pensar. A pocas personas las retienen en una secta contra su voluntad. Quieren estar allí. Han sido persuadidas.

—¿Y usted disuade a las personas?

Él tomó un sorbo de café.

—En los cultos se usa una técnica llamada *programación*...

—Sí, programar y reprogramar. Myles ya me lo ha contado.

—En efecto. Nosotros utilizamos la misma técnica para deshacer el daño.

Kim imaginó un trozo de carne.

—Pero, sin duda, una vez que algo se ha desprogramado, no se puede reprogramar. Ya no es seguro, como congelar y descongelar un trozo de carne.

—Lo es si se logra cambiar la composición estructural. Usted puede coger un pollo congelado, descongelarlo, cocinarlo y congelarlo otra vez. Ha cambiado.

—Pero sigue siendo el mismo pollo —dijo Kim. Se preguntaba cuántas veces una mente podría soportar ser programada y desprogramada. Él le sostuvo la mirada, pero no respondió—. ¿Y usted es un experto en esto?

—Sí —dijo, sin más.

—¿Por qué?

—Porque lo soy.

—¿Cuánto dura el proceso?

—Eso varía.

—¿Entre qué y qué? —preguntó Kim.

—Cinco días es lo menos. Trece días ha sido lo más.

—¿Y Sammy Brown?

—Trece.

Así que había sido su mayor reto hasta el momento.

—A ver si lo he entendido bien: ¿puede deshacer meses de lavado de cerebro en menos de dos semanas?

—En primer lugar, las sectas no lavan cerebros. Ese término solo se usa cuando una víctima sabe que está en manos del enemigo. La persuasión coercitiva es un tipo de influencia y adoctrinamiento. Es como ganar peso. Ocurre poco a poco y, al igual que el peso, cuanto más despacio se avanza, más difícil es perderlo.

—¿Persuasión coercitiva? —preguntó. No era un término que ella hubiera oído antes.

Él la escudriñó durante un instante antes de darle un trago a su café.

—Myles me ha dicho que usted entendía algo de esto, pero, si voy a tener que educarla hasta ese punto, tendrá que pagarme otro café.

Capítulo 49

Gracias al artículo y la investigación posterior, Stacey averiguó dos cosas: la niña, a quien las pesquisas llamaban Helen Deere, había pasado siete meses en la Granja de la Unidad y no se había caído por la ventana de la casa de sus padres; ella misma había roto el cristal para saltar. El incidente había sido clasificado como suicidio.

Stacey se quedó pensando. Dos asesinatos y, ahora, un suicidio, y todos relacionados con la Granja de la Unidad. Las pesquisas había confirmado que, en el momento en que Helen Deere se quitó la vida, en la casa no había nadie más que la madre. Stacey, por lo tanto, sabía que la muerte no estaba relacionada con el asesino que buscaban, pero ¿a qué venía aquella mención? ¿Por qué la Granja estaba implicada?

Tras un par de búsquedas rápidas, encontró el teléfono fijo de la casa de los padres de Helen Deere.

Le contestaron la llamada al segundo tono.

—¿Señora Deere? —preguntó Stacey.

—¿Quién llama?

Antes que nada, comprobaban quién era. Eso le gustó.

Se presentó y mencionó su cargo.

La mujer no dijo nada. Se limitó a esperar a que le explicaran el motivo de la llamada.

—Señora Deere, ¿puedo hacerle un par de preguntas sobre su hija?, ¿Helen?

—Sé el nombre de mi hija, agente, y supongo que usted sabe que murió, así que ¿cómo puedo ayudarla?

El tono de la mujer rondaba la antipatía, con la amenaza de la hostilidad más absoluta en caso de que Stacey dijera algo incorrecto o tardara demasiado en reaccionar.

—La Granja de la Unidad ha llamado nuestra atención, y tengo entendido que su hija pasó algún tiempo allí antes de su muerte.

—Antes de conocer a esas personas, mi hija era una chica normal de dieciséis años, agente. Me la cambiaron. Le lavaron el cerebro hasta el punto en que ni siquiera la reconocía; a mi propia hija. Ese lugar es diabólico, es destructivo. Me arrebataron a mi niña —espetó.

—¿Cree que la Granja de la Unidad estuvo relacionada de algún modo con el suicidio de su hija?

Hubo una pausa.

—Si ha tenido que hacerme esa pregunta es porque no sabe del lugar tanto como debería.

—Lo siento, mi intención no era...

—No importa. Y usted es policía. Si las agresiones físicas no ocurren delante de su cara, no le interesan. Hay otros tipos de delitos.

Stacey no tenía ni idea de lo que le decía, pero se sintió obligada a hacerla entender.

—Señora Deere, estamos tratando de averiguar más sobre ese sitio.

La mujer resopló.

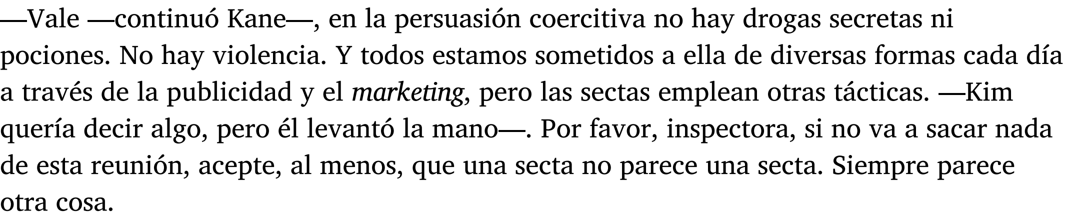
—Buena suerte.

Stacey quiso dejarle claro su compromiso de investigar más a fondo.

—Hemos visitado la Granja de la Unidad y…

—Visítenla todas las veces que quieran. Verán la fachada, pero nunca descubrirán lo que de verdad ocurre allí —dijo, y colgó.

Capítulo 50



—Vale —continuó Kane—, en la persuasión coercitiva no hay drogas secretas ni pociones. No hay violencia. Y todos estamos sometidos a ella de diversas formas cada día a través de la publicidad y el *marketing*, pero las sectas emplean otras tácticas. —Kim quería decir algo, pero él levantó la mano—. Por favor, inspectora, si no va a sacar nada de esta reunión, acepte, al menos, que una secta no parece una secta. Siempre parece otra cosa.

—De acuerdo. Por favor, continúe —pidió ella. A falta de volver a entrar en la Granja para ver qué pasaba, tendría que sacarle la información a ese hombre. Por ahora.

—La clave para manipular la mente es el lenguaje, no la fuerza física. Lo primero que hace una secta es desestabilizar la percepción que uno tiene de sí mismo. Consigue que la persona reinterprete a fondo la historia de su vida y altere sus propios puntos de vista. Sammy estaba convencida de que había sufrido psicológicamente de niña, porque su hermana pequeña, cuando era un bebé, había tenido problemas de salud. Sophie llegó a convertirse en la niña favorita. Sammy recibió menos amor. Al desatender sus necesidades, los padres la habían degradado como persona.

«El siguiente paso es desarrollar una dependencia del culto. Al principio, uno no es consciente de lo que ocurre ni de los cambios que se producen. Controlan el tiempo de la persona y su entorno. No la dejan sola; le ofrecen actividades destinadas a reforzar los cambios. Con el tiempo, la secta introduce una filosofía de «Ellos» y «Nosotros». Esto separa al miembro de cualquier persona que no pertenezca a la secta. A los de fuera se les da una identidad.

—¿Zombis? —preguntó Kim. Recordaba el nombre que Sammy había dado a sus padres.

Kane asintió.

—Son como las tácticas del Ejército: darle un nombre al enemigo. Con el tiempo, la secta crea una sensación de impotencia, miedo y dependencia. —Kim se acordó de la chica que vendía las verduras. Su ansiedad, primero, y luego su alegría cuando Jake apareció.

«Suprimen gran parte de los antiguos comportamientos y actitudes al tiempo que inculcan otros nuevos. Por último, les ofrecen un esquema lógico cerrado. Es un sistema que no admite ninguna aportación ni crítica real. Para los nuevos reclutas, la estima y el afecto de los compañeros son muy importantes. Al principio, para que se sienta seguro y querido, al nuevo miembro lo colman de elogios y afecto. Con el tiempo se producen los cambios. A los novatos se los separa de sus familias y amigos y se los bombardea de amor. —Kim enarcó una ceja.

«Halagos y cumplidos; siempre en compañía de un miembro que lleve mucho tiempo y que sea cariñoso y se mantenga ocupado, para que no surjan dudas. A veces se los mantiene despiertos durante largos periodos. No duermen bien. Les desmontan los teléfonos para evitar cualquier contacto. Cuando has cambiado el entorno de alguien hasta ese punto, ya estás a mitad de camino. —Kane reflexionó por un momento.

«¿Alguna vez ha estado internada en un hospital, inspectora? —Kim negó con la cabeza—. ¿Ha asistido a algún curso del trabajo en equipo durante varios días? —Kim asintió—. Las pocas personas que te rodean se hacen más importantes cada vez. Si te aislan de todo lo que conoces, se forma una nueva realidad. Te vuelves dependiente. Una secta aprovechará cualquier sentimiento no resuelto para explotarlo. Al final, para el novato, las únicas personas importantes son las del grupo: su nueva familia.

Kim recordó la alusión de Britney a la familia.

—¿Es eso lo que quieren los novatos?

—Todo el mundo quiere pertenecer bien a un equipo, bien a un grupo. Quítele a alguien su familia y estará listo para formar parte de otra. Hay que recordar que estos grupos están muy cohesionados, controlados por un sistema de creencias compartido.

—¿Se dirigen a personas vulnerables?

Él bebió un sorbo y asintió.

—En la mayoría de los casos, sí. Los objetivos primarios son las personas emocionalmente inestables, dado que resultan más fáciles de coaccionar, pero la mayoría de la gente es susceptible a los halagos, a que le digan lo que quiere oír.

—¿Y usted usa las mismas técnicas para sacar a la gente de ahí?

Kane se terminó su bebida.

—Ese no es el tema de esta reunión —dijo—. Lo que sí puedo decirle es que, si a una persona no se la saca de ahí de la forma adecuada, es posible que nunca se recupere de la experiencia.

—¿Por qué no? —preguntó Kim. Sin duda, la influencia del grupo era como una droga. Si dejabas de tomarla, los efectos desaparecían.

—Recuerde el ejemplo de la *pizza*. No basta con sacar a la persona del culto. También...

—Hay que sacar el culto de la persona —remató ella por él.

Kim sentía que la reunión llegaba a su fin, pero había algo más que quería preguntar.

—¿Sammy reclutó a Sophie para el grupo?

Él sacudió la cabeza y miró el reloj.

—Lo que entiendo de la dinámica entre ellas, es que Sophie quería todo lo de su hermana y que se fue por su propia voluntad. De niñas estaban muy unidas y Sophie la admiraba. Desde el punto de vista académico, no era tan brillante como Sammy. Tenía que esforzarse más para ir bien en la escuela, pero Sammy nunca se burlaba de ella: la ayudaba a repasar los exámenes y las pruebas. Por lo que han dicho sus padres, Sophie es más artística, más soñadora.

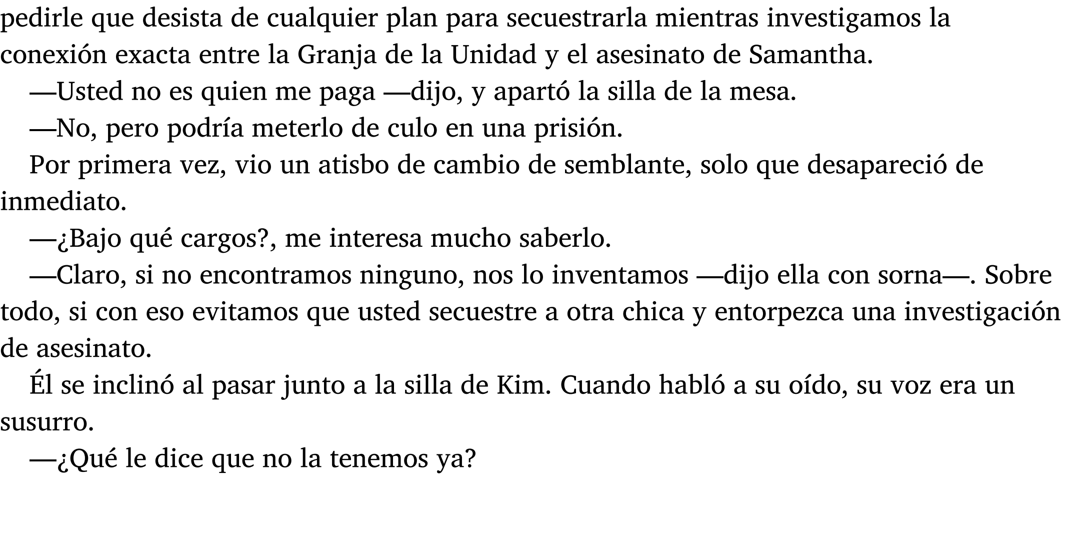
—Pero ¿por qué Sophie seguiría a su hermana a...?

Kane consultó su reloj otra vez.

—Según tengo entendido —la interrumpió—, cuando Sammy se alejó, rechazó a todo el mundo, incluso a Sophie. Myles y Kate creen que siguió a su hermana para intentar recuperar esa conexión. Resumiendo: la echaba de menos.

Y, ahora, lo que Kim tenía que decir antes de que se le acabara el tiempo. En el reloj o en el cerebro de ese hombre había un contador.

—Mire, comprendo los deseos de los Brown con respecto a su hija menor, pero debo



pedirle que desista de cualquier plan para secuestrarla mientras investigamos la conexión exacta entre la Granja de la Unidad y el asesinato de Samantha.

—Usted no es quien me paga —dijo, y apartó la silla de la mesa.

—No, pero podría meterlo de culo en una prisión.

Por primera vez, vio un atisbo de cambio de semblante, solo que desapareció de inmediato.

—¿Bajo qué cargos?, me interesa mucho saberlo.

—Claro, si no encontramos ninguno, nos lo inventamos —dijo ella con sorna—. Sobre todo, si con eso evitamos que usted secuestre a otra chica y entorpezca una investigación de asesinato.

Él se inclinó al pasar junto a la silla de Kim. Cuando habló a su oído, su voz era un susurro.

—¿Qué le dice que no la tenemos ya?

Capítulo 51

Antes de levantarse de su asiento, Kim se tomó un segundo para analizar las sensaciones que le había dejado el hombre que acababa de marcharse. Era extraño que Kane se hubiera mantenido neutral durante todo el intercambio.

A ella no le cabía la menor duda de que conocía bien el tema de las sectas y el control mental, pero, aun así, le costaba relacionar esa información con la Granja de la Unidad. Maldita sea, tenía que volver. Todo en ese lugar estaba controlado y medido. La expresión del rescatador apenas había cambiado, al igual que su tono de voz, siempre templado y tranquilo. Ella lo había observado en busca de señales y gestos que revelaran si mentía, y no había encontrado nada. Ni siquiera cuando le había preguntado por sus motivos para ir al piso de Sammy.

Esas palabras acerca de Sophie al despedirse casi la habían impulsado a correr tras él, esposarlo y llevarlo a la comisaría. Sin embargo, antes de que Kane se perdiera al otro lado de la puerta, se había detenido a pensar en la posible cólera que esos actos provocarían en Woody.

—¿Es Sophie Brown mayor de edad?

—Sí.

—¿Es Sophie Brown una persona desaparecida?

—No.

—¿Sus padres han pedido que te involucres?

—No.

—¿Alguna prueba sugiere que Sophie Brown está en peligro?

—No.

Suspiró. Ahora mismo, todas las pistas se agotaban frente a sus ojos. Era hora de volver a la comisaría y ver qué podían hacer para seguir adelante.

Mientras se ponía en pie, su teléfono empezó a sonar. Al ver el nombre de Travis, sorprendida, contestó de inmediato.

—Hola.

—¿Qué coño está pasando, Stone?

—¿Perdona? —Pensó de inmediato en cualquier parte de su caso que hubiera afectado la jurisdicción de West Mercia. No encontró nada más que un pasado lleno de accidentes y la certeza de que su antiguo compañero estaba muy cabreado.

—¿Qué pasa con Bryant? ¿Por qué me ha llamado para fastidiarme con ese interrogatorio?

Confundida, Kim apartó la mirada de la ventana del café.

—¿Acerca de qué?

—Una escena criminal particularmente horrible a la que he acudido esta mañana.

—Tienes que explicarte un poco más, Travis.

—Se trata de una chica joven, masacrada y violada. —Kim lo entendió. Peter Drake acababa de ser liberado—. No me gusta que un oficial de otra fuerza venga como la puta Inquisición.

Ella sintió la ira aumentar en consonancia con el temperamento de Travis. ¿Qué demonios hacía Bryant yendo a otra fuerza —y a espaldas de ella— por una investigación en la que no tenía nada que ver? Era como si, en este momento, Kim no pudiera controlar a su maldito equipo.

Bryant se había pasado de la raya. Era poco profesional y poco ético tratar de implicarse en el caso de otra jurisdicción. Travis tenía muy buenos motivos para estar cabreado. Ella misma no se habría conformado con llamar al inspector detective, habría llegado más alto. Al hablar directamente con Kim, Travis le estaba haciendo un favor a Bryant. Podrían cubrirlo ahí mismo y se acabaría todo.

Abrió la boca para decir algo mientras se volvía hacia la ventana.

Su compañero miraba al frente con una expresión fija. Sus dedos golpeaban el volante.

Kim se dio cuenta de que, a lo largo de los años, él la había apoyado en todas sus decisiones, como colega y como amigo, incluso cuando no estaba de acuerdo. Siempre le había concedido el beneficio de la duda. Recordó la conversación en la cocina. Ella le había dicho que dejara todo y luego le había pedido que se marchara. Sintió en el vientre una pizca de vergüenza. ¿Era su amistad una calle de sentido único?

—Stone, ¿qué...?

Kim se encaminó a la salida.

—Travis, te llamo más tarde, porque aquí hay cosas que no entiendes, pero hazme un gran favor, solo por esta vez, ¿vale? —dijo.

—Habla.

—Dale a Bryant lo que quiere.

Capítulo 52

Bryant miraba confuso cómo su jefa y sus compañeros de trabajo salían de la oficina. La jefa se había ofrecido a invitarlos a almorzar. A Bryant le había puesto una mano en el hombro para forzarlo a sentarse otra vez.

—Tú no —le había dicho—. Duerme una siesta, haz algunas llamadas, haz lo que quieras. Yo te traeré algo.

Así que intentaba reunir las piezas del rompecabezas. Aunque no era Penn, sabía que algo había ocurrido, que había alguna cosa de la que no estaba enterado.

Mierda, Travis debía de haberla llamado. Era lo único que tenía sentido.

En ese momento, Bryant tendría que estar recibiendo una muy buena reprimenda en la intimidad del Tazón. En cambio, le habían dado algo de privacidad y de tiempo.

Sonrió. La jefa nunca decía cosas que no tuvieran sentido «Haz algunas llamadas», le había dicho.

Sacó su teléfono y marcó. Le daban la oportunidad de reparar el daño.

El inspector detective le contestó al tercer tono.

—Hola, Travis. Oye, solo quería disculparme por...

—Olvídalo —dijo Travis—. Acabo de revisar los viejos archivos del caso de Peter Drake. No sabía que habías estado de guardia cuando ocurrió lo de esa pobre chica.

Las palabras comprensivas de Travis lo hicieron sentirse aún peor. Había llamado al inspector detective para exigirle información sobre una escena del crimen en la que el propio Bryant no tenía nada que ver.

—Mira —continuó Travis—, tenemos a los técnicos en la escena. La autopsia se hará esta tarde. Nos reuniremos sobre las siete. Ojalá pudieras venir.

Bryant se quedó sin habla. ¿Qué demonios le había dicho la jefa? En cualquier caso, estaba agradecido. Sabía que no podría comunicar a Richard Harrison los detalles de la sesión informativa, pero esperaba estar en condiciones de asegurarle que se estaba haciendo todo lo posible. Ese pobre hombre necesitaba algo. Se estaba desmoronando ante los ojos de Bryant.

—Esto no es caridad —siguió Travis—. Tal vez nos seas útil. Eso es todo.

—Gracias, Travis. Allí estaré.

El silencio llenó la línea.

—Vamos, pregunta —dijo el inspector.

Travis ya había revisado los informes de Wendy Harrison y Tina Crossley, así que sabría la respuesta.

—¿Ha sido igual?

Una ligera pausa antes de que llegara la respuesta.

—Sí, Bryant. Ha sido igual.

Capítulo 53

Kim fue a una de las mesas junto a la ventana y dejó su bandeja. No había echado un vistazo siquiera al triángulo de plástico que había elegido para sí misma, pero había cogido un plato de arroz frito con gambas para su colega.

Penn había optado por un plato de patatas fritas y salsa, en tanto que Stacey era la orgullosa propietaria de un bol de ensalada de huevo. Con mucha valentía, había rechazado la magdalena que habían sacado para ella de detrás del mostrador. Kim llegó a pensar que la asistente se echaría a llorar.

—Vale, Penn, continúa —dijo. Él ya había empezado a hablar de Josie Finch cuando todavía estaban en la cola de la cantina.

—Entonces, según Josie, quienquiera que estuvo con Sheila se la llevó con todo. La mujer retiró hasta el último céntimo de sus ahorros y luego vendió también la casa. La hipoteca ya estaba cancelada, así que las ciento cincuenta mil libras fueron a parar a algún sitio.

—Vale, intenta encontrar al agente inmobiliario y al abogado que se encargaron de la venta y averigua adónde fue a parar el dinero.

Penn se limpió una mancha de salsa en la barbilla.

—¿Crees que estuvo en la Granja de la Unidad? —preguntó.

Kim se encogió de hombros. Era dar un gran un salto partir de un zapato que podía pertenecer a la mujer desaparecida o no, pero tenía que haber más que una aventura fugaz con un estafador de algún tipo para que esa mujer se hubiera apartado por completo de la vida de su hija.

Kim se volvió hacia Stacey. Al parecer, la asistente trataba de comerse la ensalada sin tocar la lechuga. Penn le llamó la atención y movió la cabeza de lado a lado. Kim asintió en silencio. Para ser una mujer a punto de casarse con el amor de su vida, nunca la habían visto tan miserable.

—Stace, ¿has averiguado algo?

Ella dejó el tenedor.

—Hasta ahora, no he conseguido encontrar ninguna mención con el nombre de Kane Devlin. Tengo que comprobar algunos sitios más. Sí he visto algunas menciones en Facebook sobre la Granja de la Unidad, pero se trata de un grupo cerrado. Cuando intenté de unirme, me lo denegaron de inmediato. Voy a crear un perfil falso e intentarlo de nuevo.

—Qué retorcida eres, Stace. Has pasado demasiado tiempo conmigo.

—También he hablado con la madre de Helen Deere, una chica que se tiró por una ventana después de haber pasado un tiempo en la Granja de la Unidad. Nadie más estuvo implicado, de modo que no hay ninguna relación directa. Sin embargo, la madre los culpa de haberle lavado el cerebro a su hija.

—Vaya, Stace, gran trabajo. ¿Ha dicho algo más?

—Solo que nunca sabremos de verdad lo que pasa ahí dentro. —Sí, eso es lo que Kim se empezaba a temer. Stacey apartó su cuenco por completo—. ¿Cómo ha ido la reunión

con Kane? —preguntó. Solo se había comido el huevo.

—Sobre la cultura de los cultos en general, ha sido informativa, pero no tanto sobre la Granja de la Unidad. Es frustrante. Sin vínculos claros de nuestras víctimas con el lugar, no conseguiremos una orden de registro, así que no podremos entrar a echar un buen vistazo.

Sí, era verdad que Sammy había vivido allí, pero hacía meses de eso. Ningún juez firmaría una orden para concederles pleno acceso. Ahora mismo, ni siquiera eran capaces de demostrar que Tyler había vivido allí. Tampoco sabían con certeza si Sheila Thorpe estaba muerta.

Kim dejó caer la cabeza entre las manos.

—Aaaah —gimió.

Stacey daba golpecitos con los dedos en la mesa; mientras Penn terminaba su almuerzo.

—Lo que necesitamos… —comenzó Stacey.

—Es meter a alguien dentro —terminó Kim.

—De aspecto inocente…

—Pero sagaz —dijo Kim.

Cruzaron miradas mientras Penn pinchaba su última patata y se servía la salsa restante.

—¿Estás pensando lo mismo que yo? —Kim preguntó a su asistente.

Stacey sonrió.

—Sí, seguro que sí, jefa.

Capítulo 54

—¡Hooooooolíiiii, equipo! —gritó Tiffany desde la puerta.

—Pasa, Campanilla —dijo Kim desde el fondo del despacho.

Tiffany Moore era una brillante y comprometida agente de policía que, a sus veinticuatro años, parecía mucho más joven. En el último caso importante, mientras Penn estaba ocupado en un otro con su antiguo equipo de West Mercia, habían puesto a la chica como refuerzo de Stacey en el trabajo de oficina.

Kim la había apodado Campanilla no solo porque llevaba el pelo rubio recogido en un moño, sino porque realmente parecía salida de las páginas de un libro de cuentos de hadas. Si hubiera entrado en la sala de la brigada seguida de mariposas y conejos, Kim no se habría sorprendido.

—Cierra —le ordenó. La chica obedeció y se quedó parada junto a la puerta—. Siéntate —le dijo Kim—. Así que, ¿qué te ha dicho Wood...? Quiero decir, ¿el inspector jefe de detectives Woodward?

Tiffany se sentó y se encogió de hombros.

—Me ha preguntado si me gustaría reservar la tarde como vacaciones anuales y aparecer por aquí para echarte una mano con algo. —Puso los ojos en blanco—. Y yo, pues..., vaya, esto... Sí.

Kim disimuló una sonrisa. En estricto sentido, esta chica debería caerle muy mal. Era bulliciosa, chispeante, alegre e inocente. Además, cuando estaba concentrada, silbaba melodías de comedias musicales. Sin embargo, no la encontraba irritante, puesto que Tiff no había permitido que ni la vida ni la policía le quitaran esa alegría de vivir.

—Vale, necesitamos que vayas de incógnito, lo que suena mucho más emocionante de lo que es en realidad.

Tiff dio una palmada.

—Guay.

Kim estuvo a punto de decirle que no se trataba de ir a Disneylandia, pero se contuvo. Contaban con esa inocencia juvenil.

Un poco antes, cuando había subido a ver a Woody, justo después de estar en la cafetería, ya sabía cuál iba a ser la respuesta inmediata de su jefe.

Organizar una operación encubierta oficial requería semanas, incluso meses de planificación. Los agentes tenían que ser evaluados e investigados. Había unas Órdenes Operativas y Evaluaciones de Riesgos formuladas por expertos, una serie de disposiciones que se revisaban una y otra vez para cubrir las espaldas de todo el mundo. Pero no tenían tiempo para ese proceso. Con dos cadáveres en dos días, tenían que ser creativos.

—Vale, Campanilla, la cosa va así: la Granja de la Unidad es un lugar que está relacionado con dos asesinatos. Bryant y yo hemos ido a visitarla y nos concedieron una visita muy breve; la ruta turística, por así decirlo. Necesitamos meter durante unas horas a alguien que no sea policía. Tendrá que echar un buen vistazo alrededor, intuir qué pasa en realidad y averiguar si ese sitio es tan inocente como parece. ¿Me entiendes? —

Con los ojos muy abiertos, Tiffany asintió.

«Parecen preferir a personas jóvenes y vulnerables que se encuentran en un estado de confusión emocional; a chicos que se sienten molestos por algo. —Kim frunció el ceño—. Oye, tú te enfadas, ¿no? —le preguntó, solo por asegurarse.

—Bueno, no a menudo, pero, si lo intento, seguro que puedo.

—Venga, adelante —dijo Kim. Se cruzó de brazos y se puso a rezar, deseando que Tiffany hubiera sido la selección del cole para la obra de teatro.

La chica echó la cabeza atrás y empezó a lamentarse. Tenía los ojos cerrados y la cara contraída en una especie de mueca de estreñimiento.

Kim se quedó boquiabierta. Bryant apartó la mirada. Penn se tapó los ojos y sacudió la cabeza mientras Stacey gemía en voz alta.

El desconcierto de Kim se vio interrumpido por su teléfono. Mitch, desde el lago.

Siguió observando la actuación de Tiffany hasta que llegó a su clímax, y se dio cuenta de que se habían metido en un buen lío.

Capítulo 55

En cuanto Bryant detuvo el coche detrás del edificio de la universidad, Kim volvió a mirar el reloj y se giró en su asiento.

—¿Estás lista, Campanilla? —preguntó.

Tiff asintió.

La habían informado en detallte de los asesinatos, los nombres y la disposición del lugar. Le habían dado instrucciones estrictas sobre cómo salir de allí.

—Así que esta noche, a las diez, habrá un coche esperando en la carretera principal. Llámame en cuanto salgas, ¿entendido?

—Sí; entendido, jefa —dijo la agente, y se apeó. —Kim sentía que había algo más que decir, pero no sabía qué. Tiff se dispuso a cruzar la calle—. Hablaremos más tarde.

La jefa observó en silencio cómo su agente encubierta se colocaba detrás de un grupo de cuatro chicos. Vestida con vaqueros y zapatillas de deporte, y con una mochila prestada por un colega, no parecía fuera de lugar.

Bryant seguía la mirada de su jefa.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—Sí, sí, encaja muy bien —dijo ella mientras la agente se perdía de vista.

Desde que había presenciado el conato de llanto de Tiffany, una sensación de inquietud había crecido en su vientre. Lo que en su momento había dado la impresión de ser una buena idea estaba perdiendo su atractivo a toda velocidad. Parecía muy sencillo meterla allí, dejarla investigar un poco y sacarla. Pero, a medida que la iban informando, Kim se dio cuenta de que no tenían ni idea de con qué clase de gente trataban. Tiffany nunca había hecho un trabajo encubierto. Los agentes recibían amplia formación antes de embarcarse en engaños de ese tipo.

—Estará bien —dijo Bryant, y arrancó el coche—. Serán solo unas horas.

—Había olvidado lo joven e ingenua que...

—Jefa, Tiff es todo eso, pero también es una agente de policía plenamente capacitada. —Kim asintió. A veces era fácil olvidarlo—. Solo serán unas horas. Volverá más tarde. A nosotros nos urge ir al lago.

Empezaron a apartarse del bordillo.

—Sí, tienes razón —dijo Kim.

Volvió a mirar hacia el lugar en el que Tiffany había desaparecido entre la multitud y recordó lo que había tenido en la punta de la lengua.

Había querido decirle que tuviera cuidado.

Capítulo 56

Tiffany la vio en cuanto dobló la esquina. Britney hablaba animadamente a tres chicas que estaban fumando. Parecían aburridas e intentaban apartarse.

Echó un vistazo a su alrededor y descubrió un buen sitio en una pared, no muy lejos de la pelirroja.

La jefa le había dicho que no llorara, que pusiera cara de disgusto. Tiff no tenía mucha experiencia con el llanto, porque no era algo que acostumbrara a hacer por elección propia. Nunca había sido así.

La jefa también le había sugerido la tapadera de una mala ruptura con un novio; sin embargo, la agente había elegido la suya. Sabía que no se le daba bien mentir con descaro, su cerebro no funcionaba de esa manera, así que su plan era mantenerse lo más cerca posible de la verdad.

Bajó la cabeza y recordó la conversación que había tenido con su madre antes de ir al trabajo.

Sabía que, a su edad, seguir viviendo en casa no era normal. Era policía y podía permitirse pagar una pequeña vivienda propia sin ningún problema. No se quedaba con ella por motivos económicos.

Era la menor de cinco hermanos. Había nacido cuando los otros cuatro necesitaban más que ella la atención de sus padres. Tres semanas después de su cuarto cumpleaños, su padre había muerto en un accidente de autopista, lo que la había dejado con aún menos atención en el reparto.

Desdeñada en gran medida por sus hermanos, se había inventado un mundo propio en el que todos eran felices. Se había convencido a sí misma de que su día llegaría. Uno tras otro, sus hermanos se fueron de casa para emprender sus vidas, hasta que, por fin, le llegó el momento de tener a su madre para ella sola.

Pero no era la imagen que había soñado. Su madre seguía corriendo la mayor parte del tiempo detrás de «Sus chicos». Iba a sus casas a limpiar, a recibir entregas, a recoger la compra, a cuidar sus jardines... A cualquier cosa que les hiciera la vida más fácil. Hacía un año que ella y su madre se habían mudado a un piso de tres dormitorios, perfecto para las dos. O, al menos, eso pensaba Tiff hasta esa mañana.

—Ryan vuelve a casa —le había dicho su madre. Nada de qué asombrarse, pensó Tiff. Había oído las conversaciones. A su hermano lo habían pillado siendo infiel y su mujer lo había echado de la casa—. Así que tendrás que trasladarte al trastero —había dicho su madre.

—¿Por qué tengo que trasladarme? —preguntó Tiff. Como hija titular, debería poder quedarse donde estaba. A la espera de que Sasha cediera, Ryan había pasado un par de noches en un hotel, pero la mujer no lo había perdonado, y él, por supuesto, echaba de menos las comodidades de un hogar.

—Porque los chicos necesitan más espacio. —Con esa respuesta, la madre se lo había explicado todo.

Y ese razonamiento la había devuelto a su infancia: «Quítate para que los chicos

puedan sentarse». «¿Por qué te enfadas, si no es más que una muñeca?». «Deja eso, es para los chicos».

—Oye, ¿estás bien? —preguntó una voz desde arriba. Tiffany se había sumergido en sus recuerdos hasta el punto de casi haberse olvidado de qué hacía allí. Y ahora tenía el motivo delante de las narices. De cerca, notó que una mancha de pecas cruzaba el puente de nariz de la chica bajo unos amistosos ojos verdes llenos de preocupación. No llevaba maquillaje ni joyas. Solo un collar con una mariposa que descansaba en el hueco de su cuello.

—Sí, estoy bien, gracias —respondió Tiff—. Esta mañana he tenido una fuerte discusión con mi madre.

No era cierto del todo. Como siempre, había aceptado la noticia en silencio.

—Ay, no —dijo Britney, y se sentó a su lado—. Las familias pueden ser muy difíciles, ¿o no?

Tiff asintió.

—Nos hemos dicho cosas bastante desagradables.

Britney asintió.

—Es lo que todos hacemos cuando estamos enfadados. —Tiff asintió y se secó un ojo —. Soy Britney, por cierto —dijo la chica. Le ofreció la mano y una sonrisa amistosa.

—Tiffany. Tiff —saludó ella, como siempre.

—Entonces, ¿de qué iba la discusión?

—Mi hermano —respondió, y le hizo un resumen muy breve.

—Ah, no parece justo —opinó Britney.

—Estoy segura de que todo irá bien. Solo necesitamos un poco de tiempo para calmarnos. No quisiera verla, todavía, pero no tengo dinero ni adónde ir —dijo, y se encogió de hombros.

Britney le dio un golpecito tranquilizador en el brazo.

—No te preocupes. Conozco un lugar.

Capítulo 57

Eran casi las cuatro cuando llegaron al lago del parque Himley.

—Mierda —exclamó Kim mientras Bryant aparcaba a un lado de la furgoneta de Keats. El médico forense habría recibido la segunda llamada de Mitch.

Se dirigieron al meollo de los trabajos sin perder el tiempo.

Al llegar, Kim miró a su alrededor. No había ningún cadáver.

—¿Dónde está? —preguntó.

—Atascado —dijo Keats.

Una cabeza asomó fuera del agua y gritó alguna instrucción a los colegas del bote. Kim se volvió hacia Mitch.

—¿Qué sabemos?

El técnico se encogió de hombros.

—Que en el agua hay una masa no identificada adherida al follaje.

—Pero ¿están seguros de que es un cuerpo?

Mitch enarcó una ceja.

—Estoy seguro de que no habrían llamado a todo el mundo si fuera un carrito de la compra desechado.

—Mitch, pasas demasiado tiempo con Keats —dijo ella.

El inspector Plant se acercó.

—Stone, la directora del parque va a sufrir un ictus si no le damos información pronto. Ve que llegan vehículos de todo tipo y no puede más de ansiedad. Está desesperada por saber cuándo recuperará este lugar.

Kim abrió la boca para contestar. Sentía pena por Plant. Ese hombre tenía que tratar de tranquilizar a los trabajadores del parque y, lo que era más importante, mantenerlos fuera de la zona.

Pero un grito desde el bote, en el lago, le impidió responder.

Un buceador hacía señas a la tripulación. Kim vio cómo rompía la superficie el extremo inferior de una bolsa para cadáveres.

Se volvió hacia Plant.

—Dile que tardaremos un poco todavía.

Sin esperar respuesta, caminó hacia el lago para ver mejor. Bryant se puso a su lado.

—Quizás Penn tenía razón, después de todo —reflexionó él.

«Tal vez», pensó Kim, que seguía con la mirada fija en el bote.

Cuando este por fin se detuvo, ella se acercó a la orilla.

Keats bajó un par de pasos.

—Dejadme ayudar —dijo. Los buceadores guardaron silencio mientras el médico forense ayudaba a sacar de la embarcación la bolsa con el cadáver.

Kim estiró el cuello para ver mejor. Con cuidado, los hombres llevaron la bolsa por la orilla hasta la camilla rodante de Keats.

Al pasar junto a la detective, Guy dijo:

—Volvemos a sumergirnos.

—¿Para qué? —preguntó ella.

—Faltan una mano y un pie.

Ella miró a Mitch.

—Es algo normal.

Keats puso la camilla al lado de Kim.

—¿Estás lista?

Ella asintió. Con lentitud, el médico forense empezó a abrir la bolsa.

—Maldita sea —dijo.

El hedor a muerte, mezclado con agua sucia, le había colmado las fosas nasales. Se tapó la nariz.

Lo que vio solo podía describirse como un esqueleto envuelto en bolsas de papel marrón mojadas.

Kim recordó el aspecto de Tyler.

—Este no parece hinchado ni ceroso —dijo a Mitch.

—Es la temperatura del agua —respondió el técnico—. Si estaba más caliente cuando el cuerpo entró, la adipocira no pudo formarse.

—¿Crees que ha estado aquí más tiempo que Tyler Short?

Tanto Keats como Mitch asintieron, pero fue Keats quien habló:

—¿Cuánto tiempo? Es muy difícil de estimar ahora mismo.

El forense bajó aún más la cremallera.

Kim seguía los movimientos mientras evaluaba a la víctima. No supo si se trataba de Sheila hasta que su mirada se fijó en el pie que seguía adherido al cuerpo.

La respiración agitada de Bryant le reveló que su compañero había visto lo mismo.

Esta pobre víctima llevaba una gran zapatilla de deporte de talla masculina. Sin lugar a duda, no era Sheila Thorpe.

Capítulo 58

Tiff estaba confundida. El taxi las había dejado en la carretera principal. Entre risas, Britney la había ayudado a trepar una verja mientras le explicaba que estaban tomando la ruta panorámica.

Ese no era el lugar que Stacey le había mostrado en Google Earth. No era donde el coche la esperaría a las diez.

Caminando al lado de la chica pelirroja, cruzó dos campos, rodeó una pequeña zona boscosa y subió una colina empinada. No era un viaje que quisiera hacer en la oscuridad.

—Ahí está —dijo Britney, ya sin aliento, cuando llegaron a la cima del montículo.

Tiff recordó que su guía no le había dicho casi nada acerca del lugar adonde iban, excepto que iba a encantarle. Ahora tenía a la vista la Granja de la Unidad.

—¿Esa es tu casa? —preguntó.

—Ja, ojalá lo fuera, pero es mi hogar.

Tiff contemplaba un pequeño valle.

—¿Y qué es todo esto? —preguntó.

—Es un retiro —respondió Britney, sin más—. Y serás bienvenida.

Desde ese mirador, Tiff trataba de asimilarlo todo.

A la izquierda había un edificio de piedra que daba a una serie de graneros reformados. Más allá del último, había losas de hormigón que parecían los cimientos de más edificios. Y, justo al pie de la colina, había invernaderos y áreas de plantación valladas.

Tiff estuvo a punto de dar un paso adelante, pero Britney le tocó el brazo con suavidad.

—Aguarda solo un minuto.

La agente se sentía intrigada por saber por qué seguían en lo alto de la colina. Entonces, la luz empezó a desaparecer.

Britney miró su reloj y levantó la mano.

—En cualquier momento…

De repente, antes de que la palabra «Ahora» saliera de la boca de la chica pelirroja, los focos instalados en el suelo se iluminaron y todo el lugar cobró vida. Los edificios quedaron bañados con un cálido resplandor anaranjado que mostraba toda la belleza de las estructuras de piedra.

Tanto los canalones de los graneros como los árboles circundantes se encendieron con cálidas y delicadas guirnaldas de luces. Unas lámparas a la altura de la cintura señalaban los senderos hacia todos los edificios. Por el rabillo del ojo, Tiff notó que se movía la rama de un árbol. Le pareció ver una luz en la zona boscosa.

—Uno nunca se aburre de esto —dijo Britney, y empezó a descender la colina.

Mientras seguía a la chica pelirroja, echó otro buen vistazo hacia abajo. La verdad, no podía llevarle la contraria: nunca en su vida había visto nada tan bonito.

Capítulo 59

Stacey colgó el teléfono y volvió a su falso perfil. La jefa iba de camino y esperaba tener algo que mostrarle. Kim le había pedido que se centrara en Jake Black y la Granja de la Unidad. Hasta ahora, había tenido poca suerte con los dos.

Sus pesquisas sobre el líder de la secta le habían revelado que era el único hijo de una familia rica, heredero de un bisabuelo paterno que había hecho dinero comprando terrenos baratos y vendiéndolos en el momento oportuno. Los compradores habían sido promotores inmobiliarios que querían los terrenos tanto para viviendas como para proyectos de expansión.

Luego, el abuelo de Jake había conseguido dilapidar la mayor parte de la fortuna familiar en dudosas inversiones en el extranjero. Apenas le había quedado lo suficiente para darle a Jake una educación privada decente en los mejores colegios del país.

Cuando Jake se graduó en Cambridge, sus padres, incapaces de seguir manteniendo el fastuoso estilo de vida que llevaban, vendieron la finca familiar. Con eso saldaron deudas y emigraron a Australia. A Jake Black lo dejaron acostumbrado a un estilo de vida que ahora tenía que financiarse por sí mismo.

Stacey había sido incapaz de encontrar nada más sobre las actividades de ese hombre. Sabía que nada de lo que había averiguado despertaría ninguna emoción intensa en su jefa, pero lo que le había resultado más interesante, después de haber hablado con la madre de Helen Deere, era ese halo de secretismo que parecía rodear la Granja de la Unidad. Hacia allí dirigía ahora su atención.

Incluso a sus ojos, el perfil falso de Janey Taylor resultaba un poco sospechoso.

Stacey había hecho todo lo posible para hacerla parecer real: había publicado fotos robadas o prestadas de otros perfiles y había compartido publicaciones sobre cienciología, meditación y yoga. Esperaba que el moderador del grupo no la inspeccionara mucho antes de dejarla unirse.

Y todo estaba consumiendo más tiempo del que ella había pensado dedicarle. Mientras tanto, Penn se había ofrecido a investigar las finanzas de Sheila Thorpe.

—Vale, allá vamos —dijo Stacey, y pulsó el botón de solicitud de ingreso.

Volvió a apoyarse en el respaldo de la silla. Ahora, lo único que le quedaba era esperar.

—Sí, yo también tengo una buena espera por delante —dijo Penn—. Estos agentes inmobiliarios no se han planteado darme otros datos que el nombre de los abogados del comprador. Ya he averiguado quiénes eran los abogados de Sheila. Ahora son ellos quienes están estudiando si deben decirme algo. Hasta en situaciones como esta buscan consejo.

—¿Y estás seguro de que el dinero de la venta de la casa no fue a la cuenta de Sheila?

Penn negó con la cabeza. El único lugar donde había recibido ayuda era el banco. Ellos le habían confirmado que, después de que Sheila vaciara la cuenta, no se había recibido ninguna transferencia.

Stacey vio la expresión pensativa de su compañero.

—De verdad, quisieras darle algo a Josie Finch, ¿no?

Penn asintió.

—Aun así, no sé cómo podría ayudarla lo que tengo. O ha perdido a su madre o ha perdido a su madre.

Stacey vio tristeza en el rostro de su compañero. Sabía que el final de su propia madre estaba cerca, pero él no la había mencionado, así que ella tampoco.

—Oye, Penn, si alguna vez…

Él dirigió su mirada al teléfono de Stacey.

—¿No acaba de sonar? —preguntó.

Ella no estaba segura de que hubiera sonado, pero el mensaje que acababa de recibir de su colega era alto y claro.

Cogió el teléfono y vio que, efectivamente, tenía un nuevo mensaje en el buzón de su perfil falso.

Antes de pulsarlo, notó que no había recibido ninguna notificación de que la hubieran admitido en el grupo.

Abrió el mensaje y supo que su remitente le hablaba a gritos. Decía: «Si eres Eric Leland y estás tratando de entrar con otro perfil falso, vete a tomar por culo».

Stacey releyó el mensaje. Lo enviaba una tal Penny Hicks.

Bueno, no había podido entrar en el grupo, pero tenía dos nombres por el precio de uno.

Capítulo 60

Ya estaban llegando al pie de la colina cuando dos minibuses se detuvieron junto a la granja.

—¿Quiénes son? —preguntó Tiff. Vio hombres y mujeres que se apiñaban y entablaban charlas animadas.

Todos sonrieron y las saludaron.

—Algunos de los chicos, que vuelven del trabajo. Aquí todo el mundo aporta algo.

Tiff observó que eran dos vehículos de modelo reciente, con apenas un par de años. Se preguntó quién los habría donado.

—Vamos, quiero que conozcas a alguien —dijo Britney. Le cogió la mano con fuerza. De repente, Tiff tuvo la sensación de estar de vuelta en el cole, a punto de saltar por el patio con su nueva mejor amiga.

Intentaba fijarse por dónde iban, pero la granja era más grande de lo que había pensado y estaba llena de gente que iba y venía.

Lo que sí notó es que se dirigían hacia el olor más delicioso que uno pudiera imaginar.

Su estómago gruñó de agradecimiento. Y es que, horas antes, cuando la habían llamado al Departamento de Investigaciones Criminales, estaba a punto de almorzar.

Un atractivo hombre de pelo blanco iba hacia ellas.

—Ah, aquí estás —dijo una alegre Britney.

Llamaron la atención de Tiffany unos ojos azul claro que la miraban con fijeza. No alcanzó a distinguir si en aquellos ojos había un atisbo de suspicacia. Él le mostró una amplia sonrisa y le ofreció la mano.

—Jake Black, encantado de conocerte.

—Tiffany. Tiff —respondió ella, incapaz de apartar la mirada.

—No es un simple Jake Black —dijo Britney—. Es el hombre que fundó este lugar y nos ha acogido a todos para compartirlo.

Él sonrió con cariño mientras colocaba una mano en el hombro de Britney. La chica lo miró con una admiración inconfesable.

Jake se inclinó para acercarse más a ellas y, con voz íntima, habló al oído de Britney:

—Si regresáis pronto, os guardaré un lugar en mi mesa.

Cuando el hombre ya empezaba a alejarse, la chica pelirroja se ruborizó y volvió a coger la mano de Tiff.

—Primer turno para cenar y en la mesa de Jake, vaya —exclamó, y se encaminó de nuevo a la puerta principal.

Guio a Tiff por el patio bellamente iluminado hasta el primer granero, y entró por la segunda puerta a la izquierda.

—Este es mi cuarto —dijo.

La habitación era pequeña y básica, pero no desagradable. No había más muebles que una cama individual, un tocador y una mesilla de noche.

—Deja aquí tu bolsa, que se enfría la comida.

Tiffany metió la mano en un bolsillo lateral y sacó su teléfono.

Britney movió la cabeza de un lado al otro.

—Tienes que dejarlo aquí. De verdad, tienes que apagarlo. Aquí no tenemos teléfonos.

A regañadientes, Tiff hizo lo que la pelirroja le pedía y volvió a guardar el teléfono en el bolso. Podría vivir sin él durante la cena. Ya lo cogería después.

Era hora de hacer lo que había ido a hacer.

Salieron de la habitación.

—¿Turnos, entonces? —le preguntó a Britney.

—Sí, somos unos cien residentes, pero en el comedor solo caben cincuenta, así que hay dos turnos de comida. El primero siempre es mejor, si puedes: la comida está más caliente y tienes la primera opción. En el segundo está tibia, además de que ya no queda nada de lo bueno.

A Tiffany, eso no le parecía muy justo. En Halesowen, la cafetería de la comisaría no era genial, pero daba lo mismo si estabas en la parte delantera de la cola que al final.

—Así que, ¿los mayores, los más jóvenes o…?

Britney se rio. Entraron en el granero.

—No, se basa en el rendimiento. Tus contribuciones dictan cuándo te toca sentarte.

Parecía haber carteles motivacionales enmarcados por todas las paredes. Tiffany se fijó en ellos: guijarros, amaneceres, playas, praderas, bosques y palabras sublimes como «paz», «realización» y «motivación».

—Pero ¿entiendes…?

—Calla. Aquí comemos en silencio. Aprecia la comida —dijo Britney en cuanto entraron en el comedor.

A la izquierda había mesas con platos calientes, una cola de comensales y, del otro lado, tres mujeres que servían las raciones. El resto del espacio estaba ocupado por cinco mesas con capacidad para diez personas cada una. Jake Black ya estaba sentado en la del fondo. A su izquierda, había dejado dos asientos libres.

La cola se movía de prisa. De pronto, Tiffany estaba delante de la fuente del aroma delicioso que había aspirado.

—Riquísimo. Es mi plato favorito: chuleta de cerdo en salsa de cebolla con puré de patata.

Sin poder evitarlo, Tiffany se sintió decepcionada. El aroma prometía mucho más que unas chuletas básicas y una cosa aplastada.

—Solo espera un poco —susurró Britney con una sonrisa.

Tiff la siguió entre las mesas hasta donde estaba sentado Jake Black. Todo aquel con quien se cruzaba le sonreía y la saludaba con un movimiento de cabeza.

Jake, sin decir una palabra, le pidió que se sentara a su lado. Luego Tiffany vio a Britney ocupar la otra silla y alcanzó a captar un rápido gesto de decepción en sus facciones.

Se sentó. Trataba de no inquietarse por la falta de ruidos distintos a los de los cubiertos sobre los platos. Qué diferente esto a la hora de comer en su casa. Con cuatro hermanos, aquello había sido como comer en el zoo. Su madre cocinaba una cosa diferente para cada niño y los niños cambiaban de opinión, deseando lo del otro. Rabietas, quejas, comida lanzada. Sí, sí, ella sí que apreciaba el valor del silencio en una

mesa.

Cortó un trozo de cerdo y añadió un poco de puré de patata. Fue como meterse el cielo en la boca. El cerdo estaba tierno y sabroso, sazonado con algo que nunca había probado. Las cebollas eran suculentas rodajitas que acentuaban el sabor de la carne. Y el sencillo puré de patatas había sido mejorado con mucha mantequilla, ajo, queso fresco y cebollino.

Britney le regaló una sonrisa de complicidad que decía «Te lo he dicho». Y con toda la razón, admitió, y probó otro bocado. Su estómago gruñó de agradecimiento y, si alguien lo oyó, no dijo nada. Tomó otro bocado. Juró que no dejaría ni una pizca en el plato.

Jake terminó de comer. A un lado, en su plato, quedaba una sola línea de grasa del cerdo. Miró hacia la puerta y en el refectorio se coló un sonido de zampoñas.

El silencio se quebró cuando los presentes, aún comiendo, empezaron a charlar entre sí.

Así que, por lo visto, ese hombre prefería comer en silencio, supuso Tiff, que ensartó otro trozo de cerdo.

Jake Black se volvió a ella.

—Entonces, Tiffany, ¿qué te ha traído a la Granja de la Unidad? —preguntó.

Tiff terminó de masticar su bocado mientras el hombre esperaba la respuesta.

—Britney me ha ofrecido este lugar para que viniera unas horas. No quería volver a casa.

Era verdad.

Él se acercó un poco más a medida que aumentaba el volumen de la charla en su mesa.

—¿Por qué no? —preguntó.

Con pesar, Tiff dejó el cuchillo y el tenedor. Era evidente que no podía seguir comiendo si lo que él quería era charlar.

—Me he peleado con mi madre.

Jake asintió con la cabeza.

—Las familias son complicadas. Ponemos grandes expectativas en que los consanguíneos harán lo correcto. —Sí, por parte de su madre, lo correcto habría sido decirle a Ryan que podía quedarse en el trastero—. A menudo nos defraudan. ¿Sabes por qué? —Tiffany tuvo la repentina sensación de que eran las dos únicas personas de la sala. Las charlas se apagaron a medida que él hablaba.

«De los miembros de la familia, uno espera que el amor sea equitativo, pero no lo es. Los padres tienen sus favoritos. Quizá un hijo más guapo, más gracioso, más inteligente. Los favorecen, y eso es duro para los niños que se quedan atrás. No sentirte lo bastante bueno para tus padres puede acarrearte toda una vida de desdichas. Los niños no queridos buscan aprobación hasta el día de su muerte.

Tiff escuchaba muy atenta. El hombre tenía razón. Ella seguía buscando el beneplácito de su madre.

Jake le tocó la mano con suavidad.

—Llega un momento en que tienes que tomar el control; decidir que ya basta y que la aprobación ha dejado de ser importante para ti. —Hizo una pausa y, sonriente, inclinó la

cabeza—. Si tus familiares no consiguen apreciar lo especial que eres, qué idiotas. Sin duda, pierden más que tú.

Tiffany sintió que la emoción se le agolpaba en el fondo de la garganta.

Jake le apretó la mano una vez más antes de ponerse en pie.

—¡Gente, escuchad! —gritó. Todo el mundo se giró—. Esta es Tiffany, o Tiff. Por favor, cuidad de ella y hacedla sentir bienvenida. Es una amiga especial de Britney.

Todos asintieron y sonrieron. Jake le dedicó una última sonrisa mientras se apartaba de la mesa para marcharse.

A Tiff le habría gustado escucharlo un poco más.

Britney también terminó de comer.

—Le has caído bien —dijo.

La agente miró con tristeza su plato, ahora con la comida fría.

En el preciso instante en que Jake se perdía de vista, las tres mujeres empezaron a retirar las bandejas de comida caliente.

—¿Adónde se llevan eso? —preguntó. Quedaba una segunda tanda para comer.

—Van a por el resto de la comida.

Tiff observó que las mujeres retiraban lo último de la carne de cerdo y el puré.

—Pero queda bastante —comentó. Britney y ella habían estado al final de la cola y la tercera bandeja de comida seguía casi llena.

—No te preocupes por eso —le dijo Britney, y se puso de pie—. Quiero enseñarte este lugar.

Tiffany la siguió a la puerta del refectorio. A su salida, alcanzó a ver que las mujeres dejaban en el suelo dos bandejas enormes. Estaban destapadas.

Contenían arroz y judías.

Capítulo 61

—Bueno, chicos, una rápida actualización —dijo Kim, que acababa de regresar de darle partea Woody. El jefe se había sentido molesto por que el cadáver encontrado no fuera el de la persona que buscaban; sin embargo, había accedido a dar un día más a los buzos.

Penn se pasó la mano por los rizos sueltos.

—No me puedo creer que Sheila no estuviera sumergida ahí.

—Oye, tu trabajo nos ha traído un equipo de buceo y un cadáver que no esperábamos. Por cierto, es un hombre —dijo Kim. Había recibido un mensaje de Keats mientras subía a ver a Woody.

—Me pregunto si no será Eric Leland —sugirió Stacey.

Kim se cruzó de brazos.

—¿Por qué? —quiso saber. No era un nombre que reconociera.

Stacey le explicó lo del grupo de Facebook y los dos nombres que tenía.

—Ponte a ello mañana mismo —le pidió la jefa—. ¿Algo sobre Jake Black y Kane Devlin?

Kim observó cómo la expresión de la asistente cambiaba al descontento. Sabía que Stacey ponía esa cara solo en los días en que, a su parecer, no se había ganado el sustento.

—Jake Black procede de una familia con mucha reputación y nada de dinero. Sus padres lo vendieron todo para darle una educación decente. Después se marcharon a Australia a empezar una nueva vida. Jake se quedó aquí. A partir de entonces, el rastro se enfría. En cambio, Kane Devlin parece no haber existido en absoluto —dijo, y abrió las manos.

—¿Te ocurre a menudo? —preguntó Kim. Por lo general, la asistente conseguía antecedentes de cualquiera.

Stacey se encogió de hombros.

—Algunas personas logran vivir completamente desconectadas; sobre todo, si lo desean de verdad. Para conseguirlo, solo deben mantenerse alejados de los problemas y las redes sociales. —Kim no se imaginaba a Kane presumiendo su cena en Instagram—. Podría usar un nombre falso, por supuesto. No es que le haya mostrado su pasaporte a la familia Brown, que son el único vínculo que tenemos.

—Sigue en ello, Stace. No me gusta la idea de usar a Myles Brown como intermediario.

Stacey asintió.

Kim se volvió hacia Penn.

—¿Algo sobre las finanzas?

—Sigo esperando, jefa. Tenemos un bloqueo por protección de datos.

Kim lo entendía bien. A veces, las investigaciones se topaban con ese muro. Casi todo el mundo podía escudarse tras esa ley.

—Ponte mañana. Por hoy, hemos terminado.

Eran casi las siete y ya llevaban a sus espaldas otro turno de doce horas.

Stacey señaló con la cabeza un escritorio vacío.

—Jefa —dijo—, ¿Bryant está bien?

Había notado la mirada interrogativa de Penn, detrás, cuando Bryant no había aparecido haciendo sombra a la jefa.

—Está bien. Atrapado en algo de un viejo caso, nada más.

Kim vio alivio en las caras de ambos. Los comprendía. En muchos sentidos, Bryant era el aglutinante. Era sólido, digno de confianza. No era malhumorado y tenía una actitud que tranquilizaba a todo el mundo. De un modo u otro, todos dependían de él.

—Vale, ya basta. Fuera de aquí.

Apenas le quedaba tiempo para llegar a casa, recoger un poco, alimentar a Barney y llevarlo a caminar antes de...

—Jefa —dijo Stacey—. He pedido un coche. Estará esperando a Tiff en el...

—Cancélalo —le dijo Kim, y cogió su abrigo.

—Pero, jefa..., le hemos dicho...

—Stace, Campanilla estará bien. Así que cancélalo —dijo.

Salió de la sala de la brigada. Tenía la intención de ir a recoger a Tiffany ella misma.

Capítulo 62

No eran ni las siete y Tiff ya estaba agotada.

Britney la había llevado por todo el lugar en una visita relámpago.

Habían entrado y salido de todos los edificios, excepto del pequeño granero del fondo, que, al parecer, aún no estaba terminado.

Había visto la sala de yoga, la de meditación, la de cristaloterapia, la de masajes, la de lectura, la de reflexión interior, la de cromoterapia y la de *reiki*.

—¿Hay una sala de televisión? —preguntó Tiff. Después de un largo turno como agente de policía, solía volver a casa y relajarse con un par de horas de programas absurdos.

Britney le clavó un dedo en las costillas.

—Hablas como una verdadera zombi —dijo. Tiff se echó a reír. No podía creer que hacía apenas unas horas que conocía a esa chica.

—¿Qué es un zombi? —No se olvidó de preguntar. Le estaba resultando difícil recordar que, supuestamente, no sabía nada de ese sitio.

—La gente de fuera —dijo Britney, y, con un movimiento de cabeza, señaló el exterior —. ¿Sabes que esa caja tonta ha terminado por matar las conversaciones? ¿Por qué sentarse a ver cómo hacen las cosas los demás en vez de hacerlas tú?

—¿Aquí no hay televisores, entonces?

Britney movió la cabeza de un lado al otro.

—Ni ordenadores, ni teléfonos inteligentes, ni tabletas ni...

—Pero ¿cómo sobrevivís?

Britney se volvió hacia ella riendo.

—¿De verdad crees que necesitas 3G para seguir viva?

—Bueno, ahora hay 5G —corrigió Tiff—, y no me refería a sobrevivir físicamente, sino a hacer cosas.

Britney se sentó en el patio, entre las guirnaldas de luz.

—¿Cuántos años tiene tu teléfono? preguntó.

Tiff también se sentó.

—Alrededor de un año —dijo.

—¿Y para qué lo usas?

—Para las redes sociales, para hacer fotos y compartirlas en Insta...

—¿Fotos de qué?

—En realidad, de cualquier cosa.

—¿Por qué?

—Me gusta compartir, supongo.

—¿Cuántos años tenías cuando te regalaron tu primer teléfono?

—Once, creo.

Había sido el viejo Nokia de Ryan, después de que su madre le comprara a él uno nuevo.

—Y, antes de conseguir uno, no moriste.

—Todos mis amigos ya tenían uno antes...
—Ah. Entonces, como tenían teléfonos, ¿tú también querías uno?
—Supongo que sí —respondió Tiff, sin que la conversación le provocara la menor molestia. El tono de Britney no era crítico ni combativo, solo divertido.
—Interesante. Vale, ¿qué otras cosas haces con él?
—Envío mensajes, uso los mapas para orientarme, pido cosas en Amazon, investigo para proyectos de la universidad —añadió—. Casi todo.
Britney ladeó la cabeza.
—Pero ¿de qué hablamos? —preguntó.
—¿Cómo que de qué? De un teléfono.
—Sin embargo, ni una sola vez has dicho que lo uses para hacer llamadas.
Tiff abrió la boca para alegar algo, pero volvió a cerrarla. De hecho, no recordaba la última vez que lo había utilizado para hacer una llamada, a pesar de que lo tenía cerca las veinticuatro horas del día.
—Tengo otra pregunta para ti —continuó Britney—. Hace casi tres horas te he pedido que apagaras el teléfono y lo dejaras en mi habitación. Y eso has hecho. Ahora bien, ¿cuánto has pensado en él? —Vaya, ¿de verdad habían pasado tres horas? Qué sorpresa. No había pensado en el móvil ni una sola vez. Por lo general, lo consultaba cada diez o quince minutos.
«Quiero hacerte una pregunta, pero no quiero que pienses la respuesta. Di la primera palabra que te venga a la cabeza, ¿vale? —Tiff asintió—. ¿Cómo te has sentido en las últimas horas?
—Relajada —dijo sin pensar. Y era verdad. Sin su teléfono, sabía que nadie, absolutamente nadie, podía ponerse en contacto con ella. Estaba sola y era independiente. No comprobaba lo que hacían sus amigos ni respondía a los comentarios ni a las publicaciones que la etiquetaban. Estaba segura de que sus notificaciones se acumulaban y no le importaba. Las comprobaría más tarde, cuando estuviera lista.
—¿Ves cómo te has convertido en su esclava?
Tiff asintió. Era verdad. Si se alejaba del teléfono más de media hora, entraba en pánico: ¿por qué? No tenía respuesta.
—Respira hondo —la aconsejó Britney—. Observa y disfruta de lo que tienes delante.
Tiffany dejó escapar un largo suspiro y echó un vistazo alrededor. El titilar de las guirnaldas era cautivador e hipnótico. Podía ver los destellos bailar por encima de la cabeza de Britney.
—Es realmente precioso —dijo.
—Este es mi lugar favorito —coincidió Britney. En su rostro se dibujó una sonrisa cuando una chica menuda, de unos veinte años, se acercó con un grueso cárdigan verde en la mano. Dedicó una sonrisa a Tiff antes de tenderle el cárdigan a Britney.
—Gracias, Brit. Hoy me ha mantenido caliente en la tienda.
Britney no hizo ningún gesto para cogerlo.
—¿Y mañana vas a vender verduras, otra vez, Maisie? —La chica asintió—. Quédatelo por ahora, ¿vale?
Maisie se agachó y besó a la pelirroja en la mejilla.

—Gracias, Brit. Eres la mejor.

Britney se ruborizó con el cumplido y, cuando Maisie empezó a alejarse, puso los ojos en blanco.

—¿Cómo encontraste este lugar? —preguntó Tiff. Ya se sentía lo bastante cómoda como para hacerle esa pregunta.

—El lugar me encontró a mí —respondió Britney. Tenía la mirada fija en las hipnóticas guirnaldas de luz—. Lorna, una chica de aquí, me vio acostada una noche a las puertas de un Greggs de la ciudad. Estuvo a punto de caerme encima mientras yo rompía un par de cajas de cartón.

Esas palabras entristecieron de inmediato a Tiffany. No solo se preguntaba cómo esa chica había llegado a ese punto, sino cómo podía recordarlo con tanta naturalidad. Intentó imaginarse a Britney sola, en una noche fría y oscura, hambrienta y cansada, intentando dormir entre depredadores. De repente, el trastero de su casa no parecía tan malo.

—Lorna no era como los otros bienhechores que habían intentado hablar conmigo —continuó Britney—. No se puso a indagar, no me preguntó cómo había llegado a ese estado. Solo me ofreció una cama para pasar la noche.

—¿Y nunca te has ido de aquí? —preguntó Tiff.

Britney sonrió y se encogió de hombros.

—¿Por qué…? Lorna me encontró en el peor momento de mi vida. Yo no tenía familia, les había robado a todos mis amigos. Había tomado algunas decisiones muy malas, la verdad. No tenía nada más que la ropa que llevaba puesta y no sabía de dónde me llegaría la próxima comida. La Granja me ha dado todo lo que necesitaba; ha cambiado mi vida para siempre. —Tiffany quería hacerle muchas más preguntas, quería saber cómo Britney había llegado a esa etapa de su vida, pero en los labios de la chica danzaba una sonrisa diabólica—. Oye, ¿qué tal si vamos a mi habitación, hacemos chocolate caliente, cogemos una manta y volvemos a mirar las estrellas?

Qué contagiosa era la emoción de Britney ante un placer tan simple. Tiff no pudo sino estar de acuerdo.

Volvieron a la habitación. La chica pelirroja sacó una tetera de viaje y dos tazas pequeñas. Cogió de su mesilla de noche un par de bolsitas.

—Mis dos últimas —dijo, y arrancó el sello con los dientes.

Tiffany sintió una rara emoción ante esta chica que quería compartir con ella sus últimas bebidas. Y, mientras Britney se afanaba en servir el agua, quiso aprovechar para sacar su teléfono y consultar los mensajes.

Metió la mano en el bolsillo lateral de la mochila. Estaba vacío. Habría jurado que lo había puesto ahí; sin embargo, a su llegada estaba en un estado tan frenético que podría haberse equivocado. Abrió la sección de la cremallera y lo comprobó. Luego, el cuerpo principal de la bolsa. Dos veces.

No, ya no le quedaba ninguna duda.

Su teléfono móvil había desaparecido.

Capítulo 63

Bryant entró en los terrenos de Hindlip Hall, una casa señorial que albergaba la Policía de West Mercia desde 1967.

Mientras caminaba hacia el edificio, no pudo evitar comparar la fachada de color anaranjado caramelo y las majestuosas ventanas de guillotina con el monótono hormigón gris de su propia comisaría, en el centro de Halesowen. Desde su reconstrucción, tras un incendio en 1820, el edificio había sido una residencia familiar y un colegio para mujeres. Después, durante la Segunda Guerra Mundial, había pasado a manos del Ministerio de Obras Públicas. Hoy albergaba tanto la Jefatura de Policía como el Servicio de Bomberos y Rescate de Hereford y Worcester.

Bryant sabía bien cómo llegar a la sala de la brigada gracias a que su equipo y el de Travis habían trabajado juntos en un asunto de delitos de odio. Aquel caso había estado a punto de provocar la muerte de uno de sus compañeros, pero, gracias a la intervención de Penn, eso no había ocurrido. Apenas unos meses después, sin embargo, habían perdido a alguien de su propio equipo.

Aún había días en que Bryant esperaba ver a su antiguo colega sentado en el escritorio más cercano a la puerta. La verdad, echaba de menos la arrogancia chulesca de Dawson, pero, dado que él ya no podía ocupar esa silla, se alegraba, al menos, de que lo hiciera Penn.

Se colgó del cuello la identificación provisional que le habían dejado en la recepción y esperó a que le abrieran la puerta del cuerpo principal del edificio. Confiaban en él lo suficiente para dejarlo deambular por el interior, pero no como para dejarlo entrar y salir con libertad.

Llegó al tercer piso y, antes de entrar, llamó a la puerta cerrada. En la sala de su equipo la puerta rara vez se cerraba. Ahora bien, al entrar allí, comprendió de inmediato por qué. Saludó con la cabeza a Travis, que se encontraba en el fondo, junto a imágenes ampliadas de la víctima.

Apartó los ojos por un momento y evaluó la habitación. A la única oficial que reconoció fue a Lynne. Le hizo un pequeño gesto con la mano antes de volver a centrar su atención en Travis.

—Para quienes no lo sepan, este es el sargento detective Bryant, de West Midlands, quien estuvo implicado en el caso de violación y asesinato de Wendy Harrison hace más de veinticinco años.

Algunos se volvieron e hicieron una señal ante la presencia del sargento, pero la mayoría tan solo quería recibir la información y marcharse a casa. Y Bryant los entendía bien. En cualquier investigación de asesinato, el primer día era el más angustioso. Se discutían los pormenores de las lesiones; a veces, detalles brutales, horribles, que había que procesar, considerar, analizar. El cerebro tenía que absorber todos esos datos mientras buscaba pistas. Había que avisar a los familiares, empatizar con ellos, interrogarlos en el momento más espantoso. Y, hoy, ese equipo parecía haber pasado por una dura prueba.

—Bien, los hallazgos iniciales nos dicen que el ataque ha sido exactamente igual al de Wendy Harrison. Nuestra víctima se llama Alice Lennox. Tenía veintidós años y trabajaba de noche. Era muy reservada, pero otras chicas han confirmado que fue a comprar un paquete de cigarrillos y no volvió. Su cuerpo mutilado ha aparecido hoy en el Spinners Corner a las nueve de la mañana. —Travis señaló el tablero—. Las similitudes con el ataque anterior no son casuales, son exactas. Además de que la violaron, a Alice le cortaron el interior de las piernas de la misma manera que a Wendy.

Bryant se obligó a mirar los cortes, que iban desde la ingle de la chica hasta el tobillo, como si le hubieran desunido las costuras de la piel.

Pudo ver un montón de marcas entrecruzadas, donde el hijo de puta la había torturado con cortes más pequeños. También observó las manchas rojas en las piernas de la chica. La sangre había manado de arriba abajo por la herida de la pierna izquierda. En la derecha, el flujo se había ralentizado al llegar a la rodilla.

Sabía muy bien lo que eso significaba: la pobre chica había sufrido viva la mayoría de las incisiones. Quizás había muerto desangrada.

Intentó contener la rabia que lo invadía. Había sido un gran error dejar salir a Peter Drake de la cárcel, y esa chica había pagado el precio.

—La autopsia completa será a las nueve de la mañana. Mientras tanto, tenéis que ir a casa y...

—¿No lo arrestaréis esta noche? —soltó Bryant.

Travis le lanzó una mirada de advertencia y Bryant se mordió la lengua. El equipo, ya empezaba a salir por la puerta. Lynne le apretó el brazo al pasar.

—Travis, ¿qué demonios...?

—Bryant, cálmate —dijo, y cerró la sala.

—Pero ya sabes quién es. Te ha dejado una confesión, más o menos. El crimen no podría ser más similar.

Otra noche, otra muerte. Eso era lo que Bryant preveía si no lo arrestaban de inmediato.

—Lo estamos vigilando. Si saliera del centro de reinserción, lo sabríamos, pero ahora mismo tenemos un pequeño problema.

—¿Y eso significa...?

—Esta vez no la violó con su pene. Usó algo, pero no era una parte suya.

Bryant cerró los ojos a la espera de lo que Travis estaba a punto de decirle.

—Así que, ahora mismo, no tenemos absolutamente ninguna prueba física que lo vincule con el caso.

Capítulo 64

Kim consultó su reloj por enésima vez. Las 21:58. Había aparcado en la carretera a las 21:35 y estaba lista desde entonces.

—Llegará en cualquier momento, jefa —le dijo Stacey, a su lado.

En cuanto la asistente supo que la propia Kim recogería a Tiff, le pidió que la dejara acompañarla.

—Marca su número, Stace —dijo Kim. Si tenía que llegar a las diez, ya debía estar fuera del edificio. Eran pocos minutos de caminata por ese camino de tierra.

—Apagado, jefa —dijo Stacey, que se esmeraba por mantener un tono neutro.

Un minuto para las diez.

—La voy a matar —dijo Kim, y miró por el retrovisor.

—Se habrá olvidado de volver a encenderlo, jefa. No querría que nadie la llamara y la delatara.

—Para eso está el botón de silenciar, Stace —dijo Kim. En realidad, no había ninguna excusa para apartarse del único canal de comunicación que tenían.

Volvió a consultar el reloj.

Las diez en punto.

Kim golpeó el volante.

—¿Dónde está, Stace? —preguntó.

—Lo intentaré de nuevo, jefa. —Volvió a marcar el número. La detective esperó—. Nada.

Kim arrancó el coche. Condujo hasta la entrada de tierra, encendió los faros y vio si Tiff venía por el camino.

—Caray, jefa —dijo Stacey mientras Kim daba la vuelta en medio de la carretera con tres giros.

Esperaba ver una figura solitaria caminando hacia ellas por el arcén.

Condujo con lentitud hasta el camino de tierra y entró.

Los faros iluminaron la accidentada carretera hasta el punto donde esta desaparecía detrás de la zona boscosa. Tiff no estaba en el camino.

—Maldita sea —dijo—. ¿Dónde diablos está?

—¿Qué vamos a hacer, jefa? —preguntó Stacey. Era incapaz de contener la alarma en su voz, lo que no ayudaba a comunicarle a Kim que exageraba la situación.

Tiff no llamaba, no aparecía. Tenía que haber algún problema. ¿En qué demonios estaba pensando Kim cuando había dejado que la chica entrara allí?

—Vale, Stace, si quieres bajarte ahora, puedes hacerlo, pero voy a conducir hasta ese maldito cobertizo y voy a embestir…

Tuvo que interrumpir lo que decía, porque su teléfono empezó a sonar.

La pantalla decía que era un número desconocido.

Contestó y puso el altavoz.

—Hola, mamá, soy Tiff —dijo desde el otro lado la alegre voz. El alivio inundó a Kim.

Pero ¿»Mamá»?

—Tiffany, ¿dónde diablos...?
—Discúlpame por no haberte llamado antes, pero he perdido mi teléfono. Escucha, mamá, siento mucho haber dicho lo que te dije. No era mi intención, pero no quería volver a casa hasta que las dos estuviéramos calmadas.
—Tiff, ¿estás bien? —preguntó Kim.
—Estoy bien, mamá. Estoy con una amiga... No, no la conoces. Se llama Britney Murray, estamos en un retiro y, antes de que me lo preguntes, ya hemos comido. Hemos tenido la suerte de ser las primeras en sentarnos y..., espera. Ah, no, no puedo hablar mucho. Solo quería que supieras que estoy con un montón de gente agradable y que me cuida muy bien.
—Tiff, ¿estás segura de que estás bien? —insistió Kim. Tenía el pie en el acelerador.
Tiff se rio.
—Estoy bien, te lo juro. No tienes que preocuparte por mí. Mañana hablaremos como toca.
—¿Mañana? —preguntó Kim, y miró a Stacey.
—Sí, mamá. Esta gente tan maja me ha invitado a pasar la noche.

Capítulo 65

Kim tuvo a Tiffany en la mente durante toda la noche, y seguía teniéndola muy presente mientras se preparaba para empezar la sesión informativa de la mañana.

No se habían alejado del lugar hasta que Stacey estuvo de acuerdo en que Tiff sonaba bien y no como si la estuvieran coaccionando.

En parte, querría haber destrozado aquel cobertizo y sacado a Tiffany, incluso después de haber hablado con ella, pero, tras haber repetido en su cabeza la charla una y otra vez, no le quedó más remedio que confiar en que la agente sabía lo que hacía.

Reproducir la conversación la había ayudado a convencerse de que Tiff no había lanzado ningún grito de auxilio. Estaba bien. Así lo había hecho sonar. Lo único preocupante era lo del teléfono. ¿Cómo era posible que hubiera perdido su único medio de comunicación? Eso también preocupaba a Woody. A Kim se le había ocurrido una idea que pondría en práctica ese mismo día.

—Vale, Stacey ya os ha informado de la situación con Tiffany. ¿Tenéis alguna idea?

—Nada, aparte de que deberíamos haberla sacado de todos modos —dijo Bryant.

—Lo entiendo, pero, como tú mismo dijiste ayer, también tenemos que confiar en que es una mujer de veinticuatro años, que interpreta el papel de una casi adolescente y que sabe lo que hace.

Bryant tenía los instintos paternales a flor de piel, dado que su hija era más o menos de la misma edad.

—Sabía que su conversación contigo tenía una duración limitada. Todo lo que dijo tenía que significar algo —observó Penn.

—Nos dio el nombre completo de Britney y se aseguró de hacernos saber que estaba bien y que cuidaban de ella —dijo Kim.

—He estado pensando en la mención de la comida —dijo Stacey—. No fue casual decir que habían sido de las primeras en sentarse.

—Quizá la primera tanda sea diferente de la segunda —conjeturó Penn.

Bryant parecía pensativo.

—¿Sabes?, cuando era niño...

—¿Toda tu comida estaba cruda porque aún no habían inventado el fuego? —bromeó Stacey.

Bryant sonrió.

—Oye, Stace, ¿has desayunado comida de verdad?, porque ese humor...

—Continúa, Bryant —pidió Kim. La asistente le sacó la lengua a su compañero.

—Bueno, mi padre trabajaba muchas horas en la fundición. Mamá cocinaba para él todas las noches y no nos permitía tocar la comida hasta que él hubiera llenado su plato.

—Lo que dices, entonces...

—Es que puede haber una jerarquía en los alimentos. Los mejores trabajadores son los primeros en alimentarse.

—No es muy impactante, ¿no? —preguntó Kim.

—A Tyler lo encontraron con el estómago lleno de arroz y judías —sugirió Penn.

Kim seguía sin sentirse impresionada.
—Es sutil, jefa —continuó Penn—, pero el control de los alimentos es un recurso muy poderoso. Es una necesidad básica que...
—Vale, vale. Es suficiente, por ahora. Tenemos que ponernos en marcha. Stace, ¿tenemos alguna dirección de Eric Leland?
Kim estaba interesada en saber qué convertía a Leland en *persona non grata* para el grupo de Facebook.
—Sí, ya la he enviado al teléfono de Bryant. El tipo tiene veintisiete años y está fichado por drogas y violencia. Su última detención fue hace cuatro años. Sin embargo, a partir de entonces, no hay nada.
—Bien, para hoy, ese es nuestro punto de partida. Stace, quiero saber más sobre Kane Devlin y Britney Murray. No te desvíes de esa tarea.
—Entendido, jefa.
—Penn, sé lo mucho que te gusta una buena autopsia y Keats estará empezando hoy con nuestro tercer cuerpo; justo pasadas las nueve. Después de eso, te quiero de vuelta con lo del dinero. Más de ciento cincuenta mil son muchas libras para desaparecer sin más. Quiero saber adónde han ido.
—Vale, jefa.
Kim se dirigió al Tazón para coger su chaqueta, pero se detuvo.
A pesar de su propia brabuconería y de la justificación de que Tiffany seguía en la Granja de la Unidad, Kim aún deseaba haber entrado a recuperarla.

Capítulo 66

Tiffany se despertó al sentir una suave sacudida en el brazo.

—Venga, dormilona, o nos perderemos el desayuno.

La sonrisa de Britney era amplia y contagiosa.

Como por arte de magia, cuando la noche anterior habían regresado a la habitación de Brit, esta ya había sido reorganizada para acomodar otra cama.

Sobre el lecho había un pijama nuevo de felpa, una bata, zapatillas y un paquete cerrado de ropa interior nueva. Debajo, un pequeño neceser.

La agente recordaba haberse metido en la cama y dormirse de inmediato. No tenía ni idea de a qué hora había sido, pero no se había despertado ni una sola vez.

—Y, por si te lo estabas preguntando, roncas —dijo Brit mientras Tiff se levantaba de la cama.

—No, yo no.

—Sí que roncas. No ruges, pero haces delicados ruidos de señorita —dijo Brit, y empezó a imitarla. Tiff se echó a reír—. Bueno, te has saltado la hora de la ducha, así que ponte la ropa y vamos a desayunar.

Tiff alargó la mano para buscar su teléfono y recordó que ya no lo tenía. Britney la había ayudado a revisar todas sus cosas. Luego había ido a avisar a Jake y a una mujer llamada Lorna de que se había perdido un teléfono. La pelirroja estaba convencida de que el móvil se había caído del bolso y de que alguien lo encontraría y lo entregaría.

La agente sabía que, por ahora, no había nada que hacer al respecto. Además, no corría peligro. Se sorprendió al comprobar que estaba hambrienta. Si le sirvieran sobras de las chuletas y el puré de la noche anterior, no le habría importado lo más mínimo.

Se apresuró a vestirse mientras Britney se daba la vuelta y preparaba su mochila.

—Por cierto, Brit, ¿podemos comprobar si mi teléfono...?

Britney se dirigió a la puerta.

—Sí, de camino, iremos a preguntarle a Jake —dijo—. Tenemos por delante un día ajetreado.

Tiff se puso la segunda zapatilla deportiva y corrió tras ella.

En la pared, Britney comprobó la lista mecanografiada y sonrió.

—Primer turno.

«Menos mal», pensó Tiffany. Estaba segura de que sus entrañas ya se estaban devorando entre sí.

Una rápida evaluación le confirmó que Jake estaba de nuevo en la mesa del fondo y que esta estaba llena. Britney fingió no darse cuenta, pero, con una palmada, ahuyentó una breve mirada de decepción y examinó la variedad del desayuno. Por los saludos y sonrisas de los comensales, Tiff podía notar que la mayoría de la gente era la misma que la noche anterior, aunque no todos.

Otra diferencia era que había una mesa extra, al final de la cola, con varias filas de cajas de bocadillos apiladas.

—¿Qué es eso? —susurró Tiff. Los comensales desayunaban en silencio.

—Almuerzos empaquetados para los trabajadores —susurró Brit. Cogió un plato con salchichas, beicon, huevos, judías, tostadas y patatas fritas. A una mujer de pelo oscuro, Tiff le pidió que le sirviera lo mismo. Mientras le ponían la comida en el plato, sintió que la saliva se le acumulaba en la boca.

Siguió a Britney hasta los dos sitios que quedaban en la última mesa. La verdad, le daba igual dónde sentarse; solo quería comer.

Una vez más, el silencio le agradó. Le daba la oportunidad de concentrarse y saborear lo delicioso de la comida.

Acababa de darse cuenta de que no había levantado la vista del plato cuando sintió un golpecito en el hombro.

Miró los fríos ojos azules de un sonriente Jake Black.

Ay, no; otra vez no.

—Tiffany, entiendo que hoy vuelves a casa, pero he pensado mucho en nuestra conversación de anoche y me gustaría hablar contigo un poco más. Creo que puedo ayudarte, así que, si vuelves con Britney, me encantaría continuar nuestra charla.

Tiffany asintió. Él sonrió antes de alejarse.

En la sala empezó a filtrarse la música de zampoña y, con ella, arrancaron los parloteos.

Se preguntaba de qué quería hablar con ella Jake exactamente.

Ya lo pensaría más tarde.

En ese instante, lo único que quería era comer.

Capítulo 67

—No está mal —dijo Kim. Bryant aparcó delante de una casa unifamiliar en las afueras de Kingswinford.

Si esa era la casa de Eric Leland, no era fácil imaginar que sus actividades delictivas fueran el resultado de una infancia desfavorecida: había un Lexus plateado en el camino de grava.

Kim llamó a la puerta. Se la abrieron de inmediato.

Salió una mujer de unos cincuenta años. Llevaba el flequillo recto y la cara muy maquillada. Vestía un traje de falda de un color rosa colorete. Sus tacones no eran algo con lo que Kim habría conseguido caminar ni en un millón de años.

—¿Señora Leland? —preguntó Kim.

—Sí —dijo ella, y cogió un bolso de gran tamaño.

—¿Eric está en casa?

—No, me temo que no. ¿Quién lo busca?

Ambos detectives mostraron sus placas al mismo tiempo.

—¿Podemos entrar? —preguntó Kim.

—Por supuesto, pero Eric no está aquí.

—¿Cuándo cree que estará de vuelta?

—Oficial, mi hijo tiene veintisiete años. En realidad, hace sus planes y no me da detalles.

—Bueno, ¿podemos hablar con usted? Quizá aparezca mientras charlamos.

—No. Él... Mmm... Déjeme hacer una llamada. Tengo que llegar pronto a una reunión.

—Gracias —dijo Kim. Ella y Bryant entraron en la habitación que les había señalado cuando se alejaba, teléfono en mano.

Kim se sintió de inmediato fuera de lugar en ese salón amueblado en varios tonos de blanco. Todo estaba orientado hacia un piano que se erguía ante la ventana.

Había fotografías enmarcadas de un hombre apuesto. También le devolvían la mirada la señora Leland y un niño en diferentes edades.

La mujer entró en la habitación.

—Bien, reunión aplazada —dijo—. A todos nos gusta pensar que somos imprescindibles, ¿verdad? —Siguió la mirada de una silenciosa Kim—. Es Henry, mi difunto marido. Era pianista.

—Lamento su pérdida, señora Leland —dijo Bryant.

—Martha, por favor, Y ya han pasado casi seis meses, pero gracias de todos modos.

—¿Puedo preguntar cómo...?

—Accidente cerebrovascular masivo. Murió en el acto. No sufrió, gracias a Dios. Ahora, ¿en qué puedo ayudarlos? —Se acomodó la falda por detrás de las piernas y se sentó.

—Lo ideal sería hablar con Eric.

—Por desgracia, no es posible, así que tendrán que conformarse conmigo.

No eran palabras dichas con acritud, pero sí definitivas.

—Señora Leland, ¿ha oído hablar de un lugar llamado Granja de la Unidad?

El rostro de la mujer palideció, sus ojos se endurecieron.

—Sí, he oído hablar de él. Ese maldito lugar casi destroza mi vida.

—Por favor, cuéntenos —la instó Kim.

—Encantada. Se llevaron a mi hijo y no lo dejaban marcharse. No me malinterprete. Al principio me alegré de que tuviera nuevos amigos. Yo recibía muchas menos llamadas de ustedes, pero no duró mucho.

—Continúe.

—Vale, tengo que explicarles que Eric no fue un niño fácil. Probamos todas las formas de crianza, pero nada funcionó. Era extremadamente exigente. No estaba contento, a menos que fuera el centro de atención a todas horas.

«Lo expulsaron de tres colegios distintos y ninguno de sus amigos fue visitarlo más de una vez. Era un matón. Disfrutaba más de la atención negativa que de la positiva. Lo intentamos todo: con límites, sin límites, con tolerancia y con cariño o con firmeza. Probamos con dos psicólogos diferentes. Una se negó a volver a verlo después de que Eric la tocara de forma inapropiada. Como padres, habíamos fracasado por completo y solo esperábamos a que creciera. Ese comportamiento lo acompañó hasta los veinte años; empeoró, incluso. Entonces, conoció a un hombre llamado Jake. —Hizo una pausa para respirar y sacudió la cabeza—. Para Eric, Jake llegó a ser como Dios. Y, después de que mi marido y yo viéramos el cambio inicial en nuestro hijo, durante un tiempo también se convirtió en un Dios para nosotros. Era como si, de pronto, tuviéramos el hijo que siempre habíamos querido que Eric fuera. La violencia cesó, la mala actitud desapareció. Cuando lo veíamos, ya no nos insultaba. —Kim se preguntó cómo habría sido vivir con ese chico.

«Al cabo de unos dieciocho meses, Eric empezó a pedirnos dinero. Pequeñas cantidades, primero. Sabíamos que no lo usaba para drogarse, así que, al principio, se lo dimos con gusto. Supongo que fue por alivio o por la culpa de no haber sido capaces de lograr el cambio nosotros mismos. De todos modos, las sumas que pedía eran cada vez más grandes y frecuentes, hasta que su padre dijo que no le daría más dinero hasta saber adónde iba a parar. En cuanto nos sentamos a hacer cuentas, vimos que se había llevado casi veinte mil libras.

—¿Cómo reaccionó a la negativa? —preguntó Kim.

—Muy mal. Una noche nos despertamos y estaba aquí, en la casa, intentando llevarse nuestras pertenencias. Henry trató de detenerlo, pero fuera ya tenía una furgoneta medio llena. —Martha tomó aire—. Golpeó a su padre, lo llamó zombi, que era su forma favorita de referirse a los que no eran miembros de la secta, y le dijo que la Granja necesitaba esas cosas más que nosotros. Mi marido nunca se recuperó por completo del ataque; ni física ni emocionalmente. Aquella noche, lo que hizo Eric cambió por completo la vida de Henry.

—¿Cómo?

—Eric le pisó las manos, muchas veces. Le rompió diecisiete huesos. Mi esposo nunca pudo volver a tocar el piano de forma profesional. —Aunque Kim trataba de disimular su horror, no lo conseguía. En ese acto había una crueldad que decía mucho de ese hijo.

«Así fue, tal cual. Supimos, entonces, que le habían lavado el cerebro. El viejo Eric, por muy malo que fuera, nunca habría hecho algo tan cruel. —Kim no podría haber dejado de escuchar, aunque hubiera querido.

«Pensamos que la parte difícil sería traerlo de vuelta de la Granja de la Unidad. Nos ofrecieron una oportunidad y la aprovechamos, pero nuestros problemas no hicieron más que aumentar. Creímos que, si lo alejábamos de Jake, seríamos capaces de hacerlo entrar en razón. Pero lo único que conseguimos fue empeorarlo. Se resistió a todos nuestros intentos, a todo lo que hicimos para hacerlo comprender que había sido atraído a una secta. Cuando se vio obligado a alejarse de esas personas, su lealtad por la Granja y por todos ellos se hizo aún más intensa. Nos amenazó de muerte. Decía que, en cuanto estuviera de vuelta en casa y con su familia, prepararía un plan para volver por la noche y matarnos. Era como si tratáramos con un extraño; un extraño impredecible, violento y lleno de odio, alguien capaz de asesinarnos mientras dormíamos. De verdad que temíamos por nuestras vidas.

—¿Qué hicieron, entonces? —preguntó Kim.

—Lo único que podíamos hacer.

—¿Qué? —repitió Kim. Era incapaz de atar los cabos.

—Para salvar a nuestro hijo y salvarnos a nosotros mismos, solo nos quedaba una salida. —Hizo una pausa y respiró hondo—. Hicimos que lo internaran.

Capítulo 68

La jefa le había ordenado que buscara antecedentes de Kane Devlin y Britney Murray. Tras una rápida búsqueda, Stacey decidió empezar por lo más fácil: la historia de Britney Murray. que, por triste que fuera, no era única. Nacida de una madre adolescente a finales de los noventa, a los cinco años había sido inscrita en el padrón de «En riesgo». Acababa de abandonarla su padre, de nombre desconocido. Los vecinos habían puesto en alerta a los Servicios Sociales acerca de los descuidos de la madre, pues se temían que la niña se estuviera quedando sola durante largos periodos. Los Servicios habían hecho lo posible por mantener unida a la familia y, aun así, la niña había quedado bajo tutela desde los siete años. Llegaron, entonces, hogares de acogida, hasta que, a los dieciséis, Britney abandonó la escuela y el sistema de asistencia. No tenía antecedentes penales.

La asistente de detective se preguntó cómo habría sido la vida de esa chica en los años anteriores al día en que encontró una vida segura en la Granja de la Unidad.

Una parte de ella esperaba que ese lugar no fuera tan turbio como empezaba a parecer. Deseaba que Britney hubiera encontrado un sitio donde ser feliz, entre una familia que nunca había tenido.

A juzgar por la rápida información que la jefa acababa de darle, Eric Leland también había sido feliz allí. Y, sin embargo, el grupo cerrado de Facebook no había querido que Eric se uniera. Él seguía siendo leal a Jake. ¿Eso significaba que la gente de ese grupo no lo era?

La jefa le había pedido que no se desviara de sus tareas y no pensaba hacerlo. Bueno; al menos, no por mucho tiempo.

Volvió a buscar el grupo. No hubo resultados. Lo intentó de nuevo. Nada. Maldita fuera, o el grupo había cambiado su configuración a «Secreto» o lo habían cerrado del todo.

Se conectó al perfil falso que había creado el día anterior y accedió a sus mensajes. La escueta respuesta de Penny Hicks seguía ahí, mandándola a ella, o a Eric Leland, a la mierda.

Miró con fijeza la pantalla y se dio unos golpecitos en la barbilla.

Había probado todos los métodos retorcidos que se le habían ocurrido para infiltrarse en ese grupo y averiguar más sobre la Granja de la Unidad, excepto uno: la franqueza.

Hizo clic en la barra, debajo de la respuesta de Penny, y tecleó: «¿Puedo decirle quién soy en realidad?».

Stacey observó que aparecía la marca azul en un círculo. Mensaje entregado.

Luego vio descender la foto de un cielo azul liso. Mensaje leído.

Tres puntos. Alguien estaba escribiendo algo.

Stacey se preparó para que le volvieran a decir que se largara. La respuesta llegó:

«Sí».

«Soy oficial de la policía y estoy investigando el asesinato de dos personas vinculadas con la Granja de la Unidad».

Tres puntos.

«¿Nombres?».
Stacey vaciló.
«Samantha Brown y Tyler Short».
«¿Tyler ha muerto?».
«¿Lo conoces?», preguntó Stacey, de inmediato.
«Sí».
«¿Estuvisteis en la Granja de la Unidad al mismo tiempo?».
«Sí».
«¿Tyler siguió a Sammy dentro de la secta?».
«Sí».
«¿Por qué estaba enamorado de ella?».
«Sí».
«¿Y se fue porque ella se había ido?».
«No de inmediato».
«¿Por qué no?».
«Porque había hecho otros amigos».
«¿Estaba viendo a alguien más?».
«No tengo autorización para decirlo».
«¿Quién era…?».
«Me marcho», tecleó Penny antes de que la pregunta terminara la pregunta.
Stacey borró lo que había escrito e hizo otra pregunta:
«¿Dejaste la Granja de la Unidad?».
«Sí».
«¿Cuánto tiempo estuviste allí?».
«Doce años».
«¿De qué tienes miedo?».
«De Jake».
«¿Por qué?».
«Odia a la gente que se va. Siempre lo ha hecho».
«¿Qué hace si los encuentra?», preguntó Stacey. Sentía que la ansiedad aumentaba en su vientre.
Mensaje entregado.
Mensaje leído.
Nada.
Stacey se preguntó si su sistema se había colgado. Hasta ese momento, las respuestas habían sido breves, pero inmediatas. Pulsó actualizar y volvió a su carpeta de entrada.
El mensaje seguía ahí, pero el perfil se había vuelto gris y se llamaba «Usuario de Facebook».
Volvió a la barra de búsqueda y tecleó el nombre, pero ya era demasiado tarde.
El perfil de Penny Hicks había desaparecido.

Capítulo 69

—Entonces, ¿quiénes eran los otros chicos del autobús? —preguntó Tiff, mientras los dejaban en una urbanización a las afueras de Netherton.

—Sam, Frankie y Enya trabajan a tiempo completo en el supermercado Tesco, y los demás piden donativos.

—¿Te refieres a mendigar en las calles? —preguntó Tiff, sorprendida. La Granja de la Unidad parecía estar por encima de eso.

—A Jake no le gusta llamarlo así. Cada miembro de la familia tiene que aportar algo. Algunos son analfabetos y no pueden hacer ni el trabajo más básico. Incluso Jerry a veces toma prestado el perro de un viejo amigo. Los mendigos con perros ganan más. Doble golpe: conciencia social y amantes de los perros —explicó Britney.

Se adentraron en la urbanización.

—¿Adónde vamos?

—Ya verás —dijo, y dobló una esquina—. Vas a conocer a una de mis favoritas, a Hilda, que es todo un personaje.

De un empujón, Britney abrió la verja de una casa adosada con porche.

Entró y sacó una llave de debajo de una maceta que tenía una planta artificial polvorienta.

Destrancó la puerta y la abrió.

Hilda se sobresaltó un segundo, pero vio de quién se trataba. Sonrió con amplitud a la chica pelirroja y luego, cuando se dio cuenta de que no había llegado sola, trasladó esa sonrisa a Tiffany.

—Esta es Tiff, mi nueva amiga. Te va a caer muy bien.

Mientras estrechaba la mano de Britney, la mujer arrugó el rostro aún más.

—Si se parece en algo a ti, me encantará.

Britney se sonrojó.

—¿Hace mucho tiempo que ha salido Liz?

—No mucho. Tardará en volver.

Britney cogió la almohada de detrás de la espalda de Hilda.

—Liz es su ayudante doméstica —dijo—. Viene dos veces al día para levantarla, acostarla y prepararle comidas fáciles para más tarde. No es suficiente —dijo. Golpeó la almohada y la deslizó por la espalda de la anciana.

Volvió a ponerse frente ella.

—¿Qué te traigo hoy, Hilda?

La mujer buscó su bolso, que tenía entre el muslo y la silla.

Al otro lado de la mesa había una pequeña lista.

Britney leyó.

—Jamón cocido, un tomate y una tarrina de Lurpak.

Hilda asintió y le entregó el bolso.

La pelirroja lo abrió y sacó un billete de cinco libras.

—Hoy, esto es todo lo que necesitamos, Hilda.

La mujer asintió y volvió a acomodarse el bolso junto al muslo.
Britney se guardó la lista en el bolsillo trasero.
—¿Quieres hacerle compañía a Hilda y prepararnos una taza de té? —preguntó Britney.
—Por supuesto —dijo Tiff.
Mientras Brit iba hacia la salida, se puso delante de la anciana.
—¿Cómo te gusta el té, Hilda?
—Fuerte, con dos de azúcar —respondió, sonriente—. En vaso, no en taza.
Tiff fue a la cocina y llenó la tetera. Cogió tres vasos y abrió los botes sin marcar. El primero estaba lleno de bolsitas de té triangulares. Puso una en cada taza. El segundo no contenía ni café ni azúcar, sino un fajo de billetes enrollados. Tiffany sonrió y volvió a colocar la tapa. Su propia abuela guardaba un sobre con dinero detrás de la panera. Algunas personas no confiaban en los bancos ni en las financieras de la construcción. El tercer bote contenía el azúcar.
Volvió al salón, contenta de haber ido. Vista la ayuda que Britney prestaba a esa señora, se le encogió el corazón; pero se obligó a sí misma a recordar el motivo de su presencia.
Se sentó.
—¿Con qué frecuencia viene a verte Britney, Hilda? —preguntó Tiffany.
—Un par de veces por semana. Es un ángel. Me trae todo lo que quiero. Liz no tiene tiempo.
—¿No tienes hijos? —le preguntó. Si los tuviera, habría que fusilarlos por dejar a esta mujer en manos de completos desconocidos.
Hilda dijo que no con la cabeza.
—Aunque no era la idea, Ernest siempre fue suficiente para mí —dijo con un poco de emoción—. Espero las visitas de Brit con impaciencia. Siempre sonríe. Es una buena chica. —Sí, Tiff empezaba a darse cuenta—. Trae nuevos amigos de vez en cuando, pero, por lo general, viene sola.
Tiff se sentó.
—¿Cómo os conocisteis? —le preguntó.
—Un día apareció. Me dijo que hacía trabajo voluntario en la zona y me preguntó si necesitaba algo de las tiendas.
—¿Y cuándo fue eso?
—Bueno, Ernest había fallecido hacía un par de semanas apenas, así que fue hace unos cuatro meses.
Se inclinó hacia delante y le guiñó un ojo.
—Creo que una vez trajo con ella a su joven compañero. No dije nada, pero me di cuenta por cómo lo miraba.
Tiffany soltó una risita al ver el brillo en los ojos de Hilda, pero debía de estar equivocada. La jefa le había dicho que a esas personas no se les permitía tener vínculos románticos.
Dejó a Hilda unos minutos para terminar de preparar el té.
Cuando volvió con las bebidas en una bandeja, vio a Britney, que entraba por la

puerta.

—Ah, qué encanto —dijo al ver las humeantes tazas calientes. La pelirroja alargó la mano para coger el bolso de Hilda y dejó caer el cambio en el interior—. Iré a meter esto en la nevera y podrás prepararte un buen bocadillo más tarde, para la cena.

Hilda sonrió como si Britney conociera todos sus secretos.

—Sí, ese frigorífico está haciendo un zumbido extraño. Creo que está en las últimas —se lamentó—. Un poco como yo.

—No digas chorradas, Hilda —dijo Britney al volver a la habitación—, acabas de empezar. —Se sentó y bebió un sorbo de té—. Ya te lo he dicho: deberías vender este lugar y venir a vivir conmigo. Yo cuidaría de ti.

Hilda sonrió, afectuosa.

—Sé que lo harías, cariño.

—Hablando de eso, ¿necesitas que te arregle los pies? Estaré encantada de cortarte las uñas y ponerte crema.

—Están muy bien, cariño. Quizá la próxima vez.

Britney terminó su té y Tiff siguió el ejemplo.

—Bien, Hilda, nos vamos ya.

Tiff recogió las tazas y las llevó a la cocina. Las enjuagó, las secó y las guardó.

Ya se había girado para salir, pero vaciló antes de marcharse.

Por alguna razón, cogió el bote del medio.

Para su sorpresa, estaba vacío.

Capítulo 70

Bryant ya conducía cerca del hospital Russells Hall, pero Kim aún no se había formado una opinión sobre las confesiones de la señora Leland.

Una nueva serie de preguntas había revelado que a Eric lo habían sacado de la secta a la fuerza usando los servicios de Kane Devlin, ni más ni menos. De eso hacía siete meses. Y, de esos siete meses, Eric había pasado seis y medio en Bushey Fields. Había sido adoctrinado a un nivel tal que Kane llegó a temer por la vida de la señora Leland, según lo que ella misma había explicado a los detectives. Kane le dijo que debía decidir entre permitir que su hijo volviera a la Granja o someterlo a un tratamiento profesional hasta asegurarse de que no pudiera hacerle daño ni a ella ni a nadie.

Por un lado, Kim entendía lo aterrador que debía ser el miedo siempre presente de que tu propio hijo fuera una noche a matarte. Pero ¿era creíble? Y, aunque lo fuera, ¿aislar a tu propio hijo en una institución mental era, de verdad, la única salida?

Bushey Fields era la Unidad Psiquiátrica de Dudley, construida para cubrir los servicios de salud mental de la cercana Burton Road, que había cerrado. Estaba en un anexo del hospital y constaba de cinco secciones: tres salas para pacientes agudos, de las cuales una era para hombres, otra para mujeres y otra más para ingresos. Había otros dos pabellones exclusivos para personas mayores.

Kim señaló el edificio que albergaba el pabellón Clent.

—Allí —dijo.

Cada ala era un edificio independiente de una sola planta que parecía un bungaló gigantesco. A Eric Leland lo habían ingresado con los «Varones Agudos».

Kim entró en el vestíbulo y golpeó una ventana. Del otro lado, un hombre deslizó el cristal.

—¿Puedo ayudarlos?

—Eric Leland. ¿Podemos hablar con él, por favor?

—¿Quiénes son ustedes?

Kim miró a Bryant y este mostró su identificación.

—Un momento —dijo, y cerró la ventanilla.

Se giró hasta quedar de espaldas y habló con tres colegas, quienes dirigieron miradas a los detectives antes de dar una respuesta.

Todavía de espaldas, el hombre llamó a alguien más.

Kim se volvió hacia su colega.

—No tenías el pulgar sobre la parte que dice «Policía», ¿verdad?

—Él es la prioridad, no nosotros —dijo Bryant, muy tranquilo.

—Pero estamos investigando un asesinato —dijo ella. Sin duda, eso tenía prioridad sobre todas las cosas.

—Sí, y estoy seguro de que ya saben que Eric no ha sido.

—¿Sabes, Bryant?, a veces eres tan…

—Vale —dijo, y se dirigió a la puerta que daba al interior—, a veces tengo razón.

Kim decidió dejarlo en paz.

—¿Qué haces? —le preguntó.

—Voy a anotarnos en el libro de visitas. Imagino que insistirán en que lo hagamos, tanto si somos policías como si no.

Ella siguió el ejemplo y firmó con su nombre. Las puertas interiores se abrieron.

Una mujer con un mechón de pelo rubio y apenas maquillada les tendió la mano.

—Soy Susan Robinson, la administradora. ¿Cómo puedo ayudarlos?

Aunque Kim estaba segura de que ya le habían explicado el motivo de la visita, repitió la petición.

—¿Puedo preguntar por qué? Lo siento, pero Eric no recibe muchas visitas, así que tengo que averiguarlo.

—Creemos que puede ayudarnos en una investigación en curso.

La mujer frunció el ceño, pero no hizo ningún movimiento para cederles el paso.

—Lleva aquí bastante tiempo, así que no sé cómo podría estar involucrado en…

—Yo no he dicho que estuviera involucrado, señora Robinson. Le he dicho que tal vez podría ayudar. Y, mire, como somos policías que investigamos un asesinato, no tenemos por costumbre pasar demasiado tiempo hablando con gente que no creemos que sea capaz de ayudar.

—¿Esto tiene algo que ver con su madre? —preguntó con cautela.

Kim negó con la cabeza.

—La última vez que ella vino a verlo, Eric rompió tres mesas y dos sillas y tuvimos que sedarlo mucho e inmovilizado durante veintisiete horas.

—¿Y aparte de eso? —preguntó Kim mientras los hacían pasar a la sala.

—Síganme. —La administradora los condujo a una espaciosa zona común—. Para responder a su pregunta, Eric no representa ningún problema. De hecho, rara vez lo vemos. No le gusta la televisión, que es un pasatiempo ordinario para la mayoría de nuestros residentes. No ha visto un solo programa desde que llegó. Sale de su habitación para comer y vuelve a ella de inmediato. Pasa horas en meditación profunda, escuchando música suave en su iPod.

—¿Tiene teléfono?

La administradora negó con la cabeza.

—Solo un iPod.

—¿Está muy medicado?

—No, no mucho. Le damos antidepresivos suaves. Cualquier ataque de ansiedad suele serenarse con un paseo por el jardín. Responde muy bien al ambiente pacífico y tranquilo de ahí fuera.

Kim hizo un alto cuando Susan ya entraba en el comedor.

—¿De verdad necesita estar interno? —preguntó.

Ella no dudó en asentir.

—Hasta que su terapia funcione, me temo que sí.

«Vale. Esperen aquí. Voy a preguntarle si quiere reunirse con ustedes; eso sí, si me dice que no, tengo que respetar sus deseos.

Esperó un instante, hasta asegurarse de que la habían entendido.

Cuando Susan abandonó la sala, Bryant se volvió hacia Kim.

—¿Sabes, jefa…?
—Sí, Bryant, está bien. Tenías razón, pero no te sientan bien los regodeos.
—Estupendo, pero lo que te iba a decir es que, por lo visto, Eric Leland aquí ocupa un lugar que estaría mucho mejor utilizado por otra persona.
Eso era, ni más ni menos, lo que ella pensaba.
—Supongo nos dará tiempo…
Bryant cerró la boca en cuanto Eric Leland entró.
Llevaba vaqueros y una camiseta con bolsillo en el lado izquierdo. Tenía puestos los auriculares. El cable que colgaba de ellos envolvía al joven hasta el bolsillo trasero.
Antes de sentarse, dijo:
—No ha sido ella quien los ha enviado, ¿verdad?
Kim no tuvo que preguntarse durante mucho tiempo a quién se refería con «ella».
La administradora negó con la cabeza.
—Estamos aquí para hablar de la Granja de la Unidad.
El joven se sentó y miró a Susan para indicarle que le parecía bien quedarse.
—Estaré ahí fuera —dijo ella.
Kim se preguntó por qué esa mujer creía que debía permanecer cerca.
Eric cruzó las piernas.
—¿Han estado allí? —preguntó—. ¿Han visto a Jake?
Kim asintió.
—Parece muy agradable, pero estamos aquí para hablar de ti, de tu estancia en la Granja de la Unidad, ¿de acuerdo?
—Claro —dijo él, aparentemente relajado.
En ese momento, Kim se esforzaba por relacionar al hombre que tenía delante con la imagen que le había pintado su madre. Parecía tranquilo, relajado y cooperativo. Tenía los rasgos afilados y el pelo largo recogido detrás de las orejas.
—Eric, ¿conociste a una chica llamada Samantha Brown?
Se encogió de hombros.
—Es difícil conocer a todo el mundo.
—¿Tyler Short?
De nuevo, un encogimiento de hombros.
—No sabría decirle.
—¿Y qué me dices de She…?
—Mire, no voy a recordar a nadie. No hablamos de nuestros familiares con los zom…, con gente que no está en la Granja.
—Pero ya no estás allí.
Él sonrió.
—Volveré. En cuanto tenga la oportunidad, volveré al lugar donde debo estar.
Kim se sentía desconcertada. Según la madre, Eric había pasado casi tres años en la Granja, pero llevaba meses alejado de Jake y de su influencia. ¿Qué demonios tenía ese lugar?
—¿La Granja te ha ayudado de alguna manera, Eric? —preguntó Kim.
—Eeeeh…, sí. Es mi hogar. Jake y los demás me han ayudado a entender que no soy

un bicho raro, que no estaba equivocado.

—¿Acerca de qué?

—De mis padres. Verá, nunca me cayeron bien. Incluso de niño, yo no quería estar cerca de ellos. La culpa que cargaba por esos sentimientos me carcomía y me hacía odiarlos aún más. Jake me explicó que era normal. —Sonrió—. Lo llamó «transfamilia». Me explicó que yo había nacido en la familia equivocada, ni más ni menos. No había sido culpa mía. Yo no tenía ningún control. Y fue como si me hubiera quitado un peso de encima. Me dijo que era hora de romper las cadenas, de ser yo mismo y de que empezara a cuidar de mi propia persona. Me enseñó a meditar. Hablábamos todas las noches.

—Eric, ¿alguna vez alguien quiso irse de la Granja?, ¿volver a su antigua vida?

Se rio.

—Nunca, ¿para qué?

—Pero ¿y si...?

—Nadie. Es una familia. Uno no deja a su familia.

—¿Jake te pidió que les robaras a tus padres?

Sin sentirse ofendido por la pregunta, negó con la cabeza.

—No, pero mire las cosas de esta manera: si una pareja se divorcia, se reparten entre ellos todas sus posesiones. Cada uno se lleva algo que es suyo. Decide abandonar a la familia y se va con los objetos que acumuló durante el matrimonio. ¿Qué se lleva un hijo cuando decide abandonar a la familia? Nada. ¿Cómo puede ser justo? Los hijos también han participado. Se merecen algo.

Kim se preguntó quién habría plantado semejante semilla en la mente de Eric y la había dejado crecer.

No se iba a poner a discutir que, en los divorcios, lo más probable era que cada progenitor hubiera hecho contribuciones económicas a lo largo del matrimonio. El argumento de Eric no tenía nada que ver con el dinero.

—¿Qué es ese grupo de Facebook al que has intentado unirte?

Puso los ojos en blanco.

—*Haters,* todos ellos. No pillan de qué va ese lugar, y eso es todo.

—Entonces, ¿intentaste unirte para maltratar a esa gente?

—Para que se enteraran. Eso que están destrozando es mi casa.

—¿Así que no te gustó que tu madre diera órdenes a Kane Devlin de que te trajera a casa? —preguntó Kim.

—La Granja es mi casa, y ese tipo es un idiota.

Al hablar del Kane Devlin no lo hacía con rabia, agresividad ni hostilidad en el tono. Era, más bien, una observación divertida.

—¿No consiguió cambiar tu opinión sobre la Granja ni sobre Jake?

Eric rio a carcajadas.

—Ese imbécil necesita poner al día sus procedimientos. Yo ya sabía todo lo que iba a decir y hacer. En casa hablamos de mierdas como esa. No podría llegar hasta mí nunca.

A lo largo del intercambio, Kim se preguntó por qué razón ese joven estaba retenido allí. Al margen de su tendenciosa devoción por la Granja, parecía perfectamente equilibrado, racional y, sin duda, capaz de llevar una vida normal. No parecía hacer

ningún esfuerzo por recuperar el control de su vida anterior. En parte, Kim se preguntaba si había algo en Eric que le exigiera sentir que estaba en una institución: el orden, la rutina.

—Así que, cuando salgas de aquí, ¿volverás con Jake a la Granja de la Unidad?

Él negó, moviendo la cabeza de lado a lado.

—No, antes volveré a mi otra casa.

Esa respuesta sorprendió a la detective.

—¿Con tu madre?

El rostro del joven se endureció. Entonces, Kim vio un atisbo de la persona que la señora Leland había descrito.

—Sí, iré a rajarle el cuello a esa vieja puta.

Capítulo 71

Mientras caminaban hacia el coche, los dos cogieron sus teléfonos.

Bryant había sentido el suyo vibrar tres veces durante el encuentro con Eric, una entrevista que lo había dejado confundido.

Para su sorpresa, era Travis quien intentaba localizarlo.

Hizo una seña a la jefa y se apartó para devolver la llamada. Ella, que ya estaba hablando con alguien, asintió.

Bryant marcó el número de Travis y no obtuvo respuesta. Volvió a intentarlo enseguida. El inspector detective quería decirle algo. Nada, todavía. Guardó el teléfono. Lo intentaría más tarde.

La jefa acababa de colgar.

—Espero que hayas tenido más suerte que yo —le dijo él.

—Eso está por verse —contestó ella, y se subió al coche—. Le he pedido a Myles que haga arreglos para reunirnos otra vez. Kane Devlin tiene demasiadas manos en este caso. ¿Y tú?

—Era Travis, pero no... —Lo interrumpió el sonido del móvil—. Ah, hablando del rey de Roma —dijo, y pulsó el botón de respuesta.

—Ya era hora, Bryant —dijo un Travis afable.

Se oía alboroto de fondo.

—¿Qué demonios está pasando ahí?

—Estamos de celebración y quería darte la buena noticia.

—Venga, dámela —le pidió Bryant. Sentía un nudo de tensión en el estómago.

—Lo tenemos. Los forenses han recogido todos los pitillos en un radio de veinte metros, y adivina qué.

—Madre mía —exclamó el sargento mientras lo dominaban oleadas de diferentes emociones. Alivio, asco, más alivio.

—Ven más tarde, si quieres. Vamos de camino a arrestarlo. Por lo visto, tenías razón desde el principio.

Bryant colgó. Con el recuerdo de la chica que acababa de perder la vida, no le dio ninguna alegría haber tenido la razón.

Capítulo 72

Kim descubrió a Britney antes que a Tiff. Ambas repartían folletos en el aparcamiento de la universidad.

Mientras se acercaba a ellas, acompañada de Bryant, tuvo cuidado de no mirar en dirección de la policía rubia. Toda la atención de Kim estaba centrada en la pelirroja.

—Hola, Britney, ¿cómo estás? —La chica pareció sorprendida de verlos, pero Britney no era la razón por la que habían ido—. Solo quería hacerte otro par de..., oh, perdona —dijo al ver que Tiffany se acercaba con cara de preocupación.

—Esta es mi amiga, Tiff —dijo Britney, con una amplia sonrisa—. Es una amiga nueva, así que no tiene sentido preguntarle nada. No conoce a nadie.

Con un gesto, Kim ignoró la presencia de Tiff. Se aseguró de que Britney lo notara.

—Me preguntaba si ya te habías acordado de Sammy Brown o de Tyler Short. Ah, y tenemos otro nombre para ti: ¿Eric Leland?

—¿Ha muerto? —quiso saber Britney antes de conseguir contenerse.

Kim se acercó un poco más.

—Ah, ¿de manera que sí recuerdas a Eric? —preguntó.

Había que darle crédito a Tiff por su decente expresión de desconcierto mientras miraba de la una a la otra.

—El nombre me suena —reculó Britney.

Kim ladeó la cabeza.

—Verás, Britney, lo que no entiendo es cómo no puedes saber los nombres de los miembros de tu familia. Quiero decir, está claro que no estáis tan unidos como creéis.

—Sí, sí que lo estamos. —El color inundó las mejillas de la pelirroja—. Para todos nosotros, la familia es la prioridad. Nos cuidamos mutuamente. Somos leales a...

—Ya, pero ¿si alguien decide marcharse? —preguntó Kim—. ¿Seguís siendo leales, entonces?

—Bah, por supuesto que no; pero es que nadie quiere irse.

Sí, Kim ya había oído eso muchas veces.

—Eso dices tú. Vale, Britney, encantada de haber hablado contigo otra vez. Estaremos en contacto.

Kim dio la vuelta para marcharse sin siquiera haber dedicado una mirada en dirección a Tiff.

Solo esperaba que, mientras ella provocaba a Britney, Bryant sí hubiera conseguido captar su atención.

Capítulo 73

Tiff tenía sentimientos encontrados mientras la jefa y Bryant se alejaban.

Una parte de ella quería marcharse con ellos, pero su amiga se había quedado muy afectada por el intercambio de palabras.

Durante unos minutos, al menos, tenía que seguirle el juego.

—Oye, Brit, no dejes que esto te afecte. Ya sabes cómo son las cosas en la Granja, así que ¿por qué iba a importar la opinión de esos dos? Y menudo hueso es esa mujer, de todas formas.

Brit sonrió.

—Pero tú me entiendes, ¿verdad, Tiff? ¿Ves qué genial es? ¿Y la suerte de tener una familia tan maravillosa? Los de fuera no entienden lo unidos que estamos. Si le haces daño a uno, nos haces daño a todos. —Suspiró—. ¿Ves?, eso es lo que falta aquí. No hay amor ni cohesión. Todo es coger una cosa, y otra, y otra..., todo el tiempo.

Tiff pensó en el dinero que había desaparecido de la lata, pero apartó el recuerdo a un lado.

—Te entiendo, Brit. Es un lugar especial. —Le dio a su amiga unas palmaditas en el brazo.

La sonrisa de Brit se ensanchó. La chica cogió la mano de Tiff y la estrechó con fuerza.

—Sabía que lo entenderías, Tiff. En cuanto te vi ayer, supe que eras especial.

Cielos, ¿de verdad que se habían visto por primera vez el día anterior? Sentía que conocía a Brit desde hacía años.

—Por supuesto que lo entiendo —la aplacó Tiff, y retiró la mano—. Ahora tengo que ir al baño. Aprovecharé para sacar un par de bebidas de la máquina expendedora.

—¿Quieres que te...?

—No, Brit. Tú sigue corriendo la voz.

Esta vez, tenía que ir sola.

Capítulo 74

—Cielos, Campanilla, te has tomado tu tiempo.

—Ella estaba a punto de llorar, jefa —dijo Tiff mientras iban al otro extremo del baño.

Kim sacó el teléfono más pequeño que había conseguido encontrar y lo puso en la mano de Tiffany.

—No importa dónde lo guardes, pero llévalo siempre encima. Si perdemos la comunicación otra vez, te sacaremos de allí como sea. ¿Entendido?

—Entendido, jefa. —Deslizó el móvil por el bolsillo delantero de sus vaqueros.

—Solo texto, ¿vale?

Tiff asintió.

—Escucha, no tengo mucho tiempo, pero el lugar es increíble. Todo el mundo parece feliz, aunque la comida está controlada. Tengo la impresión de que es un castigo y una recompensa al mismo tiempo. Todo el mundo tiene a Jake Black en gran estima, y él quiere hablar conmigo cuando volvamos.

—¿Acerca de qué?

—De la familia y cosas así —dijo Tiff, desdeñosa—. Pero mandan a la gente a hacer todo tipo de cosas. Quienes tienen pocas habilidades salen a mendigar. Los dejan por ahí y los recogen en un minibús.

—¿Tienes algún nombre?

La agente negó con la cabeza.

—Aún no he estado fuera de la vigilancia de Britney, y sospechan si haces demasiadas preguntas.

—¿Has conocido ya a Sophie?

Movió la cabeza de un lado al otro.

—Por eso quiero volver a quedarme esta noche. Espero darle esquinazo a Britney y hablar con otras personas más tarde.

—Vale, pero mantente...

—Espera, eso no es todo. Creo que su blanco son los ancianos sin familia. Hemos visitado a una señora esta mañana. Brit ha sido muy servicial: le ha hecho la compra y se ha ofrecido a darle un masaje en los pies. Ha sido encantadora con ella, pero creo que se ha llevado algo de dinero. Lo que aportas a la Granja tiene un gran valor.

Tiff les dio la dirección y el nombre de la mujer, y Bryant tomó nota.

—Mira, tengo que volver. Enviaré más mensajes a medida que descubra cosas.

—Tiff, ¿estás bien? —preguntó Kim—. No estarán convenciéndote, ¿verdad?

En parte, quería hacer que Tiff hablara todo lo posible.

La agente se rio.

—Por supuesto que no. Sé cuál es mi misión y estoy del todo bien. Te lo prometo.

Al salir por la puerta, se despidió agitando la mano.

A pesar de esas palabras tranquilizadoras, Kim no estaba convencida.

Capítulo 75

Britney se paró justo delante de las puertas de la universidad por dos razones: la primera, porque le habían prohibido entrar; la segunda, porque tenía una sensación en el estómago que no le estaba sentando muy bien.

Las visitas de la policía la inquietaban. Esa mujer seguía preguntando por personas que antes formaban parte de la familia. La detective no parecía entender que, una vez que alguien se iba, estaba muerto para ellos. No se volvía a hablar de esa persona. Irse era la peor traición a Jake y a todo lo que ese hombre había hecho por ellos.

Pero había algo más, una tensión que los había envuelto a todos mientras Tiffany estaba cerca. Britney sospechaba lo que esas personas trataban de hacer: querían quitarles a Tiffany.

La había visto aparecer y dirigirse a la máquina expendedora. Diez segundos después, la agente de policía había salido de los aseos para desaparecer por la otra puerta.

Habían estado hablando allí dentro. Britney lo sabía.

No tenía más remedio que decírselo a Jake.

Y no le iba a gustar ni un poquito.

Capítulo 76

—¿Estás mejor ahora que la has visto? —preguntó Bryant mientras subían al coche.

Kim sabía que Britney no iba a revelar nada sobre Eric Leland ni sobre su estancia en la Granja. Había utilizado a la chica pelirroja como un medio para entregarle el teléfono a Tiff.

Y, sí. Era verdad que se encontraba mejor sabiendo que su agente ahora tenía un teléfono y que podía ponerse en contacto con ella. Y lo que era más importante, Tiffany podía llamarla si lo necesitaba.

Sacó su móvil y llamó a Stacey.

—¿Ya tienes algo sobre Kane Devlin?

Quería estar mejor preparada para su segundo encuentro.

—Jefa, no hay nada. Ni perfiles en redes sociales, ni menciones, ni noticias. Absolutamente nada.

—Stace, esto no huele muy bien. ¿Cómo puede estar tan fuera de tu radar?

—No lo entiendo, jefa. Incluso una búsqueda de Bryant arroja unos pocos resultados.

—¡Gracias, Stace! —gritó este en cuanto escuchó eso.

—Empiezo a pensar que no nos han dado el nombre real.

—Vale, Stace, déjamelo a mí —dijo Kim, y colgó.

Un instante después, el teléfono volvió a sonar.

—Myles, justo iba a llamarlo.

—Kane ha accedido a reunirse de nuevo. En el mismo sitio, a las cuatro. Las mismas condiciones.

—Sí, sí, eso lo veremos, pero quiero saber algo más. ¿Cómo consiguió ponerse en contacto con Kane por primera vez?

—Lo siento, pensé que se lo había dicho. Fue Kane quien se puso en contacto conmigo.

Capítulo 77

—¿Estás bien, Brit? —preguntó Tiff por tercera vez. La pelirroja no había dicho una palabra desde que la jefa se había ido. ¿Estaba inquieta porque le habían preguntado por Eric Leland?

—Estoy bien —dijo Britney sin mirarla—. Solo me encuentro un poco mal. Debe de ser algo que he comido.

Tiff lo dudaba. Ambas habían comido lo mismo de sus cajas de alimentos: un bocadillo de jamón, un paquete de patatas fritas y una barrita nutricional.

—No estarás dejando que lo de esa poli te moleste, ¿verdad?

Britney negó con la cabeza.

—No me gusta que me recuerden a la gente que se ha ido. Me pone triste.

Tiff lo entendía. Su propia familia la volvía loca, pero no había ninguno al que no quisiera volver a ver. Ryan incluido.

Miró a su alrededor. Nada hacía sonreír más a Brit que un gran grupo de estudiantes que pudieran ser receptivos a su discurso.

—Oye, Brit, mira a ese grupo de...

—No, Tiff, ahora no. No estoy de humor. Creo que, ahora mismo, lo único que quiero es irme a casa.

Capítulo 78

Penn modeló ante Keats con el traje protector que estaba usando por segunda vez en otros tantos días.

—Oye, Keats, ¿me lo guardo para la próxima? —preguntó.

—Sí, parece que te hayas mudado —respondió el médico forense—. Aunque no estoy seguro de que tu presencia aquí hoy esté justificada.

Penn había estado pensando lo mismo durante toda la autopsia de la víctima que habían recuperado del lago el día anterior.

El procedimiento había sido muy diferente al de Tyler Short. En Tyler habían tenido mucho más para examinar.

Hoy no habían tenido que extirpar órganos ni pesarlos ni serrar huesos para acceder al interior del cuerpo humano. No había contenido estomacal para analizar. En cambio, Keats había trabajado en silencio y con diligencia por toda la piel, como si fuera papel, en busca de pistas. Penn estaba advertido desde el principio que, dado el estado del cadáver, muchos de los hallazgos serían aproximados.

Pero eso no había impedido que el patólogo examinara cada centímetro disponible en busca de conclusiones.

Keats consultó su portafolios.

—Esto es lo que tenemos —dijo—: Víctima masculina de entre veinticinco y cincuenta años que estuvo sumergida entre tres meses y tres años. Medía un metro sesenta y dos, es decir, una estatura inferior a la media, y tenía una antigua fractura en el fémur derecho. No hay otras fracturas evidentes, huesos dañados ni lesiones graves. En ausencia de tejidos blandos, no se puede establecer la causa de la muerte. —Hizo una pausa y volvió a repasar sus notas. Frunció el ceño y Penn se acercó un paso. ¿Se le habría pasado algo? El médico movió la cabeza de lado a lado—. No. En definitiva, eso es todo.

—Entonces, ¿la muerte podría haber sido accidental? —quiso confirmar Penn.

Keats dijo que sí con un movimiento de cabeza.

—O podría haber sido apuñalado cuarenta veces, pero, si el cuchillo no tocó ningún hueso, yo no podría saberlo. Y, cuando tu jefa ponga esa cara que pone si no está satisfecha con los resultados, dile, por favor, que es todo lo que va a conseguir.

—Vaya, sí, me aseguraré de decírselo —contestó el sargento con sorna.

—Bromas aparte, Penn, no hay nada más que pueda decirle sobre este pobre hombre.

Penn asintió y cogió su chaqueta. Lo entendía. A veces, un cadáver arrojaba una plétora de indicios y pistas, pero un amasijo de poco más que una bolsa de huesos tenía muy poco que decir.

—Bueno, gracias por el…

—Ah, Penn, justo a quien buscaba —dijo Mitch, que acababa de entrar en la morgue—. Los buzos han hecho un último barrido de la zona. Esto es lo que han encontrado.

Mitch le tendió una bolsa de plástico para pruebas.

Penn la cogió y le dio la vuelta. Dentro había un joyero de terciopelo burdeos.

—No sé si significa algo.



Penn se acordó de algo que su jefa decía a menudo con respecto a las cosas descubiertas en la escena de un crimen: todo significaba algo.

Capítulo 79

Bryant detuvo el coche frente a la cafetería de Brierley Hill.

—¿Quieres que me quede aquí otra vez? —preguntó.

—No, tú vienes conmigo —dijo ella, y se bajó.

Esta vez, las reglas las ponía ella. Si a Kane Devlin no le gustaban, podía marcharse.

—Parece que se te ha adelantado —dijo Bryant mientras se acercaban a la entrada.

Kane estaba sentado en la esquina más lejana. Solo había otra mesa ocupada: una mujer con un cochecito.

Kim reparó en que ya había dos tazas sobre la mesa.

—Le he traído un café con leche —dijo con frialdad y con la mirada fija en Bryant—. No sabía que tendríamos compañía.

—Está bien, no tengo sed —dijo Bryant, y se sentó.

Kim ocupó el lugar ante su bebida y tomó un sorbo.

—Gracias por aceptar que nos reuniéramos de nuevo. ¿Podríamos empezar por enterarnos de su verdadero nombre?

Como en la otra ocasión, Kane no se inmutó.

—No —dijo, sin más.

Kim sintió que la frustración recorría sus terminaciones nerviosas.

—¿Se da cuenta de que somos agentes de la Policía?

—¿Y usted se da cuenta de que conozco mis derechos y de que, en realidad, los estoy ayudando en sus pesquisas, cooperando en todo lo posible y que, por supuesto, eso puede cambiar en el momento en que yo lo decida?

Ah, cómo le habría gustado a Kim tener esta charla con una mesa cuadrada de metal de por medio y, de fondo, una grabadora zumbando. Sin ninguna prueba que relacionara a ese hombre con ningún asesinato, la opción de detenerlo no estaba en su futuro más inmediato.

Había valido la pena el intento. Además, cada maestrillo con su librillo. Ella no esperaba que Kane le dijera su verdadero nombre, pero quería que supiera que lo habían investigado.

—En fin, ¿qué puede decirme sobre Eric Leland?

—Que es el individuo más adoctrinado con el que me he topado —respondió sin vacilar. ¿Ninguna pregunta o afirmación era capaz de despertar un ápice de sorpresa en este hombre?

—¿Su madre le pidió que lo secuestrara?

—Trabajamos para ella, sí.

—¿Le pagan bien? —preguntó Kim. Las dos familias a las que había ayudado estaban razonablemente acomodadas.

—Eso no es asunto suyo.

—Vale, de acuerdo. —Empezaba a pensar que los atrapados en una secta, si eran pobres, podían quedarse allí y pudrirse—. Volvamos a Eric. ¿Cuánto tiempo lo retuvo?

—Casi un mes.

—Pensé que Samantha había sido la más difícil.
—Es verdad.
—Usted me ha mentido, entonces. Eric tardó más.
—Usted me preguntó cuánto era que más habíamos tardado en doblegar a alguien. A Eric nunca lo doblegamos, así que no he mentido.
Kim se tragó su irritación ante la lección de semántica.
—Una de sus clientes está muerta y otro, en un centro psiquiátrico. Vaya tasa de éxito.
—Sí, porque para eso lo hacemos.
—¿Para qué? —preguntó Kim, presionándolo tanto como podía.
Kane enarcó las cejas.
—Para ganar dinero. —Era mentira. Solo se hacía eco del comentario anterior de Kim.
—¿Por qué Eric fue tan difícil?
Él se apoyó en el respaldo y se cruzó de brazos.
—¿Se ha tomado la molestia de investigar algo sobre las sectas desde la última vez que hablamos?
—Bueno, no, Kane; he estado un poco ocupada.
Por un segundo, le pareció ver un atisbo de diversión en los ojos de ese hombre.
—Entonces, me tomaré un momento para explicarle algunas cosas: las personas somos más vulnerables a la influencia social cuando se nos hace pensar, sentir y percibir de una forma diferente a la habitual. La afinidad por los grupos muy unidos es un rasgo innato. Ni siquiera nos damos cuenta de lo mucho que deseamos pertenecer a algo que es más grande que nosotros mismos. Es un rasgo fácil de explotar. Un nuevo miembro queda expuesto ante la recompensa de la cercanía o el castigo del alejamiento. Cada pequeño episodio de recompensa y castigo, al acercarse o alejarse del grupo, es una experiencia de aprendizaje.
—¿Es como entrenar a un perro? —preguntó Kim.
—Está aprendiendo, inspectora.
«¿Sabe?, hay mecanismos comunes de influencia grupal. En primer lugar, hay un sistema de creencias compartido, que procede del líder del grupo. Mantienen un alto nivel de cohesión social y atribuyen al líder carismático un conocimiento o liderazgo divino. Eric considera a Jake como un dios —afirmó—. Esa opinión no pudimos sacársela de la cabeza, a pesar de todo lo que le dijimos. Si Jake Black asesinara a una clase llena de niños, Eric pensaría que se lo tenían merecido.
—No parece gustarle nadie, excepto Jake. —Kim recordó las últimas palabras que le había dicho Eric—. Hasta su propia madre es el enemigo.
—Los miembros del grupo se preocupan intensamente por el bienestar de los demás. Las creencias compartidas los mantienen juntos. Cuando uno se une a un grupo así, renuncia a la posibilidad de tomar decisiones propias. Alguien nuevo siempre llega acompañado de un miembro. Esa persona se vuelve especial para él y, sin que lo note siquiera, se forma un estrecho vínculo entre los dos. —Kim pensó en Tiffany y Britney. Estaba segura de que Tiff tenía el sentido común para ver lo que pasaba.
«Estos grupos promueven la aflicción y luego ofrecen el alivio. «El mundo se va a acabar, pero no si te unes a nosotros». «El mundo es una mierda y un lugar peligroso,

pero nosotros cuidamos de ti». La mayoría de los novatos son reclutados por invitación a talleres, a clases creativas. Muchos jóvenes buscan algo. El control mental implica poco abuso físico manifiesto. O ninguno. El individuo es engañado y manipulado. Hay un círculo: comportamiento, pensamientos y emociones. Si puedes cambiar una de esas cosas, las demás la seguirán.

—No lo entiendo —dijo Kim.

—Vale, imagine que pudiera controlar el comportamiento a través del entorno: comida, sueño, trabajo, horario; de tener que pedir permiso para todo. Comes y trabajas con la misma gente. Te ponen un compañero. Hay castigos: duchas frías, ayuno, obligación de pasar la noche en vela.

«Los líderes no pueden dirigir las ideas, pero saben que, si logran dirigir la conducta, entonces los corazones y las mentes van detrás. Lo mismo ocurre con los pensamientos. Adiestran a los miembros a bloquear la información que no es crítica para el grupo. Practican la detención mental de las emociones negativas. Aquí desempeñan un papel el canto y la meditación. Cuando los pensamientos quedan bajo control, también quedan bajo control los sentimientos y las conductas. Pero, con diferencia, lo más cruel y difícil de desbloquear es el dominio emocional.

«Un líder tiene la capacidad de manipular la gama de sentimientos de una persona. A los miembros se los enseña a temer a los enemigos exteriores: temen el castigo. Los mantienen fuera de equilibrio y los castigan. Algunos reaccionan con pánico ante la idea de marcharse. Hay una mentalidad elitista. Hay una obediencia estricta y se manipula a la gente a través del miedo y la culpa.

—¿Qué pasa con la gente que decide irse?

Kane negó enérgicamente con la cabeza.

—Los desalientan con mucha insistencia. Y, cuando digo «Con mucha insistencia», lo digo de veras. Si uno se va, deja en evidencia que el sistema está fracturado. ¿Cómo podría alguien estar descontento?, ¿cómo es que no ha informado de ello a las personas competentes para que lo solucionen?

—¿Por eso nadie habla de los que se van? —preguntó Kim.

—Una vez que un miembro desaparece, está muerto para todo el grupo. A nadie se le permite ahondar ni examinar las razones. Eso podría llevar a otros a dudar de todo el movimiento. Despejan la habitación. Cualquier prueba de su paso por ella queda eliminada. No quedan recordatorios del fracaso. Nunca olvides que una secta solo tiene dos objetivos: reclutar y ganar dinero. Nada más.

—Pero ¿cómo es que la gente no lo ve? —preguntó Kim, frustrada.

—La verdad es que, para empezar, no quieren verlo. ¿Quiere que le diga lo poco sana que es una *pizza* cuando sabe tan bien? —preguntó, en recuerdo de la entrevista anterior—. Para captar nuevos miembros, los grupos crean una atmósfera de aceptación incondicional. Construyen, entonces, un muro entre ellos y nosotros. Las normas de comportamiento del grupo estructuran la vida de los miembros en todos los ámbitos: trabajo, sexualidad, socialización, etcétera. —Kim pensó en la norma de la Granja con respecto a «No establecer relaciones».

«Todo está diseñado para mantener el control. Se rechaza a los forasteros y cada

actividad se realiza con otros miembros. Como ve, la pertenencia al grupo se caracteriza por niveles de santidad, de modo que un miembro se esfuerza siempre por alcanzar un mayor nivel de aceptación y, para eso, se alinea cada vez más con las expectativas del grupo. Cualquier información que entra en el grupo se gestiona. Las fronteras se controlan y se exagera la desconfianza hacia todo el que no sea miembro.

—¿Y todo esto proviene de un solo hombre? —preguntó Bryant.

—La personalidad del líder es importante, ya que la estructura de la secta es autoritaria. El carisma es menos importante que las habilidades de persuasión y la capacidad para manipular. La mayoría de los líderes de sectas son varones y se han nombrado a sí mismos. Afirman tener una misión trascendental o conocimientos especiales. Todas las sectas sostienen que sus miembros son elegidos, preferidos o especiales.

«Con el tiempo, el grupo espera que los integrantes dediquen cada vez más tiempo, energía y dinero a la causa. Les dictan lo que deben vestir y comer; les dicen cuándo y dónde deben trabajar, dormir e ir al baño, así como lo que deben creer o pensar. Promueven un pensamiento en blanco y negro. Todo o nada. En una secta, el aislamiento y la comida son los mecanismos de control y dependencia forzosa más comunes.

—¿Arroz con judías? —preguntó Kim.

—Las raciones más básicas se reservan para los que no rinden. Es un mensaje claro que golpea la necesidad más elemental de sobrevivir.

—Eso es lo que encontramos en los estómagos de Sammy y Tyler. No pareció sorprenderse. A Kim se le ocurrió una idea—. Ambos se habían marchado de la Granja de la Unidad, así que ¿los estaban castigando? —preguntó. Nadie les había metido esa comida a la fuerza en los estómagos.

—Es muy probable. Aunque Sammy estaba en vías de recuperación, seguía cargando con la culpa de no haber vuelto.

—Tanto Sammy como Tyler estaban en momentos bajos de sus vidas. ¿Los convirtieron en blancos activos por eso? —preguntó Kim.

—Las investigaciones indican que dos tercios de quienes ingresan, más o menos, proceden de familias que funcionan de manera normal. Solo un cinco o seis por ciento llegan con dificultades psicológicas importantes. Por favor, comprenda que las sectas ofrecen soluciones instantáneas y simplistas a los problemas de la vida. Los adultos jóvenes pueden sentirse abrumados cuando tienen que tomar demasiadas decisiones. Son fértiles, pero lo normal es que no sean ricos. Las personas sin pareja son más susceptibles a la persuasión. Los reclutadores se dirigen a estudiantes extranjeros que están solos y tienen banderas en sus mochilas; buscan a ancianos con pensiones y dinero; viudas de mediana edad con títulos de propiedad de casas, coches, etcétera. —Kim pensó de inmediato en Sheila Thorpe—. Hay miles de tácticas diferentes para explotar la psicología de los individuos, pero todas entran en una de seis categorías.

—¿Cuáles?

—Como humanos, nos gusta ser coherentes. Si nos hemos comprometido a algo y luego rompemos ese compromiso, nos sentimos culpables. Si alguien nos da algo, intentamos devolvérselo en la misma medida; así que, una vez que aceptas comida,

debes pagarla de algún modo. Intentamos descubrir lo que los demás piensan que es correcto. Queremos protección social, así que imitamos lo que vemos. Tenemos un arraigado sentido del deber hacia las figuras de autoridad.

—Algunos de nosotros sí —comentó Bryant.

—De modo que los miembros aceptan al líder como autoridad. Todos obedecemos a la gente que nos cae bien, así que, por ser objetos de un bombardeo amoroso, sentimos que debemos hacer lo que nos dicen. Y, por último, la escasez. Si queremos algo, pueden hacernos temer que, si nos quedamos esperándolo, volará. Sin el grupo, tu vida despojada de tensiones desaparece.

Pensó en Tiff y en el hecho de que llevaba más de veinticuatro horas con esa gente. En su estómago sintió un creciente malestar.

—Pero la personas equilibradas y sensatas son inmunes a todo ese humo y esos espejismos, ¿no es así? —preguntó.

Kane soltó un largo suspiro.

—Si eso cree, después de todo lo que le he dicho, no ha oído ni una de las palabras que han salido de mi boca.

Capítulo 80

Tiff suponía que usar un taxi no era normal para Britney, pero la pelirroja parecía ansiosa por volver a la Granja. Hizo a un lado la desazón que sentía en el vientre al sentir que aquello, de algún modo, podía estar relacionado con ella o con la visita de la jefa. Se dijo a sí misma que Britney se encontraba mal, sin más.

Igual que en la víspera, le había dicho al taxista que se detuviera en la puerta exterior, pero esta vez no hubo charlas ni paradas en lo alto de la colina para ver cómo se encendían las luces. «Qué pena», pensó Tiff, porque le habría gustado volver a presenciarlo. No se atrevió a pedírselo a una Britney que no parecía estar en el estado de ánimo adecuado.

Y, en parte, se sentía aliviada de ver a su compañera de mal humor. Después de tanta sonrisa y tanta cháchara alegre, era bueno saber que tenía otros estados emocionales. Solo esperaba que no durara demasiado. Esta noche esperaba conocer a más miembros de la familia y, tal vez, encontrar a Sophie Brown.

Tiff siguió a Britney al interior de la granja, fueron de inmediato a ver a Jake.

—Buenas noches, señoras. ¿Han tenido un buen día? —les preguntó con una sonrisa.

—Sí, ha sido un gran día, Jake —respondió Britney de inmediato—. ¿Podemos hablar un momento antes de...?

—Quizá más tarde, Brit —dijo él, y le puso una mano en el hombro—. Tiff y yo ya habíamos acordado reunirnos para continuar nuestra discusión de anoche.

—Pero...

—Sea lo que sea, puede esperar, Britney —dijo, con más firmeza.

Brit captó el mensaje. Le dedicó a Tiff una media sonrisa, tendió una mano y, con la cabeza, señaló la mochila.

Tiff se la quitó y se la dio, junto con las gracias por llevarla a la habitación. El teléfono de la jefa seguía encajado en la parte delantera de sus pantalones.

—Sígueme —dijo Jake, y la condujo escaleras arriba.

Después de muchas sonrisas y saludos, llegaron a una puerta que decía «Privado».

Tiff entró y de inmediato sintió que esa habitación la acogía en un abrazo gigante y cálido. Había muebles oscuros suavizados por mantas y colchas, así como paredes llenas de lo que parecían libros muy valiosos.

—Por favor, siéntate —dijo él, y señaló un sofá de felpa. Tiffany se sentó frente a una chimenea. Había velas aromáticas parpadeando en el hogar.

Él se sentó en un sillón individual y apoyó los antebrazos en las rodillas. Tenía las mangas de la camisa recogidas a la altura del codo. En la muñeca izquierda llevaba un Rolex.

—Espero que no te importe, pero Brit me ha contado un poco tu situación en casa. No ha sido por cotilleo, se ha encariñado mucho contigo en poco tiempo.

Tiff movió la cabeza de un lado al otro. No le importaba. A menudo se preguntaba si no estaría sobredimensionando el favoritismo de su madre, así que lo que ese hombre opinara al respecto sería bienvenido.

Si bien Tiff sabía para qué estaba allí, las razones por las que se había enfadado el día anterior seguían siendo muy reales. No había llamado a su madre y suponía que Ryan estaría muy cómodo en su habitación.

—Los culpas, ¿no? —preguntó Jake con suavidad. Su expresión estaba llena de calidez y comprensión.

Ella nunca había hablado con nadie de lo que sentía por su familia. Había gente con problemas mucho mayores que los suyos. Así que, si todo eso la hacía sentir como una mierda, ¿qué? Ya lo superaría. Era una adulta.

—Siempre los has culpado de tus sentimientos, desde la primera injusticia que no pudiste justificar ni explicarte a ti misma para sentirte mejor. ¿Recuerdas cuál fue?

—El cumpleaños de Steven —dijo antes de poder contenerse. Y entonces se dio cuenta de que era cierto.

—Cuéntame —pidió él, y se apoyó en el respaldo.

—Mi cumpleaños es en junio. Yo tenía nueve años y me regalaron un par de patines. Me encantaban. Al mes siguiente, llegó el cumpleaños de Steven. Le regalaron una bici y bombones y fuimos al McDonald's a tomar el té.

Algo dentro de Tiff esperaba que Jake se riera. Las palabras habían sonado ridículas a sus propios oídos.

Él no se rio.

—¿Lo que se te quedó grabado fue la disparidad en el valor de los regalos? —preguntó. Ladeó la cabeza y la luz de las velas danzó en su rostro.

Ella reflexionó sobre esa pregunta. Era lo que siempre había creído. Sus patines frente a una reluciente bicicleta nueva. Y, sin embargo, se daba cuenta de que no era eso lo que la perturbaba.

—No, no creo que fuera el regalo, sino la ocasión. Desde el momento en que él se despertó, todo el día giró a su alrededor. Regalos, globos, tarjetas, un raro capricho para ir a tomar el té. Fue la diferencia en importancia, las prioridades.

—Empezaste, entonces, a preguntarte por qué no habías recibido el mismo nivel de atención. ¿Qué habías hecho mal? ¿Por qué no eras lo bastante buena? —Tiff movió la cabeza de arriba abajo. Sentía que las lágrimas le rondaban los ojos. Él se inclinó hacia delante y le tocó la muñeca con suavidad—. Por favor, no te enfades, Tiff, es lo último que quiero, pero tienes que entenderlo. ¿Puedo continuar? —Tiff se tragó la emoción y asintió.

«Es difícil mirar atrás con objetividad, sin emociones, pero, en lo fundamental, antes de cumplir los diez años, ya te sentías incapaz por culpa de las acciones de otras personas. Apuesto a que, a partir de entonces, te pusiste a buscar ejemplos y acontecimientos que reforzaran tu punto de vista, cosas que fortalecieran tu opinión de que, de alguna manera, eras menos que tus hermanos, menos importante, menos digna... —Tiff asintió—. Y los encontraste, ¿verdad?

—Sí —susurró ella. Trataba de evitar que todos esos recuerdos inundaran su cerebro.

—¿Y sabes por qué encontraste tanto refuerzo a tus creencias?

Negó con la cabeza. Este hombre, ahora, estaba a punto de decirle lo que ella siempre se había dicho a sí misma. Se pondría a racionalizar su infancia y le explicaría que había

equilibrio, que también había cosas positivas y que, a veces, ella había recibido más atención que los chicos, pero que los cerebros se aferraban más a lo negativo que a lo positivo. Le iba a decir que sus recuerdos estaban distorsionados y que el amor había sido igual para todos.

—Tiffany, si encontraste tantos ejemplos de favoritismo, es porque existía de verdad. Es evidente que tu madre te trataba de forma diferente a tus hermanos, y eso te ha acompañado y afectado toda la vida. Tenías razón en tus sentimientos. Estaban justificados.

—Oh —exclamó ella, sorprendida.

—Pero lo que añade peso a tus sentimientos es tu deseo de cambiar las cosas. Quieres que tu madre despierte y reparta su afecto por igual, y eso te frena. Sigues esperando un cambio, un cambio que no se va a producir. No puedes provocarlo. —Hizo una pausa—. Como se trata de tu familia de sangre, te sientes obligada a seguir intentándolo, a estamparte contra la pared; pero no funciona y, cada vez que no funciona, vuelves a sufrir la humillación y el dolor. La única que lo pasa mal aquí eres tú. Eso me entristece muchísimo; y no por ti, sino por ellos. —En el cerebro de la agente rondaban todo tipo de pensamientos.

«Me entristece porque creo que no ven lo especial y única que eres. Nosotros lo hemos descubierto enseguida. Eres inteligente, enérgica, entusiasta y cálida. Cualquier familia se sentiría bendecida de veras de tenerte en sus vidas. Es una pena que tu familia de sangre no vea lo mismo que nosotros. —Negó con la cabeza—. Espero que no te incomode, pero quería que supieras que aquí hay quien te entiende. Y esta gente sabe, también, que el primer paso para la recuperación, para descubrir tu verdadero yo, es la distancia. Tienes que ayudarte a ti misma para que te importe menos la opinión de tu familia y, lo que es más importante, sus actos. ¿Todo esto tiene sentido para ti? —Tiff asintió con la cabeza—. Es algo en lo que aquí podemos ayudarte, pero tienes que decidirlo tú misma.

—Yo no… Yo…

—No lo pienses ahora. Date tiempo para meditar y procesar lo que hemos hablado. No hay por qué apresurarse —dijo él con una sonrisa—. Ahora, baja al comedor, donde te espera una buena comida caliente.

Tiff le dio las gracias y salió de la habitación. Cuando llegó al comedor, todavía estaba aturdida. Intentaba examinar los sentimientos que zumbaban dentro de su cabeza como fuegos artificiales. Era consciente de todas las sonrisas y los saludos, y los devolvía. Aunque agradables, le resultaban extraños al no tener a Britney a su lado. Ya había llegado a pensar en las dos en algo así como un equipo.

Por primera vez, entró en el comedor durante el alboroto de las zampoñas y la gente comía y charlaba a la vez. Era el segundo turno.

Bah, pero qué importaba. Tenía hambre y se sentía capaz de comerse cualquier cosa. Se puso al final de la fila.

—Hola. Eres Tiffany, ¿verdad? —le preguntó una voz desde detrás de las mesas de servicio.

Era la mujer que la noche anterior le había puesto en el plato la chuleta de cerdo con

puré.

—Sí, sí, soy yo.

La mujer metió la mano debajo de la mesa y sacó un plato con tapa.

—Es del primer turno. Jake nos pidió que te apartáramos una comida. Ten cuidado, el plato está caliente —le dijo, y lo empujó hacia ella.

—Muchas gracias… —dijo Tiff, mientras en su interior se propagaba una calidez esperanzadora, aunque ni siquiera sabía el nombre de la mujer.

—De nada, cariño —dijo esta con una sonrisa—. Para que lo sepas, me llamo Sheila.

Capítulo 81

—Las sectas son difíciles de abandonar porque la gente se siente leal —continuó Kane una vez que todos tuvieron nuevas bebidas ante sí—. Hay presiones grupales, los miembros creen en el grupo. Pueden estar reventados y confundidos, ya separados de su pasado. Temen a un mundo sin el grupo. Si juntas todas estas cosas, se trata de una fuerza poderosa. Como terapeutas de quienes han salido, tenemos nuestros propios procesos, pero...

—No siempre funcionan —remató Kim.

—Por supuesto que no. Piense en su propio campo, inspectora: si alguien fabricara una cerradura nueva, algún delincuente avispado la tendría abierta en cuestión de horas. Y lo mismo ocurre con la protección informática. En el momento en que uno termina de escribir el programa, ya tiene a algún chico capaz de jaquearlo. Una persona que ofrezca resistencia a la terapia de salida podría decir: «Sí, ya me habían dicho que dirías eso». Recuerde que la sola idea de irse es aterradora. Cuando están fuera, las personas se sienten culpables, avergonzadas, llenas de reproches autoimpuestos, miedos y paranoia. Muchos se sienten deprimidos y solos. Tienen poca confianza en sí mismos y ya no se creen capaces de tomar buenas decisiones.

—¿Y por eso usted pensó que Sammy Brown no estaba lista?

Kane asintió.

—Ella llevaba dos años dentro. En tiempo de culto, eso es media vida. No estaba preparada para abordar las cuestiones prácticas relacionadas con la cotidianidad. Estas personas tienen que enfrentarse a revueltas psicológicas y emocionales que pueden causarles agonías intensas, tienen que desarrollar una nueva red social e intentar reparar sus viejas relaciones. Puede costarles entre seis meses y dos años volver a tener una vida normal. Si son capaces de ver lo que ocurrió, sufren un nuevo cúmulo de culpas por las personas que han quedado atrás. Temen las represalias de la secta y son incapaces de confiar en nada ni nadie. Vigilan de cerca a sus familiares y amigos. Un exmiembro de una secta podría tardar años en asimilar la ira y el resentimiento, por exitosa que haya sido la desprogramación.

—¿Cómo funciona la desprogramación?

—No hay fórmulas mágicas ni pociones. Se trata de conseguir que la persona cuestione sus propias creencias y las examine. Debemos mostrarle las similitudes que hay con otros grupos, leerle libros y artículos con los que pueda identificarse, enseñarle vídeos sobre sectas. Convencerla de que ha caído en una trampa. Demostrarle que, en un principio, entrar no ha sido una elección personal.

«Nos centramos en el presente; no en lo que ha hecho, sino en lo que puede hacer. Tenemos que crear una buena relación y generar confianza. Tenemos que hacer lo posible por acceder a la identidad anterior al culto. Poner a la persona de nuevo en contacto con quien era antes. Para deshacer el adoctrinamiento fóbico, debemos conseguir que visualice un futuro feliz. Hay que exponerle las definiciones concretas del control mental y las características de las sectas destructivas. Somos pacientes y

perseveramos. Algunos exmiembros de sectas describen su situación como haberse enamorado profundamente para luego descubrir que solo los estaban utilizando. —Volvió a reclinarse en su silla—. Sabemos que algunas personas nunca se recuperan de la experiencia de estar en una secta. Han cambiado para siempre. Algunos, incluso, preferirían morir antes que intentar readaptarse a la vida normal.

—Entonces, ¿el suicidio es una amenaza muy real? —preguntó Kim. Pensaba en que la muerte de Sammy casi había sido clasificada como tal.

—Muy real —dijo, y consultó su reloj—. Y estoy seguro de que no puedo decirles nada más.

—¿Y su verdadero nombre? —le preguntó.

—No es relevante.

Había valido la pena intentarlo.

—Bueno, gracias por su ayuda —dijo ella, y le ofreció la mano.

Él se la estrechó a su vez.

—¿Sabe?, de verdad espero que encuentren al responsable de estos asesinatos.

—Descuide, lo haremos —le aseguró ella.

Él asintió y se dirigió a la puerta. Las dos mujeres que estaban detrás del mostrador lo vieron marcharse.

Kim esperó cinco segundos antes de ponerse en pie.

—Vuelvo en un minuto —le dijo a Bryant por encima del hombro.

¿Este tipo de verdad la creía tan verde como una lechuga?

A su salida del café, lo vio desaparecer tras la peluquería de la esquina. A cincuenta metros, más abajo, había un pequeño aparcamiento.

Kim lo siguió a unos treinta metros de distancia. Dejaba que otros compradores se interpusieran entre los dos. El tipo era tan alto que no podía mezclarse con la multitud. Vale. No les había dicho cómo se llamaba, pero su coche tenía que estar registrado a nombre de alguien. A partir de esa información, podrían seguirle el rastro. Estaba sorprendida de que él no se hubiera dado cuenta.

De repente, Kane giró bruscamente a la izquierda, a una pequeña calle lateral que conducía de nuevo a la calle principal.

—Pero ¿qué...? —dijo Kim, y aceleró el paso. Llegó a la esquina justo a tiempo de verlo meterse en un taxi.

Maldita sea. Después de todo, sí lo había pensado.

«A la mierda», se dijo a sí misma. Acababa de percatarse de que no le estaba dando suficiente crédito a ese hombre. En realidad, todo corría en sus términos.

Se enfureció. Pero lo encontraría. Ahora estaba más decidida que nunca.

—¿Y bien? —preguntó Bryant, mientras ella se subía al coche.

—Ha cogido un taxi.

—Tipo listo. ¿Adónde vamos ahora?

Kim levantó un dedo. Acababa de recibir un mensaje de texto de Tiff.

Lo leyó y luego miró a su colega.

—Bueno, esto no me lo esperaba.

Capítulo 82

Tiff entró en el dormitorio con las palabras de Jake aún rondándole la cabeza. ¿Todo era tan fácil como renunciar a sus expectativas de cambio? Había algo estimulante en la idea de que podía disminuir el efecto que los actos de otras personas tenían sobre ella. Lo único que tenía que hacer era preocuparse menos.

—¿Buena charla? —le preguntó Britney con una sonrisa que, a esas alturas, Tiff distinguía como forzada.

—Sí, la verdad es que sí. Jake me ha dado mucho en qué pensar.

—Sí, tiene ese poder. Por eso lo escuchamos todos. Conoce muy bien el funcionamiento de la mente.

Tiff sonrió al ver sobre su cama, en perfecto orden, una muda de ropa apilada. Estaba usando los mismos vaqueros y el mismo jersey del día anterior.

—Ay, qué bien. Me daré una ducha rápida y me cambiaré.

—Genial, esta tarde tendremos una charla abierta y me encantaría que vinieras.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—Todos los que quieren vienen al gran salón. Nos cuentan cómo les ha ido y cómo se sienten. Es una gran oportunidad para conocer a otros.

—Estupendo —dijo Tiff. Cogió la ropa. No la sorprendió ver que era de su talla.

—No hablaste con ella, ¿verdad? —preguntó Brit en voz baja.

Tiff se puso rígida. Solo podía referirse a una persona.

Se volvió hacia su nueva amiga.

—¿Con quién? —preguntó.

—Con esa oficial de policía.

Tiffany frunció el ceño.

—Tú estabas allí. Apenas me miraba; ni siquiera me dirigía la palabra, maldita grosera y...

—Más tarde, quiero decir, en el baño de mujeres. —Tiff seguía mirándola—. Ella también estuvo allí —continuó Brit.

Así que las había visto salir de los baños. Joder, ya no le quedaba otra que mentir como una descarada.

—Brit, ni siquiera sabía que estaba ahí, pero, si lo hubiera sabido, ¿qué podría haber dicho?, ¿eh?

Brit se encogió de hombros.

—No lo sé. Tal vez cosas malas sobre Jake y el...

—Espera, ¿crees que hablaría mal de un lugar y unas personas que me han acogido cuando lo necesito?, ¿que me han alimentado y vestido y me han hecho sentir bien conmigo misma? —Tiff vio que la tensión desaparecía del rostro de la pelirroja. Quiso dar otra vuelta de tuerca—: Si quiere cosas negativas, no las va a conseguir de mí.

Dio a su amiga un codazo en las costillas.

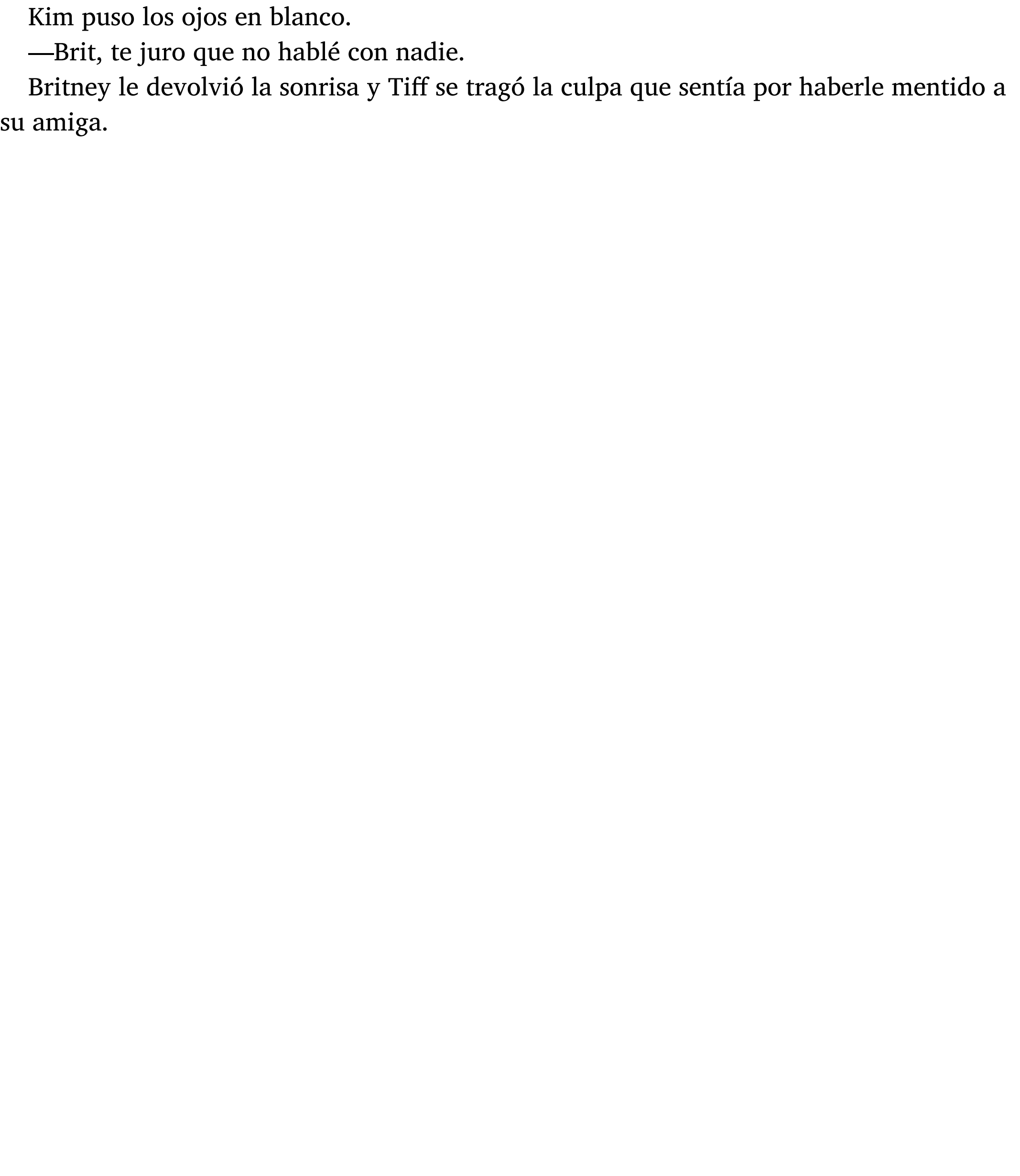
Britney se rio mientras le devolvía un leve empellón por la espalda.

—Entonces, ¿de verdad no hablaste con ella?

Kim puso los ojos en blanco.

—Brit, te juro que no hablé con nadie.

Britney le devolvió la sonrisa y Tiff se tragó la culpa que sentía por haberle mentido a su amiga.



Capítulo 83

—Vale, chicos, ya sabemos que Sheila Thorpe está vivita y coleando en la Granja de la Unidad —dijo Kim a dos tercios de su equipo. Sin embargo, visto el ceño fruncido de Stacey, supo que no había captado toda la atención de su reducida audiencia.

Bryant, antes de dirigirse a Worcester, la había dejado en la entrada de la comisaría. Y también la había puesto al corriente de todo lo que había sucedido con Peter Drake. Kim quiso que su compañero, por su propio bien, se ocupara de ese asunto.

—¿Te parece conveniente que vaya a decírselo a la hija de Sheila? —preguntó Penn.

Por un instante, Kim se preguntó si la mujer se sentiría aliviada o consternada de saber lo de su madre, pero merecía saber la verdad.

—Sí, y si Stacey quisiera unirse a nosotros en esta conversación…

—Perdona, jefa, pero comprobaba unos datos del registro de la propiedad, y ahora puedo confirmarte que la Granja de la Unidad no es, en definitiva, el primer culto de Jake Black.

—¿Qué? —preguntó Kim, sorprendida. Nunca se había planteado esa posibilidad.

—Penny Hicks reveló algo en su mensaje. Dijo que había estado doce años con Jake, y sabemos que la Granja de la Unidad solo lleva diez. Resulta que él creó un grupo cuando tenía veintiocho. Era un colectivo religioso con solo unos veinte miembros. Se asociaron para comprar una pequeña explotación en Somerset. Todo iba bien hasta que Graham Deavers, un chico de dieciocho años, murió en circunstancias sospechosas al caer de un tejado mientras realizaba trabajos de reparación. Las autoridades no se quedaron convencidas, pero tampoco encontraron pruebas de que hubiera sido un asesinato. El forense registró la muerte como accidental. Cinco meses después, se produjo una segunda muerte: el suicidio de un hombre de unos veinte años llamado Christopher Brook. Veinte personas atestiguaron que estaba deprimido y que había hablado de acabar con su propia vida.

—Lo cual podría ser cierto —dijo Kim en pro de la objetividad.

Stacey asintió, aunque parecía dudarlo.

—Este segundo incidente disolvió el grupo. La propiedad se vendió. Entonces, Jake Black desapareció durante unos meses, hasta que nació la Granja de la Unidad.

—Vaya, Stace, buen trabajo. Retoma eso y que sea tu prioridad —le dijo.

Esa nueva información suscitaba aún más preguntas sobre Jake Black. Si su secta anterior había sido religiosa, ¿por qué cambiar a una de bienestar como la Granja de la Unidad? ¿De verdad le importaba algo, además de ser adorado?

Kim se tomó unos minutos para poner a todos al corriente de su conversación con Kane.

—Parece que sabe lo que hace —observó Stacey—. Todo lo que he averiguado en estos últimos días confirma lo que ha dicho. Penny Hicks parecía aterrorizada de hablar conmigo o de entrar en detalles sobre cualquier cosa relacionada con la Granja. Cuando intenté presionarla, simplemente desapareció. Y luego está esa chica que se lanzó por la ventana.

Después de lo que había aprendido de Kane, esas cosas ya no escandalizaban tanto a Kim. Era justo decir que, en su equipo, ninguno había comprendido los efectos duraderos de lugares como la Granja de la Unidad.

—¿Puedo hablar con toda libertad, jefa? —preguntó Stacey.

Kim enarcó una ceja. La asistente sabía que tenía permiso para decir lo que le diera la gana, así que esa era una forma de advertirla de que, quizás, no le gustaría lo que iba a decirle.

—Se trata de Tiff. Quiero decir, estoy preocupada...

—La he visto hoy, Stace. Está bien —la tranquilizó Kim—. Le mandaré un mensaje más tarde, solo para asegurarme.

—Gracias, jefa.

—Así que, mañana, concentraremos nuestros esfuerzos en identificar a nuestro hombre del lago, en examinar a Kane Devlin y en profundizar en el culto anterior. Penn, todavía quiero saber adónde ha ido ese dinero, pero, por ahora, hemos terminado.

—Vale, jefa —dijo él, y echó su silla atrás.

Stacey hizo lo mismo.

* * *

Con Penn fuera de la sala de la brigada, Kim se cruzó de brazos.

—Así que ¿van bien los planes de la boda, Stace?

—Sí, jefa —dijo ella, sin entusiasmo, mientras guardaba el teléfono en la mochila.

Esa mujer no estaba disfrutando con los preparativos del día más feliz de su vida.

—¿Cuánto peso has perdido en el último mes? —le preguntó.

—Poco más de un kilogramo —fue la triste respuesta.

—¿Por qué?

—No lo sé. Es como si no pudiera...

—No. ¿Por qué lo sigues intentando?

—Solo quiero que todo sea perfecto.

—¿Cuánto pesabas cuando Devon te pidió que te casaras con ella?

—Un kilo y medio más —respondió Stacey, con una sonrisa irónica.

—No se trata de tu peso, Stace. Devon te quiere como eres, y lo sabes. —Desvió sus ojos hacia el escritorio de Penn, un espacio que antes ocupaba el sargento detective Kevin Dawson—. ¿Sabes?, un muy buen amigo tuyo me dijo una vez que nunca te creerías lo bastante buena para Devon, y tenía razón. Creo que a ti te dijo lo mismo. —Los ojos de Stacey enrojecieron de repente—. Imagina a Kevin aquí mismo, ahora. ¿Qué te diría?

Stacey tragó saliva.

—Que soy lo bastante buena y que Devon es la afortunada.

Kim desvió la mirada del escritorio y la dirigió de nuevo a su colega.

—Y, por una vez, Stacey, habría tenido razón.

Capítulo 84

Bryant entró en una sala repleta de charlas entusiastas. Los escritorios estaban llenos de pequeños vasos de plástico a medio llenar y había una botella de vino barato en el escritorio principal. Esparcidas por los puestos de trabajo había, también, tres cajas de *pizza* abiertas.

Travis se le acercó con una mano extendida y una taza de café en la otra.

—Adelante, Bryant —dijo afable—. Celébralo con nosotros.

Lynne le dedicó un brindis con su Coca-Cola Diet.

—¿Qué ha ocurrido?

—Ha confesado —dijo Travis, y se aflojó la corbata—. Peter Drake nos lo ha contado todo.

—¿Es coña? —preguntó Bryant.

Veinticinco años antes, el hombre se había escondido detrás de un abogado. No había dicho una sola palabra hasta haber puesto un pie en el tribunal.

—No. Lo hemos pinchado un poquito y ha escupido todo. Lynne y yo volveremos para terminar, una vez el tipo haya descansado un poco, pero te puedo asegurar que Peter Drake irá de nuevo adonde debe estar.

—Joder —dijo Bryant. Su cuerpo acababa de liberarse de la tensión que había arrastrado los últimos días.

Travis vertió en un vaso lo que quedaba del vino.

—Toma esto —le dijo.

Bryant se negó. La botella y las tazas eran solo para exhibirlas y para la gente que no conducía. Pocos policías que él conociera eran capaces de tocar una gota si tenían que ponerse al volante.

—¿Te importa si veo la cinta? —preguntó.

El rostro de Travis se puso serio.

—Cielos, Bryant, ya tienes lo que querías.

Una chica de unos veinte años había sufrido un horrible y brutal asesinato. Nunca llamaría a eso «Tener lo que quería».

—Por el cierre, Travis. Veré la confesión y todo quedará atrás.

Notó la frustración del hombre, pero no le importó. Si algo había aprendido de su jefa era que había que llegar hasta el final.

Travis llamó a un delgado oficial que estaba cogiendo un trozo de *pizza*.

—Bob, pon la confesión.

Bob miró de uno a otro y volvió a dejar la *pizza* en la caja. Se frotó las manos en los pantalones, se sentó, descargó el vídeo, se levantó y pidió a Bryant que ocupara su asiento.

Después de darle las gracias, Bryant lo vio dirigirse de nuevo a esa porción de *pizza* que ya llevaba su nombre.

Se sentó y cogió los cascos. Aún estaban conectados al ordenador.

Lynne se apoyó en el escritorio.

—Hola, Bryant.
—¿Tú hiciste el primer interrogatorio? —le preguntó él.
Ella asintió.
—A mí me tocó la detención, y pocas detenciones me han dado tanto placer. Esta noche dormiré sabiendo que ese pedazo de mierda volverá a estar entre las rejas.
—Los dos, tú y yo —dijo Bryant, sin dejar de mirar la pantalla.
—Vale, te dejo. Solo quería preguntarte cómo está Penn. He oído que su madre está muy cerca de…
—Penn es como es —le contestó con franqueza—. No lleva sus problemas al trabajo. —Bryant notó cómo la chica se miraba los pies mientras él mencionaba el nombre del sargento—. ¿Sabes?, creo que deberías preguntárselo tú misma. Estoy seguro de que te agradecería…
—Oye, Lynne, nos marchamos —gritó Travis desde el otro lado de la sala.
El hombre volvía a tener la corbata bien puesta en el cuello de la camisa. Ya había recogido la chaqueta del respaldo de la silla.
—Sí, quizás… —dijo ella. Cogió una carpeta de su escritorio y siguió a su jefe fuera de la sala.
Bryant pulsó la tecla de avance y vio cómo la pantalla cobraba vida.
Travis y Lynne entraron en la habitación. El inspector detective ofreció los detalles a la cámara.
—*Señor Drake, ¿nos confirma que ha renunciado al derecho de pedir un abogado*?— preguntó Travis. Drake asintió—. *Conteste, por favor.*
—*No quiero ningún abogado. Solo un cigarrillo.*
—*¿Entiende que ha sido arrestado por la violación y asesinato de Alice Lennox?*
—*Sí.*
—*¿Tiene algo que decir al respecto?*
—*He sido yo.*
—*¿Q-qué?*
—*He sido yo. Yo la maté. Me habéis pillado.*
Diez segundos de silencio.
—*Señor Drake, ¿está confesando el asesinato de Alice Lennox?*
—*Claro que sí. Eso es lo que queríais oír, ¿no?*
—*Sí, en caso de que esa sea la verdad* —dijo Lynne.
—*Claro que es la verdad, puta de mierda. Yo maté…*
—*Cuidado con lo que dice, señor Drake. Ahora, ¿quiere ampliar su declaración?*
Travis sabía lo que hacía. Quería detalles que pudieran sostenerse ante el tribunal cuando Peter Drake cambiara de opinión y se declarara inocente.
—*Mira, era una puta. No se ha perdido nada. Cuando dejó a otros, yo me acerqué. Se vino feliz conmigo para ganarse unas libras.*
—*¿Lo siguió voluntariamente?*
—*Le ofrecí setenta libras por una mamada. Por supuesto que me siguió. Me la llevé a la Spinners Corner y la sometí de una bofetada.*
—*¿Y la violó?*

—No con mi polla. Era una putilla. Podría haber tenido cualquier cosa. No, le metí una botella de cerveza...

—¿Y después?

—Saqué mi cuchillo y empecé a rajarla. Cortes pequeños al principio, lo justo para ver cómo se separaba la capa superior de la piel. Luego corté con más fuerza, más hondo. Cuanto más gritaba, más fuerte le metía las cuchilladas. La iba rebanando y cortando como si fuera la puta cena del domingo. Sí que sangraba. Empezó a desmayarse. Volvía en sí y se desmayaba otra vez, así que la abrí bien.

—¿Puede describir...?

—Ya sabes. La has visto. Sabes lo que me gusta. Cogí el cuchillo y la abrí en canal, desde el interior del muslo hasta el tobillo. Las dos piernas.

—¿Y después?

—La vi morir. Mi segunda parte favorita.

—¿Y entonces?

—Me alejé. La abandoné ahí mismo, como el pedazo de mierda que era.

Otros diez segundos de silencio antes de que Travis se volviera a la cámara y terminara el interrogatorio.

Bryant aflojó los puños y se quitó los auriculares, consciente de que el horror de la escena descrita por Drake se repetiría en su cabeza durante semanas.

Travis tenía razón. Ese enfermo hijo de puta había confesado y Bryant tenía ahora lo que quería. Sin embargo, después de haber escuchado lo que el tipo le había hecho a esa chica, no sentía la victoria en absoluto como una victoria.

Capítulo 85

Kim salió de la comisaría y caminó hacia la Ninja, que había dejado aparcada al final de la fila de coches patrulla.

Su corazón dio un vuelco cuando una figura salió de la oscuridad y le bloqueó el paso.

—¡Joder! —exclamó.

Tenía delante los ojos enrojecidos de Kate Brown. Por debajo del gorro de lana de la mujer asomaban unos mechones de pelo rubio que se enroscaban en la solapa de un pesado abrigo largo. Aunque era una noche fría, las temperaturas no habían descendido tanto como para justificar semejante precaución de pleno invierno.

—Lo siento, inspectora. Necesitaba hablar a solas con usted. —Echó un vistazo a la entrada de la comisaría—. Hace un buen rato que estoy aquí.

—¿Quiere entrar? —le preguntó Kim, desconcertada.

Ella sacudió la cabeza y miró a su alrededor.

—No, no, solo será un minuto.

Aunque estaba en el aparcamiento de una comisaría, la mujer parecía aterrorizada. Había pocos lugares más seguros en los que pudiera estar.

Kim cayó en la cuenta.

—¿Sabe Myles que usted está aquí?

Titubeó.

—No, es un hombre testarudo. Aún cree que debemos dejar la seguridad de Sophie en manos de Kane.

—¿Y usted no lo cree? —preguntó Kim. La llevó a un lado cuando dos agentes salieron por las puertas. Al parecer, el abrigo largo y pesado y el gorro eran un intento de disfraz.

La señora Brown se acomodó un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Cada hora que pasa me pongo más nerviosa. Siento que algo va a salir mal, y no puedo evitarlo.

—¿Kane ya le ha confirmado que la tiene? —preguntó Kim.

—No, no nos da ninguna respuesta directa, y cada vez es más difícil ponerse en contacto con él. Cada minuto sin ella me está volviendo loca. Sigo con la sensación de que se me acaba el tiempo, de que nunca volveré a ver a Sophie. —Se le llenaron los ojos de lágrimas—. Por favor, ayúdeme, inspectora, no puedo perder a mi otra hija.

Hasta ese momento, Kim no había dedicado tiempo a la búsqueda intensa de Sophie Brown. Era una adulta que no deseaba volver a casa. Sin una denuncia de desaparición ni instrucciones directas de los padres, no tenía derecho a interferir.

—Señora Brown, ¿me está pidiendo formalmente que busque a su hija desaparecida?

Kate no lo dudó.

—Inspectora, por favor, traiga a mi hija a casa.

Esas eran las palabras que Kim necesitaba oír.

Capítulo 86

Tiff siguió a Britney al comedor. Las largas mesas y las sillas se habían reorganizado para formar un gran cuadrado, como un banquete medieval, de modo que todos pudieran ver a los demás. Había una selección de refrescos y tentempiés donde solían ponerse los alimentos calientes.

Tiff miró a su alrededor.

—¿Solo mujeres? —preguntó.

—Sí, el jueves es noche de damas.

—¿Y por qué os separan?

Brit la guio hasta dos asientos juntos.

—Porque los problemas de los hombres son diferentes a los de las mujeres, y hay que poder hablar abiertamente.

Tiff vio que Sheila estaba punto de sentarse enfrente y le sonrió. La mujer la saludó con la mano.

—Bien, señoras, ¿estamos listas? —gritó una mujer mientras cerraba la puerta del comedor.

—Es Lorna. Lleva aquí nueve años. Ella es quien me trajo. Es increíble.

Tiff echó un buen vistazo a la mujer vestida con vaqueros lavados y camiseta teñida. Llevaba el pelo largo y castaño recogido. La coleta desordenada dejaba a la vista unos pendientes de perlas. Su rostro era relajado y agradable. La agente se tomó un momento para observar a las demás mujeres. Sophie Brown no estaba ahí.

Lorna esbozó una sonrisa que se repitió como un eco por toda la sala.

—Permitidme empezar dando la bienvenida a Tiffany. Tengo entendido que le gusta que la llamen Tiff.

Las sonrisas se volvieron hacia ella. Todas la saludaron con la voz o agitando la mano.

Nunca había estado en una sala llena de tantas mujeres. Nunca se había sentido tan bienvenida y aceptada.

—Vale, ¿alguien quiere empezar o elijo yo? No lo olvidéis. Podéis decir lo que queráis, que no saldrá de aquí. Podéis ser tan francas como os apetezca. Todas estamos aquí para ofrecernos apoyo y ayuda.

En la mesa de enfrente, a tres asientos de Sheila, una chica levantó una tímida mano.

Tiff supuso que tendría unos veinte años. Llevaba el pelo rubio corto y un flequillo que casi le tapaba los ojos.

—Adelante, María —dijo Lorna.

La chica pasó la mirada por todo el grupo.

—Esta semana me ha costado —admitió—. No es que no quiera estar aquí, es solo que...

—Venga, María. Aquí, todo lo que digas es seguro —la animó Lorna.

—Es que me encanta mi trabajo en el jardín y me encanta formar parte de la familia, pero esta semana es el cumpleaños de mi madre y...

—María, no te sientas mal por echar de menos a tu madre. Aquí no juzgamos a nadie.

Todo el mundo lo entiende. De vez en cuando, todos echamos de menos cosas de fuera. —Tiff notó que Sheila se miraba las uñas—. Aquí, una vez decidimos centrarnos en nosotros mismos, sacrificamos cosas del exterior; y hace siete meses que eres un valioso miembro de esta familia. Sabes que estás donde debes estar y que aquí todos te queremos. —Lorna hizo una pausa para que todas pudieran murmurar que estaban de acuerdo—. A veces, después de cierto tiempo, es fácil olvidar lo que, en principio, nos ha traído aquí: las fuerzas tóxicas hirientes que nos han hecho sentir indefensas, que nos han hecho sentir menos de lo que somos. Incluso un breve contacto con esas fuerzas puede echar por tierra todo nuestro trabajo por recomponernos. —María escuchaba con atención todo lo que decía Lorna.

«Creo que ahora eres más fuerte, María, pero no lo suficiente para soportar el recuerdo de lo que ella te hizo pasar. —La agente notaba la indecisión de la chica—. Todos aquí apoyaremos tu decisión.

«Si quieres llamar a tu madre para desearle feliz cumpleaños, nadie te juzgará, pero voy a preguntarte algo: cuando tenías diez años y ella se caía de lo borracha que estaba, ¿le importaban las felicitaciones de cumpleaños? —Ninguna pareció sorprenderse por esas palabras de Lorna. Era evidente que todas conocían la historia de las demás—. ¿Y le importaba tu cumpleaños cuando tenías dieciocho años e ibas a visitarla a la cárcel? ¿Le importaban los cumpleaños cuando se llevaba todo tu sueldo de la gasolinera para comprar alcohol?

Esas palabras, aunque duras, estaban envueltas en una suave capa de empatía y comprensión.

Durante todo el tiempo, María había negado con la cabeza.

Lorna se levantó y fue hacia la chica. Le puso la mano en el hombro.

—Cariño, si sientes que estás preparada para dejar que esa relación tóxica vuelva a tu vida, te apoyaremos. Lo único que queremos es que seas feliz. —Las lágrimas resbalaron por las mejillas de María. Lorna la giró, la abrazó y le acarició el pelo—. Está bien, cariño, déjalo salir. Sabes que todas te queremos.

Otras mujeres se levantaron de sus asientos y se reunieron en torno a María. Una mano aquí, un toque allá.

Lorna se zafó de lo que ya se había convertido en un abrazo grupal y volvió a su asiento.

Cuando los abrazos terminaron, María levantó la cara y Lorna le buscó la mirada.

—¿Quieres que organice la llamada?

La chica movió la cabeza de lado a lado con energía y decisión. Por toda la sala corrieron los asentimientos.

—¿No es increíble? —preguntó Britney al lado de Tiff.

La agente asintió, aunque ella habría utilizado la palabra «persuasiva».

Siguieron escuchando cómo las mujeres expresaban preocupaciones por los aspectos perdidos de su vida anterior. Cada una, confrontada ante su propia historia, era desviada experta y sutilmente.

Después de haber disuadido a una adolescente de que visitara a su hermana embarazada, Lorna consultó su reloj.

—Bien, señoras, hagamos una pausa para tomar algo. Luego quiero hablaros de cosas emocionantes que tenemos planeadas para el mes que viene.

Todas se levantaron para dirigirse a la mesa de servicio.

—Vuelvo en un segundo —dijo Britney, y caminó en dirección de Lorna, que seguía sentada.

En la cola, Tiff se encontró con Sheila.

—Hola, Tiff —dijo ella, y seleccionó una bebida.

La agente también cogió un vaso.

—Hola —respondió—. Vaya, esto ha sido difícil de digerir —continuó, para ganarse su atención.

Sheila dio un paso de lado.

—A veces es duro de oír, pero por eso celebramos estas reuniones, para que la gente pueda sincerarse y hablar sin tapujos de sus sentimientos.

Tiff tomó un sorbo.

—¿Y tú echas de menos a alguien? —preguntó.

Sheila se encogió de hombros y una sombra de tristeza encapotó su rostro.

—A gente de mi antigua vida, en ocasiones, pero ahora mismo sé que estoy exactamente donde debo estar. ¿Todo esto tiene sentido para ti? —Tiff asintió. No sabía si esa respuesta sería satisfactoria para la hija de esa mujer—. ¿Y qué hay de ti?, ¿te han traído aquí los problemas familiares?

Tiff recordó el mensaje de texto que acababa de enviarle la jefa. Había sido breve y urgente: «Encuentra a Sophie».

Hasta el momento, aunque había escudriñado los rostros de todas las mujeres con las que se había cruzado, no había visto a la hermana de Samantha.

Tiff asintió.

—También pensé que aquí podría estar una amiga mía. Quizás la conoces. Se llama Sophie. Sophie Brown.

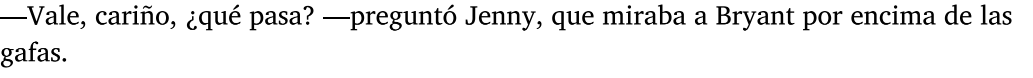
Sheila miró a su alrededor y sus rasgos se endurecieron.

—Te habrás equivocado. Aquí no hay nadie que se llame Sophie.

Tiff sintió un temblor en la mano. Negación total de la existencia de alguien.

Por lo que sabía, eso solo ocurría cuando la persona se había ido o estaba muerta.

Capítulo 87



—Vale, cariño, ¿qué pasa? —preguntó Jenny, que miraba a Bryant por encima de las gafas.

—Nada —respondió él—. Estoy bien.

—No, no lo estás. Apenas has hablado desde que has llegado a casa. Además, esos grandullones de negro acaban de meter un gol y tú ni siquiera...

—Es una marca —respondió en automático. Ella lo sabía bien.

La boca de Jenny se crispó.

—Bueno, ¿quieres hacer el intento de ser sincero con tu mujer sobre por qué llevas veinte minutos mirando la foto de Laura en vez de ver la partida que te he grabado...?

—Partido —corrigió él.

—Como quieras —dijo ella, y dejó a un lado su bandeja de manualidades. Hacía poco que había descubierto algo llamado pintura con diamantes, que se hacía con un lienzo pegajoso y cientos de piedrecitas brillantes. Algunas de esas mierdecillas habían conseguido escapar y le guiñaban el ojo desde la alfombra una y otra vez—. ¿Una taza de té?

—Sí, por favor —respondió Bryant.

—No, me refería a que si quieres hacerlo tú.

—Sí, iré a...

—Ay, Dios, debe de ser grave —dijo ella, y se quitó las gafas del todo—. Nunca te preparas una bebida después de las diez.

—Jenny, ¿qué tratas de...?

—Estoy tratando de que veas lo ido que estás. Ahora sé que no se trata de tu caso actual, porque cualquier cosa que te molestara ya te la habrías llevado para digerirla con Kim. Así que tiene que ser el asunto de Peter Drake.

Y tenía razón, claro; pero lo que él no comprendía era por qué seguía dándole vueltas.

Cuando trabajaba en un caso con la jefa, sentía una tensión nerviosa que le llegaba al vientre. Iba de un lado al otro entre la inquietud, la emoción, la ansiedad y la esperanza. No era agradable ni desagradable. Simplemente estaba ahí. Había poca correspondencia, salvo en una cosa: en cuanto arrestaban a alguien, la sensación desaparecía. Su estómago se asentaba hasta el siguiente crimen importante. Sin embargo, con Peter Drake, la sensación aún estaba presente.

—Vale, tengo tres teorías —dijo Jenny, y se sentó sobre sus piernas.

—¿Solo tres? —bromeó él.

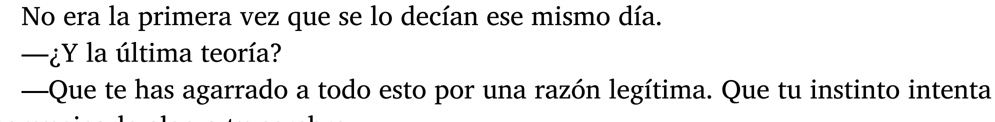
—La primera es que todo ha sucedido tan deprisa que aún no comprendes tus emociones. ¡Ah!, de hecho, son cuatro teorías.

Bryant rio a carcajadas.

—La segunda teoría es que aún estás en el proceso de aceptar que has tenido la razón en algo.

—Jen.

—Vale, descartemos esa. Mi siguiente teoría, que probablemente no te guste, es que te


estás aferrando a ese caso porque no sabes cómo dejarlo ir.

No era la primera vez que se lo decían ese mismo día.

—¿Y la última teoría?

—Que te has agarrado a todo esto por una razón legítima. Que tu instinto intenta comunicarle algo a tu cerebro.

—¿Y si fueras una mujer de apuestas?

—Apostaría por la última. No conozco el caso, pero te conozco a ti. Así que saca tu portátil y repasa todo lo que sepas, que yo iré a preparar el té.

Bryant la vio salir. De verdad, era el hombre más afortunado del mundo. Y siempre sabía cuándo debía hacer lo que le decía su mujer.

Capítulo 88

Tiff se tumbó en la cama con la sensación de que los párpados se le caían al ritmo de la respiración profunda de Britney, a pesar de que tenía el estómago bastante tranquilo.

No podía creer que, esa misma mañana, ella y Britney hubiera estado en casa de Hilda. Vaya día más completo. Había sido una cosa tras otra.

En el comedor, la reunión se había reanudado con una historia muy diferente. El ambiente se iba cargando de positivismo mientras Lorna las ponía al corriente de los avances de las obras y de cuándo estarían listos la nueva piscina cubierta, el jacuzzi y la sauna. Habían tenido éxito en reservar sesiones con un conocido profesor de yoga y un maestro de *reiki*. Además, tenían previsto tener su propio ganado. Lorna también había pedido voluntarias para que se responsabilizaran de diversas tareas, y las manos se habían alzado en el aire.

Por último, en una sección de momentos destacados, había pedido a todos que eligieran el instante más positivo de la semana. Y a cada mención había seguido un breve aplauso. Tiff se había visto sorprendida cuando también tuvo que revelar el suyo.

—Conocer a Britney —había soltado. Emocionada, la chica pelirroja le había tocado con suavidad el brazo. Tiff pudo ver cómo el color inundaba sus mejillas.

La reunión se había disuelto entre charlas, risas y buen humor. La tristeza del principio había quedado olvidada, puesto que la atención de todas estaba centrada en el futuro. ¿Todo había sido orquestado de esa manera? ¿Eran esas reuniones sesiones de control para ver quién amenazaba con marcharse?

Y ahora ahí, en la cama, a solas con sus propios pensamientos, cuando lo único que quería era dormir, tenía la lucidez mental para hacerse esas preguntas.

Mientras participaba en las actividades y escuchaba las historias de las demás mujeres, comprendía en cierto modo el atractivo de la vida en la Granja. Había una lealtad que nunca había visto en ningún otro lugar.

Se sentía atraída. Se sentía parte de la vida cotidiana. A veces se olvidaba de por qué estaba allí. A veces tenía la sensación de que salía de sí misma, de que se desprendía de algo, de que dejaba algo atrás. Era emocionante y desconcertante al mismo tiempo.

Pensar en Ryan y en su habitación ya no la llenaba de la misma rabia de antes. Ahora, esas dificultades parecían pequeñas y lejanas.

Y ese era el problema. Se dio cuenta y abrió los ojos de par en par. Así funcionaba. No había nada tan importante como para alterar tu perspectiva. Era un desgaste gradual de la persona que eras. No hacía daño, no era doloroso. Era suave, delicado, seductor y, sobre todo, peligroso.

Tiff se dio la vuelta, de espaldas a Britney. Sabía que esta noche no dormiría.

Había hecho lo que le habían pedido: la jefa le había enviado un mensaje para ver cómo se encontraba y para preguntarle por Sophie. Y ella le había asegurado que estaba bien, además de informarla de que Sophie Brown no había aparecido.

Ahora no estaba segura de haber respondido con la verdad a la primera pregunta.

Al día siguiente, cuando Brit y ella llegaran a la universidad, se excusaría y se

marcharía.

Tenía que hacerlo.

Capítulo 89

—Bien, chicos, ¿qué tenemos? —preguntó Kim a su entrada en la sala del escuadrón. Mientras ella informaba a Woody, su equipo ya había empezado a trabajar. Y Woody había estado de acuerdo con la evaluación del caso y el nuevo rumbo que tomaban las cosas. Bajo las instrucciones de Kate Brown y tras la confirmación de Tiff de que Sophie ya no estaba en la Granja de la Unidad, encontrar a la hermana de Sammy se había vuelto la tarea prioritaria. Y debían hallarla rápido.

Stacey cogió una galleta de chocolate de la caja de Penn.

—Lo tengo —dijo.

—Habla.

—Su nombre completo es Kane Drummond y vive en West Hagley.

—Stace, ¿cómo...?

—Empresas de taxis. Katrina, en la séptima que probé, fue quien cogió la reserva y lo dejó en un aparcamiento de Stourbridge que no tiene cámaras. No ha sido ninguna sorpresa. Pero la gasolinera de la circunvalación sí que las tiene, y supongo que le quedaba poco combustible. Tengo su número de matrícula y la dirección completa.

—Bien hecho, Stace, pero sigue indagando. Ahora que sabemos su verdadero nombre, podemos...

Stacey deslizó hacia Kim un trozo de papel.

—Aquí está su número de teléfono real —añadió—. Katrina siempre los registra, ya sabes.

—Qué bien —dijo Kim. Estaba harta de usar a Myles Brown como intermediario.

—Sobre el dinero, todavía no tenemos nada, jefa —dijo Penn.

—Vale, Stace, la prioridad es identificar a nuestra tercera víctima; luego, conseguir el historial de Kane Drummond y Jake Black. Quiero todo lo que puedas encontrar. Penn, tú sigue con lo del dinero. Podríamos encontrar algo con que obligar a comparecer a Jake Black y meterle un poco de presión.

—Entendido, jefa.

—Y voy a hacer una llamada rápida a nuestro superhéroe. Que sepa que ya no puede esconderse.

Kim entró en el Tazón y marcó el número.

Kane respondió con un simple «Hola». Ella lo llamó por su verdadero apellido:

—Señor Drummond, soy la inspectora detective Stone.

—¿Cómo ha conseguido...?

—Somos la policía, y somos buenos en estas mierdas. Creo que necesitamos charlar otra vez. Sophie ya no está en la Granja de la Unidad. Ahora mismo podríamos ir a su casa a verlo para...

—No —dijo de inmediato. Era la respuesta que ella esperaba. Él guardó silencio por un momento—. Nos vemos en el lugar de siempre. A las diez.

—Preferiría...

—A las diez en punto, inspectora, y verá por qué —dijo, y la línea se cortó.

Ella consultó su reloj. Eran casi las ocho. Tenía tiempo de sobra para la otra cosa que le habían pedido.

¿Qué había querido decir Kane con eso de que ella vería por qué? Era como si ese café tuviera que ver con su negocio.

—Penn, cambio de planes. Envía un equipo a la dirección de Kane. Entra cuando él se haya ido. Tienes razones para temer por la seguridad de Sophie Brown.

—Entendido, jefa —dijo él, pensativo. Echó un vistazo a su reloj—. No está muy lejos de la casa de la hija de Sheila —dijo, y miró a Kim, interrogante.

Ella asintió. La mujer merecía saber dónde estaba su madre.

Penn cogió su abrigo y se fue.

Contenta de que todos supieran exactamente lo que tenían que hacer, Kim se volvió hacia Bryant.

—¿Estás listo?

Él respiró hondo.

—Nunca había estado tan listo.

Capítulo 90

Tiff sonrió y siguió a Britney al comedor. Se sentía abotargada por la falta de sueño. Una vez había decidido que era hora de irse, la mañana se había hecho esperar. Incluso había empezado a preguntarse si aceptar la misión había sido lo correcto.

A sus ganas de marcharse se sumaba la sensación de haber defraudado al equipo. Habían confiado en ella para que entrara allí y encontrara a Sophie. Y no solo no había encontrado a Sophie, sino que tampoco había averiguado nada sobre la chica. Si la familia Brown acababa con otra hija muerta, sería por su culpa. Y, de verdad, no quería ver la cara de la jefa ahora mismo, sabiendo que había fracasado de manera tan estrepitosa. Sabía que nunca más le pedirían que ayudara al equipo.

—¿Estás bien? —le preguntó Brit mientras esperaban en la cola.

—Estoy bien. Solo echo un poco de menos mi casa.

—¿Quieres marcharte? —preguntó la pelirroja, alarmada.

—Dios, no, me encanta estar aquí —replicó Tiff de inmediato. No quería darle un disgusto a su amiga antes de lo necesario. En realidad, no quería molestarla en absoluto. A pesar de su resistencia, se sentía más cerca de Brit de lo que había estado de nadie en mucho tiempo.

—Bien, porque tengo una sorpresa para ti después del desayuno.

—¿En serio? —preguntó Tiff.

—Sí, pero comamos primero. Tengo un apetito voraz.

—Vale —dijo Tiff, y la siguió hasta la mesa más cercana. Se sorprendió de no ver a Sheila sentada con las otras mujeres.

—¿Dónde está Sheila? —preguntó a Brit mientras untaban mantequilla en sus tostadas. Tiff no había sentido hambre hasta que el plato de huevos revueltos con beicon estuvo en su bandeja. Ahora se le hacía la boca agua.

Disfrutar del desayuno no era un pecado. De todas formas, era su última comida allí. En cuanto terminaran de desayunar, enviaría un mensaje a la jefa para avisarla de que se iba. Tendría que rendir un parte, uno muy breve, ya que no había averiguado nada.

—Ah, es viernes —explicó Brit—. Todos los viernes por la mañana, Sheila y una de sus compañeras salen a hacer la compra semanal. Más tarde habrá pasteles de crema para todos —dijo, y cortó la grasa de su beicon.

Tiff se enfrascó en su propio desayuno y las dos comieron en silencio.

La pelirroja dejó a un lado el cuchillo y el tenedor.

—Bueno, ya estoy preparada para la mañana —dijo. Tiffany estaba solo un bocado detrás—. Venga, Tiff, que tenemos un día completito.

La agente se desvió hacia la mesa de los almuerzos. No iba a necesitar uno, pero era importante mantener las apariencias hasta que estuviera lista para decirle a Britney que se iba a casa.

—¿Adónde vas? —le preguntó Brit.

—A coger nuestro almuerzo.

Britney sonrió con amplitud.



—Ah, esa es mi sorpresa: hoy nos quedamos en casa.

Capítulo 91

—¿Estás listo? —preguntó la jefa desde el asiento del copiloto—. ¿Quieres que...?

—No, quédate aquí. Te haré una señal.

Bryant salió del coche y se dirigió a la entrada. Mientras esperaba, giró y echó un vistazo a la calle. No iba a ser una conversación fácil para ninguno de los dos.

Dio la vuelta y volvió a llamar, con más insistencia esta vez. El coche estaba aparcado en la entrada.

Hizo otro intento antes de echar un vistazo a través de la ventana sin cortinas. El salón parecía ordenado y limpio.

Volvió a mirar a la jefa. Ella señaló hacia un lateral de la vivienda.

Bryant se alejó de la puerta principal y probó la verja, a un lado. Pudo abrirla.

Después de echar un vistazo alrededor, golpeó la puerta trasera. No conseguía ver nada a través de la persiana bajada. La puerta trasera estaba cerrada con llave. Otro rápido vistazo le indicó que no había ninguna ventana abierta.

Sintió que su corazón latía más deprisa. Algo no iba bien.

Volvió al frente. La jefa ya se había bajado del coche y se dirigía a él.

—¿No hay nada abierto? —preguntó.

Él negó con la cabeza mientras llamaba de nuevo la puerta.

Nada.

Se agachó y metió los dedos en el buzón. No había escobilla ni aletas que obstruyeran la vista.

Justo del otro de la puerta había una mesa con una planta muerta, las llaves del coche y un par de cartas sin abrir. En el suelo de baldosas había dos pares de zapatos y uno de deportivas. Dirigió la mirada hacia las escaleras. Sus ojos recorrieron la escena hacia arriba, hasta donde pudieron llegar, y fue entonces cuando lo vio.

Desde el estómago, una revolución le llegó a la garganta.

—Atrás —le dijo a la jefa con urgencia.

—¿Vamos a entrar? —preguntó ella.

—Por supuesto.

—Vale, tú arriba, yo abajo.

—Uno, dos, tres —gritó Bryant.

A la de tres, la jefa lanzó todo su peso contra la parte inferior de la puerta mientras él concentraba su impulso contra la parte superior.

La puerta se abrió de golpe, se estrelló contra la pared y rebotó. Bryant enderezó el brazo hacia delante y la empujó de nuevo hasta abrirla.

—Mierda —exclamó al ver lo que había adivinado a través del buzón.

El cuerpo sin vida de Richard Harrison colgaba de la lámpara del piso de arriba. A un lado, arrojadas de un puntapié, había unas escaleras cortas.

Ambos se miraron lo que tenían delante. No había duda de que el hombre se había suicidado.

—Bueno, Bryant —dijo la jefa—. Es obvio que no podrás hacer lo que has venido a

hacer.

Era un hecho.

Había ido a arrestar al hombre por asesinato.

Capítulo 92

Cuando Josie Finch le abrió la puerta, Penn captó en el rostro de la mujer una sonrisa inquisitiva.

—¿Otra vez usted?

Él no se sintió molesto. Esa reacción no era nueva para él. La policía apenas se había interesado por ella en dieciocho meses, y ahora recibía dos visitas en otros tantos días.

—¿Puedo pasar? —le preguntó. Alcanzó a detectar, en el fondo, un tenue olor a tostada quemada.

—Mi novio ha vuelto a cambiar la configuración de la tostadora —explicó—. Le gustan quemadas; y a mí, apenas tostadas. No sé cómo nos las hemos arreglado... No digo más que chorradas, ¿verdad? —Penn sonrió, pero no dijo nada. Josie le pidió que tomara asiento—. Divago si estoy nerviosa. Y, si usted ha vuelto, es porque tiene algo que revelarme, y no sé qué tendré que sentir sobre cualquier cosa que haya venido a decirme.

—¿Señora...?

—Josie, por favor —le pidió ella—. Usted sabe más de mí que la mayoría de sus compañeros de trabajo. Verá, el problema es que cualquier noticia que haya venido a darme requerirá una respuesta emocional de algún tipo, y no sé qué me queda ya. Ahora bien, si quiere la verdad en su brutal crudeza, no sé qué noticia espero con más ansia.

Penn sospechaba que era la ira quien hablaba; en primer lugar, el resentimiento hacia su madre por haberse marchado y, después, la rabia por no haber podido desahogarse, por no haber sido capaz de devolverle a su madre todo el daño. Estas cosas seguían bullendo en su interior. Pero esa mujer se merecía la verdad.

—Su madre está viva, Josie. —Aunque ella se lo miró fijamente, vio que el cuerpo de la mujer se desinflaba, como si soltara el aliento contenido durante año y medio—. Está en un lugar llamado Granja de la Unidad.

—¿Y está bien? O sea, ¿ha...?

—Está bien, por lo que sabemos, y también sabemos que no la tienen retenida por la fuerza.

Penn vio cómo los ojos de Josie se enrojecían por las lágrimas no derramadas. Se merecía toda la verdad.

—Lo entiendo —dijo ella, con una voz espesa—. Está viva, pero sigue sin querer verme.

No era algo que Penn pudiera discutir con ella.

—Josie, si le sirve de ayuda, cuanto más averiguamos sobre ese lugar, más comprendemos lo persuasivos que son. No se valen de amenazas ni violencia. Echan mano de la seducción y las promesas. Se aprovechan de las debilidades de la gente, de sus vulnerabilidades. Encuentran un pequeño resquicio y frotan sobre él hasta que se vuelve algo mucho más grande. Se han aprovechado del dolor de su madre por la muerte de su padre. Encontraron en ella alguna vulnerabilidad y la han explotado...

—Ya no tenía a nadie a quien cuidar —dijo Josie, de repente—. ¿Sabe?, yo no le hice

caso en su momento, pero, cada día, después de la muerte de papá, ella me contaba que se estaba perdida sin tener alguien a quien cuidar. No paraba de ofrecerse para venir aquí a limpiar y cocinar y…

—¿Cocinar? —preguntó Penn.

Josie asintió.

—Mi padre jamás en su vida comió algo para llevar. Mi madre no quería ni oír hablar del asunto. Le encantaba cocinar desde cero. Era… Es una cocinera brillante. Su comida…

—Eso es lo que hace en la Granja, Josie.

Ella sonrió con tristeza.

—No me sorprende. Mamá haría cualquier cosa con tal de ayudar a los demás. Tiene un corazón muy grande.

—No todo está perdido, Josie. Quizá, algún día…

—No puedo pensar así. Si lo hiciera, albergaría esperanzas y volverían las decepciones. Una parte de mí tiene que seguir enfadada con ella. Instinto de supervivencia.

Él la entendía.

—Solo quería que usted supiera que esto no ha sido levantarse, así como así, y dejarla. Sin duda, la sedujeron, adularon, halagaron y manipularon.

Josie derramó una lágrima.

—Vale, intentaré perdonarla. Entonces, quizá, consiga perdonarme a mí misma.

—¿Por qué? —preguntó Penn.

Ella bajó la cabeza.

—Me temo que no fui del todo sincera con usted —dijo—. Todo esto ha sido culpa mía, ¿sabe? A usted le conté nuestra última charla, pero lo que no le dije es que fue una gran discusión. Yo estaba siendo egoísta, envuelta en mi propia pena. Y quería que mi madre fuera como siempre había sido, que estuviera a mi lado; pero la muerte de mi padre la había afectado tanto que no era capaz de consolarme ni a mí ni a nadie. Nuestro dolor no nos unió más. Y yo permití que nos separara.

Penn percibía la vergüenza en su voz.

—Eso no la hace responsable.

Josie levantó la vista. Las lágrimas ya rodaban por sus mejillas.

—Le dije que no quería volver a verla. Acababa de enterarme de mi embarazo y mi matrimonio se estaba desmoronando. Yo llevaba todo muy mal y me desquité con ella. Al día siguiente me llamó por teléfono. No le contesté. Aún no tengo claro por qué quería castigarla; solo sé que fue el momento más doloroso de nuestras vidas.

Penn sentía el tormento al que esa mujer se había sometido. Ella no había sido la causa de que su madre se uniera a una secta manipuladora, pero ese distanciamiento, sin duda, había facilitado el trabajo de la Granja de la Unidad. Sheila guardaba luto por el amor de su vida mientras su única hija no quería saber nada de ella.

—Cuando la vecina me contó lo del hombre a quien vio merodeando, mis emociones ya estaban a flor de piel…

—¿Qué hombre? —preguntó Penn, perplejo. Sin motivo alguno, había asumido que a


Sheila la había reclutado una mujer.

—Un tipo corpulento. Vestía de negro y tenía un enorme Range Rover.

Capítulo 93

Stacey dividía su tiempo entre averiguar más sobre Kane Drummond y Jake Black e identificar a su tercera víctima.

Hasta ahora, había conseguido enterarse de que Kane era director de tres empresas distintas y esos datos ya iban de camino a la impresora. Mientras, revisaría el siguiente lote de informes de personas desaparecidas.

Había introducido los parámetros más generales con los que había trabajado nunca: varón, un metro sesenta y tres, de entre veinticinco y cincuenta y cinco años, de tres meses a tres años en el agua. Keats había dicho que cualquier otro rasgo físico habría sido una mera suposición y que no estaba dispuesto a especular.

Un poco de especulación no le habría ido mal, pensaba Stacey, sobre todo si conseguía estrechar un poco los informes que se ajustaban a sus criterios.

«Ojalá Penn estuviera aquí, de verdad», pensó. El siguiente registro era el de un hombre llamado Derek Noble. Tenía treinta y ocho años en el momento de su desaparición, hacía once meses.

Empezaba a leer los detalles cuando sonó su teléfono.

—Oye, ¿eres vidente o algo así? —le preguntó a su colega.

—Sí, y puedo predecir que pronto te comerás otra galleta. Es más, te lo apuesto.

Qué maldito. Sí, ya se lo estaba pensando

—Dime que vuelves ya. Por favor, di que sí —le suplicó.

—En un minuto. Estoy en la sala de espera del agente inmobiliario que vendió la casa de Sheila Thorpe. He hablado con una señora que no me ha dado ningún dato concreto, pero le ha parecido recordar que el dinero había sido transferido a una empresa relacionada con la cerveza o algo así. ¿Te has encontrado con algo remotamente parecido a Stella, Budweiser, Carlsberg o...?

—Charlsberg —dijo Stacey de repente. Se giró hacia la impresora que tenía detrás.

—Suena a posibilidad, ¿por qué? —quiso saber Penn. Había cierto temor en su voz.

—Es una de las empresas de Kane Drummond.

—Mierda —exclamó Penn—. Sabía que dirías eso.

Capítulo 94

—¿Qué ha dicho, entonces? —preguntó Kim mientras se dirigían al café y a su tercer encuentro con Kane. Bryant había llamado a Travis tan pronto como habían encontrado el cuerpo de Richard. El equipo había llegado diez minutos después. Más tarde, Bryant tendría que ir a Worcester a prestar una declaración completa.

—Le he explicado que había ido para hacerlo confesar el asesinato de Alice Lennox. Travis no parecía muy contento. Le he rogado que repase la confesión de Drake y compruebe que todos los detalles que el tipo había dado estaban en la prensa, que no había declarado nada que solo el asesino pudiera saber. Incluso le mencioné lo del cigarrillo.

Bryant ya le había explicado a Kim el significado de eso. En ninguna parte de su relato del asesinato de Alice Lennox, Drake había mencionado haberse parado a fumar un cigarrillo. Había detallado todo lo demás, pero no ese único pormenor que no había llegado a la prensa.

—Y por eso supe que Richard lo había planeado —dijo Bryant—. Él y yo nos quedamos mirando cómo Drake se fumaba ese cigarrillo fuera de la cárcel. Yo me fui antes que Richard, así que él debió de haber ido a recoger la colilla. Ya sabía lo que iba a hacer con ella. Además, había otras cosas que no encajaban para mí. Drake nunca usó objetos para agredir sexualmente a sus víctimas, a pesar de lo que dijo acerca de Alice, lo de que era una prostituta. Tampoco admitió con tanta facilidad haber cometido los delitos. La vez que lo interrogamos por el homicidio de Wendy y el intento de asesinato de Tina Crossley, contrató a un abogado y no soltó ni una palabra. En todo esto, lo único que coincidía eran las heridas de Alice, idénticas a las de Wendy. A Richard le resultaban familiares.

—Pero ¿por qué no mató a Drake? —preguntó Kim. Era él a quien odiaba.

—No podía. Cuando estábamos fuera de la cárcel, me dijo que sentía terror de que ese hombre encontrara a Wendy en la otra vida y que él no estuviera allí para protegerla. Drake no podía morir antes que él; y él no podía defraudarla una vez más.

Bryant miró a su jefa como a la espera de que ella refurata o minimizara esa teoría, pero Kim no podía hacerlo, porque muchas veces había tenido pensamientos similares con respecto a su madre.

No creía en el más allá, pero vivía con el temor de que, en caso de que estuviera equivocada, su madre tendría una nueva oportunidad de torturar a su hermano. El niño estaría solo, sin la menor posibilidad de protegerse.

Apartó esos pensamientos.

—Entonces, ¿qué te dijo Travis cuando le contaste todo esto?

—Me dio las gracias por mi teoría y dijo que se lo iba a pensar.

—Bah, no le hagas caso —sugirió Kim.

—No puede menospreciar las pruebas.

Kim no estaba segura de que fueran pruebas lo que le habían presentado a Travis. Tenía la sensación de que aquello aún no había terminado para su compañero.

Bryant aparcó frente a la cafetería.

—Ya está aquí —dijo Kim. Kane se había asegurado un lugar junto a la ventana, aunque estaba de espaldas al exterior.

Kim no pudo disimular su sonrisa al ver tres tazas sobre la mesa. Se sentó.

—Señor Drummond —dijo.

—Sin alardear, inspectora. Ya hemos dejado claro que sabe mi verdadero nombre. Creo que Kane será suficiente.

—¿Hay algo más que quiera revelar sobre usted mismo?

—No.

Kim se encogió de hombros.

—Está bien. Mi ayudante es muy talentosa. Para esta tarde, ya lo tendrá todo, incluido el número que calza y su color favorito.

—Cuarenta y cinco, y negro —dijo él sin ninguna gracia.

—Genial. Eso le ahorrará tiempo.

Kim se preguntaba cómo era posible que, incluso ahora, en este tercer encuentro, no pudiera detectar ni vibraciones positivas ni negativas en ese hombre. Era directo, brusco y odioso, pero esas cualidades, por sí solas, no lo convertían en asesino. Por suerte. Pero tampoco captaba ninguna empatía. Todo lo que él soltaba eran hechos, como una lista, sin ninguna emoción.

—Tengo una pregunta para usted, Kane. Esta vez, solo una.

—Adelante —dijo él, y miró a su izquierda. Dos mujeres de mediana edad compartían una tetera.

—¿Dónde está Sophie Brown?

Ninguna reacción. Él se encogió de hombros.

—En la Granja de la Unidad, creo.

—Por lo visto, no.

—¿Cómo lo sabe? Hay más de cien personas allí dentro.

—Entre ellas, uno de los nuestros —dijo Kim, y dio un sorbo a su bebida.

La sorpresa se convirtió en conmoción, en incredulidad, en horror y, finalmente, en ira. Por fin, había una emoción evidente.

—¿Está de coña? Por favor, dígame que es una broma —dijo, y se inclinó hacia delante. Esperaba la respuesta mirándola con intensidad.

Kim negó con la cabeza.

—Era la única manera de...

—Joder —escupió él—. Dígame, al menos, que esa persona tiene alguna experiencia en sectas y sus prácticas. Dígame que, como mínimo, la han informado bien y con todo detalle de los peligros de...

—Es policía, claro que la hemos informado —espetó Kim, a la defensiva. Ninguna emoción durante días y, luego, ante la mención de un agente encubierto, todo de golpe. ¿De qué iba aquello?, se preguntó Kim.

—Sin embargo, usted misma no sabía nada. Ni siquiera creía que fuera una secta.

—Hemos estado en contacto con esa chica. Está bien.

Él movió la cabeza de un lado al otro.

—¿Tiene alguna idea del nivel de peligro en que ha puesto…?

Kim se erizó en respuesta al tono de Kane.

—Por casualidad, no estará intentando desviar la atención de la pregunta que acabo de plantearle, ¿verdad? —dijo—. Así que se la repetiré, por si se le ha olvidado: ¿qué ha hecho con Sophie Brown?

Las persianas de las emociones habían vuelto a cerrarse.

—¿Qué la hace pensar que he hecho algo con ella?

—Usted mismo lo dijo el otro día. Sus últimas palabras me insinuaron que ya la tenía.

—Y, si no recuerdo mal, también le expliqué que, en caso de que yo la tuviera, la gente que me pagaba sería la primera en enterarse.

—¿Y cuánto le pagan, Kane? ¿Les ha hecho un descuento después de la cagada…?

—El error no fue mío, inspectora —se defendió. A lo largo del pómulo de ese hombre, un pequeño músculo brincó. No le gustaba que lo acusaran de haber cometido errores.

Kim estaba a punto de acosarlo más cuando sonó su teléfono. Era Penn. El sargento sabía muy bien dónde estaba la jefa y qué hacía en ese momento.

—Stone —respondió ella. Estaba segura de que Penn solo se atrevería a interrumpirla si tenía algo que ella necesitaba saber.

Lo dejó hablar sin decirle nada y se aseguró de conservar un rostro impasible.

Le dio las gracias, colgó y se volvió hacia Kane Drummond.

—Bueno, parece que sí tengo otra pregunta, después de todo. —Hizo una pausa y miró a su colega antes de fijar la vista en Kane—. ¿Por qué Sheila Thorpe le dio todo su dinero?

Capítulo 95

Después del desayuno, Britney la había llevado a recorrer los exteriores y le había explicado dónde iban a estar la piscina y el ganado. Cada pocos minutos, Tiff abría la boca para decir que se marchaba, pero, al ver la excitación y la animación genuina en la cara de su amiga, las palabras no le salían.

Maldecía su propia debilidad mientras Britney la llevaba a la sala de meditación del granero tres.

—¿Has probado a meditar alguna vez? —Tiff negó con un gesto—. Hoy es la clase para principiantes. Es perfecta para ti, pero yo la haré, de todos modos. Ya no necesito escuchar; puedo profundizar bastante —dijo, orgullosa.

Tiff se prometió hablar con ella después de la clase.

Se sentó en el suelo y decidió aprovechar el tiempo para aclarar sus ideas, para trazar un nuevo plan, una estrategia de salida que no hiriera los sentimientos de su amiga. Todo lo que tenía que hacer era cerrar los ojos, como los demás, y concentrarse en sus propios pensamientos, no en lo que se decía.

Una mujer llamada Mindy, cuyo vestido casi rozaba el suelo y llevaba al cuello montones de cuentas de colores, explicó que esta clase era para principiantes y que nadie debía preocuparse si no profundizaba mucho la primera vez.

—A meditar se aprende meditando —explicó—. Con el tiempo, profundizaréis más y los resultados serán mejores que el sexo, las drogas o incluso que el arroz con leche de Sheila. —Otras siete mujeres rieron entre dientes—. Elegid un mantra —les dijo Mindy —. Puede ser lo que queráis: una sola palabra, una frase, pero algo que aporte un sentimiento positivo a vuestra conciencia. ¿Ya lo tenéis?

Tiffany se decidió por la palabra *Evita.* Era el nombre de su espectáculo favorito. Lo había visto nueve veces. La historia de Eva Perón nunca dejaba de conmoverla.

—Ahora —continuó Mandy—, siéntate cómoda, en silencio y con los ojos cerrados. Relaja todos los músculos. Comienza con los pies, las pantorrillas... Luego los muslos. Encoge los hombros y gira la cabeza y el cuello. Escucha tu propia respiración, concéntrate en inspirar y espirar. No intentes cambiar el ritmo de tu respiración, no intentes hacerla más lenta; solo concéntrate en ella. Escúchala. Disfruta del proceso, del aire que entra y sale de tu cuerpo. Observa que tus pensamientos van y vienen sin ningún esfuerzo. Permite que fluyan hacia dentro y hacia fuera. Haremos esto en silencio durante un minuto o dos.

Tiffany volvió a sus propios pensamientos. Se preguntó, de nuevo, qué momento del día sería el mejor para explicarle a Britney que se iba. En un acto de sinceridad consigo misma, se había descubierto reflexionando en la idea de convencer a Britney de que se fuera con ella, pero no creía disponer de tiempo suficiente para hacerla entender los motivos. En unos pocos días, quizás, podría encontrarse con ella en la universidad y tratar de convencerla de...

—Bien, ahora repite en silencio tu mantra, siempre de la misma manera, sencilla y sin esfuerzo. A medida que lo repitas, vendrán pensamientos, y eso está bien. Vuelve

suavemente a tu mantra y ten cuidado de no tratar de meditar. No fuerces nada. Intentémoslo durante unos minutos.

Tiffany dejó que los pensamientos fueran y vinieran. A lo mejor aquello podía servirle en su día a día para escapar del estrés del trabajo y de la vida familiar.

«Evita».

No quería que Brit se sintiera abandonada.

«Evita».

Pero sabía que, por su propia tranquilidad, tenía que abandonar ese sitio.

«Evita».

Tal vez Brit estaría abierta a la…

«Evita».

Si ella lo sacara a colación…

«Evita.

«Evita.

«Evita».

Capítulo 96

Kane insistió en pedir otra bebida antes de responder a la pregunta.

Los detectives, por su parte, habían rechazado que les rellenaran la taza.

El hombre de negro se reacomodó en su lugar.

—De acuerdo —dijo—. Sheila Thorpe trabaja para mí.

—¿Qué? —dijeron juntos Kim y Bryant.

—Sabemos lo que la Granja de la Unidad hace para reclutar a sus miembros, sobre todo a los mayores. Leen las necrológicas locales y van a por quienes tienen menos parientes; a por mujeres, sobre todo.

—Explíquese —exigió Kim.

—Usted misma los ha visto. A Arthur Evans lo echarán de menos sus hijas, hijos, esposa, hermano, padre, etcétera… La mayoría de los familiares figuran en una lista y, cuanto más larga es la lista, más difícil es el objetivo, porque hay más familiares que velan por ellos. Si hay menos parientes, más fácil resulta llegar al dinero. La esquela del marido de Sheila solo mencionaba a una hija y a la esposa. Era perfecta. Sheila era presa fácil, ya que tenía poca familia a su alrededor.

—Y supongo que su distanciamiento con la hija no la habrá ayudado —conjeturó Kim.

—Cuanta menos gente conecte a una persona con su vida normal, mejor —explicó él.

—Entonces, ¿cómo funciona? —preguntó Bryant—. ¿Cuál es la verdadera mecánica de la manipulación?

—Uno de los miembros llama a la puerta, se ofrece a hacer trabajos, se cuela en la casa y evalúa la primera debilidad susceptible de manipular.

—Así que ¿usted fue el primero en llegar a Sheila? —conjeturó Kim.

Él negó con la cabeza.

—No. Ella ya había entregado la mayor parte de sus ahorros. La atrapamos antes de que vendiera la casa y su contenido.

—¿Vendió todo, entonces, y, en vez de darle el dinero a ellos, se lo dio a usted?

Él negó con la cabeza.

—Tenemos todo el dinero. Está en un lugar seguro, listo para cuando ella se vaya. Si algo le ocurriera, pasaría a manos de su hija.

—No lo entiendo. ¿Qué hizo usted para alejarla de la secta?

—Lo mismo que hacemos con todos los demás. Sheila seguía viviendo en su casa. No se había mudado a la Granja de la Unidad, pero visitaba el lugar casi a diario. Le demostramos cómo funcionan, le leímos artículos sobre las prácticas de reclutamiento. Se sentía estúpida y culpable, y quería ayudar.

—¿Usted sabía que Sheila había tenido una discusión con su hija? —preguntó Kim. Sus palabras seguían mostrando el desagrado por las tácticas de este hombre.

—Sí.

—¿Esas fueron sus cartas? El buen carácter, el afán por ayudar a los demás y el hecho de que sintiera que no le quedaba nadie…

Kane asintió sin emoción.

—Aceptó seguir con la secta para que nosotros tuviéramos a alguien dentro. Nuestra organización no es rastreable. No figuramos en Google. Los padres no pueden acudir directamente a nosotros, así que armamos a Sheila y le contamos todo lo que iban a hacer para conquistarla. Estaba preparada y muy bien informada.

Las piezas del rompecabezas empezaban a encajar y a Kim no le gustaba mucho la imagen que se estaba formando.

—¿El trabajo de Sheila consiste, entonces, en identificar gente con padres ricos para que usted pueda acercárseles y ofrecerles sus servicios por una tarifa?

Virgen Santa, todo aquello era pura manipulación.

—Casi —dijo él—. Salvo que los criterios de selección de Sheila no se basan en la riqueza de los padres, sino en los riesgos que pueda estar corriendo la persona. Puede tratarse de alguien que no goza de favores por haber infringido las normas. Puede tratarse de alguien a quien maltratan a todas horas por cualquier motivo. Puede que sea alguien a quien presionan para que aporte más fondos a la explotación. Hay muchas razones.

—¿Habla de riesgos físicos?

Kane asintió.

—Pero, ese no es el único tipo de peligro.

Kim comprendía que ahora se refería a los efectos a largo plazo de unirse a una secta.

—Entonces, ¿Sheila identifica a las personas que cree que están en peligro, se lo comunica a usted, usted los secuestra y les devuelve la cordura?

Kane asintió.

—Pero ¿cómo se lo hace saber? —conjeturó Kim. Tiffany ya le había dicho que no les permitían tener su propio teléfono móvil. A ella le habían robado el suyo.

—Deme un segundo y se lo explico —dijo. Tomó otro sorbo de su bebida.

Las dos mujeres que habían compartido una tetera acababan de levantarse para salir del café. Kim aguardó con paciencia a que se marcharan.

Kane se levantó, fue a esa mesa y cogió la taza de té que tenía más cerca. Kim y Bryant se miraron uno al otro mientras el hombre sacaba un cuadradito de papel doblado.

Después, la detective desvió los ojos hacia la puerta.

—¿Esa era Sheila Thorpe? —preguntó. No podía creer que la mujer a quien habían estado buscando dentro de un lago acabara de tomar el té detrás de ella.

Kane asintió.

—Está haciendo la compra semanal, aunque, como usted habrá visto, nunca va sola.

—¿Así que esta es una lista de las personas que, según Sheila, corren peligro en la Granja?

Él asintió y desdobló el papel.

Frunció el ceño.

—¿Qué? —conjeturó Kim.

—Hay tres nombres, pero muy poca información sobre el último. Por lo visto, le preocupa una mujer llamada Tiff.

Capítulo 97

Mientras se dirigía a la puerta principal de la granja, Tiff se frotaba los ojos de pura fatiga. Apenas era la una. Podía haber vuelto a su habitación a dormir una siesta. Su cansancio no se debía a ningún tipo de actividad extenuante, sino todo lo contrario. La habían relajado hasta casi matarla.

Después de la meditación, Britney la había llevado al granero cinco, a una mujer llamada Violet, que estaba aprendiendo masaje indio de cabeza y necesitaba practicar. Con pericia, Violet le había puesto un amasijo de aceite de sésamo en el cuero cabelludo. Luego, usando sus fuertes dedos, se había puesto a trabajar con firmeza los puntos de presión por todo el cráneo de Tiffany. La agente ni siquiera podía dar forma a sus pensamientos. Su mente iba de un lado al otro con el rítmico roce que aflojaba las tensiones y la presión.

Pero, antes de entregarse a esa experiencia, ya se había decidido. Se iría en cuanto pudiera. Las explicaciones a Britney tendrían que esperar.

«Es hora de ponerse manos a la obra», pensó, y se encaminó a la salida. Pasarían unos minutos antes de que Britney se diera cuenta de que no había ido al baño.

Se marcharía por donde habían llegado. Supuso que el camino hasta la carretera sería más largo, pero, por suerte, tenía un buen sentido de la orientación. Ya en la carretera, llamaría a la jefa para decirle que estaba fuera.

El estómago se le revolvió de solo pensarlo. Se iba a ir con las manos vacías, a pesar de todo, pero algo en su interior le decía que lo más importante era marcharse.

Cruzó el patio hasta el pie de la colina. No había nadie alrededor. Podría escabullirse con facilidad, pero tuvo una idea repentina y aminoró el paso.

A su llegada, aquella primera noche, cuando Britney y ella estaban en lo alto de la colina, había visto brillar algo en la zona boscosa. ¿Había una estructura? ¿Un edificio? ¿Y si Sophie Brown estuviera allí?

Su mente empezó a librar una lucha interna. Por un lado, sentía la creciente urgencia de volver a la civilización y a su propia vida; por el otro, el deseo desesperado de no abandonar ese lugar con las manos vacías. La habían enviado a descubrir más cosas sobre la secta y localizar a Sophie Brown.

¿Y si Sophie hubiera estado allí todo el tiempo?

La ansiedad crecía en su vientre. Se dio cuenta de que no podía marcharse sin al menos comprobarlo.

En lugar de ir a la colina, giró a la derecha, hacia la zona boscosa.

Los árboles se entrelazaban, trazando cúpulas sobre su cabeza y tapando el sol, por lo que se quedó sin la luz del día casi de inmediato. Los arbustos a ambos lados del estrecho sendero eran densos. Avanzaba poco a poco. Toda esa escena le recordaba el temible giro de algún cuento de hadas. Si estuviera en casa, viendo aquello en la pantalla del televisor, habría una música espeluznante y siniestra ascendiendo en volumen y advirtiéndola de que no se acercara.

Aunque sonrió ante su propio dramatismo, el malestar no desaparecía.

Avanzó otros dos pasos hacia la oscuridad. Un aguijón se le clavó en el tobillo desnudo. Se agachó y se frotó el pinchazo, a sabiendas de que era lo peor que podía hacer.

Se enderezó y vislumbró algo más adelante, algún tipo de estructura.

Avanzó un poco más. El silencio del bosque dio paso a los fuertes latidos de su corazón. La sangre martilleaba en sus oídos.

Otros dos pasos.

Una ramita crujió detrás de ella.

Al girar, se encontró con el pecho de Jake Black a solo unos centímetros de su cara.

El corazón se le subió a la garganta.

El hombre la miraba interrogante.

—Hola, Tiff —le dijo—. ¿Qué haces aquí sola?

Ella intentó recomponerse lo más rápido posible y disimular el temblor de sus miembros.

El corazón le latía con fuerza en el pecho.

—S-Solo he venido a tomar un poco el aire —respondió.

Jake le puso una mano cálida y firme en el hombro y le dio la vuelta.

—Creo que es mejor que volvamos a la casa, ¿vale?

Capítulo 98

—¿Qué quieres que haga? —preguntó Penn en cuanto estuvo bien acomodado en su silla.

Stacey respiró aliviada por haber recuperado a su colega. Tenía varias pantallas abiertas en su ordenador y pasaba de una a otra.

—Averigua todo lo que puedas sobre Jake Black, ¿quieres? Tengo un candidato para nuestro personaje del lago.

—Me pongo, jefa —dijo él.

Stacey se rio entre dientes. Penn tenía un rango superior en la jerarquía, pero, para él, esos niveles no significaban nada. Iba adonde quiera que el trabajo lo llevara: a veces, a patear calles; a veces, a aporrear teclas.

Stacey volvió a centrar su atención en Derek Noble, el nombre que había aparecido en su pantalla justo antes de que Penn la llamara.

De sus treinta y ocho años, llevaba quince siendo un conocido de la policía. A los diecisiete ya lo habían detenido más de veinte veces por delitos que escalaron con los años. Los últimos siete, relacionados todos con drogas, habían terminado con un episodio violento en el que un hombre había perdido la vista. En 2012, Derek Noble había sido encarcelado por un periodo de seis años, su condena más larga, y, desde entonces, había estado fuera del radar. Constaba en los registros que había salido de prisión a finales de 2018. ¿Lo habrían asesinado nada más salir de la cárcel? ¿Sería algo relacionado con sus crímenes anteriores? ¿Venganza, quizá?, ¿nada que tuviera que ver con los asesinatos que investigaban? La vida de Derek había sido de todo menos normal. Había tenido que granjearse unos cuantos enemigos por el camino.

Si ese tipo no estaba relacionado con el caso, había que descartarlo de inmediato. Ahora bien, por lo que Stacey sabía, ni siquiera era a quien buscaban. Pasárselo a la jefa podía ser una pérdida de tiempo. Tomó una decisión por fin: le daría la información y seguiría buscando.

Capítulo 99

—¿Te ha contestado algo? —preguntó Bryant mientras se dirigían hacia Hayes Lane, a la dirección que les había dado Stacey. La asistente no le había dado la impresión de estar convencida de que ese fuera el hombre a quien buscaban, y Kim entendía por qué. Nada indicaba que tuviera vínculos con las otras víctimas ni con la Granja de la Unidad, pero estaban cerca del polígono comercial, así que valía la pena acercarse, aunque fuera para descartarlo.

—Nada desde el primer mensaje —dijo Kim. Llevaba el móvil en la mano desde que habían dejado a Kane sentado en la cafetería.

Después de haber visto el nombre de Tiff en ese trozo de papel, había enviado de inmediato un mensaje de texto a la agente. Un simple mensaje corto para preguntarle si estaba bien. Y había esperado la respuesta con el corazón martilleándole en el pecho. Unos cuantos minutos después, había recibido una respuesta que decía: «Bien. Hablamos pronto».

De inmediato, Kim le había enviado otro para preguntarle dónde estaba, solo que Tiff no se lo había contestado.

—Estará bien —dijo Bryant—. Sabe lo que hace. Si percibe algún peligro, nos lo hará saber.

—Espero que tengas razón —dijo Kim. Se detuvieron frente al taller de Neeley, en la zona comercial de Forge.

—Entonces, ¿fue el dueño de este lugar quien denunció la desaparición de nuestro hombre? —preguntó Bryant mientras salían del coche.

—Sí, el mismísimo George Neeley —dijo ella, y abrió de un empujón una pesada puerta de cristal que daba a una pequeña recepción. Era un espacio bien ordenado, con dos sillas y una cafetera de autoservicio. Menos mal que el ambientador enchufado a la pared no conseguía enmascarar el olor a gasolina, grasa y gases diésel. Esa mezcla de aromas la hacía sentirse como en casa.

La recepción estaba desatendida, pero había un timbre junto al mostrador. Kim lo pulsó y oyó sonidos atrás, en el taller.

Apareció un hombre por debajo de una rampa y la miró a través de una ventanilla de cristal. Gritó algo a un compañero y, poco después, salió a la recepción. Se limpiaba la mano con un paño sucio. Desde una radio a todo volumen, en algún lugar del taller, se filtraba por la puerta una ráfaga de las noticias del tráfico de la hora del almuerzo.

Kim mostró su placa.

—¿George Neeley? —preguntó.

—Eso depende. Si está en problemas, hace meses que no lo veo; si no, es a mí a quien busca.

Kim tuvo que abrirse paso entre el marcado acento de Black Country para comprender que hablaban con el dueño del negocio.

—Señor Neeley, estamos aquí para hablar de un hombre llamado Derek Noble. —Él frunció el ceño y miró hacia su izquierda, como si allí estuviera la información que

estaba buscando—. Usted denunció su desaparición.

—Ah, ¿se refiere a Nobbie?

Vale, pensó Kim. Bastante cerca.

—¿Era amigo suyo?

Él movió la cabeza de un lado al otro.

—Empleado. Le di trabajo cuando salió de la cárcel. Fue mi aportación a la comunidad, mi granito de arena, pero él lo llevaba un poco mal, para ser justos.

—Continúe —dijo Kim.

—Lo cogí para que barriera, trajera cosas y las llevara; para darles un respiro a mis compañeros. Era un trabajo rudimentario, en realidad, pero el tipo, pese a ser tan pequeño, tenía mucha resistencia y era muy trabajador.

—¿Usted conocía su pasado? —preguntó Kim. Trataba de casar dos imágenes de un mismo hombre. Su vida antes de la cárcel no se parecía en nada a la imagen que George le ponía en la mente.

—Sí, sí, pero era un buen arreglo, ¿no? Contratarlo durante seis meses me costó un penique. El gobierno le pagaba y yo tenía mano de obra gratis.

Kim empezó a cambiar de opinión sobre las motivaciones caritativas de ese hombre.

—Entonces, ¿usted lo tuvo aquí durante seis meses?

George negó con la cabeza:

—No. Cuando el plan terminó, Nobbie ya valía su peso en oro. Llevaba a los clientes al trabajo, abría, cerraba y mantenía el local ordenado y las máquinas limpias. Lavaba los coches antes de que los devolviéramos. Yo jamás habría consentido que se fuera. —La opinión de Kim volvió a suavizarse—. Escuche, yo no tengo mucha fe en nuestras prisiones, pero Nobbie me tenía sorprendido. El tipo quería cambiar. Estaba arrepentido por toda la mierda que había causado y por todos los tipos a quienes había hecho daño. Estaba tratando de enmendarse. —Kim lo dejó hablar.

«De hecho, el último día que estuvo aquí, iba a ir a ver a alguien. Una moza a la que había herido en su pasado. No me dio más detalles, pero me enseñó lo que le había comprado. Era encantador. Un collar de plata en una caja de terciopelo rojo.

Capítulo 100

—Stacey, es él. Es a quien buscamos —dijo Kim ya de vuelta al coche—. Averigua todo lo que puedas sobre Derek Noble. Vamos de camino —añadió antes de colgar.

—No hay un vínculo obvio, ¿verdad? —preguntó Bryant mientras se dirigían hacia el centro de la ciudad.

—Sí hay algo, Bryant: es demasiada coincidencia que lo encontraran en el mismo lago que a Tyler Short. Debe tener algún tipo de vínculo con la Granja de la Unidad.

Kim volvió su atención al teléfono que aún tenía en la mano. No había más mensajes de Tiff.

—Para aquí —dijo, y se desabrochó el cinturón de seguridad.

No le había mentido a Stacey. Estaban de regreso, pero antes tenían que hacer una parada.

Rodeó el edificio y se dirigió al aparcamiento de la universidad.

Los estudiantes salían en tropel, aprovechando el fin de clases anticipado del viernes por la tarde.

Kim se situó a un lado de la pared. Buscaba a una pelirroja y una rubia.

Apagó en su cabeza las charlas entusiastas de los estudiantes que salían de fin de semana y miró en todas las direcciones.

Cuando la multitud empezó a disminuir, supo que sus sospechas eran ciertas.

No solo había perdido el contacto con su agente de policía encubierta.

Ya no sabía con certeza dónde estaba Tiffany.

Capítulo 101

Tiff se sentó en la cama y respiró hondo.

En su camino de vuelta, desde el límite del bosque, había hablado sin parar de la Granja y de todas las cosas que había vivido en su estancia. No tenía ni idea de si habían funcionado sus esfuerzos por borrar cualquier sospecha de que quería irse. ¿Por qué le preocupaba que ese hombre supiera que estaba pensando en marcharse? No podía explicárselo, pero así era.

Jake le había dicho que se fuera a su habitación y se tomara un poco de tiempo para sí misma. Él trataría de localizar a Britney.

Tiff se resignó. Tendría que avisar a la jefa de que iba a salir. Sí, había fracasado, pero, ahora mismo, le importaba menos que alejarse de ese lugar y recuperar cierto tipo de normalidad.

Mientras esperaba la vuelta de Brit, quiso aprovechar para enviar el mensaje de texto. Más tarde iría a comer y fingiría que todo era normal. Luego encontraría la manera de escabullirse y dirigirse a la colina. Y esta vez no se detendría.

Se buscó el teléfono en el bolsillo trasero. Llevaba un cárdigan largo, por lo que había podido pasar el móvil de la parte delantera de sus vaqueros a la trasera.

No estaba.

Lo buscó en el bolsillo trasero izquierdo, aunque ya sabía que no lo había puesto allí.

Se levantó y miró alrededor de la cama. Quizás se le había salido al sentarse. Movió la colcha y comprobó el suelo. Sintió el calor inundarle la cara.

Maldita sea. Era su único vínculo con el mundo exterior. Y había desaparecido.

Deambuló por la habitación. Mentalmente, volvió sobre sus pasos, sobre cada cosa que había hecho antes de tratar de enviar aquel breve texto a la jefa.

Justo después del masaje indio de cabeza, ella y Brit habían ido a los aseos.

Oh, no, ahora lo recordaba. Se lo había sacado del bolsillo trasero y, para que no se le cayera al desabrocharse los vaqueros, lo había colocado encima de la papelera. Mierda, si Brit lo había encontrado, ahora lo sabía todo. Ya estaría enterada de que le había mentido todo el tiempo. Había querido contarle la verdad a su amiga, pero no iba a hacerlo hasta estar lejos de la Granja de la Unidad y a salvo.

Tiff salió de la habitación y se dirigió con rapidez a los aseos. Saludó a todos y les sonrió mientras avanzaba. Tenía que encontrar ese teléfono. No tenía otra forma de decirle a la jefa que iba a salir.

Abrió la puerta de un empujón. Por suerte, ya todo el mundo iba de camino al comedor, así que el lugar estaba vacío. Fue directo al cubículo del medio. El teléfono no estaba en la papelera donde lo había dejado. Quizá se había caído, tal vez alguien lo había pateado por el suelo.

Entró en cada cubículo, movió todas las papeleras y miró a su alrededor.

Cuando llegó al último, tenía la frente sudorosa y el corazón le palpitaba con fuerza.

El teléfono ya no estaba allí.

Su único vínculo con el mundo exterior había desaparecido.

Capítulo 102

Mientras esperaba a que Bryant se reuniera con ellos en la sala de la brigada, Kim volvió a consultar su teléfono. Tiffany seguía sin responder; sin embargo, la marca azul y la hora le indicaban que los mensajes habían sido leídos. ¿Por qué demonios no respondía?

Se tomó un momento para servirse un café. Sus compañeros tecleaban con ganas.

Miró la calle. Las luces del aparcamiento empezaban a atenuarse. Concentró su atención en una figura que se paseaba y agitaba los brazos al tiempo que hablaba por teléfono.

«Mierda, ¿y ahora qué?», se preguntó, aunque tenía la ligera sospecha de que ya sabía lo que se avecinaba, de que lo había sabido siempre.

—Vuelvo en un segundo, chicos —dijo, y dejó el café.

Cuando salió, Bryant estaba terminando la llamada.

—Se lo han cargado, joder —bramó. Paseaba de un lado a otro, con los ojos iracundos y el cuerpo tenso. Sí, eso era lo que la propia Kim había supuesto—. Saben que tienen al hombre equivocado. Él no fue, Kim. Están acusando a quien no ha sido. No podemos permitirlo.

Ella pasó por alto el uso de su nombre de pila en horas de trabajo. Era una simple prueba de sensibilidad ante la situación de Peter Drake. La propia Kim había estado pensando en el asunto a lo largo del día.

—Bryant, no hay nada que podamos hacer.

—¿Es broma? —preguntó, incrédulo—. ¿Lo dices tú, que crees de todo corazón en la justicia?

Kim sabía que aquello iba a ser difícil de vender, sobre todo viniendo de ella. Creía con firmeza en que debía castigarse a la persona indicada por el delito probado, pero Travis no era ella. Él nunca consideraría nada de lo que Bryant tuviera que decir.

—Mira, de Harrison, no tienes nada. ¿Qué esperas que haga Travis con eso? Él ya tiene una víctima, una confesión y pruebas físicas que vinculan a la víctima con Drake. ¿Cómo no unirlo todo, si tu sospechoso está muerto?

Cada palabra le dejaba mal sabor de boca, pero tenía que hacer lo mejor para su amigo. Y él necesitaba dejar todo eso atrás.

—¿No me crees? —preguntó Bryant.

Kim no vaciló.

—Por supuesto que te creo. Conoces a esta gente mejor que yo y confío en tu criterio, pero no puedes juzgar a un muerto. —Respiró hondo—. Travis no tiene elección. Si confiara ciegamente en ti, se quedaría sin culpable. Se vería obligado a dejar marchar a Peter Drake. A nadie le gustaría mucho ese panorama.

—Pero la justicia no siempre es fácil, jefa —dijo él.

Kim se sentó y apoyó la espalda en la pared.

—Y tampoco es siempre blanco o negro. —Bryant se sentó a su lado—. Ese hombre cometió crímenes horribles y destrozó innumerables vidas. Y la mayoría de la gente cree que es capaz de volver a hacerlo. Tú lo crees. Travis lo cree.

—Pero él no...
—Bryant, ¿crees que la sentencia por lo que hizo fue lo bastante severa?
—Nunca.
—¿Crees que el público estaría en riesgo si lo pusieran en libertad? —Bryant asintió—. ¿Cuánto estás dispuesto a pagar por tu justicia en blanco y negro? —preguntó—. Esto no es lo ideal, pero el tipo volverá a la cárcel, donde debe estar, y nunca tendrá la oportunidad de volver a hacerle daño a nadie.
Él negó con la cabeza.
—Es solo que me siento...
—¿Y no te olvidas de un factor muy importante, Bryant?
—Continúa.
Gracias a Dios, por fin estaba escuchándola.
—Ha confesado. Por la razón que sea, Peter Drake ha confesado. O le apetece volver a la cárcel o está convencido de que es ahí donde debería estar. Sea lo que sea, volverá a ese sitio antes de hacer más daño.
Bryant se frotó el pelo. Hacía lo posible por sosegar los demonios de su cabeza.
—Bien, jefa, solo una pregunta, si no te importa.
—Dime.
—¿Tú habrías hecho lo mismo que Travis?
Kim se salvó de contestar gracias a que sonó el timbre de su teléfono. Su primer pensamiento fue para Tiffany.
—Adelante, Stace —dijo.
—Perdona, jefa, pero te necesitamos aquí arriba. Ahora.
—En camino —dijo, y colgó.
Ella y Bryant hicieron en silencio el recorrido de vuelta a la sala de la brigada. A Kim le daban ganas de desviarse al baño para lavarse la boca con jabón.
Él ya no quiso presionarla con su pregunta.
Porque sabía la respuesta.

Capítulo 103

—Creo que Tiff podría estar en peligro —dijo Stacey.

—Y es posible que yo sepa dónde está Sophie —añadió Penn.

Kim levantó las manos mientras Bryant se sentaba. Habían estado fuera unos cuantos minutos.

—Stacey, habla —dijo, y tomó un sorbo de su café frío.

—En el primer culto de Jake Black, la segunda persona en morir, Christopher Brook, era un oficial de policía encubierto. —Kim se quedó paralizada. Se hizo un gran silencio—. Ese hecho no llegó a la prensa hasta que empezaron las pesquisas. Se registró un veredicto de suicidio basado en el testimonio de personas de la secta. El caso apareció en las noticias el mismo día que el ministro de Hacienda presentó su presupuesto, así que nadie le prestó atención. La familia interpuso una demanda por muerte por negligencia contra la policía de Somerset y Avon. El asunto se resolvió con discreción, fuera de los tribunales.

—Gracias, Stace —dijo Kim, que aún trataba de mantener la compostura. En los asuntos de Jake Black, un agente de policía encubierto ya había perdido la vida, y ella acababa de enviar a otra agente directa a la sartén—. ¿Penn?

Volvió a comprobar su teléfono. Nada. Maldita sea.

—Charlsberg Holdings, la empresa de Kane Drummond, posee tres propiedades distintas. Una parece ser la casa del propio Kane, en West Hagley; la segunda es una casa de campo en las afueras de Pershore, y la tercera, un almacén en Kidderminster.

—¿La casa de campo tiene anexos? —preguntó Kim. Se imaginaba un lugar semirrural y tranquilo.

Penn asintió y puso la propiedad en la pantalla.

—Justo al oeste de la cabaña hay un pequeño granero y una especie de cobertizo de almacenamiento.

Kim se colocó detrás del sargento. El lugar era perfecto para esconder a alguien hasta saber qué hacer con él. No había ninguna carretera principal en kilómetros a la redonda. Para llegar a la propiedad, había que hacerlo a través de un par de kilómetros de carriles de una sola vía.

—Enséñame el almacén.

Penn hizo clic en otra pestaña abierta.

El almacén estaba situado al borde de una cantera en desuso, a ochocientos metros del centro de la ciudad. Alrededor había propiedades más pequeñas y plazas de aparcamiento excedentes. Era un lugar mucho más concurrido, con más potencial para ser visto.

—Vale. Penn, Stacey, necesito que vayáis a averiguar si Kane Drummond tiene retenida a Sophie Brown.

—¿Quieres que vayamos a la casa de campo? —preguntó Stacey.

La detective negó con la cabeza.

—Al almacén. —Ambos agentes la miraron dubitativos—. La casa de campo está

demasiado lejos. Kane necesita un acceso más rápido. Si Sophie está viva, estará cerca de él. —Se volvió hacia Bryant—. Coge tu abrigo, que nosotros vamos por el otro camino.

Ya la habían cagado bastante. Era hora de recuperar a su colega.

Capítulo 104

—¿De verdad crees que corre peligro, jefa, según lo que ha dicho Stacey? —preguntó Bryant mientras conducían hacia Wolverley.

—Si hubiera respondido a mis mensajes, me sentiría mejor —contestó Kim.

El último que le había mandado había sido leído de inmediato, pero seguía sin responder. ¿Cómo podía Tiffany leerlos y no enviar de vuelta unas breves palabras para confirmar que todo iba bien?

—¿Y si no fuera ella quien los está leyendo? —preguntó Bryant, que tocaba ya sus miedos más profundos. Sobre todo después de lo que Stacey acababa de decirles.

Por enésima vez, Kim lamentó el momento en que se le había ocurrido enviar a Tiffany allí. Sí, era una agente de policía y no una niña, pero también era verdad que se enfrentaba a una fuerza mayor de lo que ninguno de ellos había imaginado. Tras la conversación con Kane, Kim se dio cuenta de que no se había tomado en serio lo amenazante de una secta. Y había enviado a Tiffany allí sola.

—¿Sabes, Bryant?, si le pasa algo...

—Lo sé, jefa.

Ella se giró hacia el otro lado y se quedó mirando por la ventanilla. Dejó que Bryant se concentrara en llegar a la Granja lo antes posible. Volvió a maldecirse por haber enviado a Tiffany a una situación para la que ninguno estaba preparado. Su propia negativa a aceptar los riesgos que planteaba ese grupo había puesto en probable peligro la vida de uno de sus colegas.

Si algo le pasaba a Tiffany, nunca se lo perdonaría.

Y, por la velocidad a la que conducía Bryant, era evidente que él estaba tan preocupado como ella.

Capítulo 105

—¿Sabes, Stace?, no me gusta cuestionar a la jefa, pero…

—Sí, yo también me pregunto si estamos en el lugar correcto —respondió Stacey mientras se desviaban de la carretera principal.

Aunque eran casi las siete, aún había gente cerrando los locales. Salían tarde del trabajo, un viernes por la noche, junto al almacén.

Cada segundo que pasaba, Stacey tenía más dudas de que estuvieran en el lugar correcto.

El almacén parecía del tamaño de un campo de fútbol. En la parte delantera tenía una gran persiana enrollable, así como una pequeña entrada con una puerta de cristal sencilla. Las pegatinas y carteles se habían despegado, dejando manchas de pegamento viejo por todo el cristal. No quedaba ninguna pista sobre cualquier uso antiguo de ese espacio, pero, tal y como estaba, parecía abandonado.

—Ahora ¿qué? —preguntó Stacey.

Penn miró la cerradura de la puerta enrollable y se apresuró a rodear el almacén.

Stacey esperaba. Pasaba su peso de un pie al otro.

—Creo que puedo entrar —dijo él, y se frotó las manos.

—¿Cómo?, ¿por el lateral? —preguntó ella.

Él negó con la cabeza.

—No, aquella puerta tiene doble cerradura. Mis posibilidades con la persiana son mejores. Una vez vi a un colega hacerlo.

—Penn, aquí nos ve todo el mundo —siseó Stacey.

—Cúbreme y quita esa cara de culpabilidad.

—Esto es allanamiento —dijo ella mientras él se agachaba.

—Somos la Policía —le recordó.

—Sin una maldita orden —machacó Stacey.

—¿Crees que algún juez emitiría una con lo que tenemos? —Ella negó con la cabeza. Los jueces las emitían siempre que hubiera sospechas razonables de que se hubiera cometido un delito. Y ellos no tenían nada—. Pues quédate quieta y no te manches las manos de sangre.

Ante semejante analogía, Stacey puso los ojos en blanco. Podían estar a unos metros de otro cadáver.

Ella hizo el mejor escudo posible mientras oía los «Uf» y «Aaah» de frustración que salían de los labios de Penn.

Pero, cuanto más tiempo pasaba allí, más conectaba Stacey con las ideas de la jefa. Estaban irrumpiendo en un edificio de un modo evidente y nadie les hacía ni puñetero caso. ¿Cómo iba a darse cuenta esa gente de las idas y venidas de un vehículo?

Se oyó un chasquido metálico.

—Listo —dijo Penn.

En cuestión de segundos, la persiana se deslizó hacia arriba. Aun así, nadie les prestó la menor atención.

Con la base de la persiana a la altura de la cadera, ambos se agacharon, se colaron por debajo y tiraron de la puerta para cerrarla. Quedaron sumergidos en una oscuridad total.

—Vale. Esto... —Stacey cerró la boca al ver que un único haz de luz iluminaba el entorno.

—Boy Scout —explicó el sargento. Sostenía bajo la barbilla una linterna que iluminaba su rostro como una calabaza de Halloween—. Bu.

—Basta, Penn, esto es espeluznante —siseó ella.

—Vale, intenta permanecer a mi lado. No sabemos lo que hay aquí.

Stacey estuvo a punto de recordarle que no era Jasper, pero pensó en que solo tenían una linterna. Sacó el teléfono, apuntó la luz a sus pies y siguió a su compañero.

Penn pasó el haz por todo el vasto espacio, que parecía vacío y libre de obstáculos. Las paredes de bloques ornamentales estaban pintadas de blanco. Había un vago olor a detergente y, en algún lugar, a lo lejos, se oía un goteo lento y rítmico.

Penn movió la linterna de lado a lado hasta que el haz dio con el punto más lejano. En la distancia, la luz iluminó algo sólido.

—¿Qué es eso de ahí? —preguntó Stacey.

Penn apuntó con la linterna mientras, paso a paso, se adentraban en el almacén.

—Algún tipo de contenedor —dijo.

—¿Eso de al lado es una mesa? —preguntó ella.

Siguieron avanzando con lentitud. Ella apuntó la luz del teléfono a sus propios pies y siguió la dirección de la linterna.

Había un contenedor de acero azul. Le recordó a los de carga, solo que este era más pequeño. Había visto unos similares en edificios en construcción.

Llegaron primero a la mesa, que no estaba a más de seis metros del contenedor.

Penn dejó de caminar e iluminó la superficie.

—Pero ¿qué cojones...? —preguntó Stacey. La luz de la linterna iluminaba tres botellas de agua, una botella de refresco de cola, dos paquetes de bocadillos y unas cuantas piezas de fruta.

—Vaya mierda de fiesta —dijo Penn.

—Sí, pero ¿para quién? —preguntó Stacey, y miró hacia la puerta del contenedor. Se situaron a uno y otro lado del picaporte mientras Penn lo iluminaba—. Penn, ¿crees que está aquí dentro? —preguntó Stacey, por encima de los latidos de su propio corazón.

—Hay una sola forma de averiguarlo —dijo él, y enfocó el haz de la linterna.

Stacey dio un paso adelante. Estaba a punto de poner la mano en el frío mango de metal cuando una voz grave sonó detrás.

—¿Qué coño están haciendo aquí?

Capítulo 106

Britney, emocionada, casi sin aliento, irrumpió en la habitación.

—Dios mío, Tiff, no te lo vas a creer.

—¿Qué?

—Jake quiere que vayamos a meditar con él.

—¿Por qué? O sea...

—¿Y a quién le importa? —preguntó ella, que parecía haber perdido la cabeza. Brit se dejó caer en la cama, a su lado—. Es posible que aún no lo entiendas, ya lo sé, pero Jake está en un plano intelectual y espiritual totalmente distinto al del resto de nosotros. Aquí, en el recinto, tiene un lugar especial donde medita a solas. En ocasiones... Rara vez, quiero decir, invita a alguien del grupo, a un miembro de confianza, a compartir la experiencia con él. Escucha, Lorna lleva aquí diez años y solo la ha invitado una vez. Es un honor y un privilegio, Tiff. Ven y prepárate. No le gusta nada que lo hagamos esperar.

A Tiffany la invadió el miedo.

El hombre acababa de pillarla fisgoneando. Además, de algún modo, en algún lugar, ella había perdido un teléfono que la delataba.

Sintió que la transpiración le perlaba la piel.

Lorna llevaba allí diez años; ella, dos días. ¿Por qué la invitaba?

En el momento en que Britney abrió la puerta de la habitación, se dio cuenta de que su oportunidad de escapar se había esfumado.

No le quedaba más remedio que seguir a su amiga.

Capítulo 107

Aunque no había conocido a Kane Drummond en persona, Stacey sabía que miraba su rostro, un rostro que se alzaba por encima de los dos. La expresión era indescifrable, pero el personaje que mostraba esa expresión ya le resultaba vagamente conocido. Algunas cosas empezaban a encajar, solo que no era el momento. Estaban ahí por un solo motivo.

Trató de imprimir temple en su voz.

—Sophie está ahí dentro, ¿verdad? —preguntó.

Kane no dijo nada.

—¿La retiene contra su voluntad? —quiso saber Penn.

—No es lo que piensan.

Penn echó un vistazo al desolado almacén y a la puerta cerrada del contenedor.

—¿En serio? Cinco estrellas, más o menos, ¿verdad?

El hombre los miró en silencio durante unos segundos antes de inclinarse hacia delante y girar el picaporte. No estaba cerrado con llave.

La puerta se abrió y un rayo de luz llegó hasta ellos. Stacey parpadeó en un intento de ahuyentar el brillo que asaltó sus ojos. Cuando por fin pudo adaptar la vista, posó la mirada en la inconfundible forma de Sophie Brown, que estaba sentada en una silla de comedor. Lo siguiente que notó fueron los surcos de lágrimas que recorrían las mejillas de la chica.

Stacey avanzó un paso. Reconocía los hermosos rasgos y el pelo rubio de la hermana mayor.

Kane le puso una mano en el brazo.

—Mire y espere.

Dentro del contenedor había otra mesa y, sobre ella, más botellas de agua y paquetes de comida. A un lado, tres montones de lo que parecía ropa recién lavada y doblada. En una esquina habían puesto un ventilador; en la otra, calefactor. La mirada de Stacey se desvió hacia Sophie. La chica apretaba los antebrazos rígidos contra los brazos de la silla; le habían colocado un cojín detrás de la espalda. Movió la cabeza de un lado al otro.

—¿Quién está ahí? —preguntó.

Stacey quiso acercarse, pero Kane la seguía reteniendo por el brazo.

—P-Por favor, ¿quién está ahí? Por favor, quítame la venda para que pueda verte.

Stacey se quedó boquiabierta.

La chica no tenía los ojos vendados.

Los tenía cerrados con fuerza.

—¡Desátame, cabrón! —gritó.

No había ataduras.

Podía mover los brazos y los pies con total libertad.

Stacey tragó saliva y miró a Kane.

—¿Qué coño está pasando aquí?

Capítulo 108

El camino de tierra los condujo hasta un cobertizo y una zona vallada mientras los últimos rayos de sol ya desaparecían tras una colina. La cúpula de árboles había impedido a Stacey usar Google Earth para encontrar otras vías de entrada. Y, tal como Kim había observado el anterior día, no había ninguna interrupción en la línea de la valla ni en la valla misma. Incluso después de escalarla, tendrían que caminar casi un kilómetro para llegar a la granja.

Kim miró primero a su compañero y después la valla.

—¿Bryant...? —dijo.

—Vale, está bien. De todas formas, necesito un coche nuevo. —Metió la marcha atrás y retrocedió unos quince metros— ¿Lista?

Ella asintió. Enseguida, su compañero cambió de marcha y pisó el acelerador.

Cuando vio que la brillante valla metálica se precipitaba hacia ellos, Kim se preparó para el impacto. Oyó el escalofriante sonido del metal contra el metal y vio montones de chispas saltar a su alrededor. El coche no encontró resistencia más que por un segundo, antes de que la valla metálica fuera arrancada de su poste y volara por delante.

—Cielos, Bryant. Woody estaría muy orgulloso de la influjo calmante que ejerces sobre mí.

Bryant condujo el coche a la cinta de asfalto que llevaba hasta la casa.

—Para ser sincero, me preocupan más las explicaciones que tendré que darle a mi mujer —murmuró.

Recorrió el camino a toda velocidad y se detuvo en seco delante de la casa. Algunas personas, en cuanto oyeron el ruido del coche que se acercaba, empezaron a reunirse.

Kim reconoció a una de las mujeres y fue hacia ella. Todos los demás se apartaron.

—Sheila, ¿dónde está Tiffany?

—¿Quién? Yo no...

—Por favor, no mientas. Kane nos lo ha contado todo. Ahora, ¿dónde está?

Kim no tenía tiempo para dar explicaciones.

—Está meditando con Jake.

—¿Dónde?

Sheila señaló hacia la zona boscosa al pie de la colina.

—Ahí, a menos de medio kilómetro, hay una cabaña.

Kim dudó un segundo.

—No sé si te servirá de algo saberlo, pero tu hija te echa mucho de menos.

La detective no esperaba ninguna respuesta, pero escuchó detrás las palabras de Sheila.

—No te desvíes del camino. Hay trampas...

Kim levantó la mano en señal de que la había oído.

Se adentraron por el camino trillado, dejando atrás las luces de la Granja.

—¿Qué será, exactamente, lo que intentan atrapar? —preguntó Bryant.

—Chitón —dijo Kim. Sabía que sus voces recorrerían con facilidad un espacio tan

silencioso.

El camino que llevaba al bosque se distinguía apenas. Tenía tan solo un par de metros de ancho y, aunque apenas comenzaba a atardecer, los imponentes árboles no dejaban pasar los últimos resquicios de luz.

—Quédate atrás —aconsejó Kim a su colega. Este sacó de su bolsillo una linterna.

—Brilla demasiado —dijo ella, y encendió la luz de su teléfono móvil. Un simple resbalón y el haz iluminaría toda la zona, con lo que Jake quedaría alertado de su presencia. Kim quería tener de su lado el factor sorpresa.

—Espera, jefa, ¿qué es eso que cuelga...?

—Bryant, no te desvíes...

La advertencia llegó demasiado tarde. Kim oyó el ruido sordo de la caída de su compañero y las hojas muertas que crujieron a su alrededor.

—Pero ¿qué coño?

—Joder, Bryant, ¿qué pasa...?

Cerró la boca cuando vio a su compañero encender la linterna para alumbrarse los pies. Maldita sea, había pisado un cepo de alambre. La cuerda que rodeaba su pierna se extendía hasta una gruesa rama de árbol, a unos tres metros de distancia.

—Mierda —exclamó Bryant. Empezó a tirar de la cuerda que sujetaba sus tobillos.

Pero, cuanto más tiraba de ella, más la apretaba.

—Bryant, para —lo advirtió Kim. Era un nudo complejo. Si seguía tirando de la cuerda, terminaría cortándose la circulación. El rostro de Bryant era la incomodidad manifiesta. Para liberarlo con seguridad, necesitaban un cuchillo. No había otra manera.

Kim no sabía qué hacer. Tenía un compañero lastimado y otra...

—Vete —siseó Bryant con un susurro que fue casi un grito—. Me quedaré quieto, lo juro.

—¿De veras?

Él asintió y apartó las manos de la cuerda.

Con el teléfono, Kim volvió a iluminar el suelo hasta localizar la línea exacta del sendero.

Tendría que enfrentarse a Jake Black ella sola.

Capítulo 109

Kane dejó de sujetar el brazo de Stacey y, a pasos lentos, se acercó a Sophie.

Stacey se encontró con la mirada de un Penn que estaba tan estupefacto como ella.

Luego vio a Kane tocar apenas la piel de la muñeca de la chica.

—No hay ataduras, Sophie —dijo este con voz suave—. Puedes mover los brazos y abrir los ojos cuando quieras.

—Vete a la mierda —siseó ella—. Él me dijo que dirías eso. Me advirtió de todo lo que harías para intentar lavarme el cerebro. Él me lo dijo. Conoce todos tus trucos. Lo sabe todo.

Kane le siguió frotando la piel desnuda de la muñeca.

—¿Ese hombre te dijo que tus padres no te querían?, ¿que eras el producto de un accidente y que solo habían querido a Sammy? —preguntó él en voz baja.

Una lágrima se abrió paso por el rabillo del ojo de Sophie.

—Sí, y es verdad. Los odio, los odio a los dos. La quieren más que a mí, y puedo demostrarlo. Jake me lo explicó.

Stacey, al ver a aquella joven perdida en sí misma, se sintió invadida por una oleada de tristeza.

Se encontró entonces con la mirada de Kane, quien negó moviendo la cabeza. Sophie no sabía que su hermana había muerto.

El rescatador volvió a situarse junto a la asistente de detective.

—Hace casi cinco días que se niega a abrir los ojos. No puedo obligarla. De eso trata todo esto. Tengo que dejar que lo entienda por sí misma, que se dé cuenta de que no la tengo atada.

—¿Cómo ha llegado a este punto? —susurró Stacey.

—Tengo entendido que Jake enfrentó a las hermanas entre sí. Sophie siguió a Sammy a la secta porque la idolatraba, pero Jake rompió el vínculo. Cuando Sammy ya se había ido, afianzó la separación. Le ha hecho mucho daño; sin embargo, obligarla a abrir los ojos solo reforzará todo lo que le han dicho.

—No confía en usted —dijo Penn en voz baja—. Usted es todo para lo que Jake la puso bajo advertencia. Todo lo que usted ha dicho y hecho, ella ya lo esperaba. Cada vez que le dice algo, le da la razón a Jake y refuerza el dominio que el tipo tiene sobre ella. En realidad, la está empeorando.

Kane asintió con la cabeza.

—Con lo que siente ahora por sus padres, no creo que ellos puedan hacerlo mejor.

Stacey se tragó la emoción al ver a la chica agitarse inquieta en la silla, aunque sin moverse, ni una sola vez, más allá de los lazos invisibles que la ataban.

«Por supuesto, todo lo que Jake le ha dicho es cierto», pensó. Si la había convencido sobre sus padres, esa joven sería capaz de creerle cualquier cosa.

—¿Puedo hablar con ella?

Sophie inclinó la cabeza ante el sonido de una voz femenina desconocida. Kane había dicho algo con lo que Stacey podría trabajar.

—No mencione a Sammy. No lo soportaría.

La ayudante de detective asintió con la cabeza y se acercó con cautela.

—Hola, Sophie, me llamo Stacey y soy amiga de tus padres. —El rostro de la chica se tensó—. Escucha, no conozco a Jake, pero creo que está equivocado con respecto a ellos.

—Ellos mismos le dieron la razón —espetó Sophie.

—¿Lo dices porque se llevaron primero a Sammy? —preguntó Stacey.

La chica asintió.

Por supuesto, el maestro de la manipulación había torcido todo para envenenarle la mente. Ambas chicas estaban en la secta y, sin embargo, los padres habían decidido sacar a Sammy, no a ella.

—Ah, pero yo sé por qué lo hicieron. Tu madre me reveló que tú eras la más fuerte de las dos. Por eso se llevaron primero a Sammy.

Sophie negó con la cabeza.

—No, eso es...

—Sophie, no tengo motivos para mentir, y estoy segura de que Jake pensó que te estaba ayudando, pero incluso tu padre dijo que tú eras más fuerte y que lo llevarías mejor. Confiaron en tu entereza y le pidieron a Kane que te trajera tan pronto como le fuera posible. Sabían que Sammy era más débil que tú.

Stacey se daba cuenta de que a Kane lo incomodaban esas mentiras, pero había que romper el hechizo que mantenía encerrada a Sophie. La única forma de conseguirlo era crear dudas, una sombra, por lo menos, sobre las palabras de Jake, aunque sin llamarlo mentiroso. Sophie no aceptaría que lo acusaran de mentir. Eso vendría más tarde, quizás. Ahora, lo único que se necesitaban era un punto de entrada, una forma de llegar a la chica que había dentro.

—Sophie, voy a desatar tus tobillos y tus muñecas, ¿de acuerdo?

La chica asintió.

Stacey se inclinó y le toqueteó los tobillos. Se aseguró de rozarle la piel. Repitió el proceso alrededor de las muñecas.

Luego se irguió y se inclinó sobre la temblorosa muchacha, que no se había movido ni un milímetro.

—Ahora, te voy a quitar la venda de los ojos.

Stacey tocó con suavidad las mejillas de la chica. Luego tanteó su nuca.

—Vale, cariño, ya está. Ya eres libre de verdad. —Con el corazón palpitante, Stacey tocó la mano de la chica—. Vamos, Sophie, por favor, mírame. Ya no hay venda. Confía en mí.

Por fin, Sophie abrió los ojos.

Capítulo 110

Kim sabía que estaba a pocos metros de la cabaña. Una luz parpadeante y el murmullo de las voces le decían que se estaba acercando.

Obligada a caminar despacio y con precaución, había tenido la oportunidad de despejar su mente. A pesar de todos sus esfuerzos, no había sido capaz de establecer ninguna relación con la muerte de Derek Noble, el tercer cadáver. El hombre no estaba relacionado con la universidad ni con ninguna de las otras víctimas. Sin embargo, que su

cuerpo hubiera sido encontrado en el mismo lugar que el de Tyler tenía que significar algo. Y ahora sabía qué era ese algo.

Se quedó quieta por completo al llegar a los árboles que rodeaban la cabaña. A ambos lados de la estructura de madera, dos farolas victorianas iluminaban el pequeño claro, así como las hojas que ya se habían desprendido de las ramas colgantes. Dos personas conversaban sentadas sobre un tronco caído. A la luz de las farolas, un destello confirmó sus sospechas.

Kim ya estaba lo bastante cerca como para oír cada palabra.

—Estoy segura de que no tardará en llegar —dijo la pelirroja.

Kim irrumpió desde las sombras.

—Eso no es cierto, ¿verdad, Britney?, de ninguna de las maneras —dijo.

Tanto Tiff como Britney se volvieron a mirarla; la primera, con una expresión rebosante de alivio, y la segunda, colérica.

En una fracción de segundo, Britney se dio la vuelta, cogió a Tiff por el pelo y la obligó a tumbarse en el suelo.

—Vete de aquí —gritó—. Solo intentas alejarla de mí. —Tiff gritó de dolor. La mano de Britney se enroscaba en su pelo cada vez más fuerte. La pelirroja se echó la mano a la espalda, al bolsillo trasero, y sacó una navaja—. Si das un paso más, le corto la garganta.

Kim no se movió ni un milímetro.

—¿Como hiciste con Sammy? —preguntó—. ¿También era tu mejor amiga?

Al dejar atrás a Bryant, las nieblas de su mente se habían disipado. Recordó las palabras de Kane acerca de los novatos que se sienten halagados y colmados de amor. Qué potente era eso, cuánta fuerza tenía sobre la persona que recibía la atención. Y qué poderoso era para quien derramaba el amor; sobre todo, si también era vulnerable.

—Fuiste tú quien reclutó a Sammy, ¿no es así?, ¿en la universidad? —Britney no contestó—. No había forma de que no te permitiera entrar en su piso. Ella confió en ti y tú la mataste.

—Ella me dejó entrar —dijo Brit, como si eso lo explicara todo.

—¿Y qué ocurrió con Tyler? Te gustaba, ¿verdad? Aunque se suponía que no debía haber amoríos en la Granja, te enamoraste de él.

—Él también me quería —gruñó, y tiró con más fuerza del pelo de Tiffany.

—Pero se marchó. Porque Sammy ya se había ido, ¿no? La siguió a la secta y volvió a seguirla cuando se fue. Podría haberte querido, pero estaba obsesionado con ella; lo había estado durante años.

Britney empezó a tirar del pelo de Tiff. Agitaba de un lado al otro la mano que sostenía el cuchillo.

—No debería haberme abandonado —dijo, y en su rostro se dibujó una fea mueca.

—¿Como hizo tu padre? —preguntó Kim. Miró la mariposa que colgaba del cuello de la pelirroja.

—Todo el mundo me abandona. Y Tiff también iba a dejarme. Leí vuestros mensajes. Nunca le he gustado, desde el principio…

—¿Eso crees? —preguntó Kim. Quería conseguir que el odio de Britney se apartara de Tiffany. Intentaba pensar con rapidez. Rezó por que Tiff no hubiera dicho nada.

—Leíste los mensajes. Por eso conoces los motivos de Tiff para venir aquí, pero ¿miraste el registro de llamadas?

Brit puso cara de confusión.

Gracias a Dios.

—Me había llamado antes —dijo Kim. Estaba siendo lo más imprecisa posible con respecto a la hora. No sabía cuándo Britney había cogido el teléfono—. Sí, me llamó. Me dijo que no quería irse. Me dijo que había conocido a una nueva amiga y que quería quedarse aquí una temporada. Dijo que quería estar contigo.

—No, no. Me desprecia, igual que...

Kim se daba cuenta de que debía seguir hablando. Tenía que lanzarle todas las dudas e incertidumbres posibles para apagar su rabia contra Tiffany antes de que cometiera una estupidez.

—Britney, nadie te ha odiado —dijo—. Ni siquiera tu padre te odiaba. Sí, es verdad que se fue cuando eras pequeña. Estaba mal, pero después vino a buscarte, ¿no? Te compró ese collar. A todos sus colegas les habló de ti, de cómo...

—No te creo —dijo Brit. Empezaba a recuperar la fuerza de la voz.

«Estoy siendo demasiado abstracta», pensó Kim. Le hablaba de un hombre al que Britney nunca había conocido. Ya se había desviado más de la cuenta, pero aún le quedaba un último as.

—Y Sammy tampoco te dejó, Brit.

—Por supuesto que sí. Me despreciaba.

¿Por qué demonios esa chica estaba convencida de que la odiaban todos los que se habían ido?

—La secuestraron —le explicó Kim—. No huyó. Sus padres lo organizaron todo. Sammy no tuvo elección. Ni siquiera sabía lo que iba a ocurrir. —Hizo una pausa—. Ella no te odiaba, Sammy no se fue.

—¡No...!, no..., no —gritaba y sacudía la cabeza—. No es verdad. Me abandonó. Todos me han abandonado. Tiff iba a...

—No, Brit, lo juro —dijo Tiff, que trataba de mover la cabeza ante las acciones erráticas de Britney—. Te está diciendo la verdad. La llamé y le dije que quería quedarme. Quería aprender más de ti. Nos hemos reído mucho y me encanta estar contigo.

—¿En serio? —preguntó Brit. Su voz sonaba como una esperanza de que todo hubiera sido un malentendido y pudiera volver a ser como antes.

Esa vacilación de Britney era todo lo que Tiffany necesitaba para dar media vuelta y darle un cabezazo en el vientre.

Al irse de espaldas, la pelirroja soltó el pelo de Tiff.

Kim aprovechó la oportunidad. Se lanzó hacia delante, cogió a Britney por la muñeca y apretó hasta arrancarle el cuchillo.

Britney se sacudió y logró girarse, pero Tiffany ya estaba a horcajadas sobre ella. La propia Kim había echado mano de ese buen movimiento una o dos veces.

Pero, de pronto, perdió el cuchillo cuando una fuerza que llegó por detrás la arrojó al suelo.

Capítulo 111

Kim se giró para descubrir a Jake Black de pie junto a Tiffany y Britney. El tipo tenía el cuchillo en la mano.

Con la hoja, tocó a Tiff en los hombros.

—Suéltala —dijo. Su expresión era indescifrable.

—Obedece —dijo Kim, y se sentó. El que tenía el cuchillo tenía el poder.

Tiff se apartó y Britney pudo sentarse.

—Ay, Britney, ¿qué has hecho? —preguntó Jake, afectuoso.

La pelirroja lo miró de frente.

—Iba a abandonarme, Jake. Como todos. Tenía que detenerla. —Se había olvidado de Tiff y de Kim. La chica solo tenía ojos para el hombre que se erguía sobre ella.

—No le hacemos daño a la gente, Brit —dijo él, en voz baja.

Kim estudió el rostro del hombre. Las palabras eran suaves, pero la expresión de sus ojos era dura. El tipo asía el cuchillo con firmeza en la mano derecha.

No había ido a ayudar.

Kim sintió que un escalofrío recorría su cuerpo.

No tenía ni idea de lo que ese tipo planeaba hacer con el cuchillo; y no se movería hasta averiguarlo. Estaba demasiado cerca de Britney y a muy corta distancia de Tiff.

—Pero dijiste que todos me odiaban. Me dijiste dónde vivía Sammy y...

—Te lo dije para que supieras que estaba a salvo. Yo sabía lo unidas que estabais. Mi intención era que supieras que estaba bien.

—P-Pero... dijiste que había que castigarlos, que nos habían defraudado. Que eran unos desagradecidos y que iban a decir cosas malas de la Granja, de la familia.

—No quise decir que teníamos que castigarlos, Britney —alegó con suavidad.

—Me dijiste que me odiaban, que yo nunca les había caído bien.

El corazón de Kim se contrajo por la niña que Britney llevaba dentro. La niña hablaba a medida que se hacía evidente lo profundo de la manipulación de Jake.

Él se encogió de hombros.

—No se quedaron por ti, ¿verdad? Nadie se quedó por ti.

Ahora, las lágrimas descendían veloces por las mejillas de Britney. Tiffany la miró con preocupación. Luego volvió la cabeza hacia la jefa.

Kim negó con un gesto. Jake seguía sujetando el cuchillo. Ninguna de las dos estaba lo bastante cerca como para levantarse y arrebatárselo antes de que él pudiera hacerles daño.

—Te lo conté todo. Te hablé de mi padre y...

—Sí, me contaste cómo quedasteis en veros en el lago y me dijiste que lo mataste. Hablamos de eso. Lo lamentabas. ¿Cómo iba saber que volverías a hacerlo?

Kim se daba cuenta de todo. Jake Black tenía una idea precisa de qué botones apretar para que la chica hiciera lo que él quería. Y lo único que ella quería, lo único que había querido siempre, era una familia. Ese hombre le había dado eso. A cambio, Britney tenía que matar a la gente por la que él se había sentido traicionado. Todo tenía un precio.

Jake sabía muy bien que Sammy había sido secuestrada. Pero no había vuelto, y ese era el problema. Aunque con lentitud y constancia, Sammy había intentado hacer una vida normal. En el cerebro de Kim había quedado el registro de algo que habían dicho Kane o los padres de Sammy.

Este hombre había destruido innumerables vidas mediante la manipulación y la coacción. Había destrozado a esa chica. Ahora mismo seguía destrozándola.

Kim tenía que obligarlo a desviar su atención de Britney.

—¿Qué hay de tu última Granja, Jake? —preguntó—. Allí también murió gente, ¿no?

Él se volvió hacia ella, como sorprendido de que todavía estuviera allí.

—Los accidentes ocurren en ocasiones —dijo, sin emoción.

—¿Fue un accidente que Graham Deavers cayera del tejado? ¿Christopher Brook se suicidó de verdad? —presionó.

—Eso concluyeron los investigadores —dijo Jake con la suficiencia reflejada en los ojos. Era la expresión de un hombre que sabía que se había salido con la suya. Nunca admitiría lo que había hecho.

—¿Sabía que Christopher era un oficial de policía?

Él se encogió de hombros. A la detective, entonces, ya no le quedó ninguna duda.

—De los fisgones no se saca nada bueno.

—¿Graham quería abandonarte? —preguntó—. ¿Hirió tu orgullo y tu ego? —La expresión de Jake se ensombreció—. Eres igual que Britney. Construyes una familia y la gente se va. Eso le hace daño a Britney por su pasado; pero a ti solo te hiere en el ego, no en tus sentimientos. Es una simple prueba de tu fracaso. ¿Cómo podría querer dejarte alguien, a ti y a todo lo que has creado? —Cuando él se volvió hacia ella, Kim detectó que un músculo temblaba en su mejilla—. Te aprovechas de gente vulnerable para vengarte.

Sabía que Britney iba a tener que pagar un alto precio por todo lo que había hecho para Jake Black. Si consiguiera apartarlo de la pelirroja un par de pasos, podría arriesgarse y lanzarse a por el cuchillo.

—Utilizas a la gente para construir tu imperio. Buscas personas vulnerables y les quitas todo lo que puedes: el dinero, la gente que los rodea, el libre albedrío, y a eso lo llamas «familia». No es una familia —se mofó—. Es una dictadura, y vas a perder todo lo que ha construido.

Él se rio a carcajadas y dio un paso hacia Kim.

—¿Crees que alguien va a creerse una sola palabra de lo que esta diga? —preguntó mientras agitaba el cuchillo hacia Britney—. Allá detrás hay un centenar de personas que…

—Sí, cien personas que también conocían a Sammy, y a Tyler, que han conocido a Britney. ¿De verdad crees que puedes convencerlos a todos de que no tuviste nada que ver? ¿De verdad crees que tu inteligencia es superior a la de todos los que están allí y que ni uno de ellos siquiera dudará de ti? No hace falta más que una persona, Jake, y tu castillo de naipes…

Él dio otro paso hacia Kim.

Britney saltó de donde estaba sentada. Le arrebató a Jake el cuchillo, lo giró y se lo

clavó en el vientre.
—¡Noooo...! —gritaron Kim y Tiff al tiempo. Corrieron hacia ella.
En su frenesí, la chica ya le había asestado a Jake otras dos puñaladas. De inmediato, la sangre manchó la camisa blanca del hombre. Este, sorprendido y sin dejar de mirar a Britney, se dobló hasta el suelo.
—¡Tiene que morir! —gritó Britney.
Kim agarró el cuchillo y lo lanzó lejos mientras Tiff sometía a la pelirroja.
—¡Me ha utilizado! ¡Tiene que morir! —gritó Britney, que hacía lo posible por zafarse de las manos de Tiff.
Kim evaluó el desastre que tenía delante.
—Madre mía —exclamó. La sangre se acumulaba en el torso de Jake por ambos costados. El hombre perdía color a gran velocidad y sus ojos se ponían en blanco.
Kim le abrió la camisa de un tirón. De las tres heridas, la primera y la última parecían soltar más sangre.
Puso ambas manos sobre los cortes e intentó aplicar presión. La sangre se filtraba entre sus manos. Las heridas parecían succionarle los dedos.
—Maldita sea —dijo. Reacomodó las palmas en su afán por evitar que la sangre abandonara el cuerpo, pero los charcos rojos se expandían cada vez más.
—¡No! —gritó. A Jake se le escapaba la vida—. No te atrevas —gruñó, y volvió a recolocar las manos. Sabía que la pérdida de sangre podía matar a una persona en tan solo cinco minutos. En menos, si las heridas eran graves, y ahora mismo tenía dos heridas muy graves que no conseguía taponar.
Jake ya había perdido el conocimiento.
Volvió a mover las manos. El líquido viscoso y cálido dejaba huellas por todas partes.
—No te vayas, Jake —dijo en una exhalación. En ese momento, el torso suspiró y se quedó inmóvil.
—¡A la mierda! —gritó ella, y echó atrás la cabeza del hombre.
—Jefa, ¿puedo...?
—Quédate donde estás, Tiff —le ordenó Kim. No podían arriesgarse a que Britney escapara.
—¡No te muevas, Brit! —gritó Tiffany. La detective alcanzó a apreciar toda la emoción en su voz.
Tiffany estaba más unida a esa chica de lo que Kim había imaginado; sin embargo, no era el momento de pensar en eso. Así que entrelazó los dedos y apoyó la palma de la mano derecha en medio del pecho de Jake. Treinta compresiones rítmicas y dos ventilaciones de boca a boca.
Examinó el pecho. Nada.
Repitió el proceso y volvió a comprobar.
Nada.
Una parte de ella sabía que lo había perdido, pero tenía que seguir intentándolo.
En el límite de los árboles aparecieron Sheila y otras tres mujeres. Detrás iba Bryant, cojeando.
Y, mientras el sargento se acercaba a Kim, las mujeres lanzaron miradas de espanto.

Sobre el pecho inmóvil de Jake Black cayeron dos gotas de sudor.

Bryant tocó el hombro de su jefa.

—Está muerto —le dijo.

Kim se sentó y echó un buen vistazo. Enseguida percibió lo que Bryant ya había visto: la tez de Jake era de una palidez mortal y, a su alrededor, las manchas de sangre parecían los charcos de una tormenta. Nadie habría conseguido sobrevivir a una pérdida de sangre como esa.

Se pasó la mano por la frente y sintió el líquido pegajoso en su piel.

Bryant echó un vistazo alrededor.

—¿Qué demonios ha pasado aquí? —preguntó.

—Te lo explicaré más tarde —dijo ella, y se puso en pie. Se puso delante de Britney y Tiff—. Aquí no hay nada que ver, chicas.

Bryant tomó el control y las alejó.

Britney había dejado de forcejear al ver que Kim ya no hacía nada por reanimar a Jake, como si fuera consciente de que todo había terminado.

Miró entonces a la mujer que creía que había sido su amiga. El terror brillaba en sus ojos.

Kim se alejó un poco.

—Britney, no te odio —dijo Tiff—. A pesar de todo lo que has hecho, no te odio. Me acogiste, me atendiste y me hiciste sentir como si hubiera conocido a alguien en quien podía confiar del todo. Sí me iba a ir, pero solo iba a dejar este lugar. No pensaba dejarte a ti.

Kim oyó que la chica sollozaba en el suelo.

Estaba satisfecha de hacer capturado a la asesina, pero esa noche no habría celebración en la sala de la brigada.

Britney no era una criminal descerebrada, despiadada y brutal. Era una niña destrozada por el abandono. Había encontrado cierta seguridad en la Granja, pero habían manipulado sus debilidades y vulnerabilidades, y todo para dar satisfacción a una persona que se había sentido traicionada.

Kim tocó a Tiffany en el hombro.

La agente se volvió y la miró con los ojos enrojecidos.

—Vale, Campanilla, es hora de marcharse de aquí. Lo mejor será que yo me encargue.

Capítulo 112

Cuando Bryant se apeó del taxi, eran casi las once.

La jefa había insistido en que fuera al hospital a que le revisaran la pierna, e incluso había pedido un taxi para él, pero Bryant le había suplicado al conductor que se desviara. Si bien sentía el tobillo un poco rígido por el primer tirón de la cuerda, sus años en el campo de *rugby* le decían que no había nada roto.

Tenía algo que hacer antes de dejar atrás a Peter Drake y esta infernal semana.

Damon Crossley le abrió la puerta a la segunda llamada.

—¿Qué coño...?

—Ya, Damon, cállate y déjame pasar —dijo Bryant. No estaba de humor para aguantarle la actuación de tipo duro. Tenía hambre y estaba cansado, además de que aún no le había dicho a Jenny lo del coche.

Sentado en el bosque, solo y con la trampa atrapándole el tobillo, había pensado largo y tendido en lo que debía hacer.

Sabía que Richard Harrison había matado a Alice Lennox y que Peter Drake, a pesar de su confesión, no era el culpable de ese crimen. La retorcida mente de Richard no había comprendido que, al acabar con la vida de esa chica inocente, hacía lo mismo que temía de Peter Drake. No alcanzaba a ver más allá de la necesidad de seguir castigándolo por el horrible asesinato de Wendy. Si el suicidio de Richard había sido motivado por la culpabilidad o había sido un medio para llegar al más allá y proteger a su hija, era algo que Bryant ya no sabría nunca, aunque sospechabaque había sido una mezcla de ambos motivos.

El hombre nunca había conseguido liberarse del horror, el pánico ni el dolor que había padecido su hija. Lo revivía a diario. Había dejado que la culpa corroyera a la persona decente que había sido. Sin embargo, en la mente de Bryant, eso no hacía nada para absolverlo del brutal asesinato de Alice Lennox.

No tenía pruebas; solo esa sensación que no abandonaba sus entrañas. Si seguía adelante con sus sospechas, si gritaba lo bastante alto, alguien lo escucharía. Y no había nadie a quien acusar de ese crimen, porque Richard estaba muerto. Para la familia de Alice Lennox, nunca habría un cierre.

Peter Drake caminaría de nuevo por las calles y los Crossley, entonces, no volverían a tener paz ni por un minuto. Muchas vidas quedarían destrozadas en la procuración de una justicia en blanco y negro.

Pero si Bryant renunciaba a seguir adelante con sus sospechas, sería el único que cargaría con la verdad.

Miró el espacio vacío donde Tina se sentaba antes de haber atentado contra su marido, un hombre que había sacado las uñas para proteger a la mujer que amaba.

—Así que ese hijo de puta ha vuelto a atacar, ¿verdad? —preguntó Crossley. Acababa de deshacerse de una capa de su hostilidad.

Y fue entonces cuando, por fin, Bryant se decidió.

—Sí, Damon, Peter Drake ha atacado de nuevo. Lo ha confesado todo.

Venía preparado para una buena embestida, para un «Qué mierda de policía» y un «Qué mierda de Junta de Libertad Condicional» antes de que lo echaran de esa casa.

Pero Damon estaba inusualmente callado. Miraba con tristeza el espacio vacío de Tina, junto a la ventana.

—Es hora de retirar los cargos y traerla de vuelta a casa —dijo Bryant, cansado. Damon no comentó nada—. Bonita herida te hiciste, amigo. Hay que tener agallas. No reparaste mucho en ti mismo en este intento de devolverla al único lugar donde se había sentido segura en décadas. Sabías que la sola idea de que él quedara libre le infundía pánico. Herirte era lo único que podías hacer para conseguir que se sintiera segura.

Damon dejó escapar un largo suspiro antes de dejarse caer en el sofá.

—Siempre estuvo a la espera —explicó—. Siempre supo que algún día el tipo quedaría en libertad. El miedo ha marcado toda su vida.

—Bueno, ya no tiene nada que temer. Drake nunca volverá a ver la luz del día.

—Gracias a Dios —exhaló Damon entre las manos con que se cubría la cara.

—Prepárate para una buena bronca en la comisaría, pero di la verdad. La están esperando. —Bryant miró el espacio vacío—. Y ve a buscar a Tina y tráela a casa.

Damon Crossley se levantó y le ofreció la mano.

—Tú sí que eres decente —dijo—, no como los otros cabrones.

Fue un gran elogio.

Bryant había tomado una decisión y se le quedaría grabada para siempre. Había entrado en la zona gris de la justicia. Su consuelo era pensar que, para todos los que lo rodeaban, había hecho lo correcto.

Eso tendría que bastarle.

Capítulo 113

Kim se descubrió a sí misma pensando en Britney mucho después de haberla acusado del asesinato de su padre, así como del de Tyler Short, Samantha Brown y Jake Black.

Durante el interrogatorio, Britney había renunciado a su derecho a ser asesorada por un abogado. Y, aunque Kim se había sentido tentada a insistir, no era asunto suyo. Supuso que la chica no iba a confiar en nadie que designaran para representarla. Todos eran extraños, todos eran zombis, y los zombis no eran de fiar. Sentada frente a Kim, en la sala de interrogatorios, mientras explicaba voluntariamente los detalles de sus crímenes, parecía mucho más joven.

Relató que su padre le había tendido la mano. Pero no fue hasta que estuvo reunida con él, en el parque Himley, que la dominó la rabia. Entonces lo empujó al agua y lo sujetó. Verlo otra vez había rememorado la sensación de abandono, tanto el que había sufrido de su madre como el que había sufrido de su padre, y, con esa sensación, surgieron de nuevo la soledad y la desesperación que había sentido de niña. Unos sentimientos que habían permanecidos sepultados durante años mientras no hacía otra cosa que sobrevivir. Tras comparar la furia de Britney con la complexión de su padre, Kim consiguió explicarse que ella lo hubiera superado físicamente.

La pelirroja había narrado lo fácil que había sido entrar en casa de Samantha con un regalo de para la nueva casa. Su vieja amiga había fingido alegrarse de verla, pero Britney sabía que actuaba. Jake le había explicado que Sammy era una más de las muchas personas que se habían aprovechado de ella para abandonarla después. Britney y Sammy habían charlado y reído y se habían puesto al día. La pelirroja había convencido a Sammy de que se tumbara en la cama para darle un masaje en los pies, algo que solían hacer la una con la otra después de un largo día de trabajar de pie en el aparcamiento de la universidad. En cuanto Sammy cerró los ojos, Britney cogió el cuchillo y le cortó el cuello.

Tyler había sido bastante fácil de localizar. Por el tiempo que habían pasado juntos, la chica sabía que, antes de ir detrás de Sammy a la Granja de la Unidad, a veces comía gratis en el Subway de Dudley. Tyler se había marchado de la Granja sin dinero ni un lugar donde vivir. Britney solo tuvo que esperarlo un par de días antes de verlo aparecer. Lo convenció de que se reuniera con ella en el lago para hablar. Al principio, le pidió que volviera con ella, pero Tyler se negó. Y fue esa negativa lo que selló su propio destino. Britney admitió que ese día le había pedido prestados los zapatos a Sheila, algo habitual en la Granja de la Unidad, puesto que los suyos estaban empapados por la tormenta del día anterior.

A partir de ahora, Britney viviría en una celda; sin embargo, Kim sentía que la chica, de verdad, necesitaba pasar algún tiempo con Kane. ¿Cómo demonios iba a desentrañar todo eso ella sola? Antes de matar a Jake, ¿había visto lo que ese hombre era en realidad? Y, si lo había percibido, ¿cómo reconciliarse con todo? ¿Había sido un lapsus de ira?, ¿algo de lo que se arrepentiría más tarde, cuando su mente alzara a Jake de nuevo al rango de dios? Aparte, ¿cómo aceptaría haberse convertido en la responsable

de la muerte de su ídolo?

El proceso de acusarla no les había aportado ningún regocijo. A Kim le había faltado incluso la sensación de logro que solía tener en momentos así. Había hecho su trabajo. Nada más. En un mundo ideal, habría odidado a todo aquel a quien metía en la cárcel, lo habría desprecidado y no habría vuelto a pensar en él, pero ese no era el caso de Britney Murray.

La chica había sufrido daños a una edad temprana, lo que la había impulsado a buscar un lugar en el que encajar, un grupo de personas que no la defraudaran. Pero sí que la habían defraudado. Jake Black la había utilizado para castigar a quienes, a su parecer, le habían hecho daño. Había restregado sus inseguridades y sus debilidades hasta hacerla incapaz de resistirse a su sutil mando. En fin, cuando él dijo que nunca le había dado a Britney órdenes de matar a nadie, Kim le creyó. Y es que no necesitaba dar esas órdenes. Aun así, a la detective no le cabía ninguna duda de que ese hombre era tan culpable como Britney. Pero ahora estaba muerto. Ya nunca podrían probar nada. El caso estaba listo para la Fiscalía, aunque Kim esperaba que el abogado defensor llamara a declarar a alguien como Kane Drummond.

Se miró las manos. Tres duchas después, aún sentía la sangre cálida y pegajosa de Jake Black. Sí, había hecho todo lo posible por salvarlo, pero ni uno solo de sus huesos lamentaba la muerte de ese hombre. Era consciente de las dificultades que habrían tenido para relacionarlo de manera directa con los crímenes. Él habría seguido en libertad para continuar moldeando y deformando mentes jóvenes.

Habría más interrogatorios en la Granja de la Unidad, aunque, a juicio de Kim, ningún otro residente había cometido delitos graves. Que ella supiera, no había cómplices, no había encubridores; nadie estaba retenido allí por la fuerza. Tendrían que informar a Hilda de las verdaderas motivaciones de Britney. También tratarían de descubrir a cualquier otro anciano vulnerable que se hubiera convertido en un objetivo para la Granja. Los últimos acontecimientos habían sacado la Granja de la Unidad de las tinieblas y la habían convertido en un blanco. A partir de entonces, los vigilarían de cerca. Según tenía entendido, mientras todo el mundo estaba ocupado con los crímenes de Britney y la muerte de Jake, Lorna se había hecho cargo de la gestión diaria de la institución.

Penn había recibido una llamada de Josie. Le contó que su madre había regresado sana y salva y, tras las emotivas disculpas de ambas partes, se habían echado a llorar, una en brazos de la otra. Tal vez eso era todo lo que necesitaban algunos de los habitantes de la Granja de la Unidad: un recordatorio de las personas que los querían. Y si Kane tenía intenciones de continuar con su negocio, tendría reclutar a otra persona para el papel de informante.

Kim lo había llamado para ponerlo al día la tarde anterior, a última hora, en cuanto tuvo a Britney bajo custodia. Él no había hablado mucho. La detective sentía la pena de ese hombre por la chica, una tristeza que se extendía a lo largo de la línea telefónica. Pero el rescatador no había manifestado ninguna tristeza por la muerte de Jake Black, y Kim entendía por qué.

—Graham Deavers era su hermano, ¿verdad? —le había preguntado con amabilidad.

En el almacén, al encontrarse cara a cara con Kane por primera vez, Stacey había establecido la conexión.

—Medio hermano —había respondido Kane.

—Por eso usted sabe tanto de las sectas. ¿Graham quería irse?

Kim se explicaba los silencios de Kane por la indecisión de este hombre de abrirse. La respuesta la había sorprendido.

—Graham era uno de los mendigos del grupo. Había abandonado la escuela y no tenía ninguna cualificación, pero era útil. Era un cuerpo económico que sobrevivía a base de judías y arroz. Día tras día lo enviaban a mendigar tanto dinero como pudiera conseguir. La única ventaja era que, gracias a eso, yo podía llegar a él, podía verlo. Mientras aprendía cómo funcionan las sectas, hablaba con él casi a diario. Y él empezaba a creerme.

—¿Hasta que...? —había preguntado Kim. Aunque conocía el desenlace de la historia, la respiración se le agolpó en el pecho.

—Hasta que le dijo a Jake que estaba pensando en marcharse. Ese mismo día le pidieron que arreglara un tramo de canalón del tejado.

—Kane, yo...

—Si enviaron a Christopher Brook fue por mi culpa. Yo insistí mucho en que allí ocurría algo y me puse muy pesado con tal de conseguir que alguien me escuchara. Yo fui quien...

—¿Por eso trabaja solo?, ¿por eso no quiere implicar a la Policía? —le había preguntado Kim. Ahora lo entendía todo, por fin; incluida la reacción agresiva de ese hombre al enterarse de que habían enviado a un agente de incógnito.

—Nadie más saldrá herido por mi culpa.

Kim había cerrado los ojos y dado gracias a Dios por haber llegado a tiempo para salvar a Tiffany.

Podía sentir el dolor de Kane, pero eso no le impidió hacer la pregunta que rondaba por su cabeza y que había sido el verdadero motivo de la llamada.

—¿Sabe qué, Kane?, no podrá traer de vuelta a ese policía, pero sí que puede hacerle un favor a uno ahora mismo.

Silencio.

—La escucho.

Kim le había dicho lo que quería y había colgado.

Durante la investigación, habían descubierto muchas otras víctimas, además de las que habían perdido la vida. Eric Leland y su madre, por ejemplo. ¿El odio de Eric por su madre se disiparía alguna vez? ¿La conexión con la Granja y la lealtad a un hombre muerto disminuirían lo suficiente como para que el joven pudiera volver a llevar una vida normal?

Pensó en Sammy Brown y Tyler Short. La primera, con una familia cariñosa; el segundo, sin nada. Sus orígenes eran lo de menos. Ambos habían sido vulnerables, ambos habían querido formar parte de algo. Sus funerales iban a celebrarse la semana siguiente. Ella asistiría a ambos, y también asistirían los Brown, Myles y Kate. Los padres de Sammy se habían interesado por asistir al entierro de Tyler Short. Kim se sentía

conmovida por el deseo de estas personas de presentar sus respetos a un joven solitario cuyo único delito había sido enamorarse de su hija mayor.

Y pensó en Sophie Brown. Recordó la conmoción que le habían producido los hallazgos de Stacey y Penn en el almacén. Era tan inquietante como aterrador que Jake hubiera mantenido un control tan completo sobre Sophie incluso a distancia. Sophie ya estaba de vuelta en casa. Kane había recomendado a una compañera para que ayudara a la familia. Podía entender que Sophie no confiara en nada de lo que él le dijera. La pobre chica acababa de enterarse del asesinato de su hermana. Tenía que intentar abrirse camino en un mundo completamente nuevo. Los Brown eran muy conscientes de que el proceso no sería corto. Podían pasar años antes de que recuperaran a la antigua Sophie, si es que eso sucedía algún día. La familia tenía que plantearse que, de la niebla, podía surgir una Sophie muy distinta, al tiempo que todos se adaptaban a vivir sin Samantha. En realidad, Kim dudaba que los Brown fueran capaces de recuperarse de las secuelas que les había dejado la Granja de la Unidad.

Y, si había algo que ahora comprendía bien, era que la participación en una secta siempre dejaba huella. Sophie tenía por delante un largo camino hasta que se recuperara. Con el tiempo, tendría que aprender a lidiar con sus propios pensamientos, con sus propias ideas. Tendría que enfrentarse a la presión de tomar sus propias decisiones, a vivir entre extraños y lidiar con el estrés de todos los días.

Aquellos pensamientos la llevaron hasta Peter Drake. Aunque Kim no le había dicho a Bryant lo que opinaba del tema, pensaba que esa era la verdadera razón por la que Drake había confesado el homicidio de Alice Lennox.

Tras casi veintiséis años en prisión, estaba preso otra vez. Había perdido su libertad, pero volvía a formar parte de un mundo que comprendía. Conocía la rutina, conocía a los reclusos, conocía a los guardias. Tal vez ya sabía lo que iba a cenar el segundo jueves de cada mes. Su celda era una prisión, pero también era su seguridad. Entre ambos casos había habido una transferencia de elementos.

Kim sabía que Bryant se resistiría ante la decisión que él mismo había tomado, y ella lo apoyaría, cualquiera que fuera el camino. Porque eso es lo que hacían los amigos, y ahora ella lo sabía bien.

* * *

Tras redactarse los informes, habían enviado al equipo a casa, a disfrutar de lo que quedaba del fin de semana. Bryant, por su parte, tenía que encontrar un coche nuevo.

Las pizarras del despacho estaban limpias. Solo quedaba una cosa por hacer, pensaba Kim, cuando una figura apareció en la puerta.

—Entra, Campanilla, y siéntate.

Tiffany obedeció con una sonrisa trémula.

Kim había leído varias veces su declaración. Era precisa, objetiva. No dejaba entrever ninguna de las emociones que había detrás. Tiffany era una profesional, y Kim respetaba eso.

—¿Cómo estás?

—Bien, jefa. Ansiosa por volver al trabajo.

Demasiado alegre, demasiado rápido.

—Vale, Campanilla, gracias por darme la respuesta que crees que quiero, pero ahora me gustaría saber la verdad.

—Siento que te he defraudado —soltó, y enseguida desvió la mirada.

Kim no se esperaba eso.

—¿Sabes qué?, yo también siento que te defraudé.

Los ojos de Tiffany se abrieron de par en par.

—Pero no conseguí nada del culto. No descubrí nada que...

—Campanilla, estuviste con la asesina todo el tiempo, y fui yo quien te puso allí —dijo Kim. —Tiff abrió la boca, pero Kim levantó la mano—. No, escucha. Dejé que te pusieras en una situación de la que yo no sabía lo suficiente. Te lancé al peligro porque estaba mal informada y no sabía lo dañino puede ser un lugar como ese. Yo te envié allí, y lo siento.

—Pero yo quería ayudar. Me sentía halagada de que me lo hubieras pedido. Y estoy bien, no me pasó nada. Ahora la vida puede volver a la normalidad.

«No del todo», pensó Kim, y se cruzó de brazos.

—¿Qué te ha dicho Jake? —le preguntó.

—Ah, todo mierda —exclamó Tiff, y volvió a desviar la mirada.

—¿Todo? —preguntó Kim.

—Sí, sí, no le presté aten...

—Campanilla, he sido sincera contigo y agradecería la misma cortesía por tu parte.

Tiffany inspiró hondo.

—Me dijo que, si mi madre favorecía a mis hermanos antes que a mí, la culpa no era mía. Que no era mi culpa que ella los quisiera más.

—¿Y los quiere más?

—Bueno, Ryan es quien está en el trastero, y no yo —dijo, medio sonriendo.

Kim frunció el ceño. No sabía el significado de eso.

—¿Es importante?

—Sí, yo diría que sí.

—Entonces, ¿has escuchado lo que te ha dicho? ¿Jake ha conseguido que le hagas caso? —quiso saber Kim.

—Supongo que sí. Parecía saber...

—Parecía saber que un ataque a las relaciones familiares es el camino más rápido hacia la vulnerabilidad emocional. Era su truco favorito. —Tiff pareció sorprendida—. Pero ¿cómo te engatusó, Campanilla?

—Desde el primer momento te hacen sentir importante. Te hacen sentir querida, deseada. Te hacen sentir que todo lo que dices tiene valor, que te quieren, que eres relevante.

—A nosotros siempre nos has importado, ¿sabes? —le dijo Kim, con suavidad.

Tiffany tragó saliva.

—Lo sé, y creo que podía sentirlo. Eso me mantenía con los pies en la tierra. Sabía por qué estaba allí. Supongo que eso me ayudó a no caer. Habría sido muy fácil.

Kim trató de reprimir el sentimiento de culpa que se le agolpaba en el estómago.

Sin darse cuenta, había puesto a esa chica en peligro, tanto física como psicológicamente. Y Tiffany, en su afán de ayudar, se había cegado ante los riesgos.

Era verdad que solo había pasado un par de días en la Granja de la Unidad, pero el impacto que le había causado no lo entendía ni ella misma.

Y Kim no la defraudaría dos veces.

La sombra de Kane Drummond se irguió en el umbral de la puerta.

—Campanilla, hay alguien a quien me gustaría presentarte.

Carta de Angela

En primer lugar, quiero darte las gracias por haber elegido leer *Mente que mata,* la duodécima entrega de la serie de Kim Stone; y, a muchos de vosotros, por seguir con Kim Stone y su equipo desde el principio. Si quieres estar al día de mis últimas publicaciones, suscríbete en el siguiente enlace:

www.bookouture.com/angela-marsons

Llevo muchos años interesándome por la psicología de las sectas y he leído un montón de libros y relatos personales. Como la mayoría de la gente, siempre he tenido la sensación de que existía algún tipo de método agresivo, físico, para lavarle el cerebro a personas inocentes e ingenuas y hacerlas adoptar una forma de pensar distinta. Cuanto más leía, más aprendía y comprendía que la pericia reside en la persuasión y la manipulación, que todos podemos ser sutilmente manipulados en nuestra vida diaria.

En *Mente que mata* he querido explorar lo que las sectas utilizan para apartar a las personas de su cotidianidad, de sus amigos y su familia. Me he propuesto, también, analizar el reto que supone intentar que esas personas vuelvan a ser lo que eran antes.

Mi investigación abarcó muchos de los cultos y sectas más conocidos, tanto del pasado como de hoy. Me era cada vez más evidente que estos grupos siempre se disfrazan de otra cosa para atraer hacia su ideología a las víctimas desprevenidas. Y son más comunes de lo que imaginamos.

Ha estado aquí el equipo habitual, así como un personaje que parece haberse ganado tanto al equipo como a los lectores (y a mí también). Espero que hayas disfrutado leyendo este relato tanto como yo escribiéndolo.

Y, si te ha gustado, te estaré eternamente agradecida de que escribas una reseña. Me encantaría saber qué piensas. Además, tus comentarios podrían ayudar a otros lectores a descubrir mis libros por primera vez. A lo mejor se los podrías recomendar a tus amigos y familiares...

Me encantaría saber de ti. Por favor, ponte en contacto conmigo a través de mis páginas de Facebook o Goodreads, a través de X o en mi sitio web.

Muchas gracias por tu apoyo. Lo valoro muchísimo.

Angela Marsons

angelamarsonsauthor@WriteAngie
www.angelamarsons-books.com

Agradecimientos

No puedo empezar a expresar mis agradecimientos sin mencionar primero a mi compañera, Julie, quien está a mi lado en cada paso del camino; no solo ahora, sino durante los últimos treinta años. Trata cada libro como una nueva aventura y comparte mi entusiasmo desde el momento en que queda sembrada la primera idea. A diferencia de mí, ella mantiene el entusiasmo incluso cuando yo me estoy cuestionando toda la historia y mi capacidad para contarla. De alguna manera, siempre se asegura de que encontremos la salida. Es, de verdad, mi «socia en el crimen».

Gracias a mi madre y a mi padre, que, con orgullo, corren la voz a todo el que quiere escucharlos. Y también a mi hermana Lyn, a su marido Clive y a mis sobrinos Matthew y Christopher por su apoyo.

Gracias a Amanda y Steve Nicol, que nos apoyan de muchas maneras, y a Kyle Nicol, que busca mis libros donde quiera que va.

Me gustaría dar las gracias al equipo de Bookouture por su continuo entusiasmo por Kim Stone y sus historias; especialmente a Oliver Rhodes, que dio a Kim Stone la oportunidad de existir.

Un agradecimiento especial a mi editora, Claire Bord, cuya paciencia y comprensión agradezco de verdad. Hemos comprobado que Claire ya no puede examinar los mapas del Amazonas en momentos clave por miedo a quedar expuesta al peligro. Su entusiasmo y pasión constantes me inspiran cada día para escribir los mejores libros posibles.

A Kim Nash (Mamá Osa), que trabaja sin descanso para promocionar nuestras obras y protegernos del mundo. A Noelle Holten, cuyo entusiasmo y pasión por nuestro trabajo no tiene límites.

Muchas gracias a Alex Crow y Jules Macadam por su modo genial de comercializar los libros. También a Natalie Butlin y Caolinn Douglas por trabajar duro para conseguir promociones. A Leodora Darlington, que trabaja duro entre bastidores, y a Alexandra Holmes, que se ocupa de producir el audio de las historias. Muchas gracias también a Peta Nightingale, que me envía los correos electrónicos más fantásticos.

Un agradecimiento especial a Janette Currie, quien ha corregido los libros de Kim Stone desde el principio. Su conocimiento de las historias ha garantizado una continuidad que agradezco mucho. Mi gratitud va también para Loma Halden, que corrige de maravilla. Y también quiero mencionar, de manera especial, a Henry Steadman, el responsable de nuestras fabulosas cubiertas, que me encantan.

Gracias a la fantástica Kim Slater, quien ha sido para mí un apoyo y una amiga increíble durante muchos años. Ella misma escribe novelas extraordinarias y, aun así, siempre encuentra tiempo para charlar. Muchas gracias a Emma Tallon, que no sabe cuánto valoro su amistad y su apoyo. También a las fabulosas Renita D’Silva y Caroline Mitchell, sin las cuales este viaje sería imposible. Un enorme agradecimiento a la creciente familia de autores de Bookouture, que siguen divirtiéndome, animándome e inspirándome a diario.

Mi agradecimiento eterno va para todos los estupendos blogueros y críticos que han

dedicado su tiempo a conocer a Kim Stone y seguir sus historias. Esa gente maravillosa grita con todas sus fuerzas y comparte generosamente, no solo porque ese es su trabajo, sino porque es su pasión. Nunca me cansaré de darle las gracias a esta comunidad por el apoyo que nos brindan tanto a mí misma como a mis libros. A todos vosotros, muchas gracias.

Montones de gracias a mis fabulosos lectores, sobre todo a quienes han robado un poco de tiempo a un día ajetreado para venir a mi sitio web, a mi página de Facebook, a Goodreads o a X.